

Redes y estructuras familiares en la experiencia del territorio

Un acercamiento cualitativo y comprensivo a los discursos de
habitantes de comunidades rurales de la Península de Lacuy,
Isla Grande de Chiloé.

Juan Cristóbal Moreno Crossley

Profesor guía:
Enrique Aliste Almuna



Universidad de Chile
Facultad de Arquitectura y Urbanismo
Escuela de Postgrado
Magíster en Geografía

**REDES Y ESTRUCTURAS FAMILIARES
EN LA EXPERIENCIA DEL TERRITORIO.**

Un acercamiento cualitativo y comprensivo a los discursos de habitantes de
comunidades rurales de la Península de Lacuy, Isla Grande de Chiloé.

Tesis para optar al grado de Magíster en Geografía, con mención en Organización Espacial Urbano-Regional.

Alumno:

Juan Cristóbal Moreno Crossley

Profesor Guía:

Enrique Aliste Almuna

Santiago, 25 de abril de 2013

En memoria de mi hermano Jaime (1966-2008).

Tus huellas quedaron en Guapilacuy.

Dedicado a mi mujer y a mis dos niñas.

TABLA DE CONTENIDOS:

RESUMEN EJECUTIVO	7
CAPÍTULO UNO: INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO DOS: EL PROBLEMA A INVESTIGAR	15
I. Motivos y antecedentes para una aproximación	15
(a) La relación familia-territorio en el contexto rural chileno contemporáneo.....	15
(b) Chiloé. El papel de las redes en la (re)composición de una experiencia territorial.....	22
(c) La península de Lacuy. Una mirada a la semi-periferia rural de Chiloé.....	27
II. Definición del problema de investigación.....	31
(a) Síntesis.....	31
(b) Preguntas de investigación.....	32
(c) Objetivos.....	32
(d) Hipótesis.....	33
(e) Relevancias.....	33
III. Antecedentes específicos	35
CAPÍTULO TRES: MARCO TEÓRICO Y CONCEPTUAL.....	45
I. Panorama general	45
II. Familia.....	47
(a) Producción, reproducción y significado cultural de la familia.....	47
(b) El parentesco como fundamento de la familia.....	50
(c) El concepto de institución familiar.....	54
(d) Estructura familiar, tipos de hogar y familia.....	58
(e) La familia en el territorio.....	62
(f) Representaciones culturales y características de las familias chilotas actuales.....	66
III. Territorio.....	70
(a) Visión y propuesta de la geografía constructivista.....	70
(b) El concepto de territorio en el debate actual de la geografía humana.....	73
(c) Elementos para la construcción de la experiencia territorial contemporánea: trayectorias, identidad, imaginarios.....	76
(d) Ruralidad, insularidad y desarrollos semi-periféricos.....	80
(e) Identidad territorial chilota.....	83
IV. Redes.....	87
(a) Teoría de redes sociales.....	87
(b) Redes y capital social. Concepto y tipología.....	92
(c) Redes sociales, familia y comunidad.....	95
(d) Cultura asociativa en Chiloé: la minga en la encrucijada.....	98
CAPÍTULO CUATRO: MARCO METODOLÓGICO.....	102
I. Estrategia de investigación.....	102
(a) Propuesta general.....	102

(b)	Definición del tipo de estudio.....	102
(c)	Enfoque metodológico.....	104
(d)	Conceptos operativos.....	106
II.	Diseño de la muestra.....	108
(a)	Propuesta de muestreo.....	108
(b)	Selección de localidades.....	108
(c)	Selección de sujetos entrevistados.....	110
(a)	Descripción de las técnicas de producción de información utilizadas.....	111
(b)	Observación.....	111
(c)	Entrevistas en profundidad.....	112
(d)	Ficha de registro.....	115
(e)	Recopilación de fuentes secundarias de información.....	116
(f)	Fuentes casuales.....	116
(g)	Aspectos éticos considerados.....	116
IV.	Técnicas de análisis de información.....	117
(a)	Enfoque y técnicas de análisis.....	117
(b)	Análisis de contenidos.....	118
(c)	Análisis reticular.....	119
(d)	Análisis de discursos sociales y territoriales.....	122
(e)	Tipologías socio-territoriales.....	123
(f)	Plan de análisis.....	123
(g)	Software utilizado.....	124
	CAPÍTULO CINCO: ANÁLISIS.....	125
I.	Descripción del trabajo de campo y de la información producida.....	125
II.	Primer acercamiento: discurso y representaciones subjetivas en torno a la familia.....	126
III.	Segundo acercamiento: entornos interactivos familiares y comunitarios.....	136
IV.	Tercer acercamiento: caracterizando la experiencia territorial de las familias de la Península de Lacuy.....	151
V.	Síntesis: Tipologías socioterritoriales para caracterizar la estructura, redes y experiencia de las familias de la Península de Lacuy.....	160
	CAPÍTULO SEIS: CONCLUSIONES.....	169
I.	Reflexiones teóricas: el lugar de la familia en el territorio.....	169
II.	Aprendizaje metodológico.....	172
III.	Corolario: la familia como sujeto de intervención social y territorial en el Chiloé contemporáneo.....	175
	REFERENCIAS.....	178

INDICE DE TABLAS:

Tabla #1: Chile (1992-2002). Distribución de los hogares por tipo según área de residencia (urbano / rural). Evolución en cifras absolutas y relativas.....	18
Tabla #2: Chile (1992-2002). Tamaño medio de los hogares (N° de personas) según área de residencia (urbana / rural).....	19
Tabla #3: Chile (1992-2002). Distribución de los hogares por sexo del jefe según área de residencia (urbana / rural). Evolución en cifras absolutas y relativas.....	19
Tabla #4: Chile (1992-2002). Distribución de los hogares por tipo y presencia de adultos mayores (60 y más años) según área de residencia (urbana / rural). Evolución en cifras absolutas y relativas.....	20
Tabla #5: Tipología de hogares según criterios demográficos.....	61
Tabla #6: Tipología de familias según ciclo de vida del hogar.....	62
Tabla #7: Tipología de formas de capital social (Modelo propuesto por Durston, 2002).....	94
Tabla #8: Características de localidades estudiadas en la Península de Lacuy.....	109
Tabla #9: Variables y criterios considerados en el diseño de la muestra de entrevistados.....	110
Tabla #10: Temario básico para diseño de instrumento de entrevistas en profundidad.....	113
Tabla #11: Guión para la aplicación de entrevistas en profundidad.....	114
Tabla #11 (continuación): Guión para la aplicación de entrevistas en profundidad.....	115
Tabla #12: Estructura de matriz resumen para la codificación reticular del texto de las entrevistas.....	121
Tabla #13: N° y distribución de las entrevistas realizadas.....	125
Tabla #14: Tipos de representaciones individuales y colectivas del Ego (Yo/Nosotros).....	143
Tabla #15: EISR: Entornos Interactivos Situacionales y Reticulares. Identificación en base a categorías emergentes extraídas de los relatos de los entrevistados/as.....	148
Tabla #15 (continuación): EISR: Entornos Interactivos Situaciones Reticulares. Identificación en base a categorías emergentes extraídas de los relatos de los entrevistados/as.....	149

INDICE DE FIGURAS:

Figura #1: Mapa referencial de la Península de Lacuy y sus alrededores (Isla Grande de Chiloé).....	36
Figura #2: Usos de suelo según categoría en la Península de Lacuy (Isla Grande de Chiloé).....	38
Figura #3: Equipamiento de salud primaria y educación en la Península de Lacuy (Isla Grande de Chiloé) ..	42
Figura #4: Modelo concéntrico del espacio religioso chilote según Bravo (2004).....	86
Figura #5: Evolución del modelo de organización del espacio religioso chilote según escala del asentamiento (Bravo et al, 2009).....	86
Figura #6: Esquema de ejes de significado asociados al concepto de familia.....	128
Figura #7: Esquema jerárquico de texto: nombres y categorías de lugares más frecuentemente mencionados.....	152
Figura #8: Esquema jerárquico de texto: objetos y conceptos abstractos relacionados con prácticas espaciales de los habitantes de Lacuy.....	155
Figura #9: Tipología socioterritorial (a): estructura familiar nuclear-ampliada localmente organizada.....	162
Figura #10: Tipología socioterritorial (b): estructura familiar nuclear-ampliada articulada a distancia.....	164
Figura #11: Tipología socioterritorial (c): estructura familiar nuclear-ampliada en desintegración.....	165
Figura #12: Esquema: campos y planos de relaciones accesibles a los sujetos en un entorno comunitario...	166
Figura #13: Elementos territoriales básicos en la experiencia subjetiva de los habitantes de Lacuy.....	167
Figura #14: Mapa de actores y relaciones comunitarias.....	168

RESUMEN EJECUTIVO

La diversidad de estructuras y formas de organización que resulta propia de la institución familiar contemporánea es una característica que posee relevantes consecuencias en los modos de vivir, conocer, representar e intervenir el territorio. Si bien estas consecuencias tienden a ser relativizadas en un escenario global en el que la familia parece verse desafiada en su carácter de institución social, es posible identificar impactos locales altamente significativos al estudiar sistemas geográficamente circunscritos, en los cuales la familia continúa siendo un agente central en la construcción del territorio.

Según se postula, el estudio de las características actuales de las familias chilotas rurales, de sus relaciones y de sus historias de vida, no sólo ofrece la posibilidad de valorar su sensibilidad específica respecto de una serie de cambios sociales, productivos y culturales de orden mayor, sino que aporta evidencia relevante para instalar una mirada compleja en torno al modo en que determinadas formas sociales y familiares –así como ciertas prácticas e imaginarios culturales- influyen en los modos de representar y experimentar los territorios contemporáneos.

En consecuencia, la presente investigación se propone profundizar en el estudio de las interacciones existentes entre familia y territorio, tomando como caso de estudio un conjunto de localidades situadas en la Península de Lacuy, en la Isla Grande de Chiloé. Este lugar constituye uno de los asentamientos humanos más antiguamente poblados del archipiélago y ha estado asociado a un interesante historial de intercambios sociales y culturales, siendo, en su momento, plaza fuerte de los conquistadores españoles, eventual refugio de corsarios y punto estratégico en las rutas navieras a través del canal de Chacao. Del mismo modo, el tardío acceso de las comunidades residentes a alternativas de conectividad terrestre, fomentó el desarrollo de la navegación y un importante vínculo con localidades costeras del territorio continental chileno.

Para fundamentar este estudio, se propone un enfoque teórico transversal, en el que se sintetizan y recogen conceptos e interpretaciones provenientes de diferentes matrices disciplinarias inscritas en el marco de las ciencias sociales. Entre otros elementos, se relevan los aportes específicos que han efectuado la antropología, la sociología, la historia y la demografía a la definición de la institución familiar en general, así como en relación al rol que juegan ciertas estructuras familiares en la articulación de comunidades locales y la producción de capital social.

No obstante, el desafío teórico principal de esta investigación está puesto en redimensionar y especificar estas discusiones desde un concepto de territorio fundado en la experiencia práctica y en las representaciones intersubjetivas de sus habitantes. En este sentido, se apela directamente a las discusiones y aportes conceptuales que se han generado desde la perspectiva de la geografía humana y cultural contemporáneas, donde se introducen estos elementos bajo el paradigma de la complejidad. Asimismo, se entiende que esta propuesta teórica no puede estar completa sin incorporar una reflexión en torno a la identidad cultural de

Chiloé, concepto que articula diferentes modalidades de arraigo e identificación territorial en consonancia con ciertas representaciones culturales e imaginarios asociados a la subjetividad chilota.

Desde un nivel metodológico, en tanto, la presente investigación incursiona en el estudio de discursos y narrativas de vida espaciales, reconociendo las distintas subjetividades y niveles que permiten reconstruir una determinada experiencia del territorio en diferentes localidades de la Península de Lacuy. El análisis de este material es congruente, a su vez, con una interpretación comprensiva, dinámica y territorializada de los fenómenos, sugiriendo la pertinencia de un enfoque basado en el concepto de redes sociales espacialmente localizadas e incorporando modelos propios de la demografía y los estudios familiares.

Palabras clave: familia, territorio, redes, estructuras, Chiloé.

CAPÍTULO UNO: INTRODUCCIÓN

“A través del tiempo, los chilotes han ido creando diferentes modos de vida que vinculan, reúnen, en un todo complejo al ambiente con la cultura”.

(Francisco Ther, *“Prácticas cotidianas e imaginarios en sociedades litorales. El sector de Cucao, isla grande de Chiloé”*)

“(Entre los chilotes) los lazos de parentesco nunca se dan por sentado, pues son estrictamente dependientes de un flujo constante de cuidado y amor, expresado en términos de “memoria”. Si alguien no se acuerda de sus familiares (es decir, no se preocupa por ellos) se le olvida rápidamente, independientemente de su relación de parentesco. Descendencia y lazos de sangre no se mencionan; el “acordarse” es lo que describe y define una relación, no el parentesco”.

(Giovanna Bacchiddu, *“Gente de isla – island people: an ethnography of Apiao, Chiloé, southern Chile”*)

(T. del A., texto original en inglés)

“No eran grandes desplazamientos y, sin embargo, los chilotes parecían en eterno movimiento. El paisaje no se concebía sin gente caminando. Mujeres con niños a lo largo de la playa para ir de un paraje a otro, campesinos a caballo rumbo al pueblo o tomando un bote para cruzar el canal que lo separa de la isla o chicos rumbo a la escuela a pie desnudo bajo la lluvia. Todo parecía moverse en Chiloé: la gente, el mar, las nubes”.

(Rodolfo Urbina, *“La vida en Chiloé en los tiempos del fogón, 1900-1940”*)

Desde la sociología y la psicología social, la institución familiar ha sido convencionalmente definida como un grupo social primario, coextensivo, por definición, a la propia existencia del individuo y anterior a otras formas colectivas de organización de las que participa a lo largo de su vida. Pero además de esta prerrogativa, la familia es caracterizada como la principal institución socializadora, toda vez que su influencia sobre la organización de la experiencia de los sujetos y la adopción de una serie de valores, pautas, actitudes y comportamientos es determinante durante sus primeros años y persistente a través del tiempo. Hasta cierto punto, la propia biografía de los individuos es indisociable de su origen familiar y de las experiencias vividas en relación a esta institución social, tal como recordamos al acercarnos a cualquier relato periodístico, literario y, aun, científico que aborde la descripción de una trayectoria de vida singular. No por nada, Claude Lévi-Strauss se vio tentado a considerar a la familia como una estructura de orden *natural*, anterior incluso a toda otra clase de organizaciones sociales, cuyo sustrato y significado sólo podría dilucidarse en el orden de la cultura (Lévi-Strauss, 1998).

Ahora bien, es de suponer que el rol de la familia como institución socializadora por excelencia corre a la par de otra forma de socialización, silenciosa pero omnipresente, y que remite a las condiciones espaciales en las que se desenvuelve la experiencia de las personas. La producción y reproducción de la vida sucede en *lugares* – sucesivos, simultáneos, imaginados, deseados-, cuya realidad e importancia cultural se justifica en función de los recursos materiales y simbólicos que le son transmitidos al individuo a través de los diferentes grupos sociales de los que llega a formar parte (García Ballesteros, 2001; Di Méo, 2004). Tales lugares se nombran, se delimitan y co-determinan, a la vez que articulan diferentes escalas de la experiencia y se ligan simbólicamente a personas, grupos o comunidades con los que el individuo mantiene relaciones de manera regular o esporádica (Di Méo, 1999).

En este esquema, la familia tiene *su* lugar, definido habitualmente por la referencia al sitio o al hogar de residencia. A este lugar “primario” se agrega una serie de capas territoriales que cobran sentido en cada contexto geográfico y que permiten insertar la experiencia de los sujetos en áreas de creciente extensión y complejidad, como el barrio, la comunidad rural, el pueblo, la ciudad o la región. La aparición de otros grupos y actores sociales en el horizonte de interacción de las personas señala, entonces, de manera implícita, la referencia a lugares más o menos distantes y cuyo significado suele develarse por oposición, cercanía o continuidad con este primer punto de referencia.

En efecto, los lugares del individuo suelen ser, durante su primera infancia, los lugares frecuentados, conocidos o accesibles por la familia y/o por algunos de sus miembros, entre los que se existen relaciones caracterizadas por un alto compromiso afectivo. La movilidad de los sujetos –en tanto supone un episodio de distanciamiento físico y emocional respecto del grupo familiar, sea este transitorio o definitivo-, implica un desafío a los límites del espacio geográfico adscrito a la familia de origen, a los significados ligados a éste, y conduce, a la postre, a la constitución de una subjetividad y una identidad territorial propia (García Ballesteros, 2001).

En consecuencia, la familia puede considerarse una forma básica de producción y organización de la experiencia territorial de los sujetos (Ayllón, 2003). Si bien esta forma tiende a suponerse natural o evidente ante el individuo, su contenido puede ser puesto en tensión ante la irrupción de nuevos proyectos individuales o colectivos o ante la amenaza de otras fuerzas sociales, económicas, políticas o culturales. Es, por lo tanto, una experiencia territorial *reflexiva*, si entendemos por ello la posibilidad de que el conocimiento del territorio producido a instancias de la institución familiar pueda ser revisado, reinterpretado y reorganizado por los sujetos a la luz de nuevas prácticas e información (Giddens, 1996).

Pero, por otro lado, la familia no es sólo una variable relevante desde el punto de vista de la construcción de una experiencia territorial singular. Es, asimismo, un agente esencial en la configuración de los espacios locales y la estructuración de comunidades solidarias en el territorio (Espinoza, 2005). Si bien esta dimensión de su acción tiende a verse diluida en contextos urbanos –caracterizados por una creciente fragmentación social y por la extensión de relaciones reguladas por el mercado-, es todavía un valor significativo a tener en cuenta al acercarse al estudio de comunidades rurales tradicionales, y particularmente relevante en casos en los que se presentan situaciones persistentes de relativo aislamiento (Durston, 2002). En esta línea, puede sugerirse que la familia supone un tipo de dominio territorial institucionalizado, que comporta reglas y acuerdos tradicionales en torno al uso del suelo, la sucesión, subdivisión y transacción de la propiedad raíz, la extensión y funciones del espacio público, o la construcción de vecindades y deslindes, entre otros aspectos significativos (Ayllón, 2003; Salières, 2005). Asimismo, la existencia de lazos fuertes al interior de la comunidad local y entre comunidades cercanas –posibilitados por la correspondencia de relaciones familiares y de vecindad que favorecen la cooperación y la reciprocidad-, contribuye a garantizar la cohesión de los territorios, además de

facilitar los intercambios y propiciar el desarrollo de un patrimonio y una identidad cultural compartida (Durston, 2002).

Bajo esta óptica, entonces, la familia se presenta como una institución social territorial, cuyas acciones y efectos son perceptibles en el paisaje, a la vez que se ven reforzados por su correspondencia con prácticas sociales incorporadas a nivel de los individuos, grupos y comunidades (Ayllón, 2003). Desde luego, su incidencia como principio de organización del espacio es variable a través de los territorios y sociedades, en competencia o abierto conflicto con otras lógicas espaciales derivadas de la articulación de circuitos globales de producción y consumo que distorsionan las estructuras tradicionales de propiedad y valorización del suelo (Woods, 2007).

Considerando la importancia que la familia tiene en la construcción de la experiencia territorial y en la organización del espacio local, resulta llamativo que su estudio no haya sedimentado en una línea de trabajo más sistemática, particularmente en el campo de la geografía humana. Si bien la reflexión en torno al rol de la familia como agente territorial no ha estado ajena a la geografía, es difícil hallar una continuidad entre los conceptos, teorías y enfoques de análisis empleados (Ayllón, 2003). Una interpretación plausible en relación a esta falta de atención puede vincularse con el proceso de declive y profunda transformación que la institución familiar parece estar experimentando en las últimas décadas, al menos en lo que respecta a los modelos y significados característicos que se han construido en el contexto de la modernidad capitalista occidental (Arriagada, 2001; Therborn, 2004). Bajo esta perspectiva, pudiera sugerirse que la crisis de la familia tiene un correlato específico en el ámbito de las relaciones espaciales, cuya expresión más sobresaliente estaría dada por la erosión de su rol como productor y organizador de experiencias y prácticas territoriales.

Desde luego, no es difícil relacionar esta interpretación con las dinámicas extensivas e intensivas previstas en la literatura por los procesos de modernización y globalización, que empujan a los actores locales del territorio a redefinir sus prácticas e identidades en términos defensivos, adaptativos o de explícita resistencia ante el avance de transformaciones aceleradas en los sistemas productivos, sociales y culturales (Castells, 2001; Woods, 2007). No obstante, desde el punto de vista que interesa plantear aquí, cabe sostener que, a diferencia de otros agentes sociales y territoriales locales (comunidades u organizaciones humanas con diferente grado de formalidad e institucionalización), la familia presenta una problemática singular: como ya se ha dicho, su existencia y significado no sólo se encuentran sólidamente institucionalizados a través de las diferentes sociedades, sino que sus características y configuración específica están en la base de las condiciones de vida de la población y son determinantes en los destinos individuales de los sujetos. Es, de alguna manera, una interfaz primaria entre una dimensión individual y colectiva de la experiencia, además de constituir una unidad social y económica cuyo patrimonio y características no son reductibles a los de cada uno de sus miembros.

Mientras otros procesos y actores colectivos parecen ser desmontados o rearticulados con relativa facilidad ante la irrupción de las fuerzas de la globalización, la familia —a pesar de sus innegables mutaciones y

resignificaciones- es capaz de retener una centralidad objetiva y simbólica en la organización de las relaciones sociales (Arriagada, 2001; Sunkel, 2006). Aun cuando resulte legítimo discutir si la fortaleza aparente de esta posición no esconde una creciente subordinación respecto de otras esferas de acción en las que los sujetos se ven implicados, la familia continúa siendo hoy, cuando menos, un agente “sensible” para las poblaciones y comunidades, sobre todo cuando se considera su situación desde una perspectiva de política pública. En este campo, la familia sigue desempeñando un rol clave, estableciéndose como tercer pilar –junto al Estado y al mercado- entre los mecanismos sociales que garantizan la provisión de bienestar y el acceso a protección social de los individuos (Huenchuan, 2009). Lejos de ser un residuo (o un refugio) de pautas tradicionales de interacción y solidaridad en las sociedades contemporáneas, en la actualidad –tal como han argumentado diferentes investigadores- la familia enfrenta profundos cambios y desafíos, pero no por ello cede su preeminencia ante otros agentes sociales (Arriagada, 2007; Sunkel, 2006).

Pero, ¿cómo se traduce esta centralidad y particularidad –asociada a la idea de familia- al estudio de las dinámicas territoriales? ¿En qué medida la familia sigue siendo un agente estructurante del espacio local? ¿Qué tipo de experiencias territoriales contribuyen a producir y reproducir las familias? ¿Cómo difieren dichas prácticas y experiencias cuando están referidas a distintos modelos e imaginarios familiares? ¿Qué clase de redes y relaciones sociales ayudan a establecer las familias en el territorio? ¿Cómo se organizan y evolucionan ciertos sistemas territoriales articulados en base a relaciones familiares y de parentesco?

Éstas son las principales interrogantes que estimulan el desarrollo de esta investigación. Por cierto, la amplitud de estas cuestiones y su complejidad, vuelve estéril el esfuerzo por intentar respuestas exhaustivas y susceptibles de generalización. En este trabajo, se ha tomado la opción de encauzar la reflexión desde la discusión de un caso particular, en el que las intersecciones entre los discursos y las prácticas de los habitantes de un conjunto de localidades rurales situadas en el norponiente de la Isla Grande de Chiloé, ofrecen una perspectiva sugerente para la exploración de nuevas hipótesis. Si bien la elección de esta área de estudio responde a la observación de una serie de características geográficas, históricas, sociales y culturales que tienden a favorecer el rol de la familia como agente territorial, cabe subrayar la singularidad que entrañan estas comunidades, lo que supone una complejidad adicional para la investigación. La fuerte identidad cultural chilota, en este sentido, no sólo parece ser resultado de una serie de rasgos específicos –entre los que la familia constituye un aspecto o dimensión particular-, sino que se presenta ante los sujetos como una fuente compartida de significados que opera como modelo de referencia para las diferentes prácticas culturales locales e individuales.

El desafío que se propone, entonces, consiste en especificar contextos significativos para el análisis del papel de la institución familiar en la estructuración del territorio y de su experiencia en los discursos de los sujetos, reconociendo la particularidad que revisten tales expresiones en el horizonte de sentidos que plantean los diferentes imaginarios del ser chilote. Las claves teóricas que se derivan de esta formulación, involucran una revisión sistemática de los conceptos de familia, territorio y redes sociales comunitarias, poniendo de relieve el

modo en que estos conceptos se imbrican e implican simultáneamente. Para arribar a esta síntesis fue preciso recolectar y discutir diferentes aportes teóricos provenientes de variadas disciplinas de las ciencias sociales, sin perder de vista el eje articulador que supone la mirada territorial.

En el nivel metodológico, en tanto, se ensayó el uso de técnicas de cualitativas de producción y análisis de información basadas en la observación y el estudio de discursos elaborados por los habitantes de localidades de la Península de Lacuy (área focal de esta investigación). Estas herramientas permitieron generar tipologías, esquemas y cartografías detalladas a través de las cuales se intentó resumir los principales hallazgos de la investigación.

A continuación, entonces, se describe el cuerpo sustantivo de la investigación, siguiendo el orden en que se exponen sus diferentes elementos. En el primer capítulo se introduce la problemática en estudio, documentada en la discusión de una serie de antecedentes que gatillan tres motivaciones temáticas particulares: (a) la significación e interés actual de la relación familia-territorio –eje que ya se ha insinuado en esta introducción- como problema de estudio relevante en el ámbito rural chileno; (b) el papel de las redes sociales familiares en la construcción de una experiencia territorial desde la perspectiva de las comunidades rurales chilotas contemporáneas; y, (c) las tensiones y procesos actuales que manifiesta la Península de Lacuy desde una condición semi-periférica en el contexto geográfico de la Isla Grande de Chiloé. Tales motivaciones se sintetizan en una propuesta resumida del problema de investigación, para luego dar paso a la descripción de los objetivos, hipótesis y relevancias del estudio. Además, se incluye una reseña de antecedentes específicos para el caso en estudio, entre los que se incluyen datos relevantes para la caracterización del área geográfica analizada y su población, así como algunas claves sobre el perfil y evolución de las familias residentes.

En el segundo capítulo, se construye el marco teórico de referencia de la investigación, que apela –como ya se dijo- a los conceptos estructurantes de familia, territorio y redes sociales comunitarias. La discusión de cada uno de ellos es acompañada por una breve exposición de las interpretaciones particulares que se han sugerido para capturar la especificidad de tales conceptos en el contexto rural chilote. Junto a los mencionados conceptos se introduce la discusión de otras nociones auxiliares, provenientes de distintos marcos disciplinarios, entre los que cabe mencionar los conceptos de: (i) parentesco, (ii) instituciones sociales, (iii) estructuras familiares, (iv) ruralidad, (v) insularidad, (vi) experiencia y prácticas territoriales, (vii) comunidad, (viii) redes y (ix) capital social.

El tercer capítulo comprende el diseño metodológico de la investigación, que se propone como una aplicación concreta del enfoque de análisis de redes sociales a partir de la interpretación de discursos y narraciones con contenido espacial. A este eje transversal se añade la perspectiva metodológica de la geografía constructivista (Lindón, 2008; Lindón, 2007) y la elaboración de tipologías socio-territoriales. Las técnicas empleadas para la producción de información incluyen la observación simple, entrevistas individuales, registros secundarios y fuentes casuales, obtenidos durante y con posterioridad al trabajo de campo (efectuado durante el mes de

febrero de 2010). En cuanto al análisis, se proponen cuatro módulos de trabajo, que incorporan herramientas tipológicas y la construcción de cartografías, además del recurso a técnicas de análisis de contenidos y de discursos.

El cuarto capítulo contiene la exposición detallada del análisis realizado con la información producida por la investigación. El análisis se despliega a través de tres acercamientos sucesivos, que apuntan a recoger evidencias sustantivas en apoyo a los objetivos específicos del estudio, que convergen en una síntesis global.

Finalmente, en el quinto capítulo se presentan las conclusiones de la investigación, organizadas en torno a tres clases de consideraciones: (a) de orden teórico; (b) de orden metodológico; y, (c) de política pública, sugiriendo, en esta última línea, la potencial aplicación de algunos de los hallazgos del estudio como insumos para el diseño de políticas y la planificación de escala local.

El autor agradece especialmente el apoyo del Programa Beca Presidente de la República para estudios de postgrado en Chile del Consejo Nacional para la Ciencia y Tecnología (CONICYT), que le permitió financiar la realización del programa de estudios del Magíster en Geografía de la Universidad de Chile entre los años 2008 y 2009, y al Ministerio de Vivienda y Urbanismo, institución que patrocinó su postulación a la mencionada beca.

Parte de los resultados de la investigación fueron difundidos, de manera preliminar, en una ponencia presentada en el II Seminario “*Chiloé: historia del contacto*”, realizado en el Museo Regional de Ancud los días 4 al 6 de junio de 2010.

CAPÍTULO DOS: EL PROBLEMA A INVESTIGAR.

I. Motivos y antecedentes para una aproximación

(a) *La relación familia-territorio en el contexto rural chileno contemporáneo.*

Continuando la línea argumental trazada en la introducción, la problemática central que pretende abordar esta investigación es la relación entre familia y territorio. Pero, ¿Cuál es el interés que reviste, genuinamente, este tema en la actualidad? De una parte –como ya se esbozó en un comienzo- la familia constituye un hito primario en la identidad y trayectorias vitales de los sujetos, a la vez que entrega los fundamentos básicos para la conformación efectiva de una experiencia ligada a los territorios. También se ha dicho que la familia juega un rol, relevante en determinados contextos sociales y geográficos, en la producción y organización del espacio local. Sin embargo, es preciso avanzar algunos pasos más allá en esta reflexión, con el propósito de precisar adecuadamente la relevancia que tiene este tema e identificar sus rasgos críticos en el escenario actual que enfrentan las sociedades y territorios rurales en Chile.

Para ello, se recurre a referentes recientes en la literatura especializada, además de considerar ciertos antecedentes empíricos que ayudan a fundamentar la pertinencia de este problema de investigación y sus condicionantes concretos para el caso en estudio.

Desde una primera lectura, cabe señalar que la familia puede considerarse una organización orientada, entre otros fines, al control social del territorio. Para Ayllón, la familia es “(...) *un conjunto de individuos relacionados entre sí por el parentesco –parentesco que cada cultura establece y legitima- y que tiene como finalidad la ayuda mutua y el control de su territorio, en las mejores condiciones posibles*” (Ayllón, 2003: 201). En este nivel, se asume que la familia sienta las bases para la construcción y la gestión del territorio, en línea con la idea de familia como agente o *sistema de orden territorial* (Ayllón, 2003). Si aceptamos esta definición, cabrá entonces preguntarse por las capacidades que las familias efectivamente disponen para establecer y asegurar dicho control en la actualidad, considerando la particular realidad latinoamericana.

Sin lugar a dudas, las familias no son las mismas de antes. Desde cualquier mirada disciplinaria atingente – como la que proponen, entre otras ciencias, la sociología, la antropología, la demografía o la historia-, salta a la vista la recurrencia con la que se alude a conceptos tales como “cambios”, “transformación”, “crisis” o “transición”, para describir las tendencias actuales de la institución familiar en América Latina. El contenido de estos cambios, como coinciden diferentes autores (Arriagada, 2007; Sunkel, 2006; Huenchuan, 2009; Jelin, 1994), se descompone en múltiples dimensiones –demográfica, social y cultural- a la vez que impacta de modo diferencial sobre distintas categorías socioeconómicas, étnicas, culturales y territoriales. Ahora bien, las variadas interpretaciones que se hacen en torno a las transformaciones familiares, encuentran un vector

común en el proceso de transición demográfica que emerge a instancias de la aceleración de los procesos de modernización y urbanización.

Según la teoría de la transición demográfica clásica, la disminución sostenida de la fecundidad y de la mortalidad, señalaría etapas sucesivas de aumento y posterior declive en las tasas de crecimiento de la población, cuyo efecto más visible en el largo plazo está dado por el envejecimiento de sus efectivos. En este horizonte, las familias habrían de enfrentar de manera cada vez más frecuente los riesgos y costos asociados al cuidado de personas mayores dependientes, con una presión creciente a las personas económicamente activas en los hogares. En el caso de las mujeres, cuya esperanza de vida es superior a la de los hombres, se eleva la probabilidad de enviudar entre quienes han contraído matrimonio y, de manera generalizada, la probabilidad de enfrentar solo/a los últimos años de la vida. De otra parte, el descenso persistente de la fecundidad señala una menor presencia de niños/as y jóvenes, con un consabido efecto sobre el tamaño de las familias y una menor demanda por servicios y atención específica a este segmento de población. Del mismo modo, la reducida participación de niños/as y jóvenes significaría una disminución potencial del número de miembros del hogar que eventualmente puede prestar apoyo a las personas que alcanzan edades avanzadas (Huenchuan, 2009).

Pese a lo anterior, existe consenso en que –al margen de los efectos colaterales asociados al tamaño y composición del grupo familiar, así como en relación a las características de sus integrantes- el proceso de transición demográfica dejaba “relativamente intacta” a la familia en tanto institución social (Rodríguez y Villa, 2001). Pero una serie de cambios culturales y sociodemográficos recientes –sintetizados en el proceso de la llamada “segunda transición demográfica”- repercutirá de manera profunda en el tipo de estructuras y formas características de la institución familiar, desafiando particularmente al modelo predominante de la familia nuclear bi-parental. Entre otros fenómenos, cabe mencionar el aumento de las disoluciones conyugales, el crecimiento de uniones consensuales y de hecho, cambios en las relaciones de género al interior de los hogares, el retraso en la edad media en la que se tiene el primer hijo/a y, de manera más generalizada, una diversificación de las formas y tipos de familia –incluyendo una proporción creciente de arreglos unipersonales, familias sin núcleo, núcleos monoparentales u hogares compuestos, en detrimento de formas tradicionales como la familia nuclear biparental o la familia extendida (Rodríguez y Villa, 2001; Arriagada, 2007; Arriagada, 2001).

Todos estos procesos (sean incipientes o generalizados, e impulsados con mayor o menor velocidad) tienen presencia en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. No obstante, su impacto parece concentrarse aún entre determinados grupos sociales, particularmente entre aquellos segmentos mejor preparados para acoger los cambios culturales fomentados por el proceso de globalización y más dispuestos a adoptar nuevos estilos de vida. De esta manera, la irrupción de nuevas formas y estructuras familiares introduce una cuña en el desarrollo previsto por la teoría de la transición demográfica clásica, instaurando un nuevo principio de desigualdad basado en los tipos de familia (Rodríguez y Villa, 2001; Arriagada, 2007). De acuerdo a esta

interpretación, son los sectores de más altos ingresos aquellos que más tempranamente tienden a expresar tales cambios familiares, toda vez que cuentan con los recursos materiales y culturales para escoger determinados estilos de vida y, de manera consecuente, conformar el tipo de familia que más se ajusta a sus expectativas. Por contrapartida, los grupos de menores ingresos exhiben un ostensible rezago en la materialización de los procesos de transición demográfica, siendo frecuente que los tipos de familia predominantes entre ellos se caractericen por un mayor tamaño y por la presencia de una serie de características que imprimen una significativa vulnerabilidad a su estructura (baja escolaridad, dependencia económica, problemas de salud y acceso limitado a métodos anticonceptivos, fecundidad adolescente, allegamiento, inserción laboral precaria, etc.).

Otra perspectiva que añade complejidad al diagnóstico de la situación de las familias latinoamericanas es el enfoque del ciclo de vida de los hogares (Barahona, 2006; Arriagada, 2007; Retamoso, 2002). En efecto, los cambios culturales y funcionales que experimentan las familias en la actualidad, son asimilados de modo distintivo dependiendo de la etapa del ciclo de vida en que se encuentre cada familia y sus integrantes. La estructura de activos que disponen los grupos familiares –así como el perfil de riesgos a los que se ven expuestos- varía entre las diferentes etapas por las que pueden transitar, incluyendo, entre otras, la formación del núcleo, las etapas de crianza y consolidación, y las fases de progresiva descomposición –definidas a instancias de la emancipación de los hijos/as, la disolución de las uniones, el envejecimiento, la muerte del cónyuge u otras circunstancias). Asimismo, la configuración de hogares multigeneracionales (Huenchuan, 2009) –como estrategia de apoyo a las personas mayores o como resultado de la cohabitación de diferentes grupos familiares por razones económicas o culturales- es otro aspecto que se debe considerar, de modo de no simplificar los procesos vividos por las familias a lo largo de su existencia.

Los antecedentes descritos hasta aquí son indicativos de la creciente complejidad asociada al análisis de las familias. De manera correlativa, es evidente que el conjunto de habilidades y recursos territoriales con las que éstas cuentan se halla estrechamente asociado con el tipo, estructura, configuración y etapa del ciclo de vida que les son característicos, además de otras variables sociales, económicas y culturales que se expresan tanto a esta escala como a nivel de población. En el caso de las familias rurales chilenas, existen algunos datos que permiten precisar mejor su perfil y evolución y que llaman la atención acerca de la emergencia de nuevas estructuras y modelos en correspondencia con los procesos sociodemográficos que se han venido discutiendo.

Si bien resulta corriente relacionar a las familias rurales con un fuerte tradicionalismo cultural y con el predominio de estructuras de parentesco extendido, el estudio de algunas de las principales tendencias demográficas de las últimas décadas plantea matices interesantes respecto de esta imagen convencional para el caso de Chile. En primer lugar, se destaca la distribución y evolución de los tipos de familias. Conforme a información censal comparada (1992-2002), se tiene que la composición de los hogares rurales tiende a un proceso de convergencia gradual respecto del perfil característico de los hogares urbanos (ver Tabla #1). El tipo de hogar predominante en ambas áreas es el hogar nuclear (conformado por el jefe/a de hogar y, cuando

menos, uno o más hijos/as, con o sin la presencia del cónyuge), mientras que la participación de hogares extensos (con presencia de otros parientes, como abuelos/as, tíos/as, yernos o nueras u otros) se comprueba secundaria. La proporción de ambas clases de hogares, además, se ha ido equiparando en áreas urbanas y rurales. En el caso de los hogares nucleares existe un ligero predominio en las primeras, alcanzando a un 57,2% del total en 2002, versus un 55,6% en áreas rurales. Entre 1992 y 2002, además, el descenso en el porcentaje de hogares nucleares es significativo para ambas realidades territoriales, aunque resulta más pronunciado en el caso de las áreas urbanas (con una disminución superior al 11%). Respecto de la prevalencia histórica de los hogares extensos en áreas rurales, las tendencias observadas en base al análisis de las cifras censales parecen desmentir esta afirmación común. No sólo se ha podido constatar que la participación de hogares extensos es reducida en áreas rurales (26,3% hacia el año 2002), sino también que la participación de este tipo de hogares sobre el total tiende a ser muy similar –e incluso inferior– en comparación con áreas urbanas (26,3%). Respecto de otros tipos de hogares, como los compuestos (que incluyen la participación de una o más personas sin relación de parentesco con el jefe/a de hogar) o los unipersonales (hogares de personas solas), las cifras también resultan concordantes: en el caso de los hogares compuestos se verifica una participación muy semejante en ambas áreas (4,6% en áreas rurales y 4,7% en áreas urbanas), mientras que para el caso de los hogares unipersonales se comprueba una sobrerrepresentación en áreas rurales (13,5% versus un 10,1%), con un diferencial relativamente creciente en el ciclo 1992-2002 (de un 1,9% de diferencia en favor de las áreas rurales en 1992, se pasa a un 2,2% en 2002). El incremento generalizado de la participación de hogares unipersonales tanto en áreas urbanas como rurales, estaría marcada por el avance de la transición demográfica y sus efectos sobre el envejecimiento de la población que determinarían una mayor presencia de hogares de adultos mayores solos (principalmente mujeres) (Huenchuán, 2009; Arriagada, 2007).

Tabla #1: Chile (1992-2002). Distribución de los hogares por tipo según área de residencia (urbano / rural). Evolución en cifras absolutas y relativas.

Año	Tipo de hogar	Urbano		Rural		Total	
		Nº	%	Nº	%	Nº	%
1992	Unipersonal	227.185	8,2%	53.075	10,1%	280.260	8,5%
	Nuclear	1.891.333	68,3%	333.900	63,8%	2.225.233	67,6%
	Extenso	606.133	21,9%	124.425	23,8%	730.558	22,2%
	Compuesto	45.908	1,7%	11.820	2,3%	57.728	1,8%
	Total	2.770.559	100,0%	523.220	100,0%	3.293.779	100,0%
2002	Unipersonal	405.939	11,3%	74.708	13,5%	480.647	11,6%
	Nuclear	2.051.809	57,2%	307.909	55,6%	2.359.718	57,0%
	Extenso	961.388	26,8%	145.910	26,3%	1.107.298	26,7%
	Compuesto	168.162	4,7%	25.598	4,6%	193.760	4,7%
	Total	3.587.298	100,0%	554.125	100,0%	4.141.423	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a procesamientos especiales de información censal INE.

Otro dato significativo que apoya la tesis de una progresiva asimilación en las características de las familias rurales y urbanas es el tamaño medio de los hogares. Según puede apreciarse en la Tabla #2, el número de integrantes en los hogares rurales pasó, entre 1992 y 2002, de 4,1 a 3,5 personas. A su vez, los hogares urbanos

registran una tendencia semejante, pasando de 4,0 a 3,6 personas en el mismo periodo. Como se ve, no solamente se verifican similitudes en el tamaño medio de hogares rurales y urbanos, sino que incluso la contracción en el número de integrantes es más acelerada entre los primeros (0,6) que entre los segundos (0,4).

Tabla #2: Chile (1992-2002). Tamaño medio de los hogares (N° de personas) según área de residencia (urbana / rural).

Área	1992	2002
Urbana	4,0	3,6
Rural	4,1	3,5
Total	4,0	3,6

Fuente: elaboración propia en base a procesamientos especiales de información censal INE.

Por otro lado, la participación de jefatura femenina en los hogares continúa siendo inferior en las áreas rurales que en las urbanas (ver Tabla #3), lo que resulta consistente con el histórico predominio de la población masculina entre sectores rurales. Pese a ello, se registra un importante crecimiento porcentual de los hogares con jefe mujer en zonas rurales (4,7% neto), ligeramente inferior al materializado en zonas urbanas para el periodo intercensal (6,1%).

Tabla #3: Chile (1992-2002). Distribución de los hogares por sexo del jefe según área de residencia (urbana / rural). Evolución en cifras absolutas y relativas.

Año	Tipo de hogar	Urbano		Rural		Total	
		N°	%	N°	%	N°	%
1992	Jefatura masculina	2.026.400	73,1%	433.052	82,8%	2.459.452	74,7%
	Jefatura femenina	744.159	26,9%	90.168	17,2%	834.327	25,3%
	Total	2.770.559	100,0%	523.220	100,0%	3.293.779	100,0%
2002	Jefatura masculina	2.403.246	67,0%	432.874	78,1%	2.836.120	68,5%
	Jefatura femenina	1.184.055	33,0%	121.252	21,9%	1.305.307	31,5%
	Total	3.587.301	100,0%	554.126	100,0%	4.141.427	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a procesamientos especiales de información censal INE.

Asimismo, un rasgo sobresaliente de los hogares rurales actuales es la alta participación relativa de población adulta mayor (60 y más años), característica que –en opinión de diferentes autores (véase Huenchúan, 2009)- parece acentuarse en las últimas décadas tanto en Chile como en el resto de América Latina. De acuerdo a los datos del censo (Tabla #4), en efecto, se constata que un 35,4% de los hogares empadronados en 2002 corresponde a hogares con una o más personas mayores. De este total, un 5,9% son hogares de adultos mayores que viven solos, mientras que el restante 29,5% corresponde a hogares compuestos por 2 o más personas. En términos globales, la proporción de hogares con adultos mayores en áreas rurales supera –hacia el año 2002- en más de 6 puntos porcentuales al valor reportado en áreas urbanas, y verifica un aumento intercensal (2,7%) que casi duplica al observado en estas últimas áreas (1,5%). Estos datos señalan un profundo impacto del proceso de transición demográfica sobre los hogares rurales, con consecuencias significativas sobre la composición y vulnerabilidad social de las familias que habitan estos territorios.

Tabla #4: Chile (1992-2002). Distribución de los hogares por tipo y presencia de adultos mayores (60 y más años) según área de residencia (urbana / rural). Evolución en cifras absolutas y relativas.

Año	Tipo de hogar	Urbano		Rural		Total	
		Nº	%	Nº	%	Nº	%
1992	Hogares unipersonales de adultos mayores	96.723	3,5%	21.804	4,2%	118.527	3,6%
	Otros hogares con adultos mayores	664.098	24,0%	149.544	28,6%	813.642	24,7%
	Otros hogares	2.009.736	72,5%	351.872	67,3%	2.361.608	71,7%
	Total hogares con adultos mayores	760.821	27,5%	171.348	32,7%	932.169	28,3%
	Total hogares	2.770.557	100,0%	523.220	100,0%	3.293.777	100,0%
2002	Hogares unipersonales de adultos mayores	162.072	4,5%	32.816	5,9%	194.888	4,7%
	Otros hogares con adultos mayores	879.933	24,5%	163.203	29,5%	1.043.136	25,2%
	Otros hogares	2.545.296	71,0%	358.107	64,6%	2.903.403	70,1%
	Total hogares con adultos mayores	1.042.005	29,0%	196.019	35,4%	1.238.024	29,9%
	Total hogares	3.587.301	100,0%	554.126	100,0%	4.141.427	100,0%

Fuente: elaboración propia en base a procesamientos especiales de información censal INE.

Desde un punto de vista cultural, en tanto, se verifica cómo las actitudes y valoraciones hacia la familia han ido redefiniéndose, a instancias de procesos de secularización y adopción de normas y pautas culturales modernas que entran en conflicto con la fuerte influencia que la religión (católica, principalmente) y otras fuentes tradicionales han tenido históricamente sobre las sociedades rurales en Chile. La penetración de ciertos imaginarios y estilos de vida tiene efectos relevantes en la asimilación de los grupos humanos que habitan en áreas urbanas y rurales, con especial impacto en comunidades que habitan en territorios próximos o con contacto frecuente con áreas urbanas (Moreno, 2005). Pese a ello, las comunidades rurales que han experimentado un mayor grado de aislamiento a lo largo del tiempo –y que retienen una fuerte cohesión e identidad- son todavía refugio de costumbres y prejuicios significativos en torno a temas como el matrimonio, el noviazgo, la sexualidad, los roles de género y la conformación de la familia, como lo demuestran las observaciones recogidas por Bacchiddu (2007) en su etnografía sobre la Isla de Apiao, en el archipiélago chilote.

Junto a estas características, debe tenerse en cuenta, también, que el paisaje y las condiciones del espacio rural chileno han mutado sensiblemente en el transcurso de las últimas décadas. Siguiendo la discusión planteada, entre muchos otros, por Canales y Gómez (Canales, 2006; Gómez, 2003), se vislumbra una serie de características emergentes que sugieren la aparición de nuevas formas de representar y experimentar la ruralidad y que aportan fundamentos para validar el concepto –ampliamente difundido- de “nueva ruralidad”. Sin entrar en detalles, algunos aspectos que confirman esta resignificación de lo rural están dados por la extensión del trabajo asalariado, el retroceso de las economías campesinas y de subsistencia, la intensificación en el acceso a transportes, comunicaciones y bienes de consumo, la vinculación de las actividades productivas

rurales con encadenamientos productivos de escala global, la reducción de la pobreza y el cambio más general apreciado en los modos de vida tradicionales y en las expectativas de los habitantes rurales. La amplitud de esta transformación y su generalización a través de territorios vastos y diversos, lleva a relacionar la interpretación de tales fenómenos con la profundización de procesos globales tendientes a articular y especializar el funcionamiento de los territorios rurales alrededor del mundo. Para Woods, por ejemplo, la inserción productiva de los territorios rurales en el marco de una economía global, sienta las bases para la construcción de un espacio rural de escala mundial, que este autor denomina el “*campo global*”¹ (Woods, 2007). Entre las principales características de este nuevo referente territorial –cuya materialización es todavía hipotética–, aparecen las siguientes: el desarrollo intensivo de un sector primario y secundario alimentado por redes contingentes de *commodities*, con el consumo separado de la producción; la concentración e integración corporativa a nivel transnacional; el flujo permanente de turistas atraídos por sitios con amenidades rurales; los altos niveles de inversión extranjera (de tipo comercial, productiva o inmobiliaria); su función como proveedor y empleador de mano de obra migrante; la redefinición del discurso en torno a la naturaleza y su manejo, implicando la explotación de recursos naturales con fines comerciales y la valorización de los activos naturales y paisajísticos del territorio; la polarización social creciente; la vinculación estratégica con lugares de poder político y financiero a nivel global, etc. (Woods, 2007).

Las zonas costeras y litorales –como expresión singular de los territorios rurales– no están de ningún modo ajenas a estas transformaciones, destacándose la creciente valorización adquirida por su capital natural y paisajístico, sea con fines turísticos o productivos. Phyne inserta esta discusión en el contexto macro de la consolidación de un modelo capitalista rural que puede sacar provecho de las oportunidades existentes en estos territorios para favorecer el desarrollo, entre otras actividades, de la industria acuícola, cuya implantación presenta una serie de problemáticas sociales y medioambientales comunes (incluso, al comparar realidades tan disímiles como las de Noruega, Irlanda o Chile) (Phyne, 2010). La presencia de estas industrias, a su vez, puede gatillar conflictos territoriales que motivan la politización de las comunidades y los gobiernos locales en torno a proyectos y estrategias de desarrollo alternativas (Floysand y Román, 2008). Para Ther, en tanto, la posibilidad de redefinir el desarrollo de las sociedades litorales a través de la reconversión de las actividades productivas tradicionales no solo modifica la relación que los habitantes de las caletas y localidades costeras tienen con el mar como fuente de recursos, sino que plantea una disonancia profunda en la forma en que estas colectividades experimentan su vida cotidiana y dan significado a los territorios que ocupan (Ther, 2010).

En convergencia a las transformaciones discutidas, la influencia de la institución familiar en la organización y producción de una experiencia territorial tiende a verse desafiada ante la extensión de relaciones de mercado, la capitalización del suelo, recursos naturales y humanos con ventajas competitivas desde el punto de vista de la inserción en circuitos de producción y consumo globales, además del avance de los procesos de urbanización y vinculación funcional de estos territorios con las áreas urbanas.

¹ La expresión original es “*global countryside*” (Woods, 2007).

Uno de los cambios más relevantes en esta dimensión es el deterioro de la función familiar como unidad de producción y consumo autosuficiente, elemento característico de las economías campesinas tradicionales y/o de subsistencia. Si bien la participación en el empleo asalariado y en actividades productivas orientadas al mercado no representa una condición del todo extraña al modo de vida rural, es notorio cómo la generalización de estas opciones está mermando la autonomía de las economías familiares, las que se vuelven dependientes de un ingreso externo. En este escenario, la producción para el autoconsumo se convierte, a lo sumo, en un complemento a los ingresos monetarios obtenidos del trabajo asalariado, redefiniendo la función productiva y residencial que tradicionalmente ha tenido la propiedad agrícola familiar en términos de una función básicamente residencial (Salières et al, 2005).

De otra parte, las redes de ayuda mutua y cooperación posibilitadas por la solidaridad familiar, tienden a perder incidencia frente a la institucionalización y acceso masivo a beneficios facilitados por los instrumentos de la política pública, así como por la extensión de mecanismos crediticios otorgados por instituciones financieras privadas (Durston, 2002). La monetarización de los intercambios, a su vez, es sindicada como un factor que distorsiona las relaciones al interior de la comunidad local, limitando o condicionando el tipo de ayuda que los grupos familiares pueden obtener de sus vecinos y conocidos, además de producir fracturas en el capital social comunitario (Durston, 2002). Dicho aspecto compromete una fuerte tensión en las relaciones existentes al interior de comunidades cerradas en las que tradicionalmente han primado principios y prácticas de cooperación recíproca, como en el caso del Chiloé rural (cuya expresión más reconocida es la *minga*). De alguna manera, como sugiere Daughters, la pérdida de una vivencia directa de esta solidaridad comunitaria, tiende a transfigurar sus contenidos en un plano más abstracto y discursivo –proceso que este autor asocia a la idea de *virtualización* (Daughters, 2010).

Sintetizando las ideas presentadas en este apartado, cabe plantear, entonces, que la relación entre familia y territorio se define como un eje problemático para el estudio de comunidades rurales en Chile, con matices y particularidades a tener en cuenta en el caso de localidades y territorios costeros. La aproximación a esta discusión, sin embargo, ha de considerar tanto el efecto de procesos sociales y demográficos de orden macro que influyen sobre las características y configuración de las familias chilotas actuales, como las capacidades y activos locales que éstas poseen para enfrentar los desafíos planteados en el contexto de un territorio que vive una profunda transformación.

(b) *Chiloé. El papel de las redes en la (re)composición de una experiencia territorial.*

La condición insular del territorio chilote² ha sido excusa habitual para discutir acerca de la paradójica relación que se establece entre sus habitantes y el territorio continental chileno. Separados por el mar y las escasas

² Incluyendo la totalidad del archipiélago, integrado por la Isla Grande de Chiloé y sus islas menores.

alternativas de conectividad, pero obstinados en vencer estas barreras una y otra vez. Alejados de las principales fuentes productivas, de consumo y de empleo, pero siempre dispuestos a hacer grandes esfuerzos y sacrificios para acceder a ellas. Discriminados o subordinados por la autoridad política, pero siempre sujetos a sus decisiones e interesados en captar el favor de sus recursos. Defensores férreos de su autonomía e identidad cultural, pero persistentemente necesitados de integración y mayores oportunidades.

Desde luego, una de las interpretaciones más desarrolladas y difundidas en este sentido, aborda esta relación desde el paradigma del *aislamiento*. Para Grenier, el aislamiento se presenta como *leitmotiv* de la vida cotidiana de los chilotes, a la vez que constituye una limitación objetiva que no ha podido ser salvada en ningún rincón del archipiélago (Grenier, 1984). En su opinión, tres son los datos fundamentales que permiten caracterizar esta condición de aislamiento: la *posición* (geográfica), la *insularidad* y la *dispersión* de la población. Chiloé es un territorio de frontera: última extensión poblada y urbanizada del Chile continental y punto de inicio de la abrupta y solitaria geografía austral. Es, también, una isla: un lugar que se vive y se piensa desde la forzada autosuficiencia que le imponen sus límites marítimos. Y estas características tienden a acentuarse en la medida en que Chiloé no ha conseguido generar, a lo largo de su historia, polos demográficos de suficiente envergadura para contrarrestar estas desventajas aparentes y desencadenar procesos de crecimiento económico y transformación del territorio a gran escala (Grenier, 1984).

Sin perjuicio de estas circunstancias, el aislamiento (o la dependencia) que usualmente se atribuye a Chiloé y a su cultura es un factor que resulta significativamente relativizado al analizar los vínculos y la intensa movilidad que caracterizan a la relación de los habitantes del archipiélago con el continente. El *contacto* –posibilitado por la cercanía física y la navegación, pero sobre todo por la necesidad de intercambio con otras sociedades y otros territorios– es la contraparte activa de este discurso convencional sobre el aislamiento, y plantea un punto de vista propicio para estudiar tanto el tipo de articulaciones que se dan entre Chiloé y el territorio continental, como para indagar respecto de la cohesión interna que efectivamente existe al interior del archipiélago chilote. La idea de contacto supone interacciones frecuentes y una necesidad mutua de relaciones entre Chiloé y el continente fundada en diferentes objetivos de orden práctico, económico, político, social o cultural. Desde esta perspectiva, el aislamiento se torna en complementariedad y diálogo, promoviendo el reconocimiento de una especificidad cultural entre los sujetos que no obstaculiza el desarrollo de vínculos sociales ni la persistencia de una intensa movilidad territorial. Entre las diferentes expresiones del contacto, se cuentan no sólo la migración (transitoria o permanente) de sus habitantes, sino una serie de procesos complejos – continuos, específicos, recurrentes– que involucran a individuos y colectividades, incluyendo, entre otros aspectos, el intercambio económico y comercial, el trabajo, la exploración del territorio y el turismo, la transmisión del patrimonio cultural tangible e intangible, los procesos de integración y transferencia de recursos fomentados por diversas instituciones sociales y políticas, y, en general, las diferentes esferas de actividad a través de las cuales se propicia algún tipo de acercamiento entre los sujetos y territorios localizados a uno y otro lado del canal de Chacao.

Tal como ha constatado Urbina en sus investigaciones históricas, la identidad del chilote no se borra al instalarse en otros lugares; por el contrario, el lugar de origen es afirmado positivamente por los chilotes como elemento diferenciador de su identidad y frecuentemente actualizado en sus discursos y prácticas, ya sea a modo de justificación o reivindicación (Urbina, 2002). Pero, por otro lado, la importancia del contacto como símbolo cultural no sólo se reviste interés para explicar la intensa movilidad experimentada por los chilotes a lo largo de su historia –la llamada “diáspora chilota” (Mancilla y Rehbein, 2009)–, sino que adquiere pleno sentido al analizar las dinámicas de relaciones que se producen, actualizan y reproducen entre sujetos, familias y comunidades. Aunque la necesidad de contacto puede remitirse a diversas matrices históricas y socioculturales, su continuidad a través del tiempo está asociada a la constante búsqueda de oportunidades, sin que este objetivo suponga sacrificar la identidad, el sentido de pertenencia o la solidaridad que los chilotes manifiestan hacia sus comunidades de origen. El contacto, entonces, puede reducir las distancias, pero no eliminar las diferencias, por lo menos en lo que atañe a aquellos aspectos no negociables de la identidad cultural de los individuos y colectividades que habitan el archipiélago. La dialéctica islas-continente deja de percibirse, asimismo, como un obstáculo físico, para resignificarse en términos de una construcción cultural cuyos polos ya no están marcados por la exclusión y la inclusión (dentro-fuera), sino por identidades contrapuestas (uno y el otro), cada cual aparejada a sus propios imaginarios, valores y significados.

Por otra parte, es importante relevar el modo a través del cual estas dinámicas de contacto son aceleradas por los procesos de globalización y transformación del territorio a los que se hacía alusión en la sección anterior, con particular efecto sobre las áreas y comunidades rurales tradicionales. En el plano subjetivo, las experiencias cotidianas actuales de los chilotes desafían la escala de lo local para ensanchar sus referencias sociales, culturales y territoriales de manera consecuente con la ampliación de los espacios de comunicación e intercambio que posibilita la globalización. De esta manera, no sólo la movilidad de personas, mercancías y símbolos se vuelve más fluida, sino que la misma vida cotidiana adquiere mayor densidad y complejidad, envolviendo una permanente alusión a seres, lugares y objetos remotos. Tiempo y espacio –de la manera en que observa Giddens– se debilitan como barreras significativas de la experiencia subjetiva (Giddens, 1996). La vivencia de lo local y de las interacciones presenciales se define crecientemente en función del conocimiento que se tiene de lo ausente y de lo lejano. Las comunidades, del mismo modo, no son concebidas como experiencias únicas y esenciales, pues su situación puede ser observada y evaluada en comparación con lo que sucede en otras comunidades vecinas o distantes, en las grandes ciudades o, también, en otras regiones y en otros países. En este sentido, el contacto produce “acercamientos” en la experiencia territorial, a la vez que construye categorías genéricas para calificar los diferentes modos de vida que se expresan en el espacio.

En el caso de las comunidades rurales de Chiloé, tales acercamientos se reproducen y entrecruzan en una multiplicidad de formas geográficas y culturales a través de las cuales se construye y se significa el contacto. El paradigma de la relación entre el archipiélago y el territorio continental se transfiere, entonces, a otro orden de experiencias territoriales y simbólicas teñidas de subjetividad: a la relación entre comunidades rurales de la costa y del interior; a la vivencia simultánea de microambientes y formas de vida diferentes, asociadas al mar,

al campo y al bosque (Ther, 2008; Bravo, 2004); al intercambio continuo y fluido entre la periferia rural chilota y los principales centros urbanos y polos de crecimiento económico del archipiélago (como Ancud, Castro o Quellón); a los vínculos permanentes entre las islas menores y la isla grande (Bacchiddu, 2007; Badilla, 2006); a la relación compleja entre enclaves étnicos originarios y aquellas comunidades rurales y urbanas permeadas por el mestizaje y la hibridación cultural (Muñoz Millalongo, 2006); a las relaciones a distancia que los chilotes de estas comunidades construyen y mantienen con sus familiares, amigos y conocidos emigrados a otros lugares del país y del extranjero; a las densas cadenas productivas que articulan las actividades primarias de las pequeñas comunidades con sucesivas fases que agregan valor a su producción en mercados y enclaves situados al interior y más allá de Chiloé (Macé et al, 2009; Daughters, 2010; Floysand y Román, 2008); y, de manera más generalizada, a la ineludible contradicción entre lo tradicional y lo moderno (Ther, 2008; Ther, 2010; Bravo, 2004; Urbina, 2002), tensión que involucra no sólo a actores sociales y territorios concretos, sino también a la memoria y el sentido con los que se intenta construir una idea de futuro para estas comunidades.

En este sentido, estas comunidades y sus miembros viven el contacto como una experiencia compleja, hecha de relaciones que vinculan lo presente y lo ausente y en las que se atraviesan diferentes escalas del territorio: la comunidad local y su entorno; el asentamiento rural y la ciudad más cercana; la isla grande y las islas menores; el archipiélago y el continente; las principales ciudades de la región y del país; Chile y el extranjero. En estas relaciones, los sujetos se ven motivados a participar de manera cotidiana u ocasional en eventos que asignan valor y concreción a dichos referentes territoriales. El ir y venir entre la comunidad y “el pueblo” –como todavía suelen denominar algunos chilotes a las ciudades-, sea para asistir a la escuela, al liceo, acudir a una consulta médica, vender sus productos, hacer algún trabajo ocasional, hacer las compras o pagar las cuentas, entre otros muchos trámites habituales es, desde luego, uno de los elementos estructurantes de la experiencia territorial. Estos viajes determinan los tiempos de la vida diaria en la comunidad, a la vez que condicionan la planificación del trabajo y de las actividades que se efectúan en el campo, en el mar y, también, al interior de la vivienda.

Pero, por otro lado, el horizonte del contacto se amplía con otros desplazamientos y relaciones menos frecuentes que implican un acceso a lugares remotos y que afectan de manera determinante las trayectorias de vida de las personas. Una de las más comunes es la búsqueda de oportunidades laborales en otros lugares del país e, incluso, del extranjero, desafío que ha motivado a muchos jóvenes y adultos chilotes de diferentes generaciones a alejarse de sus familias por tiempos prolongados (Urbina, 2002). Más recientemente, también, cobra importancia la emigración de los jóvenes egresados de la enseñanza media que, de manera creciente, deciden abandonar Chiloé para acceder a la oferta de educación superior existente en otras ciudades del país. El acceso a otros servicios y prestaciones sociales cuya cobertura o calidad es insuficiente en el archipiélago es otro móvil significativo de estos desplazamientos, con especial impacto en el acceso a salud. El acceso a la vivienda (cuya oferta se concentra en localizaciones urbanas) también influye en la búsqueda de nuevos destinos, ya sea en las principales áreas urbanas de la isla grande o en otras ciudades del país, particularmente entre familias jóvenes.

Finalmente, el aumento de estos desplazamientos y la persistencia de un vínculo sólido entre quienes abandonan la comunidad de origen y quienes permanecen en ella redundan en la necesidad por generar instancias que permitan sostener las relaciones a distancia. De este modo, la experiencia de vida de los chilotes rurales se nutre también de recurrentes viajes realizados para visitar a sus familiares en diferentes lugares del país. Asimismo, se intensifican y desarrollan formas de comunicación a distancia que no solo permiten mantener el contacto con familiares y personas cercanas, sino también habilitan el acceso a otras oportunidades económicas y laborales, facilitando la creación de redes con otros mercados y regiones. El turismo rural –en tanto actividad que atrae y vincula a personas de otros lugares, regiones y países–, tiene también significativas implicancias en la elaboración de la experiencia territorial actual de los chilotes.

Como se ve, en la base de este denso entramado de relaciones, hay una multiplicidad de redes sociales que permiten vincular efectivamente a personas y lugares próximos y distantes. Estas redes sociales son de naturaleza *comunitaria* –en la medida que su sentido está definido o influido por la pertenencia a una determinada comunidad local– e implican un componente *territorial* –puesto que tales comunidades surgen de procesos colectivos de apropiación y significación del espacio físico que toman cuerpo en la idea del lugar (Aliste, 2010). Si bien se trata de redes que desbordan a la comunidad local y que aparecen, en cierto modo, “desterritorializadas”, son también indispensables para definir el significado de los lugares y para vincularlos entre sí, ya que toda unidad social relacionada a través de la red (sean individuos, grupos, colectividades o sociedades) tiene una expresión territorial. Dos o más personas situadas en un mismo lugar y con contacto frecuente pueden sostener redes sociales estrechas y estables en el tiempo. Sin embargo, cuando esta red se amplía e incorpora a personas que residen en otros lugares no sólo estos individuos ganan acceso a mayores recursos e información, sino que se facilita la construcción de “puentes” (Durstun, 2002) que relacionan a diferentes comunidades (sean o no vecinas) a través del espacio, propiciando el fortalecimiento de la cohesión social y territorial y favoreciendo el acceso equitativo a oportunidades.

En consecuencia, el contacto y las redes sociales que se construyen a través del territorio plantean la posibilidad de acercarse al análisis de la realidad actual de las comunidades rurales chilotas desde una mirada muy diferente. Allí donde el excesivo énfasis puesto en la singularidad cultural, el aislamiento y la subordinación al continente reducen la complejidad de las experiencias sociales y territoriales del Chiloé contemporáneo, la afirmación del contacto y de las redes como principios de organización de las relaciones que se establecen entre los habitantes de estas comunidades y su entorno (próximo y remoto) ayuda a recuperar parte de la profundidad e integralidad que caracterizan a estas experiencias. En este sentido, el desafío concreto para esta investigación está dado por la búsqueda de herramientas teóricas y metodológicas que sean capaces de describir esta complejidad sin diluir la posibilidad de construir interpretaciones específicas y sintéticas acerca de la relación que se establece entre familia y territorio en un contexto espacial delimitado.

(c) *La península de Lacuy. Una mirada a la semi-periferia rural de Chiloé.*

Entre las recientes investigaciones que han abordado el estudio de comunidades rurales en Chiloé desde una mirada centrada en el territorio pueden distinguirse dos líneas de trabajo principales. De una parte, hay un conjunto de investigaciones que han puesto énfasis en el decantar de los procesos de transformación productiva que se han desarrollado, fundamentalmente, a instancias de la explotación intensiva de los recursos del mar, con atención especial al ciclo de auge y declive de la industria de la salmonicultura observado en el transcurso de la última década. En segundo lugar –aunque incorporando similares tópicos temáticos- se reconoce otro tipo de trabajos en los que se hace una opción explícita por un acercamiento etnográfico o comprensivo a casos prototípicos de comunidades tradicionales cerradas que experimentan procesos de transformación y en los cuales el territorio funge como un determinante clave respecto del acceso a nuevas oportunidades y recursos.

Mientras en el primer grupo de investigaciones se ha puesto de relieve la extensión progresiva de las dinámicas de la globalización y de sus consecuencias desde el punto de vista del desarrollo y la gobernanza territorial a las comunidades rurales, en el segundo se manifiesta una fuerte preocupación por las peculiaridades culturales de los casos en estudio, los que suelen presentarse a modo de “pequeños universos” o sistemas autocontenidos de significados y relaciones sociales. Desde luego, en esta categorización no resulta indiferente la preferencia de tales estudios por determinadas áreas o sectores del archipiélago chilote, caracterizados por distintas modalidades y grados de inserción productiva e integración territorial. Si bien la modernización y la globalización son procesos que impactan de modo generalizado a las comunidades locales –cualquiera sea su emplazamiento o características sociales y culturales-, cabe resaltar que el territorio chilote presenta perfiles territoriales variados en la evolución de tales procesos, cuya distribución parece responder a ciertas ventajas competitivas que factibilizan la atracción de inversiones y la acumulación de capital en algunas áreas específicas.

Por ello, no es de extrañar que el primer grupo de investigaciones mencionado haga foco en áreas del borde costero oriental de la isla grande y de las islas más cercanas a éste, sector que ha experimentado una brusca y acelerada transformación asociada a la implantación de modos de producción asociados a la salmonicultura y a la industria acuícola en general. En la segunda categoría, por oposición, el interés se centra en localidades que históricamente han experimentado mayores grados de desconexión a los circuitos y lógicas de mercado, cuyas poblaciones se caracterizan por una fuerte homogeneidad y clausura, y que se sitúan en áreas de difícil acceso. En esta condición se destacan algunas de las islas menores del archipiélago –particularmente las más remotas-, junto con sectores que convencionalmente podrían clasificarse como de periferia geográfica al interior de la isla grande (tales como el borde costero occidental y el extremo Sur, que corresponden a las áreas de más baja densidad poblacional y menos accesibles por vía terrestre), incluyendo, entre otros casos, comunidades con fuerte presencia de población huilliche originaria.

El contrapunto entre estos dos “tipos territoriales” ideales parece ajustarse de modo propicio al esquema sugerido por Woods (Woods, 2007) y que se comentara anteriormente, donde ciertos lugares y paisajes se erigen como arquetipos de la globalización en el contexto rural, mientras que otros enfrentan claras limitaciones para incorporarse a este proceso –no obstante se vean impactados, de manera directa o indirecta, por él y/o que en el mediano plazo puedan detonarse dinámicas que induzcan cambios en sus actuales condiciones. Daughters vislumbra claramente estos contrastes e intenta rescatar, desde las narraciones y testimonios de sus entrevistados, la diversidad de formas de vida que caracterizan actualmente a los asentamientos rurales en Chiloé e incluso atisba cómo ciertos territorios históricamente periféricos se ven significativamente trastocados en su cotidianeidad a instancias de los procesos de globalización, tal como se plantea para el caso de la isla de Llingua (Daughters, 2010). En el otro extremo, y siguiendo una aproximación etnográfica más convencional, Bacchiddu pone de relieve la supervivencia de costumbres e identidades singulares en un territorio –la isla de Apiao- que todavía es capaz de conservar un cierto grado de autonomía respecto de las dinámicas de la modernización productiva y la extensión de las relaciones de mercado (Bacchiddu, 2007), visión que también comparte Badilla en su estudio sobre Chauques (Badilla, 2006). Ther aborda un caso al interior de la isla grande con ciertas semejanzas a los analizados por estas autoras desde el punto de vista de su segregación socioespacial, pero desarrolla una interpretación original matizada por el influjo que tienen diferentes imaginarios socioculturales sobre los modos de vida y la experiencia cotidiana de sus habitantes (Ther, 2008). En la mirada de Ther, la dialéctica entre lo tradicional y lo moderno se enriquece por la aparición de discursos que relativizan el proyecto y las consecuencias de la modernización y proponen nuevas alternativas de desarrollo para las comunidades locales (Ther, 2008).

Desde un enfoque completamente diferente a los anteriores trabajos, Román sugiere una articulación entre las problemáticas de las áreas rurales y urbanas de Chiloé que han resultado impactadas por el crecimiento de la actividad acuícola y destaca la capacidad de los gobiernos locales como actores propicios para abordar la planificación y el desarrollo territorial a una escala mayor (Román, 2009). Este enfoque restaría sentido a una caracterización dual de las formas geográficas del archipiélago de Chiloé, aspecto en el que coinciden Macé et al, quienes enfatizan la importancia crucial de instancias supralocales de decisión en las transformaciones experimentadas en el territorio chilote (Macé et al, 2009). Estos autores constatan la homogeneidad y profundidad de los cambios acontecidos en el área que denominan Chiloé central y que engloba un conjunto de seis municipios³ conectados entre sí que conformarían el polo dinámico de crecimiento económico del archipiélago. Desde la perspectiva de la geografía cultural, Bravo interpreta los cambios productivos en clave de transformaciones en el orden de la cultura y la organización del espacio local a partir del análisis de casos de asentamientos humanos de diferente escala (Bravo, 2004). En su estudio se amplía la descripción de los procesos de modernización productiva, incorporando actividades como la agroindustria y el turismo rural. Tales cambios, sin embargo –como se argumenta en Bravo (Bravo, 2004) y Bravo et al (Bravo et al, 2009)- no consiguen amenazar la centralidad de prácticas tradicionales, según se demuestra a la luz de la importancia que

³ Castro, Chonchi, Dalcahue, Curaco de Vélez, Puqueldón y Quinchao

detenta la función religiosa en la configuración espacial de los asentamientos rurales y urbanos. Salières et al, por su parte, abordan las problemáticas actuales de la agricultura familiar campesina ante los desafíos planteados por la extensión de economías asalariadas y la introducción de formas de producción intensivas en capital, identificando oportunidades emergentes en el desarrollo de la industria lechera en sectores rurales más directamente conectados a ciudades cabeceras comunales (Salières et al, 2005). En el citado trabajo, se constata cómo el debilitamiento de la función productiva del predio agrícola familiar implica la inserción creciente de los sujetos en fuentes de empleo múltiples y distantes a la par de la transformación del espacio local, que se potencia como una opción residencial (Salières et al, 2005).

No obstante los aportes hechos por estos y otros autores por enriquecer esta caracterización, cabe resaltar que la dicotomía entre territorios integrados al proceso de globalización y territorios periféricos en los que este proceso aún se expresa de manera incipiente, continúa siendo una coordenada básica en la descripción de las problemáticas enfrentadas en el presente por las comunidades locales del Chiloé rural contemporáneo. De tal suerte, esta discusión no puede ser obviada al momento de fundamentar la selección de un caso de estudio y plantear un enfoque pertinente para el diseño de una investigación. Aun así, cabe la posibilidad de buscar aproximaciones originales a partir del análisis de casos empíricos que permitan reconocer la complejidad y diversidad de formas propias de los procesos actuales de transformación que experimenta el espacio rural chilote. El presente estudio, en este sentido, sugiere una variante a esta mirada dual del territorio, proponiendo el acercamiento a un caso que resulta de interés por expresar particularidades y contradicciones que dificultan su clasificación en una de las dos tipologías antes reseñadas.

La península de Lacuy, ubicada en el extremo norponiente de la isla grande de Chiloé, es un lugar caracterizado por discontinuidades y especificidades locales que limitan todavía el desarrollo de procesos de modernización productiva en la dimensión y escala que hoy alcanzan en otros sectores del archipiélago. En este sentido, la nula penetración de la salmonicultura –actividad a la que los habitantes de este territorio se encuentran ligados sólo de manera tangencial-, la bajísima densidad demográfica, su sinuosa y abrupta geografía, la débil presencia de servicios sociales y los persistentes problemas de conectividad terrestre experimentados por este sector durante décadas son aspectos que emparentan su realidad a la de sectores típicamente periféricos de Chiloé. Sin embargo, tal como se revisará con mayor detalle en secciones posteriores de este trabajo, se detecta una serie de atributos que indican diferencias significativas con esta clase de territorios.

Entre ellos, cabe destacar: (a) su cercanía y estrecha relación con un centro urbano mayor –como Ancud-; (b) su histórica vinculación con localidades vecinas del territorio continental chileno a través del mar; (c) la presencia de influencias étnicas y culturales diversas; (d) los elevados estándares de calidad de vida y baja incidencia de pobreza entre su población; (e) la amplia variedad de actividades productivas y usos de suelo que se detectan en su interior (y que abarcan la agricultura y ganadería en pequeña y mediana escala, la pesca artesanal, el desarrollo acuícola facilitado a través de áreas de manejo cooperativas, la actividad forestal, el

turismo rural y ecológico, la artesanía e, incluso, incipientes procesos de valorización inmobiliaria del borde costero); (f) su elevado potencial turístico y diversificado atractivo natural y cultural (que incluye largas playas de arena, bahías aptas para actividades náuticas recreativas, proximidad a lugares de avistamiento de fauna marina y aviar, fortificaciones españolas y monumentos de valor histórico, además de sitios de interés arqueológico y patrimonial); y, (g) la reciente apertura a proyectos e inversiones públicas y privadas de mayor escala —como se sugiere a raíz de las prospecciones realizadas para la instalación de proyectos de energía eólica en la costa Pacífico y las avanzadas obras de diseño y pavimentación de la ruta troncal que recorre la Península.

Todos estos rasgos son indicativos de un territorio en tensión, que no sólo experimenta la confrontación entre modos de vida tradicionales y modernos a raíz de la progresiva penetración de ciertas actividades productivas, sino también la paradoja de sentirse física y culturalmente cerca de estándares urbanos en un escenario geográfico caracterizado todavía por una escasa intervención de su paisaje natural y por un limitado acceso de las comunidades residentes a la infraestructura y oportunidades económicas propiciadas por la modernización. Estas condiciones permiten reconocer en la realidad actual de Lacuy un proceso de transición que incorpora crecientemente al espacio local aquellas características que sus habitantes han experimentado y conocido de manera habitual gracias al contacto fluido y permanente que mantienen con realidades sociales y geográficas próximas en las que los efectos de la modernización se hicieron patentes con anterioridad. De esta manera, lejos de visualizar una transformación conflictiva, los cambios recientes observados en Lacuy tienden a expresar una asimilación tardía de los rasgos geográficos de un entorno cercano caracterizado por grados mayores de urbanización y capacidad de inserción en las redes globalizadas de intercambios económicos, sociales y culturales.

Por esta razón, se afirma la especificidad de Lacuy en su carácter de territorio *semi-periférico* de la isla grande de Chiloé, donde los procesos modernizadores y transformadores que afectan progresivamente al espacio local parecen implantarse, hasta cierto punto, en correspondencia con la complejidad de la experiencia territorial de sus habitantes (Terlouw, 2003). De esta forma, la modernización no rompe de manera radical con las prácticas cotidianas de las comunidades locales, pues éstas ya se encuentran habituadas a sus ritmos y exigencias, además de estar directa o indirectamente vinculadas con sus instituciones y estructuras. Si bien el avance de la modernización incuba resistencias y oposiciones que reivindican la identidad comunitaria tradicional o claman por alternativas de desarrollo endógenas, no es menos cierto que éstas y otras subjetividades se encuentran ya plenamente articuladas con una experiencia concreta de lo moderno, tal como se aprecia en la relación histórica que los habitantes de la península de Lacuy sostienen con la ciudad de Ancud. Asumiendo esta tesis, se abre la posibilidad de explorar el funcionamiento de las redes sociales y familiares desde el caso de un grupo de comunidades que no se enfrentan a las recientes transformaciones económicas y sociales desde una visión polarizada de lo tradicional y lo moderno, sino desde la condición especial que implica el hecho de experimentar cotidianamente el diálogo y la vivencia simultánea de realidades territoriales diversas.

II. Definición del problema de investigación

(a) *Síntesis.*

Siguiendo las discusiones previamente planteadas, cabe rescatar tres cuestiones básicas para la construcción del problema que aborda la presente investigación:

- Las *familias* rurales de Chile (y de Chiloé como un caso específico) enfrentan actualmente un proceso de profunda redefinición que afecta tanto a sus formas y estructuras características, como a sus funciones y roles predominantes. No obstante, su influencia como *agente territorial* continúa siendo fundamental y particularmente decisiva en lo que atañe a la construcción de una *experiencia* singular a nivel de las personas, grupos y comunidades.
- El acercamiento a la realidad del espacio rural chilote contemporáneo exige visibilizar la importancia de las *redes sociales comunitarias* como principio estructurante de la experiencia territorial de los sujetos, cuyas prácticas cotidianas dependen de la existencia de vínculos con individuos, actores, instituciones y lugares próximos y distantes. El funcionamiento de estas redes no sólo responde a una matriz histórica arraigada en las propias representaciones individuales y colectivas del ser chilote —y que aquí hemos asociado a la idea de *contacto*—, sino que constituyen una condición esencial en la actualidad para viabilizar el acceso de la población a oportunidades y garantizar la cohesión social y territorial.
- La profundización de los procesos de transformación productiva y globalización en las últimas décadas ha favorecido una creciente *diferenciación interna de los territorios rurales de Chiloé*. En este sentido, el caso de la península de Lacuy reviste interés ante la necesidad de ampliar la mirada hacia realidades territoriales diversas. Para estos efectos, se propone la categoría de *semi-periferia* como una manera de relevar las particularidades que expresa este territorio por contraste a una visión convencional que enfatiza la polaridad entre comunidades *tradicionales* y *modernas* y su correlato espacial expresado en términos de territorios *aislados e integrados*.

Conforme a estas ideas preliminares, se propone abordar el estudio de las relaciones entre familia y la construcción de una experiencia territorial singular en los discursos de habitantes de comunidades rurales de la Península de Lacuy —en la isla grande Chiloé— de acuerdo a dos ejes de investigación *transversales* y un eje *particular*.

A nivel de los ejes transversales, se consigna —en primer lugar— la construcción teórica de la idea de *familia* como un sujeto social complejo, que implica simultáneamente una dimensión organizativa (*estructura*) y una dimensión práctica (*redes sociales comunitarias*). Como segundo eje transversal, en tanto, se releva la noción de

experiencia territorial en tanto modo específico de acceder al conocimiento de una *representación individual y colectiva del territorio*, en general, y de su articulación con el *campo social y espacial de acción de las familias*, en particular.

En cuanto al eje particular que desarrolla esta investigación, cabe hacer referencia a la posibilidad de cualificar el sentido de una experiencia territorial asociada a la institución familiar desde el análisis de un *caso específico* que se distingue por *determinadas relaciones espaciales e históricas* en el contexto del archipiélago chilote. En relación a este eje se sugiere el concepto de *semi-periferia* como una posible clave interpretativa a explorar en función de la información analizada en secciones posteriores.

(b) *Preguntas de investigación*

De manera específica, la investigación intenta dar respuesta a las siguientes interrogantes:

- *¿Qué tipo de estructuras familiares caracterizan a las comunidades rurales de la península de Lacy?*
- *¿En qué clase de redes sociales comunitarias se insertan tales estructuras familiares y cómo se expresan en el espacio local?*
- *¿Qué experiencia territorial se construye —a nivel subjetivo e intersubjetivo— como resultado del rol desempeñado por las familias en estas comunidades?*

(c) *Objetivos*

Objetivo general:

Describir y analizar, a partir de los discursos de sus habitantes, la experiencia territorial que se construye en correspondencia con el tipo de estructuras y redes sociales familiares que caracterizan actualmente a comunidades rurales de la Península de Lacy, Isla Grande de Chiloé.

Objetivos específicos:

1. *Identificar y tipificar las estructuras características de las familias residentes en comunidades rurales de la Península de Lacy.*
2. *Caracterizar y representar espacialmente las redes sociales comunitarias que se articulan en torno a la institución familiar en el contexto de dichas comunidades.*
3. *Reconstruir la experiencia territorial de los habitantes de estas comunidades en conformidad con el carácter de las estructuras y redes sociales en las que se insertan las familias.*

(d) *Hipótesis*

En conformidad con el carácter exploratorio del estudio, se ha definido un grupo de hipótesis de trabajo cuyo propósito no es sugerir principios explicativos generales, sino alimentar teóricamente los procesos de reflexión, producción y análisis de información. Estas hipótesis se apoyan en la revisión bibliográfica previa y en antecedentes empíricos y observacionales desprendidos de anteriores experiencias del autor en terreno.

Las tres hipótesis que se exponen a continuación remiten cada una a los diferentes objetivos específicos previamente esbozados y serán discutidas posteriormente en referencia a la información generada y analizada en el estudio.

Hipótesis N°1:

Las estructuras familiares características de comunidades rurales de la península de Lacy sintetizan la tensión existente entre una definición nuclear y extendida de las relaciones de parentesco, y se plasman territorialmente en configuraciones circunstanciales y flexibles que favorecen la identificación y el arraigo con el lugar de origen.

Hipótesis N°2:

Las redes sociales comunitarias en las que se insertan las familias de la península de Lacy se caracterizan por un marcado predominio de lazos fuertes y con contenido afectivo, que no sólo trascienden los límites de la comunidad de origen, sino que se cultivan y actualizan permanentemente con relativa independencia de la distancia física.

Hipótesis N°3:

La experiencia territorial de los habitantes de estas comunidades está centrada en la familia, concepto que articula y organiza los discursos, prácticas y representaciones de los sujetos y cuyo significado comprende y da sentido a la idea de comunidad local.

(e) *Relevancias*

La justificación del presente estudio se fundamenta en orden a tres ámbitos generales de relevancia: teórica, metodológica y práctica.

Con referencia al primero de estos ámbitos, cabe postular que la investigación aborda tópicos teóricos relevantes respecto de las interacciones existentes entre familia y territorio desde una perspectiva relacional, basada, por una parte, en la teoría de redes sociales y, por otra, en el enfoque constructivista desarrollado en el campo de la geografía humana.

Esta característica distingue a esta propuesta de otros estudios similares que han abordado el estudio de las relaciones familia-territorio con un enfoque descriptivo, etnográfico o culturalista. Asimismo, el uso de esta

perspectiva abre la posibilidad de estudiar fenómenos complejos, en los que se interpenetran escalas de análisis y se vinculan de manera dinámica componentes y unidades de orden social, físico y espacial. En segundo término, la apuesta teórica del estudio señala la oportunidad de generar una mirada transdisciplinaria, que integre creativamente conceptos y teorías de raíz geográfica, sociológica y antropológica. Adicionalmente, debe hacerse notar el aporte específico que señala esta investigación a la tradición de estudios de familia, que constituye un campo disciplinario en sí mismo. Respecto de esta tradición, el territorio representa una faceta exigüamente explorada y que debe ser incorporada como una dimensión clave. En relación a su aporte particular al campo de la geografía humana, se reconoce la posibilidad de enriquecer los conceptos de territorio y organización del espacio a partir de una mirada que coloca a la familia y a las experiencias subjetivas como foco de atención.

Desde el punto de vista metodológico, por su parte, se reconoce que la aplicación de los instrumentos del análisis de redes sociales –tradición de fuerte arraigo en la sociología, antropología, psicología social y estudios organizacionales, pero débilmente asimilada por la geografía humana y cultural- constituye un desafío metodológico de singular interés. En este sentido, se plantea el ejercicio metodológico de desarrollar representaciones simplificadas de redes sociales comunitarias en las que se reconozca la dimensión espacial y territorial como un aspecto sustantivo. Para ello es imprescindible superar las limitaciones que se presentan recurrentemente al considerar aplicaciones analíticas con grafos en la investigación geográfica, añadiendo complejidad y multidimensionalidad a las representaciones. Sin embargo, más allá del diseño de soluciones técnicas al problema de la representación espacial de estas redes, se estima que el principal aporte metodológico de esta investigación está dado por el análisis de materiales narrativos y discursivos, opción que resulta consecuente con una aproximación a las problemáticas territoriales desde un abordaje constructivista y con énfasis en la noción de complejidad. Por otro lado, el acercamiento a estos materiales no se agota en la sola descripción de elementos explícitos y/o denotados por los sujetos, procurando incorporar una perspectiva estructural y hermenéutica al análisis.

Respecto de su relevancia práctica, se avizora un desafío que trasciende el marco de las comunidades estudiadas en la investigación y que tiene que ver con la posibilidad de establecer conceptos y tipologías de grupos familiares que resulten pertinentes de considerar en los procesos de diseño, implementación y evaluación de políticas públicas. En la actualidad, existen posturas contrapuestas respecto de la idoneidad de la familia como unidad de análisis y sujeto de políticas, discusión respecto de la cual esta investigación también intenta hacerse parte. No obstante, es evidente que esta investigación también involucra aportes significativos en la escala local, documentando formas de vida que resultan características de las comunidades del bordemar chilote y desarrollando un modelo teórico y práctico que permite comprender la manera en que las estructuras y redes familiares cobran expresión en el territorio.

III. Antecedentes específicos

La península de Lacuy se sitúa al Noroeste de la Isla de Chiloé, en la comuna de Ancud, entre los 41,9° y 41,9° latitud Sur y entre los 73,9° y 74,1° longitud Oeste. Aunque no existe una referencia precisa, los límites territoriales de la península suelen fijarse convencionalmente, en su deslinde oriental, en torno a dos hitos de importancia: los puentes que cruzan los ríos Calle (Km XX desde Ancud) y Quilo (Km XX desde la misma ciudad). En cuanto a sus fronteras marítimas, cabe precisar que la costa occidental y septentrional de la península enfrenta el océano Pacífico, mientras que la costa oriental se encuentra bañada por el mar interior (Golfo o golfete de Quetalmahue). Esta última tiene una intrincada morfología, caracterizada por numerosas bahías, acantilados y pequeñas penínsulas y puntas. Al estar protegida de los vientos oceánicos, la costa oriental de la península es un refugio propicio para la navegación, siendo lugar de recalada habitual para embarcaciones medianas y menores. Asimismo, presenta condiciones favorables para la práctica de la pesca artesanal y la extracción y el cultivo de algas y mariscos.

El relieve de la península se caracteriza por la presencia de significativos lomajes y ondulaciones, contrastando con las praderas amplias y suaves que se observan en gran parte del resto del territorio comunal. Junto a estas ondulaciones se presentan zonas bajas en el interior y en la costa. Algunas de estas últimas están afectas regularmente a las intrusiones del mar en condiciones de oleaje fuerte. No obstante lo anterior, cabe señalar que el régimen de mareas no presenta oscilaciones tan pronunciadas como las que se registran en sectores de la costa centro-oriental de Chiloé. El clima es de tipo marino fresco y lluvioso, con abundantes precipitaciones durante todo el año que alcanzan un promedio anual de 2.365 mm (Bravo y Mujica, 1997).

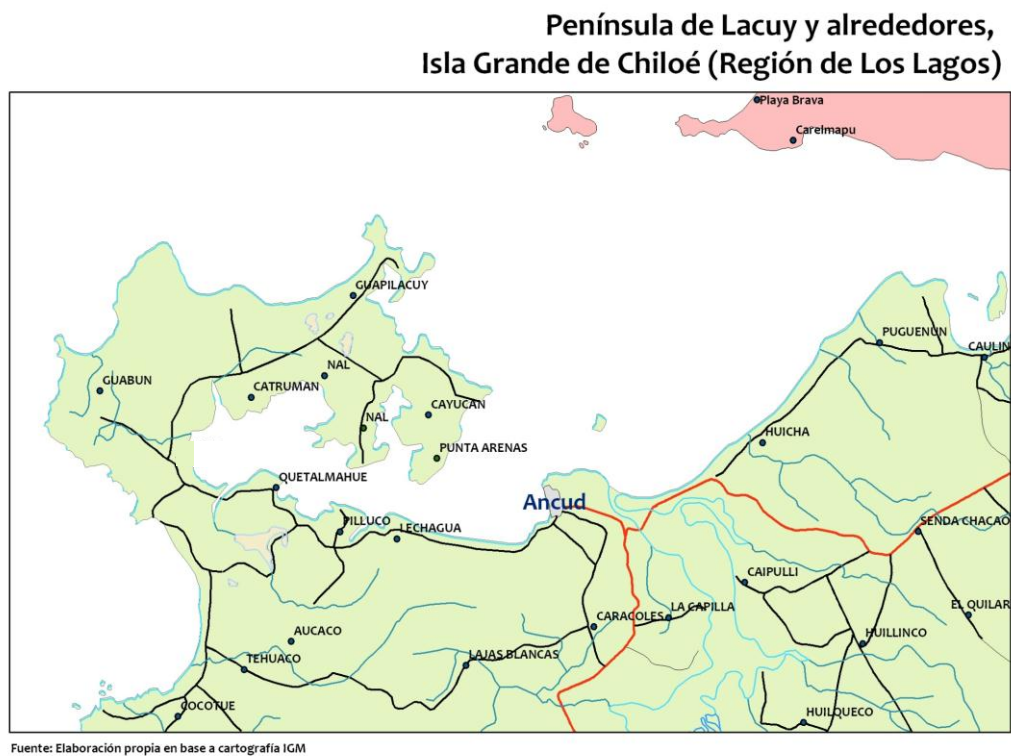
Las mencionadas características del relieve peninsular, sumados a la enrevesada y sinuosa fisonomía de sus costas, hacen altamente dificultoso el acceso terrestre. Al respecto, es de interés reparar en la anécdota recogida de las crónicas del viajero sueco Carl Skottsberg, que visitó Chiloé en 1902 y describió con gran detalle las accidentadas condiciones que enfrentó durante una expedición a la península. Urbina recoge parte del relato original de este viajero (Urbina, 2002):

Su excursión a Lacuy tuvo que hacerla en su mayor parte por la playa en bajamar, mientras que “en pleamar —dice— andábamos por tramos a tientas, chocando con rocas lisas como vidrio y piedras escondidas que preocupaban por igual a jinete y caballo”. Relata que después salieron a “un verdadero camino”, y lo describe “curvado sobre una empinada colina... y construido sobre un sistema de zanjas en paralelo donde el barro alcanza hasta las rodillas del caballo, los surcos son tan angostos que de vez en cuando la bestia tiene que afirmar una pata sobre la pared angosta para mantener el equilibrio, y si intenta caminar por la cresta intermedia, se resbala cubriendo de lodo al jinete” (Urbina, 2002: p. 328).

En la actualidad existe un camino troncal que empalma con la ruta hacia Mar Brava y la caleta de Puñihuil (al sur poniente) y conecta, hacia el oriente, por carretera pavimentada con la localidad de Quetalmahue, el

poblado de Pilluco, el balneario de Lechagua y la ciudad cabecera de Ancud. Desde el desvío a Puñihuil, la ruta atraviesa el sector central de la península, con cuatro ramales: uno hacia la caleta de Guabún; otro hacia las localidades de Nal (alto y bajo), Yuste, Ahui, Chaicura, Cayucán y Punta Arenas; otro hacia Guapilacuy Alto (o sector Capilla) y Bajo (también conocido como “La Poza”); y, otro hacia la playa Chaumán. Al interior, se destaca Catrumán, emplazada junto al camino troncal y adyacente al río del mismo nombre. Prosiguiendo por el camino troncal, la ruta alcanza en su punto final el faro y localidad de Corona, situado en lo alto de una terraza conectada con el resto de la península por un estrecho istmo de arena. Por su apariencia física, a este sector también se le suele denominar “La Isla” (Ver Mapa de la península y sus alrededores en Figura #1).

Figura #1: Mapa referencial de la Península de Lacuy y sus alrededores (Isla Grande de Chiloé).



De estas localidades, con excepción de Catrumán, todas tienen acceso directo al mar. Guabún y Chaumán tienen costa frente al océano Pacífico. Nal, Yuste, Ahui, Chaicura, Cayucán y Punta Arenas acceden al mar interior (Golfo de Quetalmahue). Guapilacuy y Corona, en tanto, tienen acceso tanto al océano Pacífico como al mar interior.

El camino es de construcción relativamente reciente, pues su trazado y posterior habilitación para la circulación de vehículos data de la década de 1960. Antiguamente, la mayor parte de los viajes de los habitantes de la península se realizaba por vía marítima o a caballo. La construcción del camino es sindicada como uno de los principales hitos en la historia reciente de la península, en la medida que ayudó a reducir

significativamente el aislamiento que afectaba a las comunidades residentes. En la actualidad se está ejecutando un proyecto de pavimentación que abarca los principales tramos de la ruta, respecto del cual existen grandes expectativas no solo por su impacto en el acortamiento de los tiempos de viaje a Ancud, sino por su potencial efecto sobre el desarrollo turístico y la atracción de inversiones a la zona.

En relación a las localidades antes mencionadas, cabe destacar que todas ellas son muy pequeñas, correspondiendo –en la práctica– a caseríos sin urbanización ni límites precisos, no obstante existen referentes geográficos, culturales e identitarios bien reconocidos por las comunidades locales. Considerando la totalidad del distrito censal al que está circunscrita, la población total de la península llegaba en el año 2002⁴ a un total de 1.438 habitantes distribuidos en 437 viviendas particulares. En términos relativos, la población de la Península equivale apenas al 3,6% de la población total de la comuna de Ancud. Por otro lado, aunque no existen cifras precisas y actualizadas, ninguno de los principales asentamientos humanos de la península supera las 60 familias.

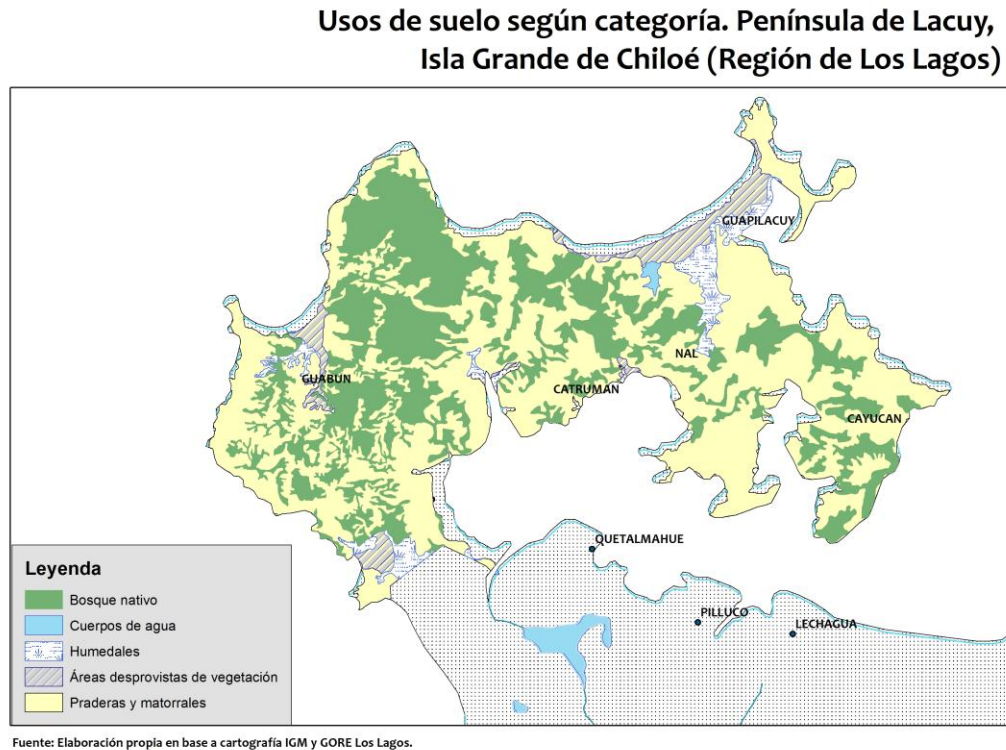
La mayor parte de las viviendas se emplaza en predios pequeños y medianos, donde se combina el uso residencial con la explotación agrícola y ganadera de pequeña escala u orientada exclusivamente al autoconsumo. Junto a la casa y el campo, la vida de los habitantes de Lacuy tiene como principales ejes el bordemar –con sus múltiples usos, prácticas y actividades–, el monte (o bosque) y las ciudades de Ancud y Puerto Montt como destino frecuente u ocasional de viajes –sea por motivos laborales, educativos o para la realización de trámites, compras, visitas a parientes o para acceder a bienes y servicios de mayor complejidad.

En la actualidad, los usos de suelo (ver Figura #2) de la península tienen dos clases de destinos principales: praderas y matorrales (4.629,5 hectáreas, correspondientes al 56,5% del suelo total) y bosques (2.922 hectáreas, equivalentes a un 35,7%). Sin perjuicio de esta clasificación, la explotación intensiva de leña, junto con las quemadas y progresiva incorporación de suelo agrícola pudieran haber incidido en una disminución de las superficies boscosas de la península. También se destacan algunos humedales (290,2 hectáreas, 3,5%), el más significativo de los cuales se ubica en las cercanías de Guapilacuy. La distribución total de usos de suelo la completan cuerpos de agua (lagunas y otros, que cubren 19,6 hectáreas; 0,2%) y áreas desprovistas de vegetación (334,3 hectáreas; 4,1%)⁵. Los suelos de la península son en su mayoría de origen volcánico (*trumaos*) y pertenecen a la serie Mechaiko. Esta es una de las series de más antiguo uso agropecuario de la isla grande de Chiloé y que se caracteriza por una textura arenosa y fina (antecedentes recolectados de diversas fuentes por Bravo y Mujica, 1997).

⁴ Los datos demográficos referidos a continuación corresponden a información procesada por el autor en base a microdatos del Censo de Población y Vivienda 2002.

⁵ Distribución estimada por el autor en base a información cartográfica del Sistema de Información Territorial del Gobierno Regional de Los Lagos.

Figura #2: Usos de suelo según categoría en la Península de Lacuy (Isla Grande de Chiloé).



Los principales cultivos agrícolas, al igual que en gran parte de Chiloé, son la papa y el ajo, con sus diferentes variedades nativas. La mayoría de los predios familiares cuenta, a su vez, con una huerta propia en la que se plantan diferentes clases de hortalizas y vegetales. A menudo la huerta es reemplazada o complementada por un invernadero, técnica introducida más recientemente y que ha permitido ampliar la variedad de productos vegetales que consumen los habitantes de la península. Junto a vegetales y hortalizas, se destaca también el cultivo de manzanas y la fabricación de chicha (Adler, 2003). Cabe destacar que muchas de las tareas agrícolas suelen ser de responsabilidad femenina y están estrechamente relacionadas con otras tareas domésticas, como la cocina.

La crianza de animales, por su parte, es una actividad igualmente importante en los predios familiares. La producción ganadera se orienta esencialmente a satisfacer necesidades de autoconsumo, aunque también constituye un activo familiar que puede ser negociado, vendido e intercambiado con vecinos de la comunidad. Entre los animales se destacan corderos, cerdos y aves de corral. Algunas familias también poseen vacas y terneros y desarrollan alguna producción lechera dedicada principalmente al autoabastecimiento. En algunos casos, los excedentes lecheros son vendidos a la cooperativa lechera (Chilolac) o se dedican a la fabricación artesanal de quesos (Adler, 2003). Los caballos, en tanto, han reducido su presencia en la zona al ser reemplazados por automóviles y tractores. Perros y gatos, por su parte, son compañía habitual de las familias. Los primeros, además, ayudan al cuidado de las viviendas y al pastoreo de ganado ovino.

El uso del borde costero varía según las condiciones físicas y los recursos existentes en los diferentes sectores de la península. Existen caletas y bahías que proporcionan refugio a la navegación y permiten el desarrollo intensivo de actividades acuícolas, de la pesca artesanal y de la recolección de algas. Entre los principales recursos del mar interior, se encuentran las almejas y las ostras. Antiguamente existieron bancos naturales de estos moluscos en vastas zonas del Golfo de Quetalmahue, pero en la actualidad la mayor parte de la producción de mariscos se obtiene por medio de cultivo (Adler, 2003; Rogel, 2010).

Hacia mediados de los años '60 existió una iniciativa gubernamental de gran escala para desarrollar el cultivo de la ostra en el sector de Pullinque, cuya infraestructura se encuentra abandonada hace varias décadas (Rogel, 2010). Al margen de este temprano antecedente, los cultivos comienzan a desarrollarse fuertemente a contar de la década de 1990, apoyados por nuevas fuentes de financiamiento y asesoría técnica del Estado. En la actualidad, existen varios sindicatos que se hacen cargo de la administración de las llamadas Áreas de Manejo de Recursos Bentónicos, en las que se regula la explotación de los recursos del mar a través de cuotas y periodos de extracción, además de establecer normas relativas al tamaño de las unidades extraídas (Rogel, 2010).

Además de ostras y almejas, se cultivan mitílidos (choros y cholgas), erizos y piures. No obstante, el recurso máspreciado de la zona es el loco, cuya explotación regulada se desarrolla principalmente en la costa Pacífico. En las playas oceánicas también se recolectan machas, navajuelas y huepos, entre otros y se practica pesca con redes y en bote de especies como el róbalo, la sierra y la merluza austral, además del pulpo. Los crustáceos también son otro recurso con alto valor agregado que se explota en la zona, a través de trampas y cultivo, destacándose la jaiba y la centolla.

Muchas de las faenas de pesca y extracción de recursos pesqueros requieren del concurso de buzos, los que actualmente se encuentran identificados y certificados a través de un registro nacional. Tanto en faenas de mariscador como en tareas de apoyo a los cultivos acuícolas, el buzo (buzo-rana) se presenta hoy como un trabajador altamente especializado y cotizado. Por ello, el ejercicio de su labor exige una fuerte inversión en capital físico y humano, incluyendo necesidades de equipamiento, la disponibilidad de botes a motor y asistentes calificados (Rogel, 2010).

Además de las ya mencionadas, una de las actividades que ha mostrado un mayor desarrollo reciente es la recolección de algas, incluyendo diversas especies –de las cuales las más valorizadas son la luga y el pelillo. Esta actividad se destaca por contar con un importante mercado comprador y por la baja inversión que requiere en términos de capital físico. Por esta razón, son numerosas las familias que se emplean de manera permanente o esporádica a la recolección de algas con el fin de acceder a un ingreso complementario. A diferencia de otras actividades pesqueras –que todavía tienen un fuerte sello masculino- en la recolección de algas suelen participar muchas mujeres, además de jóvenes y niños/as. Además de las faenas de recolección en

la orilla, se aprovechan los días de sol para realizar el secado de las algas en predios o en caminos cercanos a la costa.

Cabe destacar, asimismo, que las costas de la península de Lacuy no registran intervención alguna por parte de la industria de la salmonicultura, posiblemente por no presentar condiciones naturales lo suficientemente atractivas en comparación con las costas orientales de la isla grande y por la dificultad de obtener concesiones rentables. Este es un rasgo distintivo en el contexto de las actuales transformaciones sociales y productivas que experimenta el archipiélago y es un factor que, junto al exiguo peso demográfico de la península, explica en parte el escaso dinamismo que muestra la zona en términos de inversión pública y privada.

Respecto de las características de la población⁶, los escasos datos cuantitativos factibles de obtener corresponden al censo de población y vivienda de 2002. Según dichas cifras, en relación a su distribución por sexos, existe un leve predominio de la población masculina, que corresponde al 52% del total. La población adulta (30 a 59 años) es mayoritaria, alcanzando al 42% de los habitantes de la península y se constata una presencia relevante de población en edades mayores (60 y más años), que llega al 16%. La reducida participación del grupo de 15 a 24 años (apenas un 10% del total), en tanto, parece ser indicativa de los efectos de una emigración motivada por la inexistencia de oferta educativa en los niveles secundario y superior.

El tamaño medio de los hogares es de 3,4 personas, no existiendo diferencias significativas con las pautas observadas a nivel nacional y regional en esta materia. Uno de cada cinco hogares de la península tiene jefatura femenina (21%) y se registra un marcado predominio de los hogares de tipo nuclear (66%), esto es, compuestos por el jefe/a y/o su cónyuge junto con uno o más de sus hijos/as. El promedio de escolaridad de los jefes/as de hogar es muy bajo (5,6 años), con diferencias significativas entre hombres y mujeres (los primeros cuentan con 0,6 años más de escolaridad en promedio que las segundas).

Prácticamente toda la población de la península tiene acceso a energía eléctrica a través de red pública. En relación al agua usada para consumo humano, en su mayor parte proviene de fuentes naturales, incluyendo pozos, ríos y vertientes. En relación a los sistemas de desagüe domiciliarios, coexisten sistemas regulares como fosa séptica con otras modalidades tradicionales y deficitarias desde el punto de vista del saneamiento (cajón sobre pozo negro). El acceso a comunicaciones es generalizado, con cobertura y fuerte penetración de telefonía móvil y servicios pagados de televisión satelital. No puede decirse lo mismo en relación a Internet, pues las únicas opciones disponibles hoy (conexión a través de dispositivo móvil o satelital) son de acceso reducido y bastante lentas en relación a los estándares actuales.

Según constata Adler, los lazos de parentesco son muy fuertes en las comunidades de la península, destacando, en este sentido, que las familias residentes “(...) *comparten una historia tanto a nivel íntimo como a un nivel público*”

⁶ Los datos demográficos referidos a continuación corresponden a información procesada por el autor en base a microdatos del Censo de Población y Vivienda 2002.

(Adler, 2003: 26). Hay apellidos que se repiten de comunidad en comunidad y, tanto al interior como entre éstas, se verifican lazos estrechos de parentesco consanguíneo con alto compromiso afectivo (Adler, 2003). Del mismo modo, las relaciones de vecindad suelen implicar frecuentemente relaciones de parentesco o pseudoparentesco, destacándose entre estas últimas la figura del compadrazgo y/o del padrino.

Pese al origen común y al bajo nivel de exogamia característicos de la población de la península, la presencia de identidades étnicas originarias no es significativa, existiendo apenas un 3% de sus habitantes que declara pertenecer a algún pueblo originario reconocido por la ley indígena. Según cabe sugerir, el mestizaje, la eventual incorporación de “afuerinos” y la cercanía a un centro urbano como Ancud, además de otras razones históricas particulares, llevan a conformar una identidad étnica y cultural que, según sugiere Adler, se asimila preferentemente a la idea genérica de una “cultura chilota” tradicional (Adler, 2003), con elementos y manifestaciones semejantes a las que se encuentran en otros rincones del Chiloé rural.

En este sentido, la cultura asociativa y solidaria desarrollada en torno al referente ancestral de la minga, la supervivencia de tradiciones y ceremonias religiosas –donde se destacan las festividades de los santos patronos, además de bautizos, velorios y funerales-, junto a la centralidad de costumbres y creencias populares –como los brujos y otras mitologías bien conocidas-, aparecen como algunos de los principales ejes de la vida de los hombres y mujeres de la península de Lacuy. En cuanto a sus creencias, el 94% de la población de la península se identifica como católica, rasgo que resulta consistente con la imagen de férreo tradicionalismo que caracteriza a los sectores rurales de Chiloé.

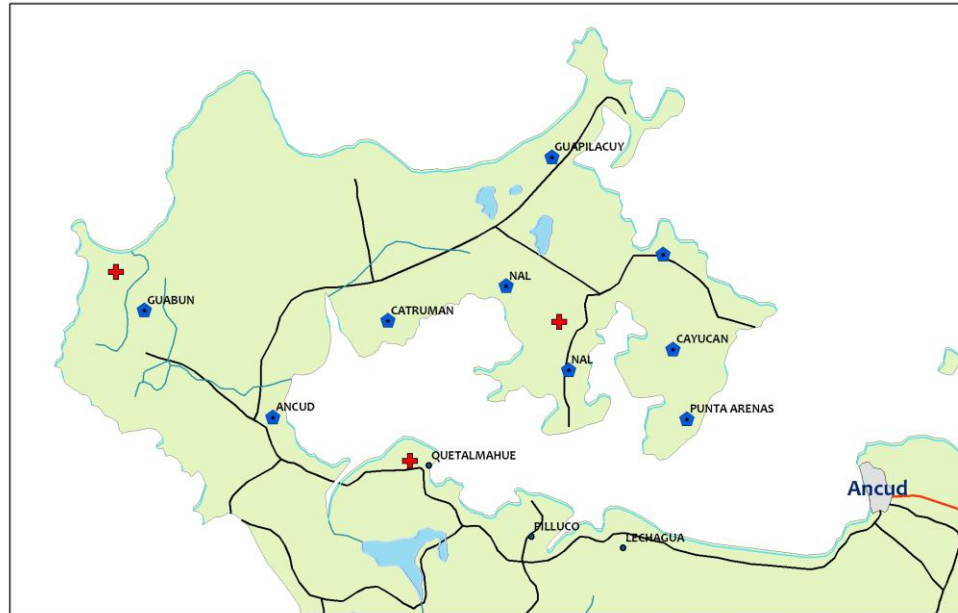
No obstante, aun cuando existen intercambios fluidos, una historia compartida y sólidos vínculos establecidos entre las diferentes comunidades locales, no suele reconocerse entre sus habitantes una identidad cultural definida asociada a la península. Según sostiene Adler, entre las comunidades, “(...) *no existe una identidad de península que las agrupe, si no que ésta se reduce a la de la comunidad de origen y a la isla de Chiloé como horizonte macro*” (Adler, 2003: 26)

Respecto de los servicios sociales presentes en la península⁷ (ver Figura #3), se dispone de equipamiento público y particular en materia de salud primaria y educación básica. Existen dos postas rurales (una en Guabún y la otra en Nal) y ocho establecimientos de enseñanza básica. De estos últimos, siete corresponden a escuelas rurales del sistema público (Guabún, Catrumán, Nal, Guapilacuy, Yuste, Cayucán y Punta Arenas) y uno a una escuela particular subvencionada (en Nal). Pese a la existencia de estos establecimientos educativos (algunos de los cuales funcionan con escasos niños/as), algunas familias prefieren enviar a sus hijos/as a estudiar a otras localidades, como Pilluco (donde existe un internado que, antiguamente, era el único establecimiento cercano a la península), Quetalmahue o Ancud.

⁷ Información georreferenciada obtenida de cartografías del Sistema de Información Territorial (SIT) del Gobierno Regional de Los Lagos.

Figura #3: Equipamiento de salud primaria y educación en la Península de Lacuy (Isla Grande de Chiloé)

Equipamiento de salud y educación en la Península de Lacuy, Isla Grande de Chiloé (Región de Los Lagos)



Fuente: Elaboración propia en base a cartografía IGM, MINSAL y MINEDUC

Junto a estos equipamientos, se destaca la existencia de varias canchas de fútbol, que suelen ser escenario habitual de los “torneos” que se realizan en la zona. Existen, también, cinco capillas (Guabún, Catrumán, Nal, Guapilacuy y Punta Arenas) con comunidades religiosas activas y organizadas y misas que se celebran, cuando menos, una vez al mes con la presencia de un sacerdote visitante. Las capillas, además, cuentan con un fiscal laico que no sólo cumple con las tareas de administración, sino que también está autorizado para officiar algunos servicios religiosos (como dirigir los rezos en velorios y funerales, e incluso dar la extremaunción a los enfermos o realizar bautizos. Cada capilla tiene un santo patrono y conmemora anualmente festividades asociadas a ellos (virgen de Lourdes, virgen de la Candelaria, San Ramón, etc.), las que conservan su importancia a través de las generaciones.

Otro hito geográfico es el ya mencionado faro Corona, emplazado en la punta del mismo nombre en el extremo nororiental de la península. El faro comenzó a operar en el año 1859 y actualmente cuenta con presencia permanente de personal de la armada.

En la península no se registran usos de suelo industriales ni existen establecimientos comerciales de escala significativa. Sólo en algunas localidades existen pequeños almacenes que operan de manera anexa a las viviendas. Además de las actividades destacadas se presentan incipientes esfuerzos por desarrollar algunos servicios turísticos, como es el caso de familias que ofrecen alojamientos, administran cabañas o residenciales

o han intentado implementar proyectos de turismo rural, aprovechando algunos de los atractivos paisajísticos y culturales de la zona.

De manera más reciente, ha suscitado interés y discusión entre la comunidad local la proyectada instalación de un parque de energía eólica en el sector de Mar Brava, aledaño a la península, apoyado por capitales españoles. Al margen de la discusión de sus posibles impactos, el parque supone un importante hito en términos de atracción de inversiones a la zona.

Como alternativas de conectividad existen algunos recorridos de buses que conectan a las localidades de la península –con varias frecuencias diarias- con Ancud y localidades intermedias. Además de la utilidad que presta este servicio, facilitando el acceso cotidiano a la ciudad y garantizando el transporte de escolares a los distintos establecimientos educacionales, el bus constituye una experiencia sumamente significativa para los habitantes de la zona quienes diariamente tienen allí una instancia de encuentro y convivencia.

En relación a la historia de la península de Lacuy, se destacan varios hechos de interés. Según afirma Trivero, algunas de las evidencias más antiguas de presencia humana en el archipiélago se encuentran, justamente, en la península, destacándose el sitio arqueológico del puente Quilo, próximo a la localidad de Quetalmahue (Trivero, 2005). En aquel lugar se han encontrado restos humanos cuya data estimada se sitúa entre los años 6.200 y 5.000 aP, además de numerosas puntas de proyectil. De acuerdo a lo sugerido por algunos investigadores, se trataría de poblaciones que habrían desarrollado estrategias de subsistencia basadas en la explotación de recursos marinos y, posiblemente, habrían contado con embarcaciones. De acuerdo al análisis morfológico de los restos encontrados, además, se sugieren similitudes con pobladores arcaicos de Chile central (Trivero, 2005).

Junto a estos primeros antecedentes, se destaca también la importancia temprana que tuvo la península como lugar de extracción de arcilla, material utilizado intensivamente en piezas de alfarería y cerámica (Bustos, 2005). Según ha podido establecerse, artesanos provenientes de diferentes rincones del archipiélago (principalmente mujeres) acudían hasta las minas ubicadas en las riberas del río Calle para abastecerse de este material, altamente valorado por su pureza y suavidad. Debido al decaimiento de las tradiciones alfareras hacia mediados del siglo XX y a los cambios físicos que supuso el terremoto de 1960, estas minas dejaron de explorarse, además de deteriorarse la calidad de la arcilla extraída de ellas (Bustos, 2005). Por otro lado, existe una importante tradición artesanal en la península asociada al trabajo de la piedra canchagua, que se extrae de los sectores de Ahui y Yuste, principalmente. Este material es usado para la fabricación de diferentes utensilios domésticos, destacándose los reconocidos hornos o estufas, que pueden encontrarse hasta el día de hoy en mercados artesanales como el de Ancud. No obstante, en la actualidad sólo quedan unas pocas familias que se dedican a cultivar este antiguo oficio.

Otro dato relevante dice relación con la presencia de navegantes holandeses durante los siglos XVII y XVIII, que utilizaron las aguas del Golfo de Quetalmahue como refugio en sus expediciones y desafiantes incursiones en las posesiones españolas del archipiélago de Chiloé y de Chile continental (Álvarez y Van Meurs [ed.], 1999). De manera principal, se destacan las expediciones emprendidas por Baltazar De Cordes y Hendrick Brouwer. El primero de ellos, tras ser rechazado junto a su flota por los españoles en Ancud, desembarcó en Lacuy y consiguió establecer alianzas con caciques locales y españoles desertores, a los que sumó a su empresa para gestar la posterior captura y ocupación del puerto de Castro a comienzos del año 1600 (Álvarez y Van Meurs [ed.], 1999).

Frente a la amenaza de corsarios e invasores y de las posteriores empresas anexionistas de la naciente república de Chile, la necesidad de defender la península como posición estratégica en torno a la bahía de Ancud se volvió un objetivo de alta trascendencia para las tropas españolas. Vestigio de ello es la construcción del Castillo San Miguel de Ahui hacia el año 1779 (la más importante fortificación junto al fuerte de San Antonio en Ancud) y la instalación de fortificaciones y baterías de cañones en distintos puntos de la península como Chaicura y Punta Arenas. Tanto el Castillo de Ahui como la batería y fuerte de Chaicura han sido recientemente restaurados y se han convertido en importantes atractivos en el contexto de un incipiente circuito turístico configurado en torno a Ancud, que tiene como principales destinos al balneario de Lechagua, el faro Corona y, más al sur, la caleta y bahía de Puñihuil, lugar de interés para el avistamiento de colonias de pingüinos Humboldt y magallánicos y próximo a rutas migratorias de ballenas azules en el océano Pacífico.

Finalmente, cabe señalar que muchos de los relatos de los habitantes adultos de la península están atravesados por la vivencia de eventos y procesos históricos más recientes de gran impacto biográfico y colectivo. Entre ellos, se suele citar el terremoto y maremoto de 1960 –que modificó significativamente el paisaje y la morfología de algunos lugares-, además de las transformaciones gatilladas en décadas posteriores a instancias de la construcción del camino, la llegada de la energía eléctrica y la instalación de las primeras escuelas en la zona –que incidieron en una progresiva integración de la península, facilitando su accesibilidad a Ancud, al resto de la Isla Grande y al territorio de Chile continental.

CAPÍTULO TRES: MARCO TEÓRICO Y CONCEPTUAL.

I. Panorama general

En las siguientes páginas se expone el marco teórico y conceptual de este trabajo, que se estructura en torno a tres ejes temáticos generales. El primero de ellos remite al concepto de *familia*, intentando elaborar una síntesis a partir de distintas lecturas disciplinarias en el contexto de las ciencias sociales contemporáneas. Lejos de pretender una revisión exhaustiva del amplio conjunto de teorías e interpretaciones que se han planteado a lo largo de la historia del pensamiento social acerca de la idea de familia⁸, aquí se apuesta por recoger aportes específicos provenientes de la literatura especializada reciente que contribuyen a definir y trazar categorías teóricas relevantes para la aproximación al caso en estudio, sin perder de vista sus conexiones sustantivas con miradas y escuelas consolidadas. Bajo esta premisa, se enfatiza la singularidad del concepto de familia y de sus aplicaciones para el análisis de sociedades rurales contemporáneas a la luz de claves teóricas esenciales como la idea de *parentesco* (Levi-Strauss, 1998; Jáuregui, 1982), el concepto de *institución social familiar* (Therborn, 2004; Del Fresno, 2008), los significados en torno a la familia que emergen de la experiencia cotidiana de los sujetos (Weigel, 2008) y la constitución de redes sociales familiares (Jelin, 1994; Marttila, 2010).

Junto a ello, se precisan ciertas distinciones formales y prácticas que están a la base del análisis sociodemográfico de las familias (Arriagada, 2007; Retamoso, 2002; Barahona, 2006). En este último aspecto, se considera el estudio de conceptos como los de estructura y arreglo familiar en función de variables de género, ciclo de vida y modelos basados en la presencia de características nucleares y/o de otro tipo. Asimismo, se incluye la dimensión espacial de la familia como otro ángulo de interés, aunque su discusión se limita a elementos genéricos, como las particularidades de las familias rurales y la configuración de la familia como sistema de orden territorial significativo para el análisis de dinámicas locales, siguiendo en esta materia los planteamientos de Ayllón y García Ballesteros (Ayllón, 2003; García Ballesteros, 2000). Este acercamiento se complementa con las caracterizaciones recogidas en torno a la naturaleza de las familias chilotas.

En segundo lugar, se plantea el eje temático del *territorio*. En este nivel, se hace una explícita preferencia por un abordaje constructivista del concepto, motivado principalmente por los trabajos de Lindón (Lindón, 2008; Lindón, 2007), Di Méo (Di Méo, 1999; Di Méo, 2004), Claval (Claval, 1995), Aliste (Aliste, 2010), Bozzano (Bozzano, 2000) y Leitao et al (Leitao et al, 2008), en el marco de una tradición teórica y metodológica que enfatiza la dimensión social y subjetiva como expresión sobresaliente de la complejidad de los procesos de producción territorial. Esta mirada, si bien tiene su centro en los enfoques de la geografía humana y “social” (Di Méo, 1999), está ligada a un núcleo de pensamiento compartido por escuelas de otras disciplinas de las ciencias sociales, como la antropología cultural, la sociología del territorio, los estudios medioambientales o la historiografía, entre otras, en las que se percibe un interés particular por comprender el espacio ya no sólo en sus formas externas o en su concreción física, sino sobre todo en cuanto producto o construcción social.

⁸ Para una revisión sistemática de conceptos y teorías sobre la familia, véase Del Fresno (2008) y Ayllón (2003).

Estrechamente relacionado con otras corrientes de pensamiento que aspiran a describir la complejidad de los fenómenos sociales, el constructivismo geográfico –en palabras de Lindón- “(...) *busca la comprensión del espacio a partir de la articulación profunda entre lo material y lo no material desde la perspectiva de la experiencia espacial del sujeto*” (Lindón, 2008: 8).

El concepto de *territorio*, en este sentido, aparece como elemento clave de esta articulación, toda vez que alude a la posibilidad de estudiar el espacio geográfico a través del modo particular en que los sujetos lo experimentan, construyen significados y se apropian de él (Aliste, 2010). Al hablar de *experiencia territorial* –como se postula en esta investigación-, se busca resaltar la característica dinámica del territorio, entendiendo que los sujetos elaboran en torno a éste una serie de conocimientos contingentes y cambiantes, pero retroalimentados continuamente por sus memorias y vivencias individuales, así como por la experiencia histórica de la colectividad de la que forman parte. La experiencia territorial, entonces, no se circunscribe al entorno inmediato de la comunidad rural ni está restringida meramente a la dimensión subjetiva de la existencia social; se ve enriquecida por las *trayectorias* biográficas y espaciales de los individuos, además de la *identidad* (Leitao et al, 2008) e *imaginarios* (Ther, 2008) territoriales, que potencian la producción y reproducción de significados intersubjetivos. Conforme a las particularidades de las comunidades en estudio, se intenta ligar esta propuesta teórica con ciertos contenidos específicos que ayudan a precisar las condicionantes de la experiencia territorial en el medio rural chilote. En esta línea, se discuten los conceptos de *ruralidad* e *insularidad* junto a algunos elementos de caracterización general sobre el *territorio y la identidad cultural chilota*, en tanto describen tópicos comunes en torno a los que se construye la experiencia de las comunidades de la península de Lacuy.

En tercer lugar, se considera la discusión de conceptos e interpretaciones atinentes a la teoría de *redes sociales*, los que aquí son desarrollados desde una lógica *comunitaria* –tal como se esbozó en anteriores secciones. En este ámbito, se recogen categorías utilizadas de modo convencional por el análisis de redes sociales (Lozares, 1996) con el propósito de construir una aproximación teórica apropiada para la observación de interacciones sociales a una escala comunitaria. Dado que la misma existencia de la *comunidad* está supeditada al conocimiento mutuo y a la confianza entre sus miembros, se estimó necesario vincular esta mirada con la óptica del *capital social*, rescatando la reflexión promovida, entre otros autores, por Durston (2002), quien ha propuesto un conjunto de herramientas teóricas y analíticas para tratar la dimensión colectiva del capital social en el contexto de comunidades campesinas. Si bien, de alguna manera, estos conceptos ya están implícitos en las discusiones precedentes y son parte constitutiva del propio enfoque con el que se abordan las categorías de familia y territorio, en este apartado se intenta acercar las definiciones teóricas de *red*, *comunidad* y *capital social* a un esquema analítico que será desarrollado con mayor detalle en el marco metodológico.

II. Familia

(a) *Producción, reproducción y significado cultural de la familia*

La elaboración de definiciones pertinentes en torno al concepto de familia –en tanto grupo o institución social- es una tarea que, inevitablemente, compromete opciones valóricas y significados particulares y donde se ponen en tela de juicio argumentos controvertidos de índole política, económica y cultural, por sólo mencionar sus dimensiones más gruesas. Si bien la familia puede aparecer ante la conciencia del individuo como un hecho evidente o natural (Del Fresno, 2008) –del mismo modo como sucede entre otras especies animales que se organizan en base a estructuras familiares-, el horizonte de la modernidad capitalista occidental sugiere un filtro de sentido conforme al cual las diferentes representaciones y formas históricas de la familia pueden o no resultar adecuadas para responder eficazmente a las exigencias específicas que se plantean al interior de sociedades constituidas bajo dicho paradigma cultural. Aunque la familia preceda a la modernidad –y, posiblemente, a toda forma de civilización humana-, una definición reflexiva de la familia sólo puede sostenerse por afirmación o por oposición a esta construcción histórica, teniendo en cuenta sus antecedentes, su evolución, los proyectos históricos que la han desafiado, y el horizonte de su potencial superación, transformación o agotamiento –problematizado en el tema de la post-modernidad. Para Therborn, por ejemplo, las transformaciones de la familia pueden ser estudiadas “(...) a lo largo de las principales rutas históricas que conducen hacia la modernidad y la atraviesan” (Therborn, 2004: 26), sugiriendo cómo la modernidad constituye el prisma elemental desde el cual mirar y pensar la naturaleza y evolución de las familias.

En virtud de lo anterior, es plausible sostener que la definición de la familia remite, de una u otra manera, a la propia idea de modernidad y a sus expresiones culturales prototípicas, incluyendo –desde luego- la representación de la familia nuclear bi-parental como imagen idealizada de familia moderna. Pese a ello, siguen coexistiendo variantes diversas de arreglos y representaciones culturales de la familia, cuyo substrato común está dado por un conjunto de principios antropológicos y sociales –objetivados, normativizados y, frecuentemente, institucionalizados- que trascienden con relativa estabilidad a las diferentes sociedades históricas. Aun cuando estos principios no son inmutables ni insustituibles, proporcionan insumos básicos para definir el carácter, sentido y funciones del grupo familiar, habida cuenta de su capacidad para relacionar a personas de diferentes sexos y edades a través de vínculos fuertes y continuados en el tiempo.

Entre tales principios, cabe resaltar, cuando menos, los siguientes: (a) el *parentesco consanguíneo* (como principio reconocido de relación entre personas con antepasados comunes); (b) el *matrimonio o la unión sexual regulada* entre personas adultas (convencionalmente, de diferente sexo); y, (c) la *responsabilidad del cuidado de niños/as* que son resultado de la procreación. A dichos principios se añaden otros factores de orden social y económico que afirman al grupo familiar en tanto unidad doméstica, relacionando y proyectando el concepto de familia a la idea de hogar. Entre estos factores se cuentan: (a) la *coresidencia o cohabitación* (a menudo relacionada a una vivienda permanente y de uso exclusivo para el grupo familiar); (b) la existencia de *bienes comunes heredables* (incluyendo la

propiedad raíz); y, (c) la administración de recursos compartidos para la *alimentación y la satisfacción de necesidades básicas de los miembros de la familia*. De modo más abstracto y difuso, además, la referencia a la familia suele estar asociada a sentimientos como el amor, el apego, la identidad, la unión o co-pertenencia, o la intimidad, por solo indicar algunos, junto a justificaciones de índole religiosa o moral que resultan de importancia en el contexto de algunas sociedades.

El significado y relevancia jerárquica de cada uno de estos principios está definido por las relaciones de fuerza imperantes al interior de una determinada sociedad y pueden traducirse en conflictos o contradicciones que desafían el equilibrio y estabilidad de las familias en el mediano y largo plazo. En palabras de Therborn, la familia “(...) es un coto dentro del campo de batalla abierto del sexo y del poder, que delimita su libre disponibilidad mediante el establecimiento de fronteras entre miembros y no miembros” (Therborn, 2004: 22). Visto de esta manera, las familias internalizan y reproducen formas de división que son características de las sociedades en las que se insertan, a la vez que consolidan una modalidad específica de diferenciación social asentada en modos y reglas específicas de pertenencia al grupo familiar. La explicitación de tales reglas (comúnmente aparejadas al concepto de parentesco) ha estimulado –como se verá más adelante–, desde el punto de vista de las ciencias sociales, el estudio de las relaciones familiares bajo una lógica institucional.

Si se asume que la pertenencia a una familia constituye –a la manera en que lo entiende Bourdieu– un “campo de luchas simbólicas” (Bourdieu, 1995), no es de extrañar entonces que también exista un escaso consenso al revisar las diferentes definiciones académicas que se han propuesto acerca del concepto de familia (Del Fresno, 2008; Weigel, 2008). En esta línea, Weigel –siguiendo a Fitzpatrick y Koerner–, reconoce tres tradiciones de definiciones de familia en las que los énfasis están puestos en atributos divergentes. La primera de estas tradiciones, llamada “*estructural*”, se basa en la presencia o ausencia de ciertos miembros (padre, madre, hijos/as, otros/as) que ocupan posiciones relacionadas entre sí y que desempeñan roles diferenciados (Weigel, 2008). Desde esta perspectiva, la identificación de los diferentes miembros –y la clasificación de aquellas estructuras que conforman o no familias–, depende directamente de la influencia de instituciones como el matrimonio o el parentesco. Un segundo grupo de definiciones –la llamada tradición “*funcional*”–, en tanto, remite a la realización efectiva de determinadas funciones psicosociales. Esta tradición concede importancia crucial a la capacidad del grupo familiar para asegurar la realización de funciones importantes para los individuos y la sociedad en general, incluyendo, entre otras, el cuidado y la socialización de los niños/as, la satisfacción de necesidades básicas de sus miembros, o la conformación de hogares en tanto unidad básica de producción y consumo. En tercer lugar, se destaca la llamada tradición “*transaccional*”, caracterizada por una atención preferente a la naturaleza de los vínculos socioemocionales y afectivos que se producen al interior de las familias (Weigel, 2008). A partir de este enfoque, la familia aparece como la única institución social capaz de generar lazos intensos de identidad, compromiso y sentido grupal de pertenencia que trascienden a la experiencia y biografía de los sujetos.

Por otra parte, Weigel destaca, también, la presencia de otra corriente al interior de los estudios familiares que rehúsa establecer definiciones formales acerca de la familia, sosteniendo que se trata de un concepto fluido,

socialmente construido y cambiante entre las personas (Weigel, 2008). Desde esta corriente, se critica el excesivo nivel de abstracción alcanzado por las definiciones académicas. Esta desviación conduciría erróneamente a los investigadores a tratar como reales a un conjunto de entidades abstractas que nada tienen que ver con la experiencia concreta de los sujetos ni con sus ideas respecto a lo que es o debe ser una familia. Por esta razón, se reivindica la necesidad de prestar mayor atención al concepto “mundano” o “cotidiano”⁹ que los sujetos tienen acerca de la familia, el cual permite reconocer una mayor riqueza y variedad de tipos familiares, incluyendo significados y formas que desafían las definiciones formales y las visiones convencionales de la política pública (Weigel, 2008). El concepto de familia, entonces, no estaría asociado a una definición o a un objeto estático, sino a un conjunto de procesos a través de los cuales los sujetos construyen y asignan significado a la familia como una categoría relevante para hacer referencia a determinadas relaciones sociales.

Del Fresno (2008) también explora este tema al referirse a la tensión latente entre “la familia” y “las familias”, considerando la disonancia que emerge entre la multiplicidad de formas familiares existentes y la influencia de definiciones culturalmente legitimadas de la familia. En esta línea, las definiciones arquetípicas de lo que la familia ha sido, es, o debe ser –amparadas en un cierto sentido de *sacralidad* de la institución familiar–, señalan una férrea limitación a la investigación de las estructuras familiares actuales, afectadas por cambios acelerados y por una creciente *heterogeneidad*, *dispersión* y *fluidéz* (Del Fresno, 2008). Para este autor, el recurso a definiciones rígidas y unilaterales en torno al significado de la institución familiar, reduce la discusión del concepto a la forma idealizada de familia dominante, comúnmente ligada a la idea de familia nuclear.

Ahora bien, aun cuando el estudio de formas diversas y la incorporación de elementos subjetivos contribuyen de manera sustantiva a producir una comprensión más acabada y profunda del carácter de la institución familiar contemporánea, cabe lidiar con una dificultad adicional cuando se persigue una aproximación al concepto de familia a través del discurso. Al respecto, cabe apuntar que el término familia está aparejado a distintos usos en el lenguaje cotidiano, siendo habitual la superposición de diferentes escalas y modalidades de interacción social. Como indica Del Fresno, “(...) *según el contexto de utilización, la idea de qué es una familia puede denominar tanto un conjunto restringido -grupo doméstico- como uno más amplio que abarca a las personas emparentadas -parentela-*” (Del Fresno, 2008: 73). De esta manera, si los significados de familia varían entre las personas, también cabe admitir la posibilidad que una misma persona puede manejar, simultáneamente, diferentes conceptos de familia para hacer referencia a entidades sociales diversas. Estos conceptos pueden aludir a la unidad doméstica o al grupo más cercano de parientes co-residentes, al conjunto de personas vinculadas por algún tipo de relaciones de parentesco e, incluso, a relaciones que involucren a personas que, sin guardar vínculos parentales consanguíneos, se consideren a sí mismos como “familiares”.

Desde luego, los distintos planos de interacción social que comportan tales conceptos de familia pueden ser aislados a través de procedimientos metodológicos para construir grupos mutuamente excluyentes. No obstante,

⁹ En este sentido, Weigel se refiere a las definiciones espontáneas que los individuos producen acerca de la familia, destacando aquellos atributos más fuertemente valorados e identificando, de acuerdo a su estructura, aquellos tipos o formas de familia más representativos. La idea de un concepto “mundano” o “cotidiano” de las familias es una traducción aproximada de la expresión original en inglés (“*laypeople concept of family*”) (Weigel, 2008).

en la experiencia concreta de los sujetos es habitual que estos conceptos se encuentren altamente interpenetrados y que su propio significado pueda llegar a confundirse en relación a ciertos dominios prácticos o discursivos, sobre todo cuando se trata de comunidades pequeñas en las que vecindad, parentesco y pertenencia comunitaria suelen ser sinónimos. Por esta razón, desde el punto de vista teórico, no sólo resulta pertinente especificar los diferentes contextos discursivos en los que se emplea el vocablo familia, sino también reconocer cómo el propio concepto de familia se construye en función de tales contextos y de las unidades socioespaciales a las que hacen referencia.

(b) *El parentesco como fundamento de la familia*

Convencionalmente, el estudio sistemático de las familias descansa en el supuesto de la existencia de sistemas primarios de relaciones que vinculan y distinguen a las personas conforme a un conjunto de reglas de parentesco reconocidas al interior de una sociedad. El concepto de parentesco –cuya matriz disciplinaria se halla en la etnología y en la antropología estructural- se configura, entonces, como un eje teórico basal en la construcción de la familia como objeto de estudio. Pese a ello, cabe reconocer que se trata de un concepto complejo de definir y aparejado a importantes dificultades en términos de su operacionalización y aplicación al análisis de grupos y comunidades humanas.

De acuerdo a Levi-Strauss, el sistema de parentesco, en toda sociedad humana, tiene por función esencial la regulación de la reproducción de los individuos (y de la especie humana en general) en base a mecanismos de apareamiento reglado que determinan la elección de las posibles parejas sexuales (Levi-Strauss, 1998). Ahora bien, junto con asegurar condiciones para la reproducción biológica de los individuos, el parentesco facilita simultáneamente la reproducción de las relaciones sociales de las que éstos forman parte, definiendo a su alrededor un conjunto de instituciones -o *aparatos*, de acuerdo a la visión clásica estructuralista- que convierten a las personas en “agentes sociales” y portadores de la estructura social que les precede (Jáuregui, 1982). Aun cuando el sistema de parentesco se encuentra estrechamente relacionado a los procesos biológicos de los seres humanos, es de común acuerdo que su definición pertenece no al orden de la naturaleza, sino al orden de la cultura. Así, de manera general, Jáuregui plantea que las relaciones de parentesco constituyen “(...) *el ámbito social-cultural que ordena y reubica, en primera instancia, la reproducción de la vida humana*” (Jáuregui, 1982: 183). En este sentido, el parentesco no supone la reproducción estática de las relaciones sociales preexistente; más bien supone la reproducción de una estructura de relaciones sociales que admite modificaciones reguladas en conformidad con las prescripciones culturales explícitas que están en su base, entre las cuales son recurrentes la prohibición del incesto y la concreción de vínculos conyugales fuera del núcleo familiar de origen (*exogamia*).

Sintetizando la visión estructuralista clásica, Jáuregui plantea que un sistema de parentesco se define por un *conjunto significativo de hechos sociales homogéneos* e interdependientes, cuyos aspectos esenciales (e inseparables) serían los siguientes: (a) un *subsistema de denominaciones* (que clasifica a los miembros de una sociedad entre parientes y no parientes); (b) una *regla de descendencia* (que reconoce socialmente a todas las personas como hijos/as de

determinados padres); (c) una *regla de matrimonio* (que regula las uniones entre personas de acuerdo a la clasificación del parentesco); (d) unas *reglas de residencia* (que regulan relaciones de consanguinidad y afinidad). Junto a estos elementos, se entiende que todo sistema de parentesco construye, asimismo, un *sistema de actitudes institucionalizadas*, que supone derechos y obligaciones complementarios que regulan la conducta entre cualquier par de individuos definidos como parientes entre sí (Jáuregui, 1982).

Dando énfasis a este último aspecto, pero situados desde una tradición teórica muy diferente, Bras y van Tilburg afirman que el parentesco puede concebirse de manera general en términos de un *constructo cultural* o un *sistema de valores* que comprende principios subyacentes que gobiernan los comportamientos de los individuos y dan contenido a sus relaciones interpersonales (Bras y van Tilburg, 2007). Desde esta perspectiva –asociada a la micro-historia social contemporánea–, no sólo se admite que el carácter de los sistemas de parentesco varía entre diferentes culturas, sino también se considera que los modos a través de los cuales las personas entienden y atribuyen significados al parentesco puede ser muy diverso. Al definir el concepto de parentesco en términos de un sistema de valores, se reconoce una mayor fluidez y capacidad de agencia entre los sujetos para construir y participar de relaciones familiares. De acuerdo a estos autores, el parentesco se estabiliza en *formas familiares* específicas, en las que pueden identificarse patrones culturalmente solidificados para la construcción de hogares. Dichas formas familiares responderían a tres coordenadas fundamentales, considerando las características culturales sobresalientes de las sociedades centroeuropeas en transición a la modernidad: (a) *reglas de herencia* (que regulan la transmisión de los bienes de propiedad familiar); (b) el *patrón de asentamiento familiar* (patri-local o neolocal)¹⁰; y, (c) el *tiempo que tardan los menores de edad en abandonar el hogar paterno* e independizarse (por matrimonio u otra razón) (Bras y van Tilburg, 2007).

Otro enfoque para interpretar el significado del parentesco, como se desarrollará en detalle más adelante, proviene de la *teoría de redes sociales*. En esta línea, el parentesco es concebido como un patrón de relaciones sociales (entre muchos otros en los que participan los sujetos) cuya estructura determina *restricciones* y *oportunidades* para el comportamiento de los individuos (Wasserman y Faust, 1994). Bajo esta óptica, el contenido de las reglas que definen el parentesco se flexibiliza, siendo factible identificar tantos tipos de reglas como estructuras de relaciones de parentesco puedan ser observadas. En lugar de reducir el análisis del parentesco al hogar o a una estructura de parentesco dada, la teoría de redes provee herramientas para estudiar el papel del parentesco en términos dinámicos, entendiendo que una parte de las relaciones sociales que establecen las personas responde de manera privilegiada a esta lógica en el contexto de una comunidad. La relevancia del parentesco como principio activo en la construcción de redes sociales interpersonales estará dada, entonces, por su participación relativa en la *composición* del total de las interacciones sostenidas por un individuo, por su *estructura* (densidad de interconexiones entre personas que son parientes) y por sus *contenidos* (destacando la intensidad del apoyo prestado por familiares a cada individuo) (Wellman, 1989). Coincidentemente con esta visión, Jelin (Jelin, 1994) llama la atención respecto

¹⁰ Se refiere al lugar de asentamiento de los nuevos hogares. En el caso del asentamiento patrilocal, las unidades domésticas se instalan en el territorio o la propiedad del consorte masculino. El patrón neolocal, por su parte, supone que la pareja conforma una nueva unidad doméstica independiente tras el matrimonio o la unión.

de la posible disolución del concepto tradicional de familia –considerado como unidad funcional con límites definidos-, en favor de una mirada más abierta al papel de las relaciones familiares en el contexto de las redes sociales. En su opinión, en lugar de hablar de "*la familia*" en sentido abstracto, resulta pertinente dar prioridad al análisis de los "*vínculos familiares*" que tienen mayor importancia en el curso de la vida individual: vínculos entre madres y padres e hijos/as, vínculos entre hermanos u otros vínculos de parentesco más lejanos. Si bien estos vínculos familiares comprometen algún tipo de compromisos y obligaciones, su contenido e intensidad tiende a ser definido crecientemente conforme a opciones escogidas por los sujetos y no a características adscritas por la mera pertenencia a un grupo familiar (Jelin, 1994).

Pero, junto con las diferentes definiciones que puedan rastrearse en la literatura, cabe prestar atención a ciertas distinciones convencionales que resultan de interés para el análisis. En primer lugar, se reconoce la importancia de diferenciar entre relaciones o sistemas de parentesco *co-residencial* y *no co-residencial*. Como es de suyo evidente, esta es la clave analítica primordial que permite distinguir entre un concepto de unidad familiar o doméstica y un concepto más difuso que abarca, en toda su amplitud, el conjunto de relaciones entre personas que se reconocen como familiares. Desde un punto de vista estrictamente demográfico, el primer concepto se asocia directamente a la noción de hogar y –en esta clase de análisis- podría establecerse una cierta correspondencia entre familia y hogar, toda vez que la familia incluya al conjunto de personas que compartan residencia. El segundo concepto, en tanto, recoge una mayor complejidad e involucra enfoques de análisis e información de carácter antropológico o sociológico. Las distinciones entre parientes o no parientes, en este caso, dependen bien de la identificación de los límites del sistema completo de parentesco o bien del reconocimiento social de esta relación. En el primer caso, es pertinente la división –sostenida por Levi-Strauss- entre estructuras complejas y elementales de parentesco. Para este autor, las estructuras elementales son características de aquellos sistemas cerrados en los que todos los agentes son clasificados como parientes y se definen prescripciones consecuentes en las uniones de las personas adultas. Las estructuras complejas, en tanto, suponen la coexistencia de dos o más sistemas de parentesco, donde se establecen reglas de nupcialidad que sólo operan de manera *mediata* –a través de la prohibición- respecto de la elección de los posibles cónyuges. En el segundo caso, la definición de los grupos de parientes se supedita a una jerarquía de relaciones derivada de la proximidad, la centralidad o la frecuencia de interacción entre distintas posiciones.

Otra distinción significativa es la que se establece entre los principios o fuentes que definen el parentesco. Según la escuela estructuralista clásica, existen dos principios efectivos (y genuinos) mediante los que se construye el parentesco. Éstos son la *consanguinidad* y la *afinidad*. El parentesco consanguíneo se refiere, de manera específica, al reconocimiento social de la relación de descendencia, por la que se estipula que una persona es descendiente de otra (sea o no la primera su descendiente biológico). El parentesco consanguíneo es, por definición, una relación mutuamente excluyente, que se expresa en dos direcciones: la relación *filial-paterna/materna* entre padres/madres e hijos/as, y la relación entre hermanos/as, hijos/as de los mismos padre y/o madre (*germanidad*). El parentesco por *afinidad* (o por *alianza*), en tanto, remite a la relación que surge del matrimonio o unión entre dos personas y que no sólo vincula a ambos cónyuges, sino también a los parientes consanguíneos de éstos. Como bien sugiere

Jáuregui, en este caso –a diferencia del parentesco consanguíneo– es evidente que el parentesco emana “(...) *de un hecho social y, por lo tanto, simbólico*” (Jáuregui, 1982: 184). Las relaciones directas que se dan entre personas unidas por lazos de *consanguinidad* o *afinidad* suelen definir, a su vez, los límites entre relaciones de *parentesco inmediato* y relaciones de parentesco *extendido* o *ampliado* (Wellman, 1989). El parentesco inmediato incluye las relaciones entre padres/madres e hijos/as, entre hermanos/as, y entre los dos cónyuges. El parentesco extendido, por su parte, comprende toda otra relación de parentesco externa a las interacciones diádicas entre pares de personas unidas por relaciones de consanguinidad o afinidad.

Por último, si se asume una definición estricta, es pertinente clasificar entre formas propiamente tales de parentesco y otros principios de relaciones que se asimilan a éste y/o lo substituyen. En este orden de cuestiones, la antropología estructural reconoce formas de pseudoparentesco en los que la relación estrecha entre determinadas personas no tiene su origen en principios de consanguinidad o afinidad. Entre estas situaciones se contempla el *uso figurado* (cuando las personas se nombran de acuerdo a categorías de parentesco sólo por una convención social), el *uso consuetudinario* (donde la relación deriva de una costumbre o una situación de hecho) y el *uso ritual* (cuando existen procesos rituales que definen relaciones semejantes a las del parentesco, como es el caso del padrinzago, compadrazgo o co-paternidad, de gran importancia en sociedades con fuerte influencia católica).

En concomitancia a esta discusión, también cabe apuntar la distinción propia de la lengua inglesa, entre la noción de *kinship* (que describe con mayor precisión el concepto de parentesco en sentido estricto)¹¹ y el concepto de *relatedness* (que expresa en un sentido más laxo la relación cercana entre personas y que puede comprometer contenidos afectivos o de otro tipo). En esta línea, es de interés rescatar las observaciones realizadas por Bacchiddu (2007) en su etnografía sobre los habitantes de la isla de Apiao. Esta autora hace una reflexión en torno al modo en que se construyen y mantienen las relaciones familiares, sugiriendo que las personas de Apiao no dan por sentada la pertenencia de los individuos a un sistema de parentesco definido simplemente por la descendencia o por los lazos de sangre. Por el contrario, se precisa el sentido de la dimensión familiar de las experiencias sociales de los isleños en términos de una relación que requiere ser actualizada y cultivada a través de un constante flujo de cuidado, amor y cariño. En este flujo aparece comprometido un particular sentido de la memoria, donde la fortaleza de las relaciones familiares está marcada por el hecho de “*acordarse*” de las personas cercanas, sea ello materializado a través de visitas frecuentes, de la comunicación permanente, de la realización de obsequios y, en general, por la preocupación constante respecto de la suerte de la familia (Bacchiddu, 2007).

¹¹ *Kinship* proviene de la raíz *kin*, que en su uso cotidiano describe de modo genérico a los familiares o a la parentela. Otras palabras y expresiones relacionadas son *kinfolk* (parientes) o *kin network* (red de parientes o red de parentesco), de uso frecuente en la literatura especializada. Una figura típica en la lengua inglesa, también, es la oposición entre *kin* y *Keith* (parientes o amigos). A veces se mencionan como conceptos complementarios (como, por ejemplo, en la expresión *Keith and kin*), para significar que la relación de parentesco está reforzada por un lazo fraterno (familiar y amigo).

(c) *El concepto de institución familiar*

Si las instituciones sociales son *estructuras de normas donde se fija y mantiene un determinado juego de roles* (Therborn, 2004), la familia –con toda propiedad- puede ser considerada como una de ellas. En la discusión anterior, se ha visto cómo el parentesco (en tanto sistema de relaciones sociales que confiere las bases para la existencia de las familias) presupone un conjunto de reglas específicas para vincular a los individuos y garantizar los procesos de producción y reproducción social. A continuación, entonces, se profundizará en el examen de la dimensión institucional de la experiencia familiar, abordando el tránsito desde las características estructurales de las familias a la producción de prácticas sociales reguladas al interior de éstas. Tales prácticas, conviene aclarar, no son uniformes ni estáticas, pues dependen de los marcos culturales y normativos prevaletentes en el contexto de cada sociedad y varían en función de las diversas configuraciones familiares existentes (Therborn, 2004). Por esta razón, entre ellas no sólo cabe reconocer una alta heterogeneidad, sino también una fuerte sensibilidad respecto de transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales de gran escala.

Desde esta perspectiva, entonces, es relevante concebir a las familias desde el punto de vista de las funciones y productos sociales que contribuyen a materializar y que la convierten, todavía, en una institución social fundamental y, hasta cierto punto, insustituible.

En una primera mirada, se rescata el papel de la familia en tanto soporte social de la reproducción biológica y de la sexualidad. Para Jelin, por ejemplo, la familia “*tiene un substrato biológico ligado a la sexualidad y la procreación*” y representa “*(...) la única institución social que regula, canaliza y confiere significados sociales y culturales a esas dos necesidades*” (Jelin, 1994: 20). No obstante ello, se sugiere que las relaciones familiares no se agotan en la esfera doméstica o residencial, pues la familia forma parte de una red más extensa de relaciones de parentesco, sujeta a reglas y pautas sociales establecidas, que vinculan a los individuos socializados a través de derechos, deberes y obligaciones mutuas. Therborn, por su lado, argumenta que la familia es una institución definida por normas para la *constitución de la pareja sexual y de filiación intergeneracional*, donde las eventuales formas y configuraciones concretas que poseen los grupos familiares son el reflejo de un juego de poder y distribución de beneficios entre sus miembros con arreglo a un determinado equilibrio social (Therborn, 2004).

Ahora bien, si se asigna un valor decisivo a la institución familiar desde el punto de vista de la *reproducción*, habrá que precisar qué aspectos y componentes están contenidos dentro de este concepto, el que –como es de consenso general- no se reduce exclusivamente a una función meramente biológica (Jelin, 1994; Arriagada, 2007; Jáuregui, 1982). Desde la visión marxista clásica, la idea de reproducción implica una doble componente, considerando, de una parte, la *reproducción material de la fuerza de trabajo* (la reposición física de los individuos que conforman dicha fuerza, su conservación y su reemplazo, a través de la procreación) y la *reproducción de las relaciones sociales de producción* (que implica, además, de la reproducción de la estructura de relaciones sociales en las que se insertan los individuos, la transmisión de aquellos aspectos inmateriales e ideológicos inherentes a dicha estructura) (Jáuregui, 1982). En el caso de la primera, remite a un proceso que se da fuera del ámbito de las relaciones económicas y que

tocha de manera directa a la familia. En cuanto a la segunda, en tanto, involucra a la familia en tanto institución social que internaliza las formaciones socioeconómicas y la superestructura que resultan características de una sociedad inscrita en el marco de un determinado modo de producción.

Bajo la perspectiva de los estudios de género, por su parte, Jelin señala que el término *reproducción* puede desglosarse en tres dimensiones o niveles analíticos. Por una parte, la *reproducción biológica*, que alude expresamente a la procreación humana y a sus condicionantes y consecuencias sociodemográficas (Jelin, 1994). Luego, se considera la *reproducción cotidiana* o doméstica, que comprende el mantenimiento diario de las personas en conformidad con el cumplimiento de actividades básicas de subsistencia (incluyendo, de modo principal, la alimentación y el consumo de servicios y bienes esenciales para la subsistencia). A estas dimensiones se añade la *reproducción social*, que contempla todas las “(...) *tareas extraproductivas dirigidas al mantenimiento del sistema social*” (Jelin, 1994: 19).

Desde un enfoque semejante, Arriagada (2007) también distingue las dimensiones *doméstica* y *social* de la esfera limitada de la reproducción biológica, entre las funciones familiares fundamentales de la familia y en estrecha relación con la *división sexual del trabajo*, como categoría global en la estructuración de las relaciones de género en la sociedad. Desde su mirada, la reproducción doméstica compromete el conjunto de actividades que contribuyen a la subsistencia y el bienestar de los miembros de la familia, mientras que la reproducción social se referiría, de modo más general, al “(...) *cuidado diario, generacional y social de la población*” (Arriagada, 2007: 15). A diferencia de las definiciones usadas por Jelin, en este caso, la distinción entre reproducción doméstica y reproducción social estaría dada, entonces, por una diferencia de escala más que por una diferencia en sus contenidos, donde la división sexual del trabajo opera como mecanismo regulador. Según Arriagada, la *división sexual del trabajo* se erige como concepto clave al relacionar el ámbito de la familia con el ámbito del trabajo y poner de relieve su mutua interdependencia. Así, ya no habría una separación tajante entre ambas esferas ni se podría postular su correspondencia directa con la división –formalmente establecida– entre la vida pública y la vida privada. Coincidentemente con esta visión, Jelin afirma que familia y el mundo doméstico no pueden concebirse como un lugar cerrado, pues se constituyen y definen en relación al mundo público. Tanto las estructuras de control social, como la legislación y las agencias de la política pública, junto a los aspectos simbólicos e inmateriales involucrados en cada contexto de la experiencia social de los sujetos, “(...) *ayudan a definir en cada situación histórico-cultural, el ámbito de acción propio de la familia y la domesticidad*” (Jelin, 1994: 20).

Cualquiera sea el énfasis, los enfoques de género resaltan la importancia de las familias en el *cuidado* de las personas, tanto en la esfera doméstica como en la esfera social –si es que dicha diferenciación resulta todavía pertinente. Bajo esta perspectiva, la unidad o grupo familiar cumple una función esencial en la provisión del bienestar físico y social de la población, que se suma a su aporte –todavía protagónico– en la socialización primaria de los individuos. El concepto de *cuidado*, bajo una definición convencional, se refiere a los “(...) *bienes y actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un hábitat propicio*” (Sunkel, 2006: 11) y compromete a la familia como agente central, aunque su responsabilidad en esta materia puede variar y/o compartirse con

otros agentes, dependiendo del grado de influencia y del rol ejercido por el Estado y el mercado en el marco de una sociedad. La institución familiar, por tanto, realiza aportes sustanciales a la producción de una “*economía del cuidado*”, que comprende el trabajo no remunerado (efectuado de manera principal por las mujeres) dentro del hogar y la provisión pública y privada de servicios de cuidado fuera del hogar (Sunkel, 2006).

Desde la óptica de la familia, el cuidado tiene como beneficiarios/as principales a los niños/as, quienes no pueden valerse por sí solos para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, esta definición se ha ido modificando a través del tiempo, atendiendo a cambios en la estructura de los hogares que –conjuntamente con el avance del proceso de transición demográfica- instan a desarrollar un concepto integral, en el que se considere el espectro completo de los así llamados “*cuidados intergeneracionales*” (Sunkel, 2006); es decir, aquellos cuidados supuestos por las necesidades específicas de las diferentes etapas del ciclo de vida de las personas, con especial dedicación a la población infantil y a las personas mayores. La eficiencia de los diversos sistemas de cuidado, y de las familias en particular, depende, en gran medida, de la existencia de personas con la capacidad y los recursos suficientes para garantizar la provisión continuada de cuidados a quienes más los necesitan (Huenchuan, 2009). Esto supone, entonces, que no puede existir una forma adecuada de cuidado al interior de la familia sin la presencia de cuidadores/as idóneos, que cuenten con la capacidad económica, física y social para cumplir a cabalidad con esta función. Si bien esta responsabilidad ha recaído históricamente en las mujeres –limitando el papel de los hombres a proveer el soporte económico de las tareas de cuidado doméstico-, esta situación ha cambiado significativamente, diluyéndose la imagen idealizada de una familia con *hombre/proveedor* y *mujer/cuidadora* –que supone el “*male breadwinner model*”, según la expresión inglesa (Sunkel, 2006). Este proceso responde, por una parte, a la progresiva incorporación de la mujer al trabajo remunerado, pero también se desprende de la flexibilización de las relaciones familiares (Jelin, 1994) y de los cambios en la configuración prototípica de los arreglos domésticos, que fuerzan a las familias a construir nuevos equilibrios entre los cuidados del hogar y las responsabilidades laborales (Sunkel, 2006).

Por otro lado, allí donde las fronteras entre lo doméstico y lo laboral (y, por extensión –de acuerdo a la definición comúnmente aceptada-, entre la esfera pública y la esfera privada) se vuelven permeables y donde los roles de género en la institución familiar se tornan difusos, se plantea una disyuntiva respecto de la propia relevancia del concepto de familia. En efecto, si lo específico de la institución familiar es su estabilidad y capacidad para definir roles específicos, que vinculan de manera estrecha a un grupo de personas relacionadas por el parentesco, la heterogeneidad de sus formas actuales y la debilitada correspondencia existente entre las posiciones ocupadas por sus miembros y los comportamientos esperados de cada uno de ellos, no sólo sugieren una eventual *crisis* de la familia, sino también su *deterioro* y potencial desuso como categoría de análisis. En la realidad actual latinoamericana, esta situación se ve fuertemente agudizada por el ritmo e intensidad adquiridos por los movimientos migratorios, junto a la tendencia global de crisis de la institución matrimonial y la pérdida de estabilidad de las uniones conyugales.

En esta línea, Jelin urge acerca de la necesidad de precisar analíticamente el concepto de familia, esfuerzo que resulta convergente con la especificación de las relaciones de sus relaciones con otros conceptos o categorías como los de *grupo residencial*, *unidad doméstica*, *unidad reproductiva* o *unidad económica* (Jelin, 1994). Todas estas nociones estarían íntimamente relacionadas con el concepto de familia, pero han dejado de ser equivalentes, lo que incita a la búsqueda de definiciones más precisas, donde no se pierda de vista su mutua interpenetración. En opinión de esta autora, “(...) la mayoría de los grupos domésticos están integrados por personas que guardan entre sí vínculos familiares inmediatos (...)”. Sin embargo, “(...) la inclusión o exclusión de ciertos miembros no está dictada de manera unívoca por la cercanía del vínculo de parentesco ni puede explicarse únicamente por la situación presente de los miembros de la unidad doméstica” (Jelin, 1994: 20). Habida cuenta de esta posibilidad, se rescata la particularidad de las *unidades domésticas*, en tanto representan aquel núcleo básico en el que se facilita la satisfacción de necesidades y el mantenimiento cotidiano de las personas. La definición de la unidad doméstica es contingente y sus límites pueden o no coincidir con la extensión del grupo o unidad familiar. Asimismo, dichas unidades pueden o no comprometer una *opción residencial común* para sus integrantes, siendo factible que éstos alojen en otros lugares de manera transitoria o permanente. La *familia*, por su parte, tiende a transformarse en un concepto mucho más fluido y flexible, ligado a la influencia persistente ejercida por una serie de *vínculos familiares* que tienen relevancia, desde un punto de vista afectivo, simbólico o funcional, para los individuos. Del mismo modo, la *reproducción* y la *autonomía económica* pueden ser referidas a distintos grupos de personas, sean éstos familias –en un sentido tradicional-, unidades domésticas u otras configuraciones.

No obstante lo anterior, la especificidad de las familias en tanto institución social y estructura singular puede ser afirmada a partir de otros atributos o experiencias. En la visión planteada por Del Fresno (2008), la vida familiar – más allá de la satisfacción de necesidades básicas y de la regulación de las relaciones entre personas que se reconocen como parientes- resulta un espacio indispensable para garantizar funciones y equilibrios psicosociales básicos, destacando, como constante común, los conceptos de *reconocimiento*, *respeto* y *recuperación*. El *reconocimiento*, en primer lugar, incluye la valoración mutua de cada uno de los miembros de la familia, junto con el apoyo y soporte continuamente prestado a sus diferentes iniciativas y proyectos personales. La idea de *respeto*, por su parte, responde a la internalización de los valores democráticos al interior de las familias, proceso que redundará en el ejercicio de la tolerancia y la comprensión como prácticas que influyen positivamente en el bienestar psicológico de los diferentes integrantes del grupo familiar. Por último, la función de *recuperación* refleja la protección y seguridad brindada por la familia a sus miembros respecto de un entorno social que resulta a menudo agresivo y angustiante, favoreciendo el alivio de tensiones, el encuentro y la minimización de los potenciales daños infligidos por el mundo exterior (Del Fresno, 2008). De este modo, la institución familiar adquiere una expresión más abstracta, donde la identificación formal de arreglos familiares y roles específicos –así como el análisis de la cohesión y cercanía de los vínculos existentes entre las personas-, pasa a un segundo plano respecto de la realización de funciones psicosociales complejas, que resultan de vital importancia en los procesos de socialización y construcción identitaria en las distintas etapas de la biografía individual.

(d) *Estructura familiar, tipos de hogar y familia*

Al asumir que la institución familiar presupone relaciones estables entre sujetos que ocupan posiciones desiguales, es pertinente –entonces–, introducir en la discusión el concepto de *estructura familiar*, que constituye uno de los pilares de esta investigación. De manera genérica, la idea de *estructura familiar* alude al modo de organización que resulta típico de las familias conforme al número y características de sus integrantes, conjuntamente con el análisis de la complejidad de las relaciones existentes entre éstos. En este sentido, se trata de una herramienta analítica, a la vez que una categoría teórica, que resulta convergente con las definiciones de tipo estructural que describía Weigel y donde el contenido de las relaciones establecidas entre los miembros familiares no necesariamente se encuentra explicitado, tal como sucede en la mayor parte de los abordajes demográficos (De Vos y Palloni, 1984).

Como ha observado Ayllón, el concepto de estructura puede presentarse como un pie forzado o incluso una limitación metodológica cuando se busca estudiar los fenómenos familiares con una mirada dinámica, además de sus evidentes implicancias teóricas respecto de la corriente estructuralista clásica (Ayllón, 2003). No obstante estas consideraciones, se trata de un enfoque que no solamente se encuentra plenamente vigente, sino que sigue aportando las principales claves analíticas para diferenciar, clasificar y delimitar las formas de familia características en el contexto de las diversas sociedades. Por cierto, la aplicación de análisis basados en el concepto de estructura familiar requiere introducir simplificaciones y abstracciones, además de adoptar supuestos de base que pueden resultar restrictivos. En primer lugar, la noción de estructura familiar compromete la necesaria identificación de límites en virtud de los cuales una persona es reconocida como perteneciente a una familia o grupo familiar. Estos límites, están definidos por reglas específicas que habitualmente implican la concordancia entre criterios de parentesco (por consanguinidad o afinidad), co-residencia y autonomía económica. Mientras los dos últimos criterios por sí solos pueden justificar la existencia de *hogares* –en tanto unidad demográfica y económica¹²–, su intersección con el dominio de las relaciones de parentesco otorga a tales entidades, de manera simultánea, el carácter de *familias* o *unidades domésticas*. De esta forma –según la convención demográfica– no todos los hogares son familias y no todas las relaciones de parentesco se circunscriben al ámbito del hogar. En efecto, hay grupos de personas que comparten una residencia y un presupuesto alimentario sin estar unidos por lazos de parentesco, mientras que los grupos de parentesco pueden involucrar a personas, hogares y residencias diversas. En el primer caso, cabe hablar de *hogares no familiares* (Arriagada, 2007), mientras que la segunda categoría corresponde a las ya comentadas *redes* o *grupos de parentesco* (Jelin, 1994; Jelin y Díaz-Muñoz, 2003).

Excluidas las situaciones mencionadas, la articulación entre parentesco, hogar y residencia, suele ser el supuesto básico en la identificación de estructuras familiares y su posterior clasificación de acuerdo a tipos o modalidades características. En esta línea, un concepto fundamental para el análisis de la familia moderna es el de *núcleo* o *familia nuclear*, que describe bien un *tipo de familia* determinado o bien un *componente elemental* de la estructura familiar, caracterizado por la existencia de dos o más personas que mantienen relaciones de parentesco

¹² De acuerdo a la definición censal vigente en el caso de Chile, un hogar (particular) está conformado por una ó más personas con o sin lazos de parentesco que habitan una misma vivienda, disponen de un presupuesto común y único, comen juntos (no importando la propiedad ni el tipo de cocina empleada) y reconocen a un jefe/a de hogar entre los miembros del grupo. Cabe agregar, además, que el censo chileno no reconoce a la familia como una unidad estadística de importancia y no cuenta con definiciones oficiales relativas a este concepto, a diferencia de otros países.

consanguíneo o afín. El núcleo familiar, de acuerdo a su definición más extendida, implica la presencia de, a lo menos, una persona y su descendencia directa (al menos un/a hijo/a). Si ambos progenitores se encuentran presentes, se configura un *núcleo completo* o *bi-parental*, mientras que la ausencia de uno de ellos se traduce en un *núcleo familiar incompleto* o *monoparental* –pudiendo hacerse la distinción adicional entre núcleos monoparentales masculinos y femeninos, según el sexo del progenitor¹³. En algunos casos, la definición de núcleo familiar suele flexibilizarse para incluir casos en los que existe una unión conyugal sin descendencia (pareja sola o sin hijos/as) o en los que participa una o más personas que son descendientes¹⁴ de uno solo de los individuos vinculados por medio de una unión conyugal reconocida (a través del matrimonio o fundamentada en otra clase de vínculos formales o informales).

Tal como se constata en todos estos casos, la existencia del tipo nuclear de familia está estrechamente relacionada con el matrimonio como forma histórica y cultural que, en su concepción tradicional, sanciona la unión entre dos personas de distinto sexo. Bajo esta premisa, no solamente se excluirían relaciones poligámicas y parejas del mismo sexo, sino también pudiera llegar a cuestionarse el carácter nuclear de ciertos grupos constituidos en torno a uniones informales, como la convivencia o el concubinato. No obstante lo anterior –como ha sido corrientemente resaltado en la literatura especializada- la articulación de grupos familiares derivados de uniones consensuales es una de las características más notorias en la estructura de las familias latinoamericanas, con importantes repercusiones desde un punto de vista económico, social, cultural y demográfico. En tal sentido, la descendencia común se presenta como un criterio más significativo y pertinente para el análisis que el estado civil de los eventuales progenitores. Por otra parte, la ruptura de los vínculos conyugales (sea ésta de hecho o reconocida a través de mecanismos formales de disolución del vínculo matrimonial), redundante también en una diversificación de las situaciones civiles de las personas, proceso que acrecienta la separación entre las formas de organización familiar efectivamente existentes y la institución matrimonial.

Pero, junto con el reconocimiento de los núcleos basados en uniones de tipo consensual o informal y de parejas de distinto sexo sin hijo/a(s), la definición del hogar o familia nuclear continúa siendo objeto de disputas en el contexto de las discusiones actuales en torno al matrimonio homosexual, llegando a sugerirse la categoría de familias nucleares constituidas por personas del mismo sexo, con o sin la presencia de hijo/a(s) (Jelin y Díaz-Muñoz, 2003). Sin profundizar en este debate –recientemente instalado en el caso de la sociedad chilena-, el tipo de hogar o familia nuclear puede descomponerse, a lo menos, en tres variantes principales: (i) el *núcleo completo con hijo/a(s)*; (ii) el *núcleo incompleto o monoparental con hijo/a(s)*; y, (iii) la *pareja* (heterosexual) *sin hijo/a(s)*.

Ahora bien, el núcleo familiar –por si solo-, no agota la descripción de las estructuras familiares ni de los diferentes tipos de arreglos domésticos y residenciales que son posibles de observar. Tal como se dijo antes, el núcleo puede entenderse, entonces, como una unidad o componente elemental en la conformación de los hogares, dando origen a diversas situaciones definidas por la presencia de personas que exceden el ámbito de las

¹³ En algunas publicaciones –principalmente en España- suele usarse, también, la distinción entre núcleos “*monoparentales*” o “*monomarentales*”.

¹⁴ Tal como se expuso anteriormente, la descendencia no está asociada exclusivamente a un hecho biológico, abarcando todas aquellas formas de descendencia socialmente reconocidas (incluyendo el caso de hijos/as adoptados/as).

relaciones conyugales y/o paterno/materno-filiales. Por un lado, cuando el núcleo familiar se encuentra ampliado por otros parientes, aparte de uno o ambos cónyuges y de sus descendientes directos, cabe observar la presencia de *hogares* o *familias extendidas*. Esta modalidad ha sido identificada como referente común en las caracterizaciones tradicionales de la familia rural latinoamericana, poniéndose de relieve cómo la presencia de abuelos/a(s), tíos/a(s), nieto/a(s) forma parte de las estrategias de vida de las familias campesinas. Por otra parte, la presencia de personas que no tienen lazos de parentesco con los integrantes del núcleo familiar puede justificar la identificación de *hogares compuestos*, en los que una estructura de tipo nuclear o extendida se ve complementada por la incorporación de no parientes.

Tanto la forma extendida como la forma compuesta admiten, a su vez, expresiones diferenciadas según se observe la presencia de uno o ambos cónyuges. De esta forma, podrá hablarse de hogares y familias extendidas monoparentales o biparentales, clasificación que también cabe aplicar al caso de los hogares y familias compuestas. A su vez –a diferencia de las familias nucleares–, entre los hogares extendidos y compuestos es posible identificar arreglos de tipo *multigeneracional*, caracterizados por la presencia de abuelos/a(s) y/o nieto/a(s) (o de padres y/o suegros en el caso de parejas sin hijo/a(s)). Los hogares multigeneracionales –como ha destacado Huenchuan –, constituyen una formación de creciente relevancia en el contexto de los procesos de envejecimiento y transición demográfica, en la medida en que permiten asegurar apoyo a las personas mayores dependientes (Huenchuan, 2008).

Un resumen de estos cruces y categorías se presenta en la Tabla #5.

Tabla #5: Tipología de hogares según criterios demográficos.

Tipo de hogar	Tipos específicos	Integrantes	Composición generacional
Nuclear	Núcleo completo (biparental con hijo/a(s))	Jefe/a de hogar, cónyuge y uno o más hijo/a(s) descendiente(s) directo(s) de uno o ambos cónyuges	Unigeneracional
	Núcleo incompleto (monoparental con hijo/a(s))	Jefe/a de hogar, sin cónyuge o pareja y uno o más hijo/a(s) descendiente(s) directo(s) de uno o ambos cónyuges	
	Núcleo sin hijo/a(s) o pareja sola	Jefe/a de hogar y su cónyuge o pareja, sin hijo/a(s)	
Extendido	Extendido monoparental	Jefe/a de hogar, sin cónyuge o pareja y uno o más hijo/a(s) descendientes directos de uno o ambos cónyuges, además de otro(s) pariente(s) del jefe/a.	Unigeneracional o multigeneracional
	Extendido biparental	Jefe/a de hogar, cónyuge o pareja y uno o más hijo/a(s) descendientes directos de uno o ambos cónyuges, además de otro(s) pariente(s) del jefe/a.	
Compuesto	Compuesto sólo con parientes nucleares	Jefe/a de hogar, cónyuge o pareja y uno o más hijo/a(s) descendientes directos de uno o ambos cónyuges, además de uno o más personas que no son pariente(s) del jefe/a.	Unigeneracional o multigeneracional
	Compuesto con parientes nucleares y otros parientes	Jefe/a de hogar, cónyuge o pareja y uno o más hijo/a(s) descendientes directos de uno o ambos cónyuges, además de otro(s) pariente(s) del jefe/a y de uno o más personas sin parentesco con éste.	
Unipersonal	Unipersonal	Una persona sola, definido/a como jefe/a de hogar	Unigeneracional
Sin núcleo u hogar no familiar	Hogares sin núcleo de parientes	Jefe/a de hogar y una o más personas que son parientes del mismo, excluidos sus hijo/a(s) y/o cónyuge	Unigeneracional o multigeneracional
	Hogares sin núcleo (no parientes)	Jefe/a de hogar y una o más personas que no son parientes del mismo	
	Hogares sin núcleo de parientes y no parientes	Jefe/a de hogar, una o más personas que son parientes del mismo y una o más personas sin parentesco con éste.	

Fuente: elaboración propia, con base en diferentes fuentes (entre otros, véase Arriagada y Aranda [comp.], 2004).

Otra perspectiva desde la cual es posible estudiar la estructura familiar remite al enfoque del *ciclo de vida* (Retamoso, 2002; Barahona, 2006). Este enfoque relaciona las tipologías de hogares y familias ya descritas con las edades de las personas, la existencia de vínculos conyugales y el número de hijos/as. Para Retamoso, el uso de esta aproximación contribuye a fijar perfiles diversos de las familias en función de diferencias relevantes en materia de consumo, capacidad de ahorro e inversión que se producen en las distintas etapas de la evolución de una familia, junto con relacionar las particularidades de la estructura familiar con los procesos de transición demográfica (Retamoso, 2002). Aunque se han propuesto diferentes clasificaciones, todas presentan elementos en común, distinguiéndose por precisiones en torno al número y características de las etapas definidas. En general, se prevé una trayectoria homogénea y lineal, que arranca con la formación de la pareja (en ausencia de hijos), prosigue con la formación de la familia (asociada a la presencia de hijo/a(s)), su expansión o consolidación, su posterior desmembramiento (derivado de la partida de los hijo/a(s) mayores) y, en último término, el vaciamiento del hogar (marcado por la presencia de una pareja mayor sin hijos/as en el hogar). Una síntesis de la tipología de ciclo de vida familiar –de acuerdo a la versión propuesta por Barahona (2006)–, se presenta en la Tabla #6.

Tabla #6: Tipología de familias según ciclo de vida del hogar.

Tipo de hogar	Composición e integrantes
No familiar	Una persona sola o personas (parientes y/o no parientes) que no constituyen un núcleo familiar.
Pareja joven sin hijo/a(s)	Ambos cónyuges (independientemente de la presencia o ausencia de otros parientes y no parientes del jefe de hogar), donde la mujer tiene menos de 40 años.
Etapas de inicio de la familia	Familia nuclear, extensa o compuesta con núcleo conyugal completo o incompleto con uno o más hijos, que tienen entre 0 y 5 años de edad.
Etapas de expansión o crecimiento	Familia nuclear, extensa o compuesta con núcleo conyugal completo o incompleto con uno o más hijos, de entre 6 y 12 años de edad, o con dos o más hijos, donde el hijo menor tiene entre 0 y 5 años de edad y el mayor entre 6 y 12 años de edad.
Etapas de consolidación	Familia nuclear, extensa o compuesta con núcleo conyugal completo o incompleto con uno o más hijos, de entre 13 y 18 años de edad, con dos o más hijos.
Etapas de desmembramiento	Familia nuclear, extensa o compuesta con núcleo conyugal completo o incompleto con uno o más hijos, de 19 o más años de edad.
Pareja mayor sin hijos (nido vacío)	Ambos cónyuges (independientemente de la presencia de otros parientes y no parientes del jefe de hogar), donde la mujer (normalmente la cónyuge, aunque puede ser el jefe de hogar) tiene 40 o más años de edad.

Fuente: elaboración propia, con base en Barahona, 2006 y Retamoso, 2002.

Por el hecho de observar a la población de manera simultánea en un momento dado, esta clase de tipologías presenta la debilidad de asociar la estructura familiar actual a una imagen previa y futura predeterminada de la evolución de las familias. Por ejemplo, una pareja mayor sin hijos/as no necesariamente debió experimentar un proceso de desmembramiento familiar –en circunstancias que pudo no haber dejado descendencia o bien porque su constitución como familia responde a una decisión tardía (sin considerar, por otra parte, las experiencias familiares previas de los cónyuges). Por otro lado, las disoluciones conyugales, la ausencia de descendientes o las diferentes opciones ejercidas por los miembros de la familia, podrían suponer trayectorias divergentes respecto del modelo de evolución previsto por esta tipología. Pese a ello, este enfoque tiene el valor de vislumbrar una dinámica en el análisis de las estructuras familiares, enfatizando la transitoriedad y procesos de cambio que afectan a las familias a lo largo de su existencia. Asimismo, proporciona herramientas metodológicas simples para clasificar y diferenciar etapas en virtud de la composición del grupo familiar.

(e) *La familia en el territorio.*

Pese a sus innegables virtudes y aplicaciones, las tipologías usadas para clasificar estructuras familiares y arreglos de hogares presentan una seria limitación, en la medida en que son escasamente sensibles a las prácticas, organización y dinámicas territoriales que resultan propias de las familias. En este sentido, es preciso incorporar aportes teóricos y conceptuales que contribuyan a desarrollar una reflexión fundamentada respecto de la expresión espacial y territorial de las relaciones familiares, con particular atención al caso de las familias rurales. Bajo esta perspectiva, se destaca el trabajo de Ayllón, quien ha desarrollado una interpretación original acerca de la relación de las familias con el territorio en función de las estrategias y prácticas locales que identifica en su estudio sobre las familias campesinas de Yucatán, en el Sur de México. Como ya se ha dicho, esta autora concibe a la

institución familiar como un *sistema de orden territorial* que moviliza prácticas y estrategias con el propósito concreto –y concomitante a otros fines- de favorecer su control sobre el territorio (Ayllón, 2003). En este proceso juega un rol clave el *trabajo familiar*, entendido en sentido amplio como toda actividad necesaria para satisfacer las necesidades materiales y no materiales de los integrantes del grupo familiar, incluyendo tareas productivas, domésticas y de cuidado de personas dependientes, entre muchas otras. Esta *carga global de trabajo*, en el caso de las familias rurales, envuelve una estrecha relación con el territorio como fuente de recursos, como activo productivo, como condición de acceso a mercados laborales, pero también como un valor en sí mismo, en cuanto supone un elemento que otorga seguridad y bienestar (físico y psicológico) a los individuos.

El trabajo de las familias señala tareas y responsabilidades que se distribuyen entre los diferentes miembros, además de actuar como una interfaz en la regulación de los flujos migratorios. Esta propuesta se opone, en cierto sentido, a la idea de división del trabajo familiar, en tanto determinación fundada de antemano en distinciones de género o edad. En el planteamiento de Ayllón, por el contrario, se concede atención privilegiada a la idea de *negociación*, que constituye uno de los procesos esenciales que ocurren al interior de las familias y que permiten generar acuerdos orientados al beneficio mutuo de los integrantes de la familia, asegurando –entre otros aspectos- la adecuada atención de menores, ancianos, enfermos y animales domésticos, el mantenimiento de un buen ambiente para convivir y el intercambio de afectividad, junto con solventar la infraestructura doméstica a través del aporte de diferentes recursos económicos, sociales y culturales (Ayllón, 2003). Si la negociación permite producir una distribución del trabajo acorde a criterios de eficacia y maximización de los beneficios colectivos para el grupo familiar, del mismo modo genera un ámbito de dominio territorial asociado a las familias, cuyos límites y significado pueden modificarse conforme a las necesidades de las personas.

Con esta premisa, la autora identifica un territorio familiar, que corresponde a “(...) *aquel que ocupan y dominan sus miembros en conjunto y el que dominan cada uno de ellos, siempre que siga reconociéndose como miembro familiar y se comporte como tal*” (Ayllón, 2003: 203). Las familias, por lo tanto, crean reglas que permiten ejercer, validar y asegurar el dominio del territorio sobre la base de una *red de relaciones* que puede llegar a involucrar a una familia en particular, a un conjunto de familias o, también, a la comunidad toda. Dichas reglas, en algunos casos, pueden contrariar otros principios normativos instalados en los niveles más institucionalizados de la administración territorial. No obstante –se afirma- el control del territorio se acrecienta en la medida en que las familias obtienen retornos significativos de éste y mientras lo ocupan con mayor intensidad, haciendo valer su prerrogativa toda vez que sean capaces de articular estrategias efectivas para retener dicho control. De esta forma, se asigna importancia crucial al rol de las *estrategias familiares*, que permiten conectar el ámbito de las decisiones domésticas (en principio, restringidas al espacio privado y aparentemente neutras desde el punto de vista público) con el ejercicio de prácticas que se proyectan sobre el territorio y relacionan al conjunto de los miembros de una comunidad. Subrayando esta idea, Ayllón plantea que las estrategias familiares son creadas y diseñadas con el explícito objetivo de garantizar el intercambio entre la esfera doméstico-privada y la esfera público-territorial, implementando una serie de acciones destinadas a “(...) *recabar recursos de fuera con el objetivo de construir algo dentro, a favor del conjunto de hombres y mujeres de diferentes edades que conforman la familia*” (Ayllón, 2003: 210). La dinámica de la vida familiar –

entonces- se exterioriza y se hace práctica concreta en el territorio, que no solo evidencia las huellas, demarcaciones y significados establecidos por las familias y sus integrantes, sino que también constituye una interfaz fluida que ayuda a relativizar las fronteras –mucho más aparentes que reales- entre la esfera privada y la esfera pública.

Esta mediación –factibilizada por las estrategias familiares- adquiere su expresión más destacada en la estrecha relación que las familias rurales establecen con el territorio, particularmente en aquellos casos en que las prácticas de producción para el autoconsumo y la explotación artesanal de los recursos naturales continúan desempeñando una función importante. Si bien el modelo de la familia rural como unidad productiva por excelencia parece estar en franco declive, la supervivencia de tales prácticas –aunque cumplan un papel secundario- permite que el dominio familiar del territorio continúe siendo efectivo. Siguiendo los planteamientos de Ther, podría afirmarse que las familias constituyen agentes capaces de crear y dar sentido a un conjunto de vínculos con el territorio a través de sus prácticas y estrategias. En tal sentido, *habitan y domestican* un ambiente complejo que se construye en temporalidades y espacialidades diversas y que posibilita un conjunto relativamente delimitado de oportunidades (Ther, 2008). Desde luego, la profundidad y riqueza de los vínculos que se generan entre la familia y el territorio serán diferentes, por ejemplo, para comunidades campesinas tradicionales que para las sociedades litorales que ocupan el borde costero y desarrollan de manera simultánea faenas pesqueras, agrícolas, ganaderas y forestales. Por otro lado, aquellas comunidades que han sido impactadas por procesos de modernización productiva en su entorno y donde se abren oportunidades de inserción en el empleo asalariado, son forzosamente llamadas a interiorizar estos fenómenos en el diseño de sus estrategias de vida.

El espacio rural contemporáneo admite innumerables variantes y posibilita modos de vida diversos y cambiantes a través del tiempo, con lo cual es pertinente investigar cómo las formas familiares reflejan las múltiples dimensiones y transformaciones del territorio. En el caso de las comunidades del bordemar chilote –como un tipo posible entre estas configuraciones territoriales rurales-, ya se ha insinuado cómo las estrategias familiares se caracterizan por la capacidad de organizar diferentes espacios o “microambientes” (Ther, 2008) que forman parte del entorno inmediato y por la pluriactividad (Salières et al, 2005) y la estacionalidad como constantes de las opciones económicas y laborales. Como bien describe Ther, refiriéndose al caso de las comunidades de Cucao, “(...) *el mar, la playa y los campos circundantes determinan un tipo de economía mixta: se trata de pequeños campesinos agricultores, pero también recolectores, y en menor medida artesanos, quienes trabajan para el abastecimiento de su unidad doméstica y comercialización*” (Ther, 2008: 71). Por otra parte, como constatan Salières et al (Salières et al, 2005), gran parte de los ingresos de las familias campesinas chilotas proviene de fuentes de ingresos extra-prediales, incluyendo el trabajo asalariado, la pequeña explotación y comercialización de productos pesqueros y agrícolas y, en menor medida, de la fabricación de artesanías –sin considerar todavía la incipiente expansión del turismo rural. En resumen, se trata de familias cuya experiencia de vida se encuentra ligada a la pluriactividad y al ejercicio de múltiples roles productivos. Esta situación se explica tanto por la variedad de recursos existentes en el entorno inmediato y de sus posibilidades de aprovechamiento directo para las familias, como por la necesidad de

complementar los ingresos y retornos del trabajo primario, que actualmente prueba ser insuficiente para satisfacer las necesidades y expectativas de las familias (Salières et al, 2005).

De modo general, la idea de *pluriactividad* asoma como característica emergente en los procesos de transformación del territorio y el modo de vida rural, que resultan típicos de la “nueva ruralidad”. El concepto de pluriactividad puede definirse como un proceso de “(...) *diversificación de los ingresos de la familia rural, como resultado de la ocupación de sus miembros en actividades agrícolas y en una amplia gama de actividades no agrícolas, efectuadas en los propios espacios rurales o en los centros urbanos a los que acceden los integrantes de la unidad familiar* (Mora y Sumpsi, 2004: 24). Si bien esta característica no es exclusiva de las familias rurales ni tampoco constituye una opción circunscrita, forzosamente, a aquellos grupos de más bajos ingresos. No obstante, la heterogeneidad social, territorial y económica del espacio rural contemporáneo aparece como un catalizador de este proceso, que en algunos casos implica rupturas significativas en los modos de vida tradicionales. De acuerdo a Mora y Sumpsi, la pluriactividad se presente “(...) *como un rasgo estructural y un elemento esencial en el funcionamiento de la familia rural*” (Mora y Sumpsi, 2004: 25) y es, por tanto, una realidad inobjetable al aproximarse al análisis de sociedades integradas a circuitos de intercambio comercial que exceden el ámbito de la comunidad local.

El fenómeno de la pluriactividad, por otra parte, llama la atención respecto de las escalas de interacción que se establecen entre la familia y el territorio y que ayudarían a componer e interpretar de manera adecuada el concepto de *territorio familiar* esbozado por Ayllón. Bajo la perspectiva de las tipologías de hogares y familias, ya se ha visto la importancia de la vivienda como unidad primaria para el análisis de la estructura familiar, toda vez que indica una unidad mínima de co-residencia que puede contener a las relaciones de parentesco. No obstante ello, la vivienda parece resultar insuficiente para dar cuenta de la organización interna y de las relaciones que establecen las familias rurales con el territorio. En este sentido, cabe valorar la importancia del *predio* (o la propiedad raíz familiar), que suele incluir usos residenciales y productivos y que puede ser ocupado simultáneamente por diferentes grupos y/o núcleos familiares. Un predio puede contener varias viviendas, además de proporcionar un activo esencial para el desarrollo de actividades productivas tanto en el interior como en el exterior. La distribución de los miembros de una familia en diferentes viviendas situadas dentro de un mismo predio no necesariamente supone la autonomía residencial o económica de quienes las ocupan. Antes bien, puede ser reflejo de una estrategia colectiva, o bien de costumbres, tradiciones u opciones libremente ejercidas, donde el uso de distintos alojamientos no implica relaciones menos estrechas o significativas entre las diferentes personas que habitan el predio familiar.

Por otra parte, la explotación productiva del predio familiar (para el autoconsumo o la comercialización) o las ventajas que entraña desde el punto de vista de su localización y accesibilidad a ciertos recursos (cercanía al mar y de otros recursos naturales, por ejemplo), son aspectos de singular relevancia para comprender la relación entre las familias y el territorio. Pese a ello, la degradación progresiva de la función productiva (con particular efecto en su uso agrícola) como efecto consustancial a la pluriactividad, puede conducir a la resignificación del predio familiar en términos de una simple opción residencial, desprovista de valor como unidad de producción. De acuerdo a Salières et al, muchas familias jóvenes residentes en áreas rurales de Chiloé tienden a experimentar el

lugar donde viven a modo de un *espacio de vida o de residencia* en lugar de concebirlo como un *lugar de trabajo y/o fuente de subsistencia* (Salières et al, 2005), fenómeno al que denomina *nueva residencia rural*.

En tercer lugar, junto a la vivienda y el predio, puede especificarse una escala territorial todavía relevante para el dominio familiar en la que está contenida el conjunto de la comunidad local. Esta escala, que puede vincularse al concepto de *localidad o caserío*, en sentido genérico, está asociada a límites más difusos, aunque su extensión puede establecerse conforme a la propiedad de la tierra, incluyendo el conjunto de predios ocupados o utilizados por un grupo de personas o familias pertenecientes a una misma comunidad. Por cierto, la cohesión y significado de este espacio comunitario depende fuertemente del tamaño de los predios y del grado de dispersión de la población. La estructura minifundiaría característica de los territorios rurales de Chiloé, en este ámbito, es una variable que favorece la concentración de viviendas y población, propiciando la cercanía, accesibilidad y sentido de pertenencia entre los miembros de una misma comunidad.

Finalmente, otra dimensión de interés dice relación con la estructura característica de las familias rurales. Según ha sido advertido en estudios demográficos, las familias rurales latinoamericanas exhiben configuraciones cada vez más alejadas de aquellas ideas y lugares comunes que convencionalmente tienen el imaginario cultural en torno el modo de vida campesino. En ello resulta determinante el avance del proceso de transición demográfica y el incremento de la movilidad territorial de la población. En relación a su tamaño promedio, el número promedio de integrantes de los hogares rurales prácticamente no muestra diferencias con los hogares urbanos (incluso, los primeros son ligeramente más pequeños). Otro tanto sucede con el tipo de hogar predominante, donde el perfil de áreas rurales y urbanas –particularmente en el caso chileno- es muy semejante, con prevalencia del tipo de hogar nuclear y presencia secundaria de hogares extendidos. Lejos de la imagen del hogar numeroso y con significativa presencia de parientes ajenos al núcleo, el hogar rural se caracteriza en la actualidad por reflejar un fuerte impacto de procesos de *envejecimiento*. Según constata Huenchuan (Huenchuan, 2008), el porcentaje de hogares con personas mayores es significativamente más alto en áreas rurales que urbanas, con un porcentaje superior al 30% en el caso de Chile. Asimismo, la probabilidad de encontrar personas viviendo solas después de los 60 años también es más elevada en la zona rural. De acuerdo a los datos disponibles para Chile, más de un 12% de las personas mayores en áreas rurales viven solas, lo que indica una situación emergente de desamparo y desprotección que afecta seriamente a un segmento que demanda ingentes apoyos y cuidados.

(f) *Representaciones culturales y características de las familias chilotas actuales*

Las actuales familias chilotas son portadoras de una identidad, organización y prácticas singulares, cuyo surgimiento y consolidación tiene su génesis en el profundo sincretismo cultural y religioso existente entre una matriz criolla-católica y otra matriz autóctona-huilliche (Urbina, 2002; Muñoz Millalongo, 2008). Aunque las transformaciones sociales y económicas en curso han modificado o debilitado parte de estos referentes culturales, no es menos cierto que los imaginarios modernizantes se han ajustado de manera particular a las configuraciones

tradicionales, posibilitando una evolución *sui generis* –si se quiere- que señala las bases para la conformación de nuevas estructuras familiares y de género en el archipiélago.

De manera indiscutible, la historia de las familias chilotas avanza de la mano con la evolución de los sistemas de género, que indican la división de tareas y responsabilidades al interior de los hogares en orden a justificaciones culturales, religiosas y morales. Por otro lado, los cambios en el ritmo e intensidad de las faenas productivas en el campo y en el mar –determinados por condiciones climáticas y estacionales- constituyen una fuerza que ha contribuido a definir, de modo persistente, los contornos e intercambios entre el mundo doméstico-interior-femenino y el mundo productivo-exterior-masculino. Urbina, por ejemplo, sugiere que la vida familiar chilota –y la cultura chilota en general- se construye fundamentalmente desde la experiencia puertas adentro, en el invierno, donde las actividades productivas disminuían y el tiempo ocioso permitía congregarse a la familia y generar espacios para la conversación, especialmente al atardecer (Urbina, 2002). Esta experiencia de intimidad y cercanía entre las personas que compartían una vivienda –habitualmente acompañada por el calor de un brasero-, favoreció la consolidación de una fuerte tradición oral y el desarrollo de mitos que recogían gran parte de los temores y prescripciones morales en boga, inspirados tanto en las enseñanzas bíblicas como en creencias originarias y populares. Este espacio de intercambio cultural posibilitado por el encuentro doméstico es a lo que Urbina denomina la “cultura del fogón”¹⁵, que habría tenido su apogeo durante las primeras décadas del siglo XX. En gran medida –se argumenta- la fortaleza de esta cultura del fogón explica la persistencia de la mitología chilota y la supervivencia de arcaísmos culturales que convertían a Chiloé en una especie de “zona refugio”, que llamaba la atención de los visitantes continentales (Urbina, 2002).

Asimismo, la *cultura del fogón* trasunta una imagen de unidad y cohesión familiar que se mantiene con relativa estabilidad hasta mediados del siglo XX, en que el incremento de la movilidad y de los flujos migratorios (hacia la Patagonia, hacia Argentina y hacia Chile central, fundamentalmente) protagonizados mayoritariamente por hombres viene a señalar un punto de inflexión. Esta imagen tradicional y defensiva de la familia chilota también se nutre de otros componentes de raíz cultural, entre los que se cuenta la poderosa influencia jesuítica. Como es sabido, la compañía de Jesús tuvo un importante papel en la colonización del archipiélago y en la constitución de asentamientos de población, gracias a las llamadas “misiones circulares”, estrategia de evangelización continua y control del territorio, que se desarrolló fundamentalmente entre los siglos XVII y XVIII (Gutiérrez, 2007). Esta influencia no sólo supuso un manifiesto énfasis en ciertas costumbres, instituciones sociales y enseñanzas morales cuya impronta es todavía visible entre las comunidades Chiloé (especialmente aquellas localizadas en el borde costero), sino que también pudo haber repercutido –como sugiere Hojman- en la adopción de ciertas actitudes culturales y estrategias familiares, originalmente motivadas en la reacción a la expulsión y posterior persecución de los jesuitas (Hojman, 2007). Entre tales estrategias, se destaca la *endogamia*, práctica que habría sido frecuente entre

¹⁵ El fogón es un tipo de habitación presente en la mayoría de las viviendas chilotas tradicionales, que reúne funcionalidades de cocina, estar y comedor, además de proveer calefacción al conjunto de la vivienda y constituir, típicamente, su vía de acceso principal. Tal como destacan numerosos autores, el significado del fogón trasciende con largueza a la mera organización del espacio residencial y está profundamente enraizado en la cultura chilota. Para Bravo, por ejemplo, el fogón “(...) representa un espacio físico, social, ritual y centro de la vida familiar”, el que “(...) además de conformar un lugar para la preparación y cocción de alimentos, es el lugar de secado de la vestimenta, calefacción y luz de la habitación. También es el lugar en que convergen todas las relaciones socioeconómicas y familiares del chilote y su cultura, puesto que es el centro de conversación, de decisiones y de planificación diaria del quehacer familiar (siembras, cosechas, realización de matrimonios o bautizos)” (Bravo, 2004: 133).

poblaciones influenciadas por la compañía de Jesús, como expresión del temor a la Inquisición, primero, y como un mecanismo de protección e integración comunitaria, después (Hojman, 2007).

Por otro lado, en la mediación de las relaciones comunitarias y familiares, uno de los principales aportes de los jesuitas fue la instauración de los “*fiscales*” y los “*patrones*”, institución que todavía sobrevive en numerosas caletas y poblados de Chiloé. Los fiscales eran personeros laicos con autoridad civil y eclesiástica designados en cada capilla en ausencia de un párroco estable. En opinión de Gutiérrez, los fiscales “(...) *actuaban como una suerte de catequistas que los jesuitas formaban en cada comunidad y que atendían las principales funciones religiosas y las oraciones dominicales en la ausencia de los Padres*” (Gutiérrez, 2007: 53). Junto con sus responsabilidades religiosas –que incluían la autorización para realizar bautizos, bendecir, dar la doctrina y ayudar a la organización de funerales y matrimonios–, los fiscales tenían un rol activo como mediadores y componedores en caso de conflictos, además de atender situaciones familiares específicas. En algunas comunidades más grandes, las responsabilidades de los fiscales se distribuían entre una figura principal (el *fiscal mayor*) y una figura delegada (*sota-fiscal* o segundo fiscal), con diferentes funciones o con diferente competencia territorial, según fuera el caso. Aun cuando Bacchiddu señala que el fiscal cumple, ante todo, con un servicio comunitario (Bacchiddu, 2007), frecuentemente –también– se constituye en una figura de liderazgo al interior de la comunidad. El *patrón*, por su parte, se responsabilizaba del cuidado y la administración de la capilla, además de llevar la contabilidad demográfica y de las acciones religiosas celebradas en cada comunidad. En casos de comunidades pequeñas, el fiscal asumía por extensión las funciones del patrón, siendo común que en muchas localidades haya permanecido la figura del fiscal, mientras que la del patrón tiende a desaparecer.

Como ya se ha dicho, la división sexual del trabajo en los hogares operaba convencionalmente bajo la lógica de separar las actividades domésticas y de cuidado (realizadas mayoritariamente al interior de las viviendas) de las actividades productivas (habitualmente realizadas al aire libre). Entre las tareas típicamente femeninas se encuentran cocinar, hacer el pan, cuidar a los niños/as, recibir a las visitas, mantener el aseo de la vivienda, alimentar a los animales domésticos, mantener huertos y acarrear madera o agua, en caso de ser necesario (Bacchiddu, 2007). A ello se sumaba el hilado y tejido con lana y, en algunos casos, trabajos artesanales con la misma lana u otros materiales. Las tareas masculinas, en tanto, remiten a la pesca y recolección de mariscos, la limpieza, demarcación y desmalezamiento de los predios, el corte y recolección de leña, y eventualmente la ganadería y el pastoreo (Bacchiddu, 2007). Algunas faenas agrícolas –como la siembra y el cultivo de papas–, en tanto, podían ser ejecutadas indistintamente o de modo compartido por hombres y mujeres. Algunos trabajos de mayor escala, por su parte (construcción o “*tiradura*” de casas, limpieza de terrenos u otras) podían demandar el apoyo solidario de la comunidad –a través de la institución de la *minga*– e incluían el concurso de hombres y mujeres. En este orden tradicional, las responsabilidades de los hijos/as –en la medida en que sus capacidades físicas lo permitiesen– incluía de manera principal el apoyo y acompañamiento a las tareas realizadas por padres y madres, según el sexo.

De acuerdo a lo planteado por Bornschlegl et al, esta división tradicional de tareas se vio fuertemente impactada por el aumento en la movilidad territorial –principalmente de tipo estacional o transitorio- que motivó a un número creciente de chilotes –mayoritariamente hombres- a abandonar el archipiélago en busca de oportunidades económicas y laborales (Bornschlegl et al, 2010). Según se reconoce, este fenómeno se intensificó a comienzos de la década de 1960, alcanzando su apogeo a mediados de la década siguiente, en consonancia con el desempleo generalizado que afectaba al país. En opinión de las autoras, aunque la distribución sexual de las responsabilidades no se vio desafiada en sus aspectos sustantivos, las prolongadas ausencias masculinas determinaron, en la práctica, que las mujeres pasaran a asumir una serie de tareas convencionalmente reservadas a los hombres (incluyendo el trabajo agrícola, forestal y pesquero), las que se sumaron a sus ya significativas rutinas cotidianas (Bornschlegl et al, 2010). Así, las mujeres podían llegar a cumplir la totalidad de las responsabilidades del hogar, mientras que los hombres –cuando estaban presentes- sólo se hacían cargo de aquellas faenas “pesadas”, sin comprometerse directamente con las tareas domésticas y reproductivas que seguían siendo de exclusiva competencia femenina. De tal suerte, la incursión de las mujeres en labores masculinas habría dejado intacto un conjunto de creencias y actitudes deliberadamente machistas, contribuyendo a la construcción de un sistema de “*matriarcado machista*” que habría predominado sin mayores contrapesos hasta entrada la década de 1990. Este sistema implicaba, a su vez, una importancia crucial de la opinión femenina en las principales decisiones familiares, aun cuando los hombres fueran quienes cargaban con el costo de la decisión final. Por otra parte, allí donde la figura paterna-masculina no existía (como en el caso de mujeres solteras con hijos/as), este orden de relaciones suponía un apoyo subsidiario de la comunidad, que concurría a atender aquellas necesidades que una mujer sola era incapaz de resolver por su cuenta –tal como destacan Bacchiddu o Bornschlegl et al (Bacchiddu, 2007; Bornschlegl et al, 2010).

El sistema de matriarcado machista tendería a redefinirse con la penetración masiva del trabajo asalariado –promovido, fundamentalmente, a instancias del acelerado crecimiento de la industria del salmón. No obstante, pese a la creciente participación laboral femenina, muchas de sus tareas “exclusivas” no han sido re-asignadas ni atribuidas a una responsabilidad compartida al interior de los hogares, con especial impacto entre las mujeres que son madres. Por otra parte, la estructura del matriarcado machista también habría favorecido una emergente división del trabajo en el ámbito del empleo remunerado, tal como acontece en las faenas secundarias de procesamiento en la industria del salmón. En este contexto, resulta característica la división de tareas entre hombres y mujeres, donde los primeros se hacen cargo, preferentemente, de actividades como la operación de maquinarias, la navegación, el buceo, la inspección y servicios en la construcción, mantenimiento, transporte y seguridad, entre otras. Las mujeres, por su parte, suelen desempeñar mayoritariamente trabajo en las cadenas de montaje y proceso, destacándose en tareas “sucias” o “más detallistas” como el desescamado y limpieza de salmón, fileteado, extracción de espinas y columna vertebral, embalaje y control de calidad (Bornschlegl et al, 2010). Por otro lado, en sus comunidades de origen, las mujeres también participarían crecientemente en actividades productivas, destacándose su papel en la recolección de algas, la pequeña agricultura y la participación en proyectos individuales y colectivos de desarrollo (artesanía, turismo rural, gastronomía u otras). En relación a los niños/as y jóvenes, el principal cambio obedece a la prolongación del periodo escolar, llegando a completar el ciclo de la enseñanza media –habitualmente en localidades urbanas. De esta forma, el apoyo que prestaban a las

tareas de sus padres/madres se vería supeditado al tiempo que deja disponible el cumplimiento de sus obligaciones escolares. Asimismo, este proceso ha alimentado las expectativas de alcanzar estudios superiores, con el consiguiente efecto sobre la potencial emigración de jóvenes que han completado estudios secundarios (Salières et al, 2005).

III. Territorio

(a) *Visión y propuesta de la geografía constructivista*

Las reflexiones y discusiones planteadas en la sección precedente en torno al concepto de familia -como estructura, institución o sistema de prácticas sociales- han insinuado, de manera más o menos explícita, la posibilidad de establecer un diálogo fructífero con categorías espaciales y territoriales de análisis. Desde luego, estos planteamientos no arrancan desde una visión valorativamente neutra del espacio y del territorio; antes bien, se fundamentan en una geografía humana que intenta recuperar el sentido de tales conceptos desde la perspectiva de los sujetos, de sus experiencias y prácticas concretas y de los significados culturales que emergen en el contexto de la interacción social. En este orden de consideraciones, se justifica prestar atención no solo a los principios teóricos que apoyan semejante formulación teórica sino también a los conceptos aplicados que facilitan la comprensión de los fenómenos en estudio y su análisis en el caso específico de las comunidades rurales de Chiloé.

En primer lugar, entonces, se aborda la propuesta de la *geografía constructivista* o *construccionista* (Lindón, 2008), enfoque contemporáneo en el marco la geografía humana –e inserto, más específicamente, en la corriente de la geografía social- que provee bases teóricas y metodológicas singulares para la comprensión de los mencionados conceptos de espacio y territorio en tanto categorías socialmente producidas. El enfoque de la geografía constructivista nace de la crítica a una noción abstracta del espacio, que permea el conjunto de la teoría y prácticas de la ciencia geográfica convencional y que se caracteriza –en conformidad con la visión kantiana- por suponer relaciones espaciales de naturaleza objetiva y externas, por definición, a los sujetos. Marcando bien un distanciamiento o derechamente una oposición a esta tradición, diferentes posturas de la geografía humana contemporánea –entre las que se incluye el constructivismo- han asumido el reto de discutir la idea de espacio en atención al rol que la sociedad y sus distintas formas de conocimiento le asignan, “(...) *en tanto medio y forma para materializar representaciones sociales*” (Aliste, 2010: 53).

Bajo esta óptica, la geografía constructivista plantea la voluntad manifiesta de interpretar las modalidades particulares a través de las cuales los sujetos perciben, conocen, experimentan y representan el espacio. De esta forma, en lugar dirigir sus esfuerzos a la recolección de datos genéricos para caracterizar el espacio y su composición física o material, esta corriente focaliza su atención en las vivencias, prácticas y discursos de los sujetos en tanto elementos esenciales en la construcción de significados y experiencias específicas. Rechazando la conceptualización objetivista del espacio que ha predominado en la tradición geográfica, pero desmarcándose –

también- de una solución de compromiso en la que el espacio se entienda como mera interfaz entre lo material y lo inmaterial, la geografía constructivista define su campo de interés en la articulación profunda de lo material e inmaterial, en tanto fundamento de un *espacio socialmente construido o producido*. Esta articulación, como señala Lindón, “(...) *no es ni la sumatoria de lo material y lo no material, ni lo intermedio entre ambos, ni es un punto medio entre la mirada desde adentro y desde afuera, ni entre la sociedad y el individuo, ni entre lo exocéntrico y lo egocéntrico (...)*” (Lindón, 2008: 8); por el contrario, dicha articulación se encarna en las experiencias espaciales de los sujetos, apelando a la imagen de un mundo que –si bien no es definido ni dominado por una representación exclusivamente ideal- se *construye* en base a significados culturales, que conforman y dan sentido a los lugares en los que la existencia de los sujetos se desarrolla. De tal forma, se trata de un espacio significado y mediado por el lenguaje, representado e imaginado por los sujetos, pero también heterogéneo, cambiante y abierto a diversas influencias, conforme a la evolución de las condiciones en las que se desenvuelven las experiencias de los sujetos y según las diferentes valoraciones y apropiaciones que éstos efectúan sobre el espacio. La mirada constructivista, entonces, persigue la subjetividad que está detrás de los significados asociados a los lugares, en tanto fuerza modeladora de las formas espaciales y elemento generatriz de prácticas sociales.

A través de esta vía, se sigue la necesidad por desarrollar representaciones originales en las que la mirada del sujeto sea proyectada y puesta en valor. Este desafío sugiere una crítica abierta al sesgo de las representaciones cartográficas usuales que se afirman en la pretensión de adoptar una perspectiva externa en la que los sujetos son observados “*a vuelo de pájaro*”, como elementos de un sistema de coordenadas que los contiene y determina. Según enfatiza Lindón, “(...) *la experiencia espacial del habitante no se plantea sobrevolando la superficie terrestre, sino caminándola, o parado en ella*” (Lindón, 2008: 11), constatación que pone de relieve no sólo la cuestión de diseñar métodos y técnicas sensibles a la descripción de la experiencia cotidiana de las personas, sino –sobre todo- llama la atención respecto del imperativo de generar una práctica investigativa diferente, que se construye *desde y con* los sujetos.

Por cierto, esta opción teórica y metodológica no está exenta de complicaciones. Al colocar al sujeto como centro de la investigación geográfica se plantea, inmediatamente, la dificultad de apreciar y comprender una experiencia espacial diferente a la propia, la que no resulta accesible al investigador sino a través de operaciones complejas de reconstrucción e interpretación –cuya naturaleza singular se define en la así llamada “*observación de segundo orden*”¹⁶. Del mismo modo como este problema ha sido advertido desde la práctica de otras disciplinas que han asumido más tempranamente este desafío (como la antropología y la sociología, entre otras), se hace necesario generar las herramientas adecuadas que permitan observar el espacio ya no en su exterioridad, sino en la posibilidad de *interpretar* el espacio del modo en que es *interpretado* por otros (Lindón, 2008). El recurrente problema de la *otredad*, en este sentido, retorna transformado en una pregunta específica por la experiencia espacial de los sujetos y que exige del compromiso profundo del investigador. Como resume Lindón, “(...) *el punto de vista del sujeto es una mirada desde adentro, o dicho de otra forma, es una mirada desde la perspectiva del sujeto que habita el lugar –ya sea un habitar circunstancial o prolongado-, que es reconstruida por el geógrafo a través de la interpretación*” (Lindón, 2008: 8). Aunque la posibilidad de aproximarse a la interpretación del otro de una manera “pura” parece indefectiblemente restringida

¹⁶ Desde la mirada contemporánea de la teoría de sistemas, la observación de segundo orden constituye aquel tipo de operación en la que un observador o agente observa lo observado por un observador, sea ésta su propia observación o una observación realizada por otro.

o negada, cabe señalar estrategias metodológicas que permitan reconocer las condiciones (sociales) en las que dicha experiencia se produce, incorporando elementos de análisis tales como los imaginarios, prácticas y discursos cotidianos que contienen los significados subjetivos del espacio.

En concordancia con tales estrategias y bajo el imperativo de reconocer experiencias que se definen en la intersubjetividad, surge entonces la necesidad de introducir herramientas hermenéuticas y fenomenológicas que ayuden a identificar, matizar, explorar y contrastar los diferentes sentidos y significados que los distintos sujetos ponen en juego (Aliste, 2010). Mientras el espacio en su versión kantiana presupone relaciones entre posiciones diferenciadas en un espacio abstracto de coordenadas, el estudio de un *espacio social* así definido implica introducir modos de observación que permitan apreciar y comprender tales relaciones bajo la lógica de las *relaciones sociales* que en este caso las definen. En íntima conexión con las propuestas de Di Méo y Buleon, la geografía constructivista puede entenderse como una *geografía social* (Di Méo y Buleon, 2005), donde las relaciones espaciales constituyen el marco para definir y analizar las relaciones sociales, aportando a la tarea de construir una *lectura geográfica de la sociedad* (Aliste, 2010). Para el caso que aquí se investiga, las familias como unidad social elemental de las comunidades rurales, pueden ser descritas en términos de sus formas, contenidos e interacción con otros agentes en virtud de las relaciones y configuraciones que establecen en el espacio. El sujeto, en estos términos, aparece como creador y portador de los significados espaciales de la familia, tanto en su posición de agente individual como desde su condición de integrante de entidades colectivas, entre las que se cuentan la familia, grupos de parentesco extendidos, segmentos o agrupaciones de individuos (definidas por adscripción o afinidad) y la comunidad en su conjunto.

Pero junto con el acceso al mundo o espacio vivido por otros, la opción constructivista señala simultáneamente la problemática de lidiar con representaciones múltiples, que emanan de las interacciones que se dan entre diversos agentes en el contexto de sistemas complejos de símbolos, instituciones y recursos sociales, materiales y culturales. Esta discusión es convergente con la reflexión transdisciplinaria acerca de la *complejidad* y con la posibilidad de fundar una perspectiva sistemática para comprender el espacio geográfico y los territorios que sea capaz de atender a un entramado de variables, actores, procesos y temporalidades. Por ello, una opción centrada en el sujeto no excluye la posibilidad de tender puentes y retroalimentar las interpretaciones sociales del espacio con arreglo a otro orden de datos, incluyendo miradas descriptivas y explicativas, así como el análisis de imágenes e información territorial de corte convencional que aportan a la comprensión de las formas espaciales y paisajísticas que son vivenciadas por los individuos.

De acuerdo a la propuesta de Lindón (Lindón, 2008), el *significado* (subjetivo y social) del espacio es aquel elemento que otorga coherencia a la experiencia espacial y que permite ligar el estudio del lugar concreto “(...) con la *práctica realizada* y con el actor que la realiza” (Lindón, 2008: 12), dando origen a una trilogía clave, conformada por el análisis de: (i) las *formas espaciales*; (ii) las *prácticas espaciales*; y, (iii) los *significados de los lugares*. Mientras las *formas espaciales* aluden a la dimensión material –conforme ésta es revelada a los sujetos o conocida por ellos-, las *prácticas* remiten al orden de las acciones que éstos despliegan en el espacio. Finalmente, los *significados* –como puntualiza Lindón-

emergen como construcciones subjetivas que vienen “hilvanadas” en tales prácticas y que se refieren a determinadas formas espaciales. Sin embargo, los significados corresponden al eslabón más complejo y menos accesible de esta cadena, siendo pertinente derivar su estudio del análisis de las prácticas y de su espacialidad subyacente. Para tal objeto, la autora citada sugiere tres caminos aptos para la investigación, que involucran de manera consecuente tres clases de enfoques y materiales para el estudio. Estos caminos son: (i) la *observación directa*; (ii) el acceso a través de *imágenes*; y, (iii) el acceso a través de los *discursos* de los sujetos. El tercero de estos caminos se presenta como el más desafiante desde el punto de vista metodológico para la geografía –en la medida en que se presenta como un campo emergente para el desarrollo de investigación sistemática- y el examen de sus posibilidades y problemas específicos se verá con más detalle en el marco metodológico.

Siguiendo una argumentación convergente, Aliste destaca una serie de conceptos y pistas metodológicas, que permitirían reenfocar la atención de las investigaciones geográficas conforme al creciente interés por comprender el rol de los sujetos y de la complejidad en los procesos espaciales y territoriales (Aliste, 2010). Bajo esta perspectiva, se alude a los conceptos de *imaginarios territoriales*, *prácticas discursivas* y *prácticas espaciales*. Los imaginarios territoriales –como se discutirá más adelante- se plantean como una representación sintética o una imagen capaz de condensar la experiencia, memoria y significados sociales y culturales aparejados a la vivencia de un determinado lugar o, más bien, al modo de apropiación particular que una colectividad hace de él –y que se expresa de manera contundente en el concepto de *territorio*. Los *discursos* (o prácticas discursivas), bajo este planteamiento, cobran interés bajo la perspectiva de indicar una voluntad, una idealización o una propuesta en torno a los territorios que puede ser descubierta en los textos y discursos, tanto de sujetos como de instituciones. En último término, las *prácticas espaciales* dan cuenta de modos de habitar y vivir en los que se plasma un determinado sentido cultural y que pueden ser rastreados a través de diversas fuentes de investigación, entre las que no solamente se incluye la observación, sino también fuentes literarias y otras producciones culturales.

(b) *El concepto de territorio en el debate actual de la geografía humana*

La discusión elaborada hasta este punto ha aludido reiteradamente a la importancia del concepto de territorio sin haber entregado luces en torno a su significado y especificidad. La decisión de postergar tales precisiones hasta la presente sección, radica en la necesidad de comprender este concepto en conformidad con la propuesta teórica de la geografía constructivista que, como se ha visto, establece su campo de interés científico en torno a la articulación profunda entre la sociedad y el espacio. En este plano, es pertinente traer a colación las observaciones hechas por Bozzano, quien plantea que la noción de territorio se caracteriza –precisamente-, por su referencia específica a un *híbrido* que emerge ya no de una supuesta oposición entre naturaleza y sociedad como conceptos puros, sino de su mutua implicación e interpenetración (Bozzano, 2000).

Al concebir al espacio como un elemento del espacio terrestre que es socialmente construido o producido, la idea de territorio contiene simultáneamente al medio físico y a su apropiación por parte de individuos y colectividades humanas, así como a los procesos de elaboración (pensamiento) y a sus efectos derivados sobre los seres vivos y

demás aspectos del paisaje. Es, a decir de Claval, un concepto consistente con una geografía que nace de la consideración de lo real en tanto *amalgama compleja* entre la naturaleza y la sociedad (Claval, 2002). Bajo esta visión, las posibilidades de generalización supuestas por la certidumbre de la objetividad y homogeneidad de las entidades analizadas, son desafiadas y sustituidas por el reconocimiento de la complejidad y la subjetividad que se ven implicadas en la producción de los fenómenos. Dicha postura redundante en procesos investigativos que exigen la incorporación de múltiples competencias disciplinarias y el desarrollo de una sensibilidad especial hacia las diversas miradas de los sujetos involucrados –lo que amenaza, hasta cierto punto –como ha sugerido Claval-, la posibilidad de extender y generalizar sus resultados (Claval, 2002). Pero, sobre todo, afirma la particularidad del concepto de territorio como entramado polisémico, que no es la simple agregación de perspectivas subjetivas diferentes, sino una construcción social permanente que se nutre de la interacción entre estructuras objetivas (elementos físicos, obras y productos sociales) y cognitivas (imágenes, representaciones e ideologías), tanto de orden individual como colectivo (social) (Di Méo, 1999).

En este plano, el concepto de territorio se distingue significativamente del concepto de espacio. Mientras el segundo señala una dimensión genérica que compromete relaciones entre entidades que aparecen diferencialmente localizadas ante la percepción de los sujetos o en el contexto de producciones culturales que involucran un modo de representar diferentes emplazamientos o localizaciones –como en el caso de los mapas-, la noción de territorio apela directamente al modo en que esta espacialidad se encarna en acciones, comportamientos, experiencias, procesos y resultados. Considerando diversas definiciones contemporáneas, Aliste señala como denominador común en la construcción teórica de los territorios la referencia a *fenómenos de apropiación del espacio geográfico*, “(...) en donde los actores sociales bajo sus diferentes formas, logran desarrollar un proceso de asimilación e incorporación (...)”, que resulta en el reconocimiento de dicho espacio por parte de los sujetos como una *extensión* y una *parte de sí mismos* (Aliste, 2010: 59). Para Segato, la noción de territorio es de un orden más accesible que la de espacio, por tanto la primera surge esencialmente como una representación y una apropiación subjetiva. Mientras el espacio se plantea como un concepto del dominio de lo real, “(...) supuesto pero inalcanzable en sí y sólo accesible en los formatos que la fantasía, la ideología o la ciencia le permiten asumir” (Segato, 2005: 130), el territorio es la forma representada y apropiada de ese espacio. En sus palabras, “(...) no hay territorio sin sujeto de esta apropiación –sujeto en posesión y en posición; y no hay territorio sin Otro” (Segato, 2005: 130).

El vínculo indisoluble entre el espacio y el sujeto –presupuesto en la idea de territorio- implica, a su vez, relaciones de dependencia en las que se ve involucrada explícitamente la lucha del ser humano por su subsistencia y la satisfacción de sus diferentes necesidades. Así, para Giménez, territorio es “(...) el espacio apropiado y valorizado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales” (Giménez, 2001: 2), las que pueden ser materiales o simbólicas. En este sentido, los requerimientos de los sujetos se proyectan en el territorio, remarcando la fortaleza de un lazo que tiene aristas existenciales, afectivas, sociales y culturales. Asimismo, territorio implica territorialidad, en tanto modalidad específica que permite el *dominio o control efectivo del espacio* por parte de algún grupo humano, aspecto que ya se destacaba al abordar los alcances territoriales de la institución familiar (Ayllón, 2003). Desde la óptica de los sujetos, el territorio presupone una relación experiencial, que

adquiere la expresión de un *espacio o territorio vivido*. Para Ther, la posibilidad de adentrarse en los territorios vividos abre la puerta no sólo a la comprensión de significados subjetivos y múltiples o a la construcción de un cierto sentido de pertenencia, sino que envuelve un acercamiento a tramas complejas de comportamientos en las que se produce “(...) *intensidad acumulada en profundidades que a su vez remiten a memorias, tradiciones, usos y costumbres*” (Ther, 2008: 68).

La relación íntima y subjetiva con el espacio que presupone la idea de territorio vivido, se entrelaza con una dimensión temporal, donde las trayectorias biográficas de los sujetos facilitan la construcción de memorias significativas del pasado inmediato y remoto junto a la proyección de imágenes del futuro, basadas en sus diversas experiencias, expectativas y deseos. Los territorios vividos, como escala de la experiencia humana, también facilitan el intercambio entre diferentes modos de vida, actuando como escenarios de contacto entre los sujetos y otros que pueden mover al encuentro y al desencuentro (Ther, 2008). En este plano, la idea de territorio cobra sentido en su forma plural: los territorios (Di Méo, 1999), concepto que sintetiza acertadamente la riqueza y contingencia que aspira a alcanzar el enfoque constructivista.

Los territorios pueden considerarse, además, como un *conjunto o composición de lugares con significado* para los sujetos. Mucho más que una simple posición o localización en un sistema de coordenadas, el lugar es una unidad elemental de la experiencia espacial, que –junto con señalar un hito geográfico, una respuesta tentativa a la pregunta esencial por el *dónde* de los fenómenos (Aliste, 2010)- envuelve dimensiones existenciales y valorativas que abarcan al individuo y a la colectividad. Siguiendo a García Ballesteros, el lugar puede concebirse como “(...) *centro de significados, condición de la propia existencia, foco de vinculación emocional para los seres humanos, contexto para nuestras acciones y fuente de nuestra identidad*” (García Ballesteros, 2000: 80). Desde esta mirada, además, la investigación geográfica en torno a los lugares, revela la centralidad de la experiencia cotidiana, aquella fuerza habitualmente incuestionable, que otorga sustentación a las prácticas espaciales de los sujetos. Bajo esta óptica cabe acoger la invitación planteada por Di Méo a adentrarse en el estudio de las geografías “*tranquilas*” de lo cotidiano, propuesta que sintetiza el interés por analizar los sistemas socioespaciales que los propios individuos contribuyen a producir de conformidad con sus interacciones y vivencias rutinarias en determinados lugares (Di Méo, 1999). Si los territorios y las experiencias espaciales de los sujetos están “hechos” de lugares, entonces la investigación territorial debe perseguir una mayor cercanía a la escala local como fuente básica de información. Este desafío no es ajeno, tampoco, a aquellos estudios que hacen foco en elementos estructurales u objetivos de los que se alimenta la experiencia subjetiva del espacio, tal como es el caso de las estructuras familiares a las que este trabajo presta especial atención. Para García Ballesteros –quien ha analizado el papel de la escala local en el campo de la geografía de la población-, se presenta una necesidad por redescubrir y encontrar nuevos significados asociados al lugar, toda vez que este concepto ayuda a entender los fundamentos y las motivaciones que están detrás de muchas de las prácticas cotidianas que inciden en la reproducción y el cambio de ciertas características agregadas a nivel de población. El análisis de las experiencias cotidianas vinculadas a los lugares, en este sentido, “(...) *se presta a un análisis geodemográfico del mundo vivido que tenga en cuenta objetos, acciones, técnica y tiempo*” (García Ballesteros, 2000: 80).

Por otro lado, la aproximación a los territorios desde el punto de vista de la investigación aplicada debe tener presente no sólo la multiplicidad de significados subjetivos, sino también las diferentes materializaciones y usos que envuelve el concepto de territorio. El estudio de los territorios vividos, bajo estos términos, es uno de los enfoques a través de los cuales puede encararse el trabajo de investigación, sin perjuicio de otras miradas tan complementarias como imprescindibles. En esta línea, cabe acoger algunas de las propuestas formuladas por Bozzano, quien hace hincapié en la posibilidad de articular diferentes perspectivas territoriales en la investigación (Bozzano, 2000). Así, junto a los territorios *vividos*, aparecen otras clases o categorías teóricas para la interpretación de los territorios, introduciendo los conceptos de territorios *reales*, *pensados*, *legales* y *posibles*. Los *territorios reales*, en este sentido, son de especial interés para este estudio, por tanto relevan el estado o evolución de variables analíticas que pueden ser descritas con relativa independencia a las miradas subjetivas –no obstante interactúan y son definidas por ellas. Los *territorios pensados*, por su parte, remiten a aquellas fórmulas o clasificaciones teóricas asociadas a los territorios en las que se cristaliza un determinado principio explicativo, lógica dentro de la cual la ruralidad, la insularidad o la condición semiperiférica –en tanto constructos teóricos genéricos-, entre otros, podrían aportar elementos de apoyo al análisis. En último término, en la dialéctica entre *territorios legales* y *territorios posibles* es donde se juega la posibilidad de cambio y reproducción de las condiciones actuales de un orden o sistema territorial. Mientras los *territorios posibles* –instancia propositiva y/o predictiva- manifiestan los deseos e intenciones de los actores individuales y colectivos, los *territorios legales* –instancia prescriptiva- establecen la normatividad o el deber ser de los territorios conforme a regulaciones política o socialmente sancionadas (Bozzano, 2000; Bozzano, 2009).

(c) *Elementos para la construcción de la experiencia territorial contemporánea: trayectorias, identidad, imaginarios*

Si bien el comentado concepto de territorios vividos sugiere ya una directa alusión al papel de las experiencias, es de interés rescatar algunas propuestas teóricas que, de manera más específica, permiten precisar la intensa relación existente entre experiencia y territorio en un sentido contingente e histórico. Este derrotero nos lleva a incorporar a la presente discusión otros conceptos referidos sólo superficialmente hasta ahora –como son las nociones de trayectorias, identidad e imaginarios-, además de relevar la articulación entre las formas contemporáneas de los territorios con los paradigmas culturales de la modernidad y la post-modernidad. En este último sentido, cabe acoger algunos de los planteamientos de Segato, quien postula una interpretación renovada de los conceptos de territorio y territorialidad desde la perspectiva de la antropología cultural (Segato, 2005).

En su crítica a las concepciones y políticas del territorio, Segato introduce una discusión en torno al modo como se construyen los territorios en el mundo contemporáneo y que resulta pertinente revisar desde el punto de vista de sus implicancias en términos de concebir al territorio como una clase de experiencia singular (Segato, 2005). En su opinión, la idea moderna de territorialidad ha estado fuertemente asociada a un tipo de autoridad política que –inspirada en Foucault- se sostendría en el ejercicio del “poder pastoral”. Dicha modalidad, amparada en una matriz cultural hebreo-cristiana, reemplaza a la ocupación y el dominio de la tierra como principio territorial por

un dominio o control efectivo de las personas y de sus mentalidades. Bajo este concepto, el gobernante o la autoridad civil reconocida se asemeja a la figura del pastor que agrupa y controla a su rebaño en un territorio que no es más una superficie de la tierra circunscrita por límites definidos e invariables, sino –ante todo- una construcción cultural o ideológica que define relaciones de obediencia y compromiso que alcanzan a toda una población. El poder pastoral, de tal suerte, se afirma en una doctrina o proyecto que fluye verticalmente hacia los sujetos desde la autoridad investida y que es asimilado a una identidad común (Segato, 2005).

Aunque esta idea pueda parecer relativamente alejada de las problemáticas tratadas en esta investigación, cabe justificar su pertinencia en el sentido de comprender el modo en que la familia, en tanto institución social, no solamente construye un territorio en función de la ocupación del suelo y de la distribución de sus actividades en el ámbito local, sino también proyectando su influencia a las estructuras y valores presupuestos por la extensión de las relaciones familiares. La imagen del rebaño-pueblo, en este caso, se transfiere a la imagen de un rebaño-familia, cuya cohesión dependería todavía de valores culturales fuertemente arraigados, de interacciones frecuentes y, también, de una eventual cercanía física. Del mismo modo, otras instituciones sociales también han persistido en su vocación de “pastoreo” en la escala local, siendo característico –en el caso de Chiloé rural- el papel de la Iglesia en la organización de comunidades territoriales de base religiosa (como ya se mencionó a propósito de los vestigios culturales de la influencia jesuítica). Tales instituciones emplean, de idéntica manera como lo hace el Estado moderno, *técnicas pastorales* que permiten conocer y dirigir la conciencia y prácticas de los sujetos conforme al reconocimiento de su legitimidad. Así –como se sigue de la cita extraída de Foucault-, se aspira a constituir “(...) *una relación de dependencia individual y completa entre el pastor y las ovejas*” (Segato, 2005: 138), que afirma una afinidad doctrinaria congruente con la vivencia y reproducción del territorio.

No obstante –como sugiere Segato- este modelo tradicional, se ve desafiado en el contexto de la modernidad tardía por procesos de transformación que inducen, de una parte, un progresivo desacoplamiento entre la población y el territorio, y una instrumentalización política de los principios diferenciadores de las comunidades humanas que se introduce (introyecta) en los sujetos, de otra (Segato, 2005). En este texto, es de interés abordar sobre todo el primero de estos fenómenos, cuya fuerza motriz es, esencialmente, el incremento de los desplazamientos de las personas. De acuerdo a la propuesta de esta autora, la movilidad geográfica de la población tiende a erosionar la construcción de identidades culturales en referencia a un territorio compartido o, si se quiere, al paisaje circundante como fuente de significados. En lugar de identidades articuladas en función del territorio, son las propias identidades las que vendrían a construir o instaurar los territorios. En sus palabras, emergen nuevos pueblos que “(...) *en su movilidad, ya no encuentran en el paisaje tradicional los íconos marcadores de su identidad. Esa relación se invierte, y son los íconos que ellos transportan los que van a emblematicar el sujeto colectivo que allí se encuentra, y el paisaje humano, móvil y en expansión, el que va a demarcar la existencia de un territorio*” (Segato, 2005: 140). El sujeto, desde su propia experiencia, se convierte en portador del territorio, “*lleva el territorio a cuestas*” y es capaz de ampliar su extensión y redefinir sus contenidos de acuerdo a la expansión de las poblaciones que comparten los símbolos y las prácticas características de dicho territorio. Así, “(...) *un pueblo parecería no más ser definido como el conjunto de los*

habitantes de un territorio geográficamente delimitado, sino como grupo que porta la heráldica de una lealtad común y, con esto, instituye un territorio en el espacio que ocupa” (Segato, 2005: 135).

Esto, por cierto, no significa que la construcción de tales símbolos y prácticas esté sometida al libre arbitrio de los sujetos; por el contrario, tiende a ser cada vez más definida –como se esbozaba en la descripción del segundo proceso de transformación referido- por determinadas relaciones de fuerza, que acrecientan la importancia de aspectos *icónicos, estereotípicos o rituales* de las identidades de grupos segmentarios en detrimento de significados culturales sustantivos (Segato, 2005). Bajo esta perspectiva, la territorialidad, se constata ante todo como un principio de *identidad*, coincidente con una experiencia particular, histórica y culturalmente definida, aunque crecientemente mediada por *símbolos* o marcas de distinción cultural. Por otra parte, este reconocimiento enfatiza la dialéctica entre lo individual y lo colectivo como matriz de la constitución de una experiencia territorial. El sujeto en su individualidad desarrolla los materiales de su experiencia territorial en atención a una *trayectoria* biográfica singular que puede coincidir –a menudo sólo de manera parcial o episódica- con la trayectoria de otros sujetos y/o con la trayectoria de un colectivo humano determinado. Así como el individuo recibe influencias provenientes de las comunidades en las que se inserta, también desarrolla estrategias dirigidas a resguardar y defender los rasgos culturales del territorio que cada cual reivindica como propio. La existencia de experiencias compartidas que expanden su influencia hacia grupos cada vez mayores de personas, redundan en territorios extensibles, “(...) *que crecen a medida que sus respectivas poblaciones se expanden*” (Segato, 2005: 135) y en modos de vida que pueden diseminarse y reproducirse a través del espacio, no obstante la distancia física y temporal con los lugares y experiencias originarias se acrecienta.

De esta forma, si la experiencia del territorio se afirma como una construcción identitaria que deriva de trayectorias espaciales¹⁷, es necesario ahondar –desde una mirada fiel a la centralidad de los sujetos en la producción de tal experiencia- en los mecanismos subjetivos que contribuyen a su producción, actualización y transformación. Desde el punto de vista de la identidad, la geografía humanista ha sido prolífica en desarrollar teorizaciones en torno a la constitución de vínculos significativos entre las personas y los lugares habitados, camino que tiene algunos de sus antecedentes más prominentes en el trabajo fundacional de Tuan (Tuan, 2007). Como es sabido, una de las principales contribuciones de este autor ha sido el concepto de *topofilia*, que alude específicamente a aquellos lazos afectivos que se establecen entre las personas y los territorios (Tuan, 2007). Este concepto –expresivo de una relación biográfica a la par que histórica- ha sido objeto de una profusa utilización y, recientemente, debatido desde la perspectiva de las corrientes contemporáneas en el marco de la geografía humana y cultural. En este sentido, cabe indicar –como sugieren Leitão et al- que la idea de topofilia remite a una noción conceptual genérica más que a una categoría analítica precisa, por cuanto está definida por un determinado estado de relaciones que refleja las condiciones de un tiempo y un lugar y en el que inciden las visiones e intereses de diferentes agentes económicos, sociales y culturales (Leitão et al, 2008). Así las cosas, se presenta como un concepto sin relevancia operacional e inocuo –sobre todo cuando se considera bajo una óptica sensible a los procesos de desarrollo e implementación de políticas en la escala local. Es además, un concepto que se refiere ante

¹⁷ Por no mencionar el papel de la herencia cultural, proceso que también coadyuva a la transmisión y reproducción de una identidad territorial.

todo a los lugares, sin resolver adecuadamente el modo en que los sujetos establecen relaciones significativas con ellos a lo largo de sus trayectorias biográficas y espaciales ni la emergencia de visiones contrapuestas entre los individuos o actores que toman parte de una misma comunidad.

Para los autores citados, entonces, se impone la necesidad por dotar de nuevos contenidos a la discusión teórica acerca de la identidad territorial, siendo pertinente referirla a un sistema de conocimientos, actitudes y prácticas que definen la relación de las personas con los lugares. Así, se postula el concepto de *terrafilia*, categoría que –si bien se justifica en el orden de los procesos de planificación, diseño, implementación y evaluación de políticas de desarrollo local- concede atención preferente a las actitudes y acciones que son inducidas en los sujetos a instancias de la relación afectiva que los liga al territorio (Leitão et al, 2008). De acuerdo a esta propuesta, además, es factible diferenciar una *identidad territorial objetiva* –asociada a características estáticas y dinámicas observables en el territorio y, con particular atención, a su dimensión fisonómica y paisajística-, de una *identidad territorial subjetiva* –que resulta del entrelazamiento de aspectos vividos y experimentados por los sujetos con aspectos pretendidos o deseados por los mismos. Desde una perspectiva diferente –como ya se ha mencionado-, se plantea la posibilidad de articular la descripción de las identidades al concepto de *imaginarios territoriales* (Ther, 2008; Ther, 2010; Aliste, 2010). Siguiendo, en este sentido, las argumentaciones de Ther, se vislumbra el potencial del concepto de imaginario como un instrumento heurístico capaz de dar cuenta de “(...) *las múltiples relaciones construidas y reconstruidas entre lo cultural y lo ambiental*” (Ther, 2008: 169), que resultan de la experiencia del *habitar*. En este plano, la actividad humana traba una relación práctica con el medio natural, que se estructura en base a rutinas cotidianas que favorecen la *creación de vínculos* (objetivos y de sentido) y la *domesticación* de los lugares (Ther, 2008). Los imaginarios, de tal suerte, se conforman a modo de representaciones capaces de organizar la experiencia de los sujetos en el territorio y donde se manifiestan saberes, prácticas, memorias, tradiciones, costumbres y deseos. La noción de imaginarios territoriales presenta como especiales fortalezas su fluidez en términos de articular la experiencia individual y colectiva y la flexibilidad y el dinamismo de sus contenidos conforme a la relación de las comunidades con diferentes influencias culturales. Aunque pueden reconocerse ciertos matices, la noción de imaginarios presupone complejidad e hibridación, reconociendo la interpenetración de aspectos cognitivos y prácticos de la experiencia en una figura difícil de asir a través de definiciones formales. Es, sin lugar a dudas, un concepto complejo el que –si cabe-, puede asimilarse a una *imagen concreta del territorio*, elaborada desde la interpretación de las experiencias de sus habitantes y de sus proyectos de futuro (Aliste, 2010).

En esta línea, Ther ha profundizado en torno a la construcción de imaginarios en sociedades litorales chilotas, poniendo de relieve el grado de ajuste que expresan respecto de los procesos de transformación y modernización en curso (Ther, 2008). De este modo, su trabajo de campo –esencialmente etnográfico- lo llevó a reconocer tres clases de imaginarios territoriales, distinguiendo un *imaginario tradicional*, un *imaginario modernizante* y otro imaginario que cuestiona o *relativiza los alcances del proceso de modernización*. Cada uno de estos imaginarios se relaciona de manera típica con ciertas categorías o grupos de sujetos, que aparecen como portadores de experiencias (o cosmovisiones, si se prefiere) particulares (Ther, 2008). El primero traduce el prototipo del chilote tradicional, que define su relación con el ambiente por el recurso a la costumbre, a los saberes y prácticas arraigadas en la comunidad. El

segundo, por su lado –el de los chilotes que “sueñan” con la modernidad-, se plantea como un imaginario funcional a las transformaciones actuales, encarnándose en sujetos que o bien se han visto beneficiados o bien se encuentran deseosos de capitalizar las oportunidades que se ofrecen en un contexto de creciente apertura a los mercados. El tercero, por último, se instala a través de influencias traídas por personas de otros orígenes que se han radicado recientemente en Chiloé y se plasma en prácticas que incorporan conceptos de sustentabilidad, cuidado del medioambiente, además de una cierta revalorización de las tradiciones –no obstante mantengan opciones de desarrollo congruentes con las posibilidades que brinda el actual escenario económico (Ther, 2008).

Por otro lado, como ya se ha dicho, la experiencia del territorio emana de vivencias particulares en las que se suceden episodios de contacto con otros sujetos y lugares y que forman parte de las biografías individuales y colectivas. Desde este punto de vista, se subraya la importancia del análisis de las *trayectorias socioespaciales* que están detrás de dichas vivencias. Bajo la percepción de los sujetos, tales trayectorias, sin embargo, aparecen filtradas en una estructura discursiva singular: la de las *narrativas de vida espaciales* (Lindón, 2008). Como ha observado Lindón, las narrativas constituyen un material de sumo atractivo para los estudios geográficos, en la medida que se presentan como relatos coherentes, capaces de organizar la experiencia espacial de los sujetos con arreglo a su propia biografía y en sintonía con sus valores, creencias e intereses. Al ser un relato construido desde el presente, las narrativas espaciales suponen un recurso a la memoria de vivencias pasadas, las que son re-elaboradas en atención a la congruencia del relato, a la imagen que las personas desean proyectar y, también, en función de las circunstancias y desafíos que les instan a tomar una posición sobre el futuro. A pesar de sus posibles distorsiones, el valor de tales narrativas no debería verse cuestionado, pues justamente es este proceso de re-elaboración subjetiva el que alimenta la construcción de una experiencia espacial con significado para las personas y comunidades. Tal como sintetiza Lindón, “(...) la narrativa toma la forma de lo microsocioal que se está reconstruyendo en el momento presente, a partir de la re-elaboración de acontecimientos ya vividos, pero evaluados a través de toda la trama de sentido dentro de la cual la persona está inmersa en su aquí y ahora” (Lindón, 2008: 22).

(d) *Ruralidad, insularidad y desarrollos semi-periféricos.*

Al asumir la perspectiva de la *experiencia* como clave para la interpretación de los territorios, es procedente plantearse a continuación la pregunta por la influencia predominante que determinados territorios ejercen en la construcción de significados comunes para los sujetos. Aun cuando el incremento de la movilidad geográfica suponga un desafío abierto a la idea de una experiencia territorial adscrita o limitada a la vivencia de ciertos lugares y paisajes, es indudable que la distinción *urbano / rural* sigue siendo todavía un patrón relevante en el análisis de la subjetividad espacial asociada a individuos y comunidades. Desde luego, la crítica de la geografía y de las ciencias sociales contemporáneas ha desacreditado la idea de una distinción abstracta de lo urbano y lo rural (como si se tratara de dos entidades o formas completamente distintas), resaltando la gradualidad e interpenetración como características principales de las relaciones entre ambos tipos de territorios. Así, mientras es de común aceptación que el significado y estructuras de la ruralidad se definen por su referencia y relaciones contingentes con el ámbito

urbano –y viceversa-, de manera consecuente se ha abandonado la pretensión de identificar territorios urbanos o rurales químicamente puros.

La transición entre territorios urbanos y rurales se define, entonces, en la expresión de un *continuo*, en el que se entremezclan características diversas y donde ciertas formas geográficas y sociales aparejadas a matrices urbanas y rurales conviven y articulan conjuntos híbridos y cambiantes en el tiempo. En esta línea cabe entender el fuerte interés académico desarrollado en torno a los procesos de *rururbanización* o *peri-urbanización*, que señalan la creciente incorporación de funciones urbanas al espacio rural tradicional y la emergencia de territorios rurales con características típicamente urbanas (contiguos a áreas de expansión de las ciudades o emplazados en zonas dinámicas y con facilidades de accesibilidad). Pero junto con este orden de conceptualizaciones, se ha afirmado una lectura renovada de los significados asociados a la ruralidad en el contexto de la economía capitalista globalizada y de su expresión singular en regiones en vías de desarrollo, que justifica la aparición de una serie de teorías relacionadas que han sido agrupadas bajo el rótulo genérico de la “*nueva ruralidad*” (Gómez, 2003; Canales, 2006). De acuerdo a este paradigma, la ruralidad deja de ser concebida como una estructura homogénea e invariable para analizarse en términos de un *proceso o dinámica* donde se reflejan las transformaciones que afectan a la sociedad global (Canales, 2006) y cuyo ritmo y características son modeladas por relaciones de *interdependencia* con territorios urbanos de diferente escala, jerarquía y funciones. El *cambio* aparece como característica estructural de los modos de vida del espacio rural, en sintonía con las transformaciones sociales, económicas y culturales promovidas en el marco de los procesos de modernización.

La nueva ruralidad rompe, asimismo, con la imagen del campesinado agrícola tradicional como figura paradigmática y pone en tensión las estrategias de producción orientadas a la subsistencia y el autoconsumo, favoreciendo el despliegue de estructuras productivas complejas, la penetración del trabajo asalariado, además de fortalecer la *pluriactividad* como condición predominante –tal como se describió en páginas precedentes. De tal suerte, se desvirtúa la dicotomía urbano-rural y la separación rígida entre funciones productivas, de consumo, residenciales y de empleo que caracterizaban las relaciones tradicionales entre áreas urbanas y rurales, aun cuando persistan innegables asimetrías y subordinaciones. Por otra parte –como destacan ciertos autores-, sobreviven desigualdades significativas en términos del acceso a la tierra, al capital y a otros recursos sociales y culturales que afectan selectivamente a los territorios rurales. Ahora bien, el hecho de que las fronteras entre lo urbano y lo rural se difuminen, no implica invalidar la especificidad de la experiencia rural; por el contrario, emergen nuevas formas de subjetividad que se afirman en la tensión creciente entre una memoria colectiva de protección y certidumbres, de una parte, y la forzosa apertura a un futuro de riesgos y exigencias competitivas (Canales, 2006). En tanto, el mundo rural continúa reclamando una especial relación con la naturaleza y sus recursos, además de evidenciar ciertas constantes en términos de estructura social, escala y densidad de los asentamientos humanos y en los usos de suelo. Entre éstas últimas, se destacan la baja densidad demográfica, el predominio de lazos sociales estrechos y con alto compromiso afectivo, además de la superposición de relaciones de parentesco y vecindad, las limitaciones a la subdivisión de la tierra y la mixtura de usos productivos y residenciales. La validación de estrategias diversas – en concordancia con la extensión de la pluriactividad- llama la atención, a su vez, sobre la diferenciación de estilos

de vida y formas de inserción productiva en los territorios rurales, fenómeno que ha justifica el uso sistemático de aproximaciones multidisciplinarias de investigación, centradas en el enfoque de las “*estrategias de vida rurales*” (*rural livelihoods*) como principal herramienta de análisis (Kay, 2005). Esta perspectiva, se caracteriza por abordar multidimensionalmente las problemáticas rurales, concediendo especial atención a las capacidades de agencia de los actores locales, quienes gozarían de una relativa autonomía para construir sus propias estrategias de vida en base a una variedad de recursos territoriales (Kay, 2005).

Otro rasgo estructural relevante de los territorios en estudio está dado por la condición de *insularidad*. Tal como argumentara Grenier, esta característica se presenta como un determinante histórico en las relaciones de Chiloé con el territorio continental, justificando –al menos parcialmente–, la ya comentada tesis del aislamiento (Grenier, 1984). De acuerdo a Godenau y Hernández, el concepto de insularidad remite a una multiplicidad de características comunes a economías y territorios isleños, entre las que se cuentan: (a) limitada variedad de recursos naturales; (b) débil capacidad para generar economías de escala y aglomeración; (c) problemas de transporte y comunicación; (d) particularidades culturales de sus habitantes o la fragilidad de sus ecosistemas, entre muchas otras (Godenau y Hernández, 1996). No obstante, como plantean estos autores, resulta difícil afirmar la utilidad del concepto de insularidad como una categoría analítica o explicativa relevante, por cuanto nada hay en las condiciones específicas de las islas que no pueda ser identificado en otro tipo de territorios aislados o de difícil acceso. En este sentido, se sugiere que la noción de insularidad como principio explicativo –en la línea con la idea de los “territorios pensados”, sugerida por Bozzano (Bozzano, 2000)- pudiese encubrir el efecto de otras variables, entre las que se destacan, desde la perspectiva del desarrollo y el crecimiento económico, el *tamaño* y la *accesibilidad* de poblaciones y territorios (Godenau y Hernández, 1996). Pese a ello, se reconoce que el concepto de insularidad puede resultar analíticamente pertinente en el contexto de investigaciones orientadas al estudio del comportamiento y actitudes de los agentes en territorios insulares, en tanto aspectos condicionados por modos particulares de percepción del entorno que pueden ser características de los grupos humanos que habitan esta clase de regiones.

El análisis de las relaciones espaciales en el contexto de una dinámica de intercambios asimétricos entre territorios, por otra parte, plantea una mirada complementaria al concepto de insularidad. Si las diferencias de tamaño y las restricciones existentes en términos de acceso emergen como variables que inciden significativamente en la integración socioespacial y en las posibilidades de inserción competitiva de los territorios, entonces parece relevante atender a la articulación que se da entre lugares y áreas asociadas a diferentes funciones y posiciones jerárquicas. Bajo esta premisa, se introduce la noción de semi-periferia, que permitiría capturar una modalidad o estado de las relaciones espaciales que caracterizan a un determinado territorio en base al reconocimiento de patrones de desigualdad. Si bien el concepto de semi-periferia ha sido acuñado y empleado sistemáticamente en el análisis de relaciones espaciales de macro-escala –bajo la perspectiva teórica de los *sistemas-mundo* de Wallerstein (Wallerstein, 2005) y habitualmente asociado a grandes unidades geopolíticas-, puede aparecer como un concepto pertinente para el estudio de procesos regionales y de menor escala, en la medida en que implica dinámicas de transformación que involucran a territorios y comunidades específicos (Terlouw, 2003).

Como propone Terlouw, el concepto de semi-periferia adquiere significado para la investigación geográfica actual bajo el entendido de que no constituye una categoría descriptiva, sino un instrumento analítico para el estudio del cambio (Terlouw, 2003). En la polaridad de relaciones entre centro y periferia, la existencia de áreas o regiones semi-periféricas contribuye a perfilar una trayectoria de transformación estructural de los territorios, que involucra dimensiones físicas, materiales, sociales y culturales. De esta forma, la emergencia de *desarrollos semi-periféricos* supone, ante todo, procesos de diferenciación espacial que suelen ser perceptibles en el paisaje y también en la configuración de nuevas formas de relaciones o espacios sociales al interior de los territorios. El caso de Chiloé, en este sentido, podría interpretarse bajo este enfoque como un territorio crecientemente heterogéneo, en el que son visibles las huellas incipientes de la modernización y de la intensificación de relaciones con territorios nucleares o centrales, no obstante continúen persistiendo características tradicionales localizadas. Esta visión marca un distanciamiento respecto de las ya mencionadas tesis de Grenier en torno al aislamiento, como también sugiere un cambio de enfoque respecto de estudios que han abordado la situación actual de Chiloé bajo la definición convencional de un territorio *periférico* (Andrade et al, 2001).

Al interior de Chiloé, asimismo, los desarrollos semi-periféricos también pueden ser referidos a lugares específicos, que ostentan condiciones ventajosas para la capitalización de oportunidades en el contexto de la globalización. En contrapunto a los procesos experimentados en el llamado “Chiloé central” (Macé et al, 2009) y al persistente aislamiento que caracteriza a gran parte de la costa occidental y de las islas menores del archipiélago, surgirían lugares con claras fortalezas para articularse a territorios centrales y reproducir procesos de modernización. Esta perspectiva, entonces, es la que se plantea para el estudio de la península de Lacuy, en virtud de la observación de sus características y dinámicas actuales.

(e) *Identidad territorial chilota*

Complementando la discusión en torno a los elementos significativos para caracterizar la experiencia territorial de los habitantes de la península de Lacuy, es de interés detenerse en la descripción de algunos referentes materiales y simbólicos de la identidad territorial chilota. Sin adentrarse en el espeso debate acerca de la cultura y el ser chilote –en rigor, un campo de estudios en sí mismo-, cabe señalar ciertos conceptos de aplicación específica a esta investigación que ayudan a conectar los procesos de construcción identitaria con los rasgos más sobresalientes de los territorios vividos y significados por los sujetos. Conforme a esta propuesta, se puede vincular la definición de la experiencia territorial de los chilotes a modos de vida singulares en los que se entrelazan paisajes, contextos y vivencias espaciales con actividades cotidianas, discursos y símbolos culturales. Desde un marco conceptual asentado en teorías clásicas de la geografía cultural, Bravo indica tres niveles espaciales de la cultura chilota, aparejados a experiencias de vida o “subculturas” particulares, cuya influencia se hace extensiva tanto la organización de las actividades rurales como a las actividades urbanas. Estas son: (i) la *subcultura marítima*; (ii) la *subcultura de la madera*; y, (iii) la *subcultura campesina* (Bravo, 2004). En todos estos casos, se trata de formas de apropiación del espacio con expresiones tangibles e intangibles que articulan y dan sentido a los proyectos de

individuos y colectividades en los diferentes rincones del archipiélago, además de estructurar sistemas de intercambio económico, social y cultural. En gran medida, estas subculturas se afirman en la defensa de actividades tradicionales emblemáticas de pequeña escala, como la pesca artesanal, la producción de leña y fabricación de utensilios artesanales, y el cultivo de la papa, presentes en todo el archipiélago. No obstante, también se traza una cierta continuidad con actividades y procesos productivos modernos y de mayor escala, incluyendo la acuicultura, la explotación forestal y, aunque en menor medida, la agroindustria, que suponen modos de reinterpretación de las relaciones de los seres humanos con estos recursos (Bravo, 2004).

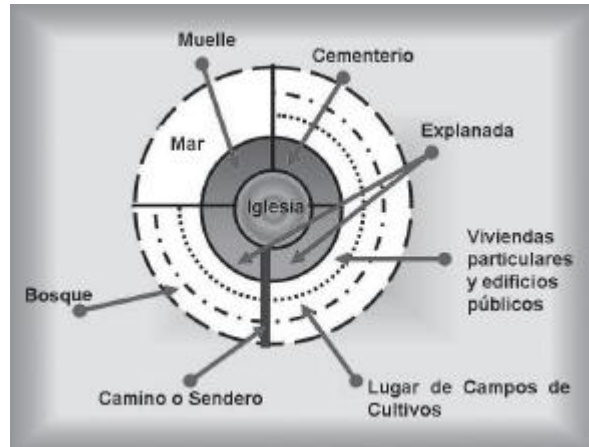
Aunque la clasificación propuesta por Bravo es completa y entrega valiosos elementos de análisis, parece oscurecer –precisamente-, quizás la característica más sobresaliente de la experiencia territorial del Chiloé rural: la fluidez y unidad de estas distintas subculturas en la experiencia cotidiana de sus habitantes. En efecto, todas estas esferas de relaciones parecen integrarse a una totalidad simbólica y práctica, en la que los significados asociados al mar, al bosque y al campo se vinculan y donde los sujetos se definen por su capacidad para articular saberes, oficios y habilidades múltiples. Por este motivo, parece acertada la ya referida propuesta de Ther, quien estudia los diferentes espacios de actividades humanas en relación a microambientes (el mar, el río, la costa, el monte, el bosque, el campo, el hogar, etc.) interconectados e indisociables entre sí, cuya diversidad, sentido y cohesión se expresa en la idea de territorios vividos. En sus palabras, “(...) *el amplio y diverso medio ambiente se ha llenado de vínculos aprendidos y creados con la experiencia que otorgan los años de vida en un lugar poco a poco domesticado con saberes y conocimientos locales e indígenas*” (Ther, 2008: 68), señalando una unidad de acción y conocimiento, que puede ser estudiada – desde la perspectiva de los sujetos- a través del enfoque de los imaginarios territoriales.

La complejidad de los vínculos entre diferentes contextos o microambientes, desde luego, está sujeta a determinadas condiciones naturales, siendo frecuente la referencia a la llamada *cultura del bordemar chilote* (Mansilla, 2005; Adler, 2006; Bravo, 2004), que alude al tipo tradicional de apropiaciones materiales y simbólicas que emergen del contacto cotidiano con el mar (como lugar, fuente de recursos y horizonte de sentidos). De acuerdo a Bravo, “(...) *la condición de bordemar ha instaurado para el chilote el principio de un modo de hacer cultura, la cual resulta de la interacción hombre - naturaleza, en donde se logra una forma de entender y aprehender un medio natural. Pero esto no solo implica el dominio de una cultura sobre la naturaleza, sino que se refiere también al equilibrio entre ambas partes*” (Bravo, 2004: 131). Mansilla, por su parte, señala al bordemar como la forma de vida tradicional esencial de la cultura chilota, “(...) *caracterizada por la pequeña agricultura, la artesanía en lana o madera, la pesca y la extracción artesanal de mariscos*” (Mansilla, 2007: 149). Todas estas actividades aparecen interrelacionadas y formando parte de un conjunto mayor de significados, que revierte –también- sobre los aspectos tangibles de la cultura chilota. En este sentido, Bravo y Bravo et al destacan la influencia del bordemar en la organización del espacio local, en la arquitectura y en la planificación de los asentamientos humanos urbanos y rurales en el archipiélago. Así, además de la conocida postal de los *palafitos* –característicos, en todo caso, de la costa oriental de Chiloé-, surge una serie de elementos y características formales y sustantivas en el uso del espacio a las cuales cabe prestar atención en tanto señales evidentes de la centralidad de la relación con el mar. Una de ellas, es la disposición habitual de las viviendas, que tanto en localidades costeras urbanas y rurales, suele enfrentar al mar. Por otra parte, la morfología y estructura

espacial de los asentamientos humanos traduce la preeminencia del mar, el que –junto a la iglesia- constituye el principal patrón de organización (Bravo, 2004; Bravo et al, 2009). Asimismo, a un nivel agregado, se constata el protagonismo del litoral en los procesos de poblamiento del territorio. Si bien, como sugieren Andrade et al, el grado de antropización del borde costero es bajo y los usos urbanos del litoral son todavía minoritarios (Andrade et al, 2001), tanto el número de localidades costeras, su tamaño y densidad demográfica, junto a su importancia económica, son aspectos reveladores de la relevancia del litoral en la organización del espacio chilote.

Como ya se ha destacado, el hogar y la iglesia revisten importancia como hitos significativos en la experiencia territorial del chilote. El espacio del hogar se caracteriza por una intensa actividad en su interior –articulada en torno a la *cocina-fogón*-, además de estructurar a su alrededor una serie de actividades, edificaciones y dependencias asociadas. En el nivel de la arquitectura tradicional rural, los dominios del hogar y sus escalas (la vivienda, el predio y el entorno inmediato), están enriquecidos por una serie de usos y recintos complementarios que marcan una relación fluida entre la vida familiar y el espacio exterior. Según señala Bravo, la arquitectura rural chilota está asociada a un espacio funcional “(...) ocupado por la casa principal, la leñera, el galpón para guardar los animales, el gallinero y la bodega” (Bravo, 2004: 133) como elementos principales –y prácticamente invariantes-, a los que pueden añadirse, a mayor o menor distancia de la vivienda, el huerto familiar, los potreros, los bosques y la playa. En algunas viviendas rurales, el recinto del baño suele estar aún separado de la vivienda principal, principalmente por motivos sanitarios. En relación a la iglesia, Bravo ha postulado la centralidad de la función religiosa en la organización del espacio local chilote, característica que logra documentar y validar a través de un estudio de casos que toma en cuenta localidades rurales y urbanas de diferente tamaño. Así, los usos sociales y comunitarios aparecen –en la práctica- como adosamientos o extensiones a un espacio religioso central que comprende “(...) el lugar que ocupa el templo, la explanada que permite la reunión de la comunidad, el cementerio adyacente al templo y un lugar optativo para el muelle o puerto para recibir a los fieles externos a la comunidad” (Bravo, 2004: 117). Desde luego, esta estructura interpreta la influencia del ya comentado modelo pastoral jesuítico y adquiere variaciones y una complejidad creciente en conformidad con procesos de crecimiento demográfico y urbanización. Alrededor de esta primera capa o núcleo, se articula el espacio mundano o pagano, en el que se localizan de modo concéntrico: (a) las viviendas de los fieles o integrantes de la comunidad; (b) edificios públicos y/o centros de administración; (c) –a mayor distancia- los campos de cultivo; y, (d) –finalmente- el bosque (que señala los deslindes de la comunidad local y que simboliza lo desconocido) (Bravo, 2004; Bravo et al, 2009). El templo o la iglesia, además de lugar de acogida de los fieles, destaca como hito ordenador de las actividades y elemento estructurante de la vialidad. A su vez, también se plantea como imagen de identidad de la comunidad y eje de orientación visible tanto para quienes se aproximan por vía terrestre como marítima. En sus palabras, “(...) el templo ordena el caminar, el tiempo terreno y marítimo” y “(...) establece las distancias, los encuentros y separaciones?” Bravo, 2004: 117). Así, en términos generales, “(...) la capilla constituye el corazón y su espacio sagrado el límite de lo conocido”. El modelo concéntrico propuesto por Bravo se ilustra en la siguiente figura (Figura #4) (Bravo, 2004: 117).

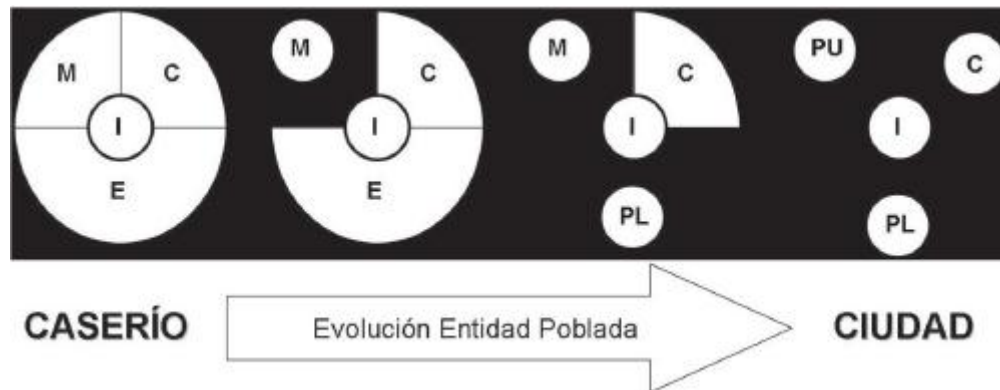
Figura #4: Modelo concéntrico del espacio religioso chilote según Bravo (2004).



Fuente: Bravo, 2004

En un trabajo posterior (Gallardo, 2006, citado en Bravo et al, 2009), a su vez, se plantea un patrón de la posible evolución de este modelo con arreglo a la escala demográfica de los asentamientos (Figura #5). En este modelo evolutivo, la transición hacia entidades pobladas mayores es acompañada por una creciente atomización de sus elementos, además de la transformación del carácter de algunos de ellos: la explanada es sustituida por una plaza cívica y el muelle es reemplazado por un puerto.

Figura #5: Evolución del modelo de organización del espacio religioso chilote según escala del asentamiento (Bravo et al, 2009).



Fuente: Bravo et al, 2009.

IV. Redes

(a) Teoría de redes sociales

La experiencia del territorio supone modos de conocimiento y prácticas que cobran sentido en el contexto de las relaciones sociales y espaciales en las que los diferentes agentes se ven inmersos y participan. La insistencia en conceptos tales como *relaciones* o *vínculos* –así como en la idea de *contacto* como vector en la comprensión de las dinámicas territoriales del Chiloé contemporáneo-, apunta a relevar la importancia de aspectos relacionales en la construcción de una experiencia concreta, que se define tanto en un nivel subjetivo como intersubjetivo. Ahora bien, el recurso analítico a esta dimensión relacional implica una referencia a modalidades objetivadas y reconocibles de interacción que activan el funcionamiento interdependiente de determinadas estructuras, lugares y actores sobre el territorio. Las relaciones entre dichos elementos, desde luego, involucran una diferente intensidad y complejidad: pueden operar de manera transitoria o estable a través del tiempo, pueden fundamentarse en la proximidad o bien salvar distancias geográficas variables, además de comprometer diferentes clases de contenidos, sentimientos, intereses y expectativas.

A partir de esta reflexión, entonces, se instala la inquietud por introducir la conceptualización en torno a las *redes sociales* como un aporte teórico y analítico pertinente a los fines de esta investigación. A su vez, se intentará ligar esta discusión a los procesos de construcción de capital social en la escala comunitaria, que permiten poner en valor y atribuir sentido a los intercambios facilitados por la existencia de tales redes. Como bien ha reconocido Bourdieu, las prácticas sociales responden a intereses específicos definidos en el marco de campos –o sistemas de relaciones, si se quiere- relativamente circunscritos y en los que, de manera análoga a los juegos, operan reglas conocidas por los diferentes agentes que participan (Bourdieu, 1995). En la comunidad local, de idéntica forma como sucede en diferentes ámbitos de interacción social, los agentes experimentan un cierto grado de inmersión (*illusio*) que los impulsa a jugar, tomar posiciones y buscar las formas más adecuadas de representar y hacer valer sus intereses –sean éstos utilitarios, solidarios, racionales o emocionales (Bourdieu, 1995). El capital social, en tal sentido, resultará un activo eficaz para los agentes en la medida que se sostiene en la existencia de redes densas y funcionales a dichos intereses.

Pero para arribar a esta discusión, cabe esbozar, primeramente, algunas características sumarias del concepto de red aplicado a las ciencias sociales y del enfoque teórico y metodológico que le subyace, conocido como *teoría de redes sociales* (Lozares, 1996). Así, conviene señalar de entrada la distinción sustantiva entre una visión *atomista-atributiva* y una *visión relacional* de los fenómenos sociales, característica esta última de la teoría de redes sociales. En la perspectiva *atomista-atributiva*, se privilegia al actor o agente individual como unidad de análisis y protagonista de cursos de acción relativamente independientes de sus relaciones con otros actores o entidades, así como de su inserción en determinados contextos sociales. Las diferencias entre las características o comportamientos de los agentes, bajo este enfoque, son explicadas por el recurso a variables o propiedades intrínsecas de los mismos, difícilmente modificables y transversales, en principio, a las diversas esferas de interacción en las que se

involucran. La agrupación de individuos que comparten similares combinaciones de atributos sociales, faculta su análisis en términos de categorías, clases o grupos sociales genéricos (Lozares, 1996).

Por contraste, la *perspectiva relacional* se inspira en la premisa de que “(...) *lo que la gente siente, piensa y hace tiene su origen y se manifiesta en las pautas de las relaciones situacionales que se dan entre actores*” (Lozares, 1996: 110), asumiendo la importancia clave en el análisis de los lazos o vínculos entre agentes sociales, incluso cuando éstos no se encuentran directamente relacionados o unidos entre sí. Desde luego, esta perspectiva no rechaza la influencia de ciertos atributos de base así como el efecto diferencial asociado a la pertenencia a determinadas categorías sociales; antes bien, supone que tales propiedades pueden generar efectos y resultados diversos dependiendo de los contextos relacionales de los que participan los agentes. De esta manera, el entramado de relaciones sociales en el que se inscriben los actores, no sólo explica diferencias a nivel de resultados, comportamientos o productos, sino también contribuye a filtrar o reforzar el efecto derivado de propiedades intrínsecas de los individuos o colectividades. Tal como afirma Lozares- (...) *la teoría de redes cambia el visor de la investigación: de la búsqueda de factores concomitantes o causales (...)* se pasa a “(...) *la indagación de cómo dichos factores pueden producir sus efectos a partir de las relaciones*” (Lozares, 1996: 113). Las relaciones articuladas en estructuras reticulares se convierten, entonces, en unidad de observación, además de variable explicativa e interviniente en la producción de los fenómenos sociales.

La teoría de redes sociales se considera un enfoque estructural, aunque ello no suponga, necesariamente, la adopción de una perspectiva objetivista en el tratamiento de las relaciones entre agentes. En rigor, esta connotación estructural remite a un concepto de estructura social que subyace a los análisis e interpretaciones elaborados desde esta perspectiva teórica y que puede ser fundamentado en conformidad a distintas posturas epistemológicas –aun cuando se reconoce la primacía de una visión pragmática o realista en la mayor parte de los estudios. Según puntualiza el autor antes citado, la teoría de redes concibe a la estructura social como un conjunto de pautas y modelos de relaciones específicas que vinculan a unidades o actores individuales y colectivos, y que puede ser descrita a través de datos empíricos siguiendo diferentes clases de metodologías (Lozares, 1996). Aun cuando las versiones más corrientes consideran aplicaciones de la teoría de grafos o la teoría matricial en base a datos cuantitativos de tipo relacional, en años recientes se han desarrollado aproximaciones metodológicas que apelan a la posibilidad de definir estructuras de relaciones sociales a partir de la interpretación de las narraciones y discursos producidos por los sujetos. Tal como se verá más adelante, esta apuesta metodológica puede ser adaptada para el tratamiento de narraciones biográfico-espaciales, en concordancia con algunas de las aplicaciones sugeridas por Lindón desde la perspectiva del constructivismo geográfico (Lindón, 2008; Lindón 2007).

Con relativa independencia de las diferentes opciones metodológicas admitidas, la teoría de redes propone un acercamiento original a los fenómenos sociales, donde no sólo se plantea una exigencia específica por producir y analizar datos de un cierto tipo o naturaleza, sino que, también, los procesos de observación, interpretación y elaboración de hipótesis son conducidos por un conjunto de preceptos generales implícitamente aceptados. Entre estos denominadores comunes, Lozares pone de relieve cuatro ideas centrales, que se desprenden de la reflexión antes abordada por teóricos norteamericanos como Wasserman y Faust o Wellman ((Wasserman y Faust, 1994;

Wellman, 1989) e incorporada también en los trabajos fundacionales de autores influyentes en la sociología contemporánea como Coleman y Granovetter (Coleman, 1988; Granovetter, 1973). En primer lugar –y, quizás, de manera evidente–, se destaca el principio de *interdependencia*, que indica que “los actores y sus acciones son contemplados como interdependientes y no como independientes o unidades autónomas” (Lozares, 1996). En segundo término, las relaciones o lazos que encadenan acciones y actores, suponen, a su vez, formas de *intercambio* determinadas por el carácter de tales vínculos y que posibilitan procesos de empoderamiento, acumulación, reproducción y redistribución de recursos y activos físicos, sociales y culturales. Así, se entiende que “*los lazos relacionales entre los actores vehiculan transferencias de recursos (...)*” (Lozares, 1996: 111), los que pueden ser tanto de tipo material como simbólico o inmaterial.

Supuestos interdependencia e intercambio como mecanismos formales del funcionamiento de las redes sociales, se tiene luego que los actores no pueden planificar ni ejecutar sus acciones prescindiendo del contexto de relaciones en el que se ven envueltos. Este contexto, al otorgar oportunidades y rangos de libertad a los actores, del mismo modo como fija restricciones y coacciones, justifica un principio de *modelamiento teórico* de las conductas y comportamientos de los actores. En tal sentido, las estructuras de relaciones sociales son vistas a manera de un entorno que da sentido a las acciones de individuos y grupos en función de las oportunidades y constricciones que enfrentan (Lozares, 1996; Lozares y Verd, 2008). En su origen, este proceso de modelamiento de las acciones observadas en un contexto reticular es de orden puramente formal. No obstante numerosas aplicaciones en la teoría de redes sociales han supuesto, también, marcos explicativos para dar cuenta de la intencionalidad y motivos que están detrás de las acciones de los individuos y colectividades, recurriendo habitualmente a elementos de la teoría de la elección racional, así como a enfoques utilitaristas e individualistas y, alternativamente, a enfoques psicosociales o circunscritos a interpretaciones de carácter sistémico o sociológico. Finalmente, la construcción de *modelos* como posibilidad deducida de la existencia de *interdependencia e intercambios* entre los actores, reviste limitaciones en función de su foco habitual en relaciones de índole microsocial, estipulando un principio de *circunscripción* desde el punto de vista del análisis. De tal suerte, los modelos de redes tienden a identificar “(...) *la estructura social, económica, política, etc. como pautas constantes de relaciones entre actores*” (Lozares, 1996: 111), que permean los entornos localizados de redes sociales que son materia de atención primordial de los estudios elaborados bajo este enfoque.

Junto a estos postulados genéricos, la teoría de redes sociales y sus aplicaciones analíticas operan con un conjunto de conceptos específicos que facultan la descripción de las redes y de las estructuras de relaciones más complejas que se derivan de las primeras. Un concepto esencial, en este sentido, es el de *actor social*, que se establece como protagonista y entidad involucrada en la existencia de redes sociales. Como ya se ha insinuado, los actores sociales no son únicamente individuos, siendo factible estudiar redes en las que participan unidades colectivas como grupos, empresas, asociaciones, organizaciones sociales, religiosas o sindicales, agencias e instituciones públicas, etc. Pese a la importancia de los actores, no debe perderse de vista que la unidad de análisis fundamental del análisis de redes son las *relaciones o lazos relacionales*. Éstas, independientemente de su contenido, tienen como estructura elemental la *diada* o relación entre pares de actores, no obstante éstos puedan ocupar distintas

posiciones jerárquicas o disponer de recursos desiguales (Lozares, 1996). Entre otros tipos de conexiones entre actores, se destacan las relaciones personales (amistad, comunicación, contacto, etc.), aquellas definidas principalmente por transacciones de recursos (comercio, financiamiento, información, intercambio de bienes, etc.), cadenas productivas y de valor, acciones y comportamientos institucionalizados, junto con la movilidad geográfica, en tanto modalidad específica de relaciones desplegada en el territorio. Siguiendo las propuestas de Grossetti, una relación social puede ser descrita y definida en conformidad a los *recursos de mediación* que son puestos en juego entre dos o más actores sociales (Grossetti, 2009). Para este autor, la idea de mediación presupone todo el conjunto de dispositivos técnicos u objetos ordinarios que crean un vínculo entre actores, incluyendo aspectos físicos, humanos, simbólicos y culturales (Grossetti, 2009). De manera concomitante, Grossetti reconoce la pertinencia de los esquemas elaborados por Ferrand, quien distingue relaciones sociales analíticamente diferentes según el tipo de regulación que producen (Ferrand, 2006: citado en Grossetti, 2009). Para Ferrand, existirían tres clases de regulaciones fundamentales: una *regulación categorial* (efectuada a partir de roles y normas), una *regulación diádica* (basada en la confianza recíproca existente entre pares o compañeros/as) y – quizás la más importante desde la perspectiva de las redes sociales– una *regulación reticular*, determinada por la posición relativa de los actores en la estructura del conjunto de las redes (Ferrand, 2006: citado en Grossetti, 2009). Si bien las mediaciones diádicas son el insumo de la construcción de redes sociales, es en la regulación reticular –asociada a grados crecientes de complejidad– donde se perfilan las pautas de acciones interdependientes que caracterizan a este orden de estructuras.

Además de las díadas, la teoría de redes sociales conoce otros tipos de relaciones, asociadas a *tríadas*, *subgrupos* y *grupos*. Tríadas y subgrupos se consideran extensiones de la díada, que involucran a tres o más actores y a las relaciones existentes entre ellos (Lozares, 1996). Son, en tal sentido, subconjuntos o fragmentos de un entorno reticular más amplio. Los grupos, por su parte, implican algún tipo de operación de *clausura social* (Coleman, 1988), que funge como límite de un entorno de redes sociales. El grupo permite considerar al conjunto de los actores y relaciones contenidas en su interior a modo de un *sistema social* con elementos finitos. A este respecto, cabe señalar que autores como Wellman han discutido la pertinencia del concepto de grupo como herramienta de análisis apropiada para el enfoque de redes sociales, no obstante su uso extendido en la sociología. De acuerdo a su criterio, el mundo social está compuesto de redes y no de grupos. Así, el interés por éstos últimos sólo se justificaría en la medida permiten identificar efectos localizados de las estructuras reticulares sobre un segmento acotado de actores y de sus relaciones (Wellman, 1983: citado en Lozares, 1996).

Otro concepto habitualmente empleado por la teoría de redes sociales es el de *nodo*. Este concepto, describe aquellos puntos de convergencia entre varias relaciones sociales y, convencionalmente, coincide con las posiciones de los actores sociales. Sin embargo, a diferencia del concepto ya discutido de actor social, la idea de nodo tiene un propósito estrictamente operacional: constituye una aplicación práctica de la teoría de grafos, que permite representar aquellos objetos o entidades que se relacionan entre sí. Las líneas o vértices que relacionan a los diferentes nodos corresponden, entonces, a las relaciones sociales.

El uso de descripciones basadas en la teoría de grafos, sugiere una serie de posibilidades que han sido bien explotadas en la literatura especializada para caracterizar el número, densidad y complejidad de las relaciones sostenidas en el marco de una red social (Lozares, 1996). No obstante, su aplicación está condicionada por los niveles de análisis comprometidos en la investigación. De manera gruesa, se reconocen tres niveles de análisis jerárquicos, que han motivado el desarrollo de diferentes corrientes de estudio al interior de la teoría de redes sociales. En primer lugar, aparece el nivel egocéntrico o personal, donde interesa la descripción de las redes locales que rodean a actores sociales individuales. Bajo esta línea de investigación, se plantea la pregunta esencial por los recursos o redes sociales de las que dispone un actor y que puede movilizar en un contexto dado. Esta corriente ha sido dominante en la teoría de redes sociales a contar de sus primeros intentos de formalización y está estrechamente emparentado con un enfoque epistemológico típicamente individualista. En segundo lugar, figura un nivel intermedio de análisis, habitualmente enfocado en díadas o subgrupos de actores y sus relaciones. Esta opción ha sido menos desarrollada entre las investigaciones empíricas y se presenta, a menudo, como una extensión o aplicación derivada del análisis egocéntrico. Finalmente, se presenta un camino más ambicioso, que remite al análisis de una estructura completa de redes sociales. Puesto que parece imposible rendir cuenta exhaustiva de la totalidad de relaciones que supone un sistema social complejo, ha sido frecuente que los estudios otorguen preferencia al examen de conjuntos limitados de relaciones, como los que se dan al interior de una comunidad, una empresa o una organización social funcional (Lozares, 1996).

Aunque existen numerosos ejemplos de ejercicios basados en esta tradición, los trabajos empíricos inspirados en un enfoque cuantitativo se han visto limitados por el requisito formal de tener que enumerar el conjunto completo de relaciones que forman parte de una red. Esta dificultad, en todo caso, no parece ser relevante al abordar el análisis desde una perspectiva cualitativa, donde se relevan hallazgos inductivos, tipologías y características que emergen de los significados, prácticas e imaginarios intersubjetivos. Bajo esta concepción adquiere importancia la idea de entorno como elemento estructurante de las redes sociales. Según estiman Lozares y Verd, “(...) las relaciones no se producen en el vacío con grados infinitos de libertad sino en entornos sociales preestablecidos, lo que las condiciona o facilita” (Lozares y Verd, 2008: 80). Pero, a su vez, tales entornos son actualizados en los discursos de los sujetos, dando forma a relaciones que definen contextos sociales específicos, significativos, sensibles y cambiantes para las personas. Así, de una idea de *entorno estructurado*, con relaciones entre posiciones determinadas de modo externo a las percepciones de los agentes se transita a un concepto de *entorno situacional*, donde los significados que emergen de los discursos sociales –y, especialmente, de narraciones biográficas– son reveladores del entramado o red de recursos sociales de los que disponen los actores. Lozares y Verd, en este sentido, proponen el concepto analítico de *entorno interactivo situacional y reticular* (o EISR), que comprendería el conjunto de “(...) las interacciones o relaciones estructuradas reticularmente entre agentes, objetos, entidades” que surgen en las narraciones biográficas de los sujetos “(...) poseyendo un cierto grado de homogeneidad de contenido y funcional en sus interacciones o relaciones personales y con una cierta clausura socio-espacial y socio-temporal” (Lozares y Verd, 2008: 84). Dado que estos entornos situacionales se definen en un horizonte temporal limitado (con un comienzo y un fin establecidos en el marco de una cronología personal y biográfica coherente), estos autores destacan la importancia de los *pasajes narrativos*, correspondientes a eslabones o vínculos relacionales que los sujetos elaboran en sus narraciones para

documentar el tránsito de las relaciones sociopersonales definidas en el contexto de diferentes entornos situacionales (Lozares y Verd, 2008).

En el caso de la presente investigación, es evidente que los niveles de análisis antes mencionados (personal, subgrupo y red completa) se superponen e interpenetran. Al estudiar a las familias desde una perspectiva de redes, interesa su funcionamiento en tanto estructura completa, a la vez que interesan las interacciones y recursos de los que disponen sus diferentes integrantes y que definen el dominio de las redes familiares a las que se hiciera referencia en la primera sección del marco teórico. Así, la familia admite un abordaje tanto desde la dimensión personal como colectiva: es una red dispuesta para describir las acciones de los individuos, del mismo modo como constituye un sistema relativamente cerrado de relaciones que no se agota en la escala de la comunidad local, sino que puede vincular a sujetos distanciados en el espacio. Por otro lado, las familias establecen relaciones entre sí, siendo posible identificar un ámbito de redes entre familias que tiene importancia en el contexto comunitario. También las familias establecerán lazos con otros agentes o actores colectivos como organizaciones sociales de base, religiosas, sindicatos o asociaciones territoriales, además de empresas e instituciones públicas. Finalmente, la comunidad local –como se verá a continuación– constituye un sistema social o un ámbito completo de relaciones sociales que puede ser analizado en su totalidad y/o bien en interacción con otras comunidades y sociedades de escala urbana, regional, nacional o transnacional.

(b) *Redes y capital social. Concepto y tipología.*

En los campos disciplinarios de la sociología y la antropología, los conceptos e instrumentos metodológicos desarrollados por el enfoque de redes sociales han sido frecuentemente aprovechados para apoyar una reflexión sistemática en torno a los procesos de construcción, reproducción y transmisión de recursos sociales susceptibles de ser activados y movilizados por los sujetos con diversos fines. De allí que el enfoque de redes sociales aparezca estrechamente ligado a las teorías contemporáneas del *capital social*, las que –si bien tienen su origen en estudios económicos– han alcanzado su mayor desarrollo teórico en los dominios de estas dos disciplinas. Sin pretender introducirse en la discusión de la amplia literatura existente acerca del concepto de capital social, interesa resaltar cómo esta noción permite especificar y nutrir de contenidos a las interacciones sociales de escala micro y meso que se producen en torno a organizaciones como la familia y la comunidad en un contexto rural. En este sentido, se sigue fundamentalmente la línea de las investigaciones desarrolladas por Durston, quien ha propuesto conceptos y tipologías de utilidad práctica para la comprensión de las redes que operan en el ámbito rural latinoamericano (Durston, 2002).

En su propuesta, el concepto de capital social se entiende como una forma de relación dotada de un significado sustantivo para los actores y que se refleja en actitudes y prácticas concretas, entre las que se incluye la disposición a brindar cooperación a otras personas o la posibilidad de servirse de los apoyos de otros para desarrollar emprendimientos individuales o colectivos, entre otras. Así, mientras la visión genérica de la teoría de redes sociales evita pronunciarse acerca del contenido de las redes sociales que describe (o bien se asume por defecto un

modelo de conductas basado en la elección racional o en otras matrices psicosociales), la aproximación de Durston coloca en primer plano las motivaciones y valores subyacentes a las relaciones entre actores, destacando el papel de tres conceptos clave en los que se entrelazan elementos culturales, simbólicos y afectivos. Tales conceptos son: (a) *confianza*; (b) *reciprocidad*; y, (c) *cooperación* (Durston, 2002).

Entre ellos, la *confianza* representa el principio central que da significado a las relaciones sociales y garantiza su perduración a través del tiempo. Ésta se define simultáneamente como una actitud a la vez que como una expectativa, sugiriendo que las acciones realizadas por los sujetos están orientadas por el comportamiento futuro que se espera de la(s) otra(s) persona(s) que participa(n) en una relación social, facilitando el control compartido sobre determinados bienes o activos. Consecuentemente, la confianza da pie a conductas reiteradas entre los actores y que se ven reforzadas por discursos y acciones en los que esta actitud se reconoce y transfiere al acceso o control de algunos recursos. La confianza, como actitud, se fundamenta en dos componentes esenciales: un soporte *cultural* –asociado a la reciprocidad- y un soporte *emocional*, que se deriva de los sentimientos que las personas guardan hacia otros individuos que estiman confiables y que ratifican esa confianza a través de discursos, señales o acciones perceptibles. La *reciprocidad*, por su parte, se estatuye como un principio culturalmente validado y que complementa dicha dimensión emocional en función de una lógica de intercambio basada en obsequios (de objetos, ayuda, favores, etc.), la que opera con relativa independencia de los intereses creados en el contexto de relaciones de mercado. Así, se instala entre los actores una norma tácita e informal de comportamiento, que sugiere la obligación de devolver oportunamente y en una medida proporcional los obsequios recibidos de otra persona. Finalmente, aparece la *cooperación* como resultado objetivado de la confianza y de la reciprocidad (Durston, 2002). En relación a la cooperación, Durston propone entenderla como aquella “(...) *acción complementaria orientada al logro de los objetivos compartidos de un emprendimiento común* (...)” (Durston, 2002: 18). En este sentido, se asume que la confianza habilita el compromiso de los actores en torno a proyectos comunes, en los que cada uno de ellos contribuye –conforme a su disponibilidad, interés, especialización y jerarquía- con trabajo, tiempo y/o recursos. La cooperación se diferencia de la colaboración, acción esta última que vincula circunstancialmente a actores con objetivos distintos entre sí y que pueden compartir voluntariamente sus recursos con el propósito de construir sinergias (Durston, 2002).

Teniendo, entonces, a la confianza como insumo esencial de las relaciones sociales y a la reciprocidad y a la cooperación como dos principios derivados –a la vez que resultados objetivos- de la primera, el capital social se define como “(...) *el contenido de ciertas relaciones y estructuras sociales*” o, en otras palabras, como el conjunto de “(...) *las actitudes de confianza que se dan en combinación con conductas de reciprocidad y cooperación*” (Durston, 2002: 15). La intensidad de experiencias de interacción estrecha como las que se dan en el marco de las sociedades rurales –donde las relaciones se ven fortalecidas por la concomitancia de patrones de vecindad, parentesco, amistad e intercambio- es, sin duda, una característica que favorece la formación y reproducción de capital social. Así, el análisis de las redes sociales y familiares aplicado a tales contextos debe tener en cuenta –en congruencia con la propuesta de Bourdieu- la descripción del volumen, contenido y trayectoria del capital social envuelto en las relaciones existentes entre actores individuales y colectivos (Bourdieu, 1995). Junto a ello, debe considerarse su

expresión a escala de comunidades y territorios, comprendiendo que el capital social no solo opera como fundamento de relaciones sociales constituidas entre pares o díadas de actores, sino que también conecta estructuras más amplias basadas en grupos y comunidades locales y regionales o establecidas conforme a funciones o intereses comunes. En tal sentido, es pertinente incorporar la tipología delineada por el propio Durston para el análisis de los procesos de desarrollo rural y que estipula seis categorías de relaciones: (a) *capital social individual*; (b) *capital social grupal*; (c) *capital social comunitario*; (d) *capital social de alianzas regionales* (o capital social “puente”); (e) *capital social de reciprocidad con control asimétrico* (o capital social “de escalera”); y, (f) *capital social societal* (Durston, 2002). En la Tabla #7, se detallan las definiciones asociadas a esta tipología.

Tabla #7: Tipología de formas de capital social (Modelo propuesto por Durston, 2002).

Tipo de capital social	Descripción	Actores involucrados
Individual	Incluye el conjunto de relaciones con contenido de confianza y reciprocidad que vinculan a una persona con otros actores individuales.	Individuo, como portador de un conjunto de relaciones diádicas.
Grupal	Se define por la existencia de vínculos cruzados y densos entre un conjunto de actores. Estos lazos permiten al grupo funcionar como equipo y organizarse para determinados fines. Normalmente tienen un solo líder, que establece relaciones desiguales de poder hacia los restantes miembros.	Grupo (de pares, amigos, socios o vecinos), habitualmente conformado por un número de 4 a 12 personas.
Comunitario	Se conforma como un tipo de capital social plenamente colectivo, al que todas las personas tienen acceso por el solo hecho de reconocerse como miembros de una comunidad, sea definida bajo criterios territoriales o funcionales. Esta forma de capital social se define en las estructuras que forman la institucionalidad de cooperación comunitaria, es decir, en el sistema sociocultural propio de cada comunidad, en sus estructuras de gestión y sanción.	Comunidad territorial (definida por una vecindad estable) o funcional (definida por la existencia de objetivos o intereses comunes).
Puente (alianzas regionales)	Corresponde a una extensión del capital social individual, grupal o comunitario, que comprende aquellos vínculos que permiten que el individuo o colectividad entre en contacto con personas e instituciones distantes. Sus principales expresiones son las alianzas o vínculos horizontales establecidos entre comunidades pertenecientes a una misma área o región, así como sistemas de parentesco, gremiales o escolares, entre otros.	Conjunto de individuos, grupos o comunidades de igual o semejante jerarquía.
Escalera (reciprocidad asimétrica)	Supone relaciones fundadas en la confianza que involucran a actores u organizaciones que ocupan desiguales posiciones de poder. Su expresión prototípica es la relación clientelar, que conecta verticalmente a un actor de escaso poder con otro de mayor poder. En un contexto democrático, este tipo de capital social puede producir procesos de empoderamiento de individuos y colectividades.	Conjunto de individuos, grupos o comunidades con diferente poder o acceso al control de recursos.
Societal	Se presenta como una forma de capital social que trasciende a las diferencias o jerarquías existentes al interior de una determinada categoría. Habitualmente se alude al conjunto de normas, instituciones o relaciones que pueden observarse en el marco de un referente colectivo (un Estado-Nación o un determinado sistema étnico o sociocultural).	Estado-Nación o sistema social o cultural.

Fuente: Elaboración propia en base a Durston, 2002.

Una de las principales virtudes de esta tipología es que permite abordar complementariamente los tres niveles de análisis discutidos en la sección anterior (personal, sub-grupo y red completa), sin plantearse la necesidad de fijar de antemano una opción investigativa condicionada por una perspectiva ego-céntrica o con énfasis en la dimensión colectiva. No obstante, un análisis de estas características requiere un significativo esfuerzo en términos de producción de información, señalándose un desafío metodológico que emerge de manera consustancial a la

introducción de tales innovaciones teóricas. Sobre este tema se ahondará, más adelante, en el marco metodológico.

(c) *Redes sociales, familia y comunidad*

El enfoque de redes sociales ha sido un recurso habitual en el desarrollo de estudios familiares y comunitarios. Aun cuando no siempre se haga una opción explícita por incorporar de manera formal sus aportes, algunos de los fundamentos teóricos y metodológicos del análisis de redes sociales suelen estar presentes en la mayoría de las aproximaciones sistemáticas que se realizan en dichas áreas de investigación. Bajo este entendido, no debe extrañar que, a menudo, los propios conceptos de familia y comunidad se definan de manera tácita o abierta en términos de un tipo o variedad de red social, que supone lazos estrechos y significativos entre actores que se reconocen como parte de un sistema social relativamente cerrado y con límites definidos. De manera consecuente, a su vez, la estabilidad de tales redes sociales sugiere recursos o activos a los que tienen acceso los actores, no obstante el grado de control sobre ellos pueda estar condicionado por las distintas posiciones jerárquicas que ocupan y por el rol de liderazgo ejercido por algunos individuos.

Desde luego, familia y comunidad son conceptos definidos por diferentes niveles de complejidad y que comprometen relaciones sociales de distinto contenido, intensidad y extensión. En este sentido, corresponde tratarlos a manera de dos escalas operativas distintas que –si bien pueden estar superpuestas e interrelacionadas– determinan pautas actitudinales diferenciadas desde el punto de vista de la confianza, reciprocidad y cooperación. Siguiendo la tipología antes expuesta para especificar formas y estructuras de capital social, entonces, cabe concebir a la familia como una variedad específica de capital social de extensión semejante a la del grupo, pero definida por relaciones con alto compromiso afectivo y mecanismos de reciprocidad y cooperación relativamente estables a través del tiempo e inherentes al reconocimiento de un orden o sistema de parentesco común entre los actores. La confianza, desde esta perspectiva, emana a modo de un principio aparejado a las normas y relaciones determinadas por la naturaleza de la institución familiar en lugar de un recurso desarrollado a instancias de una experiencia compartida de organización. La comunidad, por su parte, corresponde –característicamente– a una estructura de capital social comunitario, derivada de instituciones sociales, sentimientos o relaciones que confieren un principio de pertenencia o membresía a un conjunto restringido de actores que comparten una vecindad o un determinado oficio o que forman parte de una misma categoría social o cultural. En este sentido, aunque puedan sobresalir líderes al interior de grupos o subconjuntos funcionales de la comunidad, las estructuras comunitarias suponen, por principio, relaciones horizontales determinadas por el acceso en igualdad de condiciones o derechos a los recursos físicos, sociales y simbólicos que están bajo el dominio de la red (Durstón, 2002).

Conforme a estas definiciones generales, a continuación se presentan, someramente, algunos alcances teóricos que permiten caracterizar con mayor especificidad los elementos y funciones asociadas a las redes familiares y comunitarias. Con respecto a la familia, ya se ha dicho que su existencia y funcionamiento como institución social depende de relaciones sociales estrechas estructuradas con arreglo a la extensión, profundidad y

condicionamientos propios del sistema de parentesco. Con esta premisa de base, luego se sigue la posibilidad de describir redes sociales de dominio familiar, en la medida que involucran de modo privilegiado las interacciones habituales que tienen lugar entre los miembros de una misma familia, cualesquiera sean los principios o intereses que estén detrás de su definición y persistencia. Dando énfasis a una visión dinámica de la producción y reproducción de redes familiares, cabe acoger la propuesta de Jelin, quien ocupa el concepto ya descrito de *redes o grupos de parentesco* con objeto de perfilar el carácter de las relaciones que involucran a personas de una misma familia, más allá de los límites o constricciones señaladas por una estructura de tipo nuclear o extendida o por la identificación de una unidad económica o doméstica (Jelin, 1994). La funcionalidad de las redes de parentesco, en tal sentido, está definida esencialmente por la capacidad de proveer ayuda a los integrantes de una misma familia, siendo todavía más confiables que otros mecanismos o instituciones formales de apoyo, sobre todo entre las clases populares (Jelin, 1994). Las redes de parentesco, en opinión de esta autora, “(...) *funcionan como recursos para la solución de los problemas de la cotidianidad cuando no se tiene acceso a vías alternativas, cuando éstas fallan o fracasan*” (Jelin, 1994: 7). De esta forma, son capaces de compensar la insuficiencia de recursos económicos o materiales de los actores, sea por la vía de la redistribución o la provisión de cuidados intergeneracionales (Huenchuan, 2009), constituyendo, además, el último recurso (“*last resort*”) frente a situaciones de crisis o incertidumbre económica (Jelin y Díaz-Muñoz, 2003). Por otra parte, las redes familiares cumplen un importante papel en la promoción de procesos migratorios de diversa escala, temporalidad y dirección en la medida en que pueden operar a distancia. La existencia de parientes o familiares en otras localidades es, en tal sentido, un factor que reduce los costos económicos y sociales comprometidos en la migración, facilitando –sobre todo– la movilidad rural-urbana, sea de carácter temporal-estacional o permanente (Jelin y Díaz-Muñoz, 2003).

Junto a estas características, Coleman ha destacado otra variante del capital social familiar que opera al interior de la familia nuclear o de la unidad doméstica y residencial (Coleman, 1988). Al margen de los atributos socioeconómicos y culturales que caracterizan a los miembros de una familia, este autor afirma que el tiempo y dedicación que cada uno de ellos puede prestar a acciones de cuidado, apoyo, enseñanza o trabajo que los benefician de manera individual o colectiva, constituye una forma específica de capital social que puede conducir a resultados muy diferentes, incluso entre sujetos pertenecientes a una misma categoría o clase social (Coleman, 1988). Este capital social, remite a la fortaleza –propriadamente tal–, de los vínculos familiares, en independencia de la riqueza, variedad o acceso que cada familia disponga en función de aquellos recursos económicos, culturales, sociales o simbólicos más valorados y eficaces en un determinado contexto. Esta modalidad parece describir adecuadamente los significados asociados a las relaciones familiares que Bacchiddu reconocía a instancias de las experiencias de las familias chilotas en la isla de Alao. De acuerdo a lo observado por esta autora, la alta valoración y fortaleza de la institución familiar dependía directamente de la persistencia de un flujo continuo de amor y cariño entre sus miembros, independientemente del lugar donde se encontraran residiendo actualmente (Bacchiddu, 2007).

Por último, las familias, en su calidad de actores colectivos, también constituyen redes sociales. Bajo esta perspectiva, las familias pueden operar como nodos, facilitando el intercambio y circulación de distintas clases de

recursos. Este tipo de lazos o redes entre familias tiene una particular importancia en el nivel de la comunidad local, donde la vecindad entre familias suele fundamentar relaciones prolongadas en el tiempo y obligaciones recíprocas que comprometen al conjunto de los miembros de dos o más familias. En este sentido, pueden describirse dos tipos de relaciones: (a) las que operan entre núcleos familiares o domésticos (ligado a la idea de parentesco inmediato); y, (b) las que involucran a clanes o sistemas más amplios unidos por relaciones de parentesco consanguíneo (en función de relaciones de parentesco extendido) (Wellman, 1989). Mientras las primeras se desarrollan, esencialmente, en una escala intracomunitaria, las segundas se expresan de acuerdo a un patrón geográfico expandido, incluyendo relaciones dentro de la comunidad, entre diferentes comunidades y entre éstas y territorios rurales y urbanos más distantes (e, incluso, posibilitando relaciones internacionales). Las relaciones entre núcleos familiares son importantes en la medida que ayudan a configurar circuitos de intercambio locales, definen redes de apoyo mutuo y conforman las bases para la puesta en práctica de estrategias de cooperación. En el caso de las relaciones entre clanes, su relevancia es clave en términos de favorecer la construcción de alianzas locales o regionales, asegurando el control de ciertos recursos comunitarios y estableciendo normas para la resolución de conflictos al interior y entre comunidades (Durston, 2002). No obstante, en ambos casos, el capital social de las familias –analizado desde esta faceta colectiva– se presenta como un atributo transmisible a los individuos, quienes pueden beneficiarse y emplear para sus propios fines los recursos facilitados a través de tales redes de familias.

Respecto de la comunidad, existen más dificultades operativas para efectuar su análisis en términos de redes sociales. De una parte, sus límites suelen ser más difusos que los de los grupos familiares, mientras que, de otra, la pertenencia de los actores a una determinada comunidad se encuentra mediada por sentimientos y percepciones que a menudo resultan difíciles de evaluar y calificar. Aun así, es posible hallar diversas definiciones que ayudan a precisar su significado y especificar los mecanismos de intercambio social que operan dentro de ella. Durston, por ejemplo, cita la definición propuesta por Mitchell, quien plantea que una comunidad “(...) *es una colectividad de personas que ocupan una zona geográfica, se dedican en conjunto a actividades económicas y políticas y constituyen, en esencia, una unidad social de autogobierno, con valores comunes y un sentimiento de pertenencia*” (Mitchell, 1968: citado en Durston, 2002: 30). Esta definición tiene como principal virtud, además de su exhaustividad, el énfasis que pone en capturar el aspecto institucional de las relaciones sociales que se dan en un contexto comunitario. Así –sintetiza Durston– las comunidades facilitan la organización de las personas en roles reglamentados, fortaleciendo y otorgando sentido a los vínculos que se establecen en función de dicho soporte institucional.

En el caso de las pequeñas comunidades campesinas o rurales, el mismo autor provee algunas observaciones anexas que resultan útiles para precisar el modo en que se implanta aquel marco institucional comunitario. Basándose en los postulados de Mauss (Mauss, 2009), Durston sugiere que “(...) *en las comunidades pequeñas, las relaciones tienden a darse entre las mismas personas y familias en todos los ámbitos y en todas las instituciones de la vida humana: religiosa, jurídica, política y económica*” (Durston, 2002: 18). De esta forma, las comunidades locales adquieren la dimensión de *fenómenos totales* a la vez que *sistemas totales* (Durston, 2002). Ello supone que todas las interacciones que se dan en el nivel local (sean entre parientes, vecinos, amigos u otro tipo de actores) aluden, de una u otra

manera, a un substrato comunitario que las contiene, posibilita y condiciona de acuerdo a los significados intersubjetivos y a los mecanismos institucionales que estén comprometidos en la conformación de la propia comunidad. La transición de la comunidad como institución y sistema de relaciones sociales a un tipo de capital social susceptible de ser activado por individuos o grupos, entonces, no resulta tan sencilla como en el caso de las familias. Según afirma Durston, el capital social comunitario no es un recurso individual, sino una forma de *institucionalidad social* del conjunto de los individuos o actores que componen la comunidad local (Durston, 2002). Se trata, por tanto, de un atributo incorporado en los actores individuales, pero no directamente transmisible a ellos. Por otra parte, se establece que esta forma de capital social puede ser compatibilizada con las decisiones racionales de los actores individuales, toda vez que presupone, en forma explícita o implícita, la búsqueda del bien común para el conjunto de quienes participan de la comunidad (aun cuando no se garantice que dicho objetivo se cumpla a través de estrategias colectivas basadas en la comunidad).

Desde el punto de vista del análisis de redes sociales, entonces, comunidad y familia comparten la característica de implicar sistemas institucionales a la vez que sistemas relacionales. Por contrapartida, se diferencian por la extensión de las relaciones sociales que movilizan así como por el carácter de los principios de pertenencia y confianza que las sostienen. La familia, como institución y organización social, es parte integrante de la comunidad local y, dentro de ella, es un actor relevante para facilitar los intercambios y alianzas que puedan establecerse entre comunidades vecinas. Desde luego, no todas las relaciones que acontecen en una comunidad remiten a dinámicas familiares, aunque es claro que el rol de las familias tiende a acrecentarse a medida que más pequeños sean los entornos comunitarios. Siguiendo a Wellman, entonces, la importancia de las familias puede analizarse en función de la incidencia que tengan en la organización de las relaciones sociales que se producen en el seno de una comunidad territorial (Wellman, 1989). En el caso de las comunidades en estudio, cabe estudiar este rol en estrecha relación con el papel desempeñado por otras comunidades formales o informales, como los sindicatos o asociaciones gremiales de trabajadores (pescadores, agricultores, artesanos, etc.), las comunidades religiosas establecidas alrededor de las capillas, y otras comunidades de intereses (escuela, asociaciones de mujeres, clubes deportivos, etc.).

(d) *Cultura asociativa en Chiloé: la minga en la encrucijada*

Un lugar común entre las semblanzas que se construyen acerca de la identidad cultural chilota –y al que apuntan tanto los discursos de especialistas y académicos como de los lugareños– es el arraigado espíritu asociativo y solidario de los habitantes del archipiélago, que tiene como expresión proverbial el hito de la *minga*. Según puntualiza Cárdenas, la *minga* es una forma de trabajo colectivo no remunerado al que concurren los vecinos de una comunidad a solicitud de uno de sus integrantes –sea una persona, grupo u organización– que requiere ayuda para la ejecución de una tarea. Aunque no se estipula una retribución en dinero, se estila que el solicitante se haga cargo de servir comida a todos los participantes además de amenizar el trabajo con música y/o bailes (Cárdenas, 2006). La *minga* puede servir tanto a intereses particulares como comunitarios y puede ser convocada con motivo de fines u objetivos diversos. Entre otras, cabe destacar las mingas realizadas para desmalezar, retirar árboles

(*destronque*) o preparar terrenos para el cultivo, para efectuar siembras (principalmente papas y, antiguamente, trigo), hacer leña para la provisión de la comunidad, las *botas* (botadura de embarcaciones al mar, tras su construcción o reparación), *tiraduras* (traslado de casas o construcciones por vía terrestre o marítima), así como para realizar reparaciones a viviendas, iglesias, escuelas o equipamiento comunitario y prestar ayuda a familias que han sufrido situaciones de necesidad o emergencia (Bravo, 2004; Adler, 2003). La minga, además, supone un principio de reciprocidad horizontal entre familias que permite organizar y regular el apoyo eventual de los vecinos en la realización de trabajos que benefician a actores particulares. Tal es el fundamento de la institución de los “días cambiados”: allí donde un grupo familiar no es capaz de realizar por sí solo ciertas labores agropecuarias, puede recurrir a la mano de obra y/o a los recursos (por ejemplo: yunta de bueyes o herramientas) de sus vecinos, con el compromiso de devolver el favor en el futuro o recompensarlo en especies (Bravo y Mujica, 1997).

Posiblemente, el origen de la minga se remonte a prácticas ancestrales de la cultura Huilliche (también llamada veliche) y mapuche, quienes –a su vez- habrían recibido influencias de la cultura Inca en este sentido (Bravo, 2004). Según refiere Cárdenas, la construcción de viviendas huilliches se efectuaba con el trabajo de toda la comunidad, que era convidada –al final de la jornada- a un festín compartido (Cárdenas, 1991: citado en Bravo, 2004). Asimismo, pueden trazarse paralelos entre estas prácticas singulares y algunos de los principios solidarios que forman parte del imaginario cultural de los pueblos Huilliche y mapuche, entre los que se destaca el sistema comunitario de tenencia de la tierra (Muñoz Millalongo, 2006) y la reciprocidad bipersonal en los intercambios, bajo el paradigma mapuche del *trafkín* (Durstun y Duhart, 2003).

Junto con la minga, se reconocen, también, otras expresiones locales que dan cuenta de la profundidad de esta cultura asociativa en las prácticas tradicionales de las comunidades chilotas. Entre ellas, Bravo destaca especialmente el *medán*, la *maja*, el *yoco* y la *marisca* (Bravo, 2004). El *medán* es una fiesta realizada en beneficio de una familia a la que los vecinos, de manera solidaria, regalan un producto o animal que les falta. En compensación, la familia beneficiada invita a los vecinos a compartir una noche de baile y comida en su casa. El *yoco* es la acción de recibir y compartir la comida entre las familias de una misma comunidad, que son invitadas a departir de una fiesta o convivencia, como las que se realizan con motivo del carneo de un chanco (también llamado *derretimiento* o *reitimiento*). Durante estas fiestas, que suelen prolongarse por un día entero, se estilaba que las familias se despidan y se lleven una parte de la comida sobrante. La *maja* y la *marisca*, por su parte, corresponden a formas más específicas de la minga, que se convocan con objeto de ayudar a la fabricación de la chicha (*maja*) o con objeto de ayudar a la recolección de mariscos (*marisca*) durante la bajamar (Bravo, 2004). El encuentro comunitario, a su vez, es un valor que persiste en el tiempo y que se revive en instancias como las *fiestas costumbristas*, los *torneos de fútbol* y, en algunas zonas, el *rodeo*.

La minga aparece como un referente asentado transversalmente en la cultura chilota y frecuentemente recurrido con objeto de llamar a la participación solidaria de las personas con diferentes propósitos. Si bien su origen específico se halla en la escala de la pequeña comunidad rural y remite a motivos culturales propios del bordemar chilote –y a su impronta tradicional-, la idea de la minga no es ajena a la experiencia de vida contemporánea de las

grandes ciudades de Chiloé, donde suele convocarse a labores voluntarias con objeto de realizar mejoramientos o reparaciones en beneficio de vecinos, barrios u organizaciones de la sociedad civil (Bravo, 2004). Asimismo, también existe una apropiación discursiva del concepto que alcanza no sólo a significados compartidos en la interacción cotidiana entre personas, sino que puede –incluso- prestarse a fines políticos. Es así, entonces, como la minga no se limita a un modo de vida singular o a un fenómeno territorialmente localizado, sino que se establece como una institución social ampliamente reconocida y emblema del ser chilote. No obstante, su contenido –incluyendo los contextos en los que se aplica, las obligaciones sustantivas que supone entre convocantes y convocados y su proyección a otros ámbitos de la vida cotidiana- tiende a ser redefinido en el actual contexto de transformaciones que se presenta en el archipiélago.

Al respecto, Daughters cree ver un proceso de transfiguración de los valores culturales, donde si bien los significados pueden conservarse a través de las generaciones, la relación con tales significados se virtualiza y se vuelve, en la práctica, más difusa, tal como observa entre los discursos de jóvenes estudiantes chilotes (Daughters, 2010). Mansilla, en tanto, va un paso más allá, dando cuenta de un proceso de progresiva erosión de muchas de las prácticas solidarias tradicionales encarnadas en la idea de la minga, las que son desplazadas por la mercantilización de los intercambios y la proletarianización creciente del campesinado chilote (Mansilla, 2007). El hecho de que actualmente algunas comunidades recreen tradiciones como la minga o el curanto con propósitos turísticos es decidor, en su opinión, del grado de penetración alcanzado por el neoliberalismo, que vacía de significado tales prácticas comunitarias para convertirlas en una mera “teatralización mercantil” con un exclusivo fin lucrativo (Mansilla, 2007). Floysand y Román, por su parte, relativizan el presunto deterioro valórico de la cultura chilota tradicional, sugiriendo que expresiones culturales como la minga pueden tener lugar fuera de sus espacios tradicionales, emergiendo como un capital cultural (y social) estratégico en el marco de los procesos productivos modernos implementados a instancias del desarrollo de la industria de la salmicultura (Floysand y Román, 2008). A juicio de estos autores, la cooperación como un valor plenamente integrado en la cultura del trabajo chilote plantea un contrapunto y una posible válvula de escape a las contradicciones presupuestas en el contexto de las relaciones verticales, asimétricas y clientelares típicas del modelo empresarial capitalista que se ha implantado en Chile. Según se propone, la inclusión de los principios de la minga al modelo de operaciones de las grandes empresas del salmón –en tanto supone la colaboración solidaria entre iguales-, permitiría vislumbrar el germen de un modelo capitalista híbrido, “(...) *que mezcla las novedades económicas con las prácticas altruistas, basándose en el mutuo compromiso para el desarrollo de la comunidad local*” (Floysand y Román, 2008: 92).

Con independencia de los diversos puntos de vista, cabe sintetizar que la minga continúa figurando como un elemento determinante para los chilotes no sólo en términos simbólicos, identitarios o culturales, sino –sobre todo- en cuanto presta un soporte institucional desde el cual pensar y analizar las relaciones sociales que tienen un lugar en el seno de una comunidad organizada, como es el caso de las pequeñas comunidades rurales de la península de Lacuy. En este sentido, la minga se presenta como una institución social capaz de activar y dotar de significados a las redes densas y estrechas de relaciones sociales que se establecen entre los diferentes miembros de una comunidad. Por esta razón, allí donde el valor o la vigencia de la minga parece cuestionado, no solo se ve

amenazada una tradición folclórica, sino también se plantea un desafío sustantivo a la calidad del tejido social de las comunidades, que deberán apelar a otros fundamentos (solidarios, mercantiles o de otro tipo) para preservar los vínculos existentes y asegurar su cohesión interna.

CAPÍTULO CUATRO: MARCO METODOLÓGICO.

I. Estrategia de investigación

(a) *Propuesta general*

La reflexión en torno al diseño de estrategias de investigación ajustadas tanto al enfoque teórico como a las características de los sujetos y de los territorios abordados por este estudio se encadena con algunos de los principales argumentos desarrollados en las secciones precedentes. A este respecto, cabe enfatizar la importancia que tienen los componentes experienciales y subjetivos en la construcción de representaciones sociales y espaciales, conjuntamente con la perspectiva de redes sociales que se afirma como modelo general para la interpretación y comprensión de los fenómenos. A partir de estos elementos, se justifica la formalización de una propuesta metodológica centrada en la comprensión de los sentidos y significados que son revelados a través de discursos y narraciones subjetivas con contenido espacial. Tales narraciones –según se expondrá a continuación– pueden ser descritas, organizadas y analizadas por medio de tipologías que resumen las estructuras y redes a través de las cuales se comprende la institución familiar y su rol específico en el contexto de los territorios vividos y experimentados por los sujetos. Arrancando de este punto de partida, la estrategia de investigación sugerida contempla el uso complementario de técnicas de producción y análisis de información inscritas en la tradición de la investigación cualitativa. La implementación de estas herramientas, sin embargo, no se apega a un modelo convencional, pues se busca adaptar sus capacidades para el tratamiento e interpretación de procesos sociales y territoriales.

(b) *Definición del tipo de estudio*

En términos estrictamente formales, el estudio se identifica como una investigación mixta, que involucra propósitos de corte *descriptivo* y *exploratorio*. Esta condición se asume en concordancia con los principales intereses que motivan el desarrollo del presente estudio. A saber: (a) de una parte, establecer apropiadamente –en función de características manifestadas en los discursos de los sujetos– la naturaleza, extensión, atributos específicos, significados y modo de organización territorial asociado a las familias de la península de Lacuy (rasgos que pueden ser modelados en términos de su estructura interna así como de las redes de relaciones que se configuran a instancias de ellas); y, de otra, (b) indagar, a partir del reconocimiento de dichas configuraciones características, en torno a propuestas teóricas emergentes que permitan profundizar en los fundamentos, dinámica y proyección de la relación familia-territorio, en tanto eje de sentido todavía vigente en la construcción de la experiencia subjetiva en las sociedades y territorios contemporáneos.

Según ya se ha dicho, el estudio plantea una opción preferente por el desarrollo de una perspectiva metodológica cualitativa, basada en los discursos de los sujetos como principal –aunque no exclusivo– insumo de información. De acuerdo a Lindón, “(...) *las metodologías cualitativas constituyen una ventana para aproximarse a los significados que los*

sujetos le otorgan a los lugares, a las prácticas espacializadas, a los significados del hacer espacial del sujeto, a la experiencia espacial de manera integral? (Lindón, 2008: 12). El interés puesto en los componentes discursivos de esta experiencia aproxima el diseño metodológico de la presente investigación a la línea de los *diseños de tipo narrativo*, en tanto concentra su interés en las historias de vida de los sujetos, relacionando sus trayectorias individuales con el entorno físico y social del que participan (Salgado, 2007). Sin perjuicio de esta definición, no se aspira a efectuar la reconstrucción exhaustiva de las biografías o de ciertos pasajes significativos en la vida de las personas, sino –más bien- a reconocer en sus experiencias concretas algunas claves de interés que permitan interpretar la relación que establecen con la institución familiar, con otras personas (familiares y no familiares) y con los territorios que habitan, conocen y/o imaginan. Por otra parte, se considera el desarrollo complementario de observación sistemática y descriptiva en terreno, que apunta a extender y relevar la relación entre los discursos y las prácticas sociales y espaciales perceptibles en el territorio estudiado. El análisis de información geográfica convencional, en tanto, junto con la obtención de información estadística básica, sirvió a efectos de caracterizar del caso en estudio –tal como se expuso en el capítulo 1 de esta tesis. Esta articulación de datos permite contrastar la caracterización de los *territorios vividos* que emana de los discursos de los habitantes con el relato de los territorios *reales y pensados* que se deriva del análisis de información secundaria y de la observación *in situ* elaborada en torno al área en estudio (Bozzano, 2009).

Respecto de su foco de atención, la investigación se establece a modo de un *estudio de caso único*, que intenta caracterizar al conjunto de la Península de Lacuy en términos de una unidad territorial relativamente homogénea. Ello, sin perder de vista el contraste entre las diferentes comunidades y modos de vida que se expresan y activan en torno a cada una de las pequeñas localidades existentes en su interior y que emergen en identidades diversas y definidas. Entre las fortalezas que presenta la metodología de estudio de caso y que resultan atingentes a esta investigación, cabe subrayar las siguientes: (a) permite indagar sobre un fenómeno contemporáneo en su entorno real; (b) favorece el análisis de procesos complejos, en los que las distinciones entre fenómeno y contexto no son evidentes; y, (c) faculta el uso de múltiples tipos de datos (Martínez, 2006). Por otra parte, al no perseguirse el objetivo de alcanzar alguna forma de generalización estadística, no se advierte –en principio- ningún riesgo en la elección de un caso único. De acuerdo a lo sostenido por Yin (citado en Martínez, 2006), el estudio de caso –sea tanto en la modalidad de caso único o múltiple- permite producir la *generalización analítica* de la información, en la medida que constituye una estrategia capaz de aportar a la *ilustración, representación o generalización* de una teoría bajo condiciones susceptibles de ser replicadas para otros casos (Martínez, 2006).

Finalmente, corresponde aclarar que el estudio apunta a describir un horizonte temporal situado en el presente, recogiendo observaciones y registros narrativos elaborados por las personas en un momento específico del tiempo. Pese a ello, por la naturaleza de la información recogida y por las trayectorias biográficas de los sujetos en estudio, el pasado –en sus diferentes formas, significados y temporalidades- aparece como una referencia estructurante en la producción discursiva. Por esta razón, no puede decirse que esta opción metodológica excluya la posibilidad de desplegar lecturas diacrónicas a la información recogida.

(c) *Enfoque metodológico*

En su formulación metodológica, el presente estudio reconoce dos fuentes principales que apoyan el desarrollo de un enfoque de investigación congruente con la discusión teórica presentada en la sección anterior. Tales fuentes son, en primer lugar, la visión de la *geografía constructivista* –y su aplicación concreta a la investigación y el análisis cualitativo de narrativas con contenido espacial– y, en segundo lugar, la *teoría y el análisis de redes sociales* –en tanto herramienta útil para la construcción de modelos que permiten interpretar el entramado de relaciones que se estructura alrededor de los sujetos y que facilitan la comprensión del papel de los lazos familiares en el territorio y en la comunidad. En relación a la geografía constructivista, cabe ahondar en el valor que esta perspectiva asigna a los discursos como modo de conocimiento del territorio. De acuerdo a lo sostenido por Lindón, “(...) *el discurso supone una particular forma de construcción social de la realidad, que todo geógrafo que toma este camino cualitativo debe conocer en profundidad y no invisibilizar –aunque fuera parcialmente– porque en ello se mueve la posibilidad de develar el fragmento del mundo que pretende conocer, o quedarse en la superficie de las apariencias*” (Lindón, 2008: 16). En el discurso, entonces, *aparece la experiencia del otro* que, desde el punto de vista del geógrafo, es –precisamente– el *territorio vivido o experimentado* por otro. A través del discurso, los sujetos organizan, dan sentido y coherencia a sus prácticas espaciales desde la particular interpretación que emerge de su posición espacio-temporal actual y de sus intereses, proyectos y expectativas de futuro. En este sentido, el discurso adquiere la dimensión de *narrativa espacial* en la que se condensa una determinada interpretación del mundo plena de sentidos y significados subjetivos, los que –sin embargo– no siempre se revelan de manera transparente al investigador. Por ello, es fundamental objetivar el discurso en términos ya no de una experiencia espacial en sí misma (experiencia que, para Lindón, resulta imposible de comunicar al otro) sino, más bien, de una versión interpretada de su vivencia espacial (Lindón, 2008) en la que se seleccionan contenidos, se reorganizan hechos y se priorizan ciertos elementos. Además, todo discurso es mediado por el *lenguaje*, herramienta que supone limitaciones pero que, a la vez, es condición de posibilidad de la comunicación y el entendimiento entre las personas. Si la versión contada de esta experiencia territorial no puede ser idéntica a la versión vivida, ello no impide desconocer que la primera –en la medida en que es construida en base al lenguaje– es la única de tales experiencias que es socialmente comunicable (Lindón, 2008).

La narrativa supone, desde luego, un *diálogo* (que puede ser canalizado a través de diferentes técnicas de investigación) en donde el sujeto establece diferentes niveles de interacción que inciden en la producción de sus relatos. En atención a esta dimensión interaccional, Lindón reconoce tres tipos de relaciones significativas: (a) la que se produce con el investigador mismo y que tensiona el aquí y el ahora: en la medida que este investigador-otro despierta confianzas, simpatías o animosidades hacia el sujeto, dicha relación afecta la disposición de este último a contar sus experiencias de manera completa, detallada y fidedigna; (b) la que se establece entre el narrador como actor de sus relatos con otras personas y situaciones pasadas: en este caso, la tensión remite hacia el pasado –próximo o remoto–, el que se reconstruye a modo de *escenarios* o *burbujas de tiempo* donde se define un determinado orden de personas, fuerzas y lugares; (c) por último, la relación del narrador consigo mismo: al contar sus experiencias, el sujeto expone sus conflictos y contradicciones internas, proponiendo ante su interlocutor una imagen simplificada desde la cual desea ser visto o comprendido (Lindón, 2008). A estos

elementos, cabe añadir la *memoria*, que actúa como filtro –a veces interesado y otras veces natural- de aquellos hechos, circunstancias, lugares y personas que se rememoran o se olvidan en el relato de las experiencias. Todos estos mecanismos estipulan condiciones de producción de las narrativas subjetivas que deben ser tenidos en cuenta por el investigador y que señalan la necesidad por proyectar el trabajo interpretativo hacia aspectos que no necesariamente se constatan en la literalidad de lo dicho: gestos, emociones, disposiciones corporales, silencios, omisiones, etc.

Bajo la perspectiva de la geografía constructivista, además, cabe resaltar que las narrativas o discursos constituyen una oportunidad para conocer, analizar y evaluar las prácticas espaciales de individuos y colectivos. Al ser aludidas en el contexto de un discurso estructurado, coherente y enriquecido por referencias a actores, tiempos y localizaciones diversas, el significado de tales prácticas espaciales emerge con mayor precisión y profundidad. Mientras la observación externa de ciertos comportamientos espaciales sólo consigue recoger fenómenos visibles –sean aislados o recurrentes-, es en el discurso donde las prácticas adquieren especificidad, vinculando lo observado con aquello que permanece invisible al observador y relacionando en un todo expresivo a los diferentes individuos, colectividades y lugares que participan de ellas.

Respecto de la teoría y el análisis de redes sociales, se plantean dos clases de aplicaciones metodológicas pertinentes para el presente estudio. En un sentido general, se busca fomentar un análisis sensible a la mirada relacional que propone el enfoque de las redes sociales, favoreciendo que los procesos de producción, recogida de datos, clasificación de las observaciones y desarrollo de interpretaciones se efectúen en conformidad con algunos de sus principios básicos, tal como se describió en el capítulo anterior. En lo formal, esto implica la posibilidad de construir modelos descriptivos que sinteticen la forma, variedad y extensión de los lazos familiares, comunitarios y territoriales que se construyen en los discursos de los sujetos. En lo sustantivo, en tanto, se propicia una visión enfocada en las relaciones y no en los individuos como unidad de análisis, aun cuando la fuente primordial para obtener información pertinente resida en los segundos. Pero, junto a esta lectura global, interesa incorporar como una aplicación metodológica más concreta la propuesta elaborada por Lozares y Verd, quienes han fundamentado el trabajo con entrevistas biográfico-narrativas como una opción alternativa a las aproximaciones metodológicas convencionales basadas en el enfoque de redes sociales y que típicamente han considerado el análisis de encuestas y otras fuentes de datos cuantitativas (Lozares y Verd, 2008).

La mirada de estos autores, en este punto, resulta convergente con las propuestas metodológicas de la geografía constructivista esbozadas por Lindón, sugiriendo que las narraciones biográficas constituyen un insumo de información particularmente rico para el análisis de redes sociales. Entre las ventajas que presenta esta clase de material, se destacan tres: (a) la información contenida en los relatos biográficos se caracteriza por una *textura detallada*, donde “(...) el narrador tiende a dar tanta información como sea necesario para poder mostrar la transición y vínculos entre unos acontecimientos y otros”; (b) la selección de los elementos narrados está filtrada por la perspectiva subjetiva del narrador, quien los distingue y jerarquiza en torno a *núcleos temáticos relevantes y precisamente delimitados*; y, (c) las narraciones biográficas se destacan por un alto grado de *contextualización, integridad y coherencia*, características que

emanan de manera natural de los relatos, sin requerirse criterios o información externa para forzar su interpretación (Lozares y Verd, 2008). A instancias de estas ventajas, los citados autores desarrollan un modelo de investigación basado en entrevistas personales. Este modelo opera sobre la definición de entornos situacionales que resumen la posición y relaciones del individuo en un horizonte espacio-temporal acotado. Cada entorno sugiere eventuales límites a las redes sociales personales, justificando las decisiones del individuo –en este caso, el entrevistado- en función de las oportunidades disponibles a su alrededor. La evolución de los sujetos a través del tiempo, a su vez, es descrita a través de *pasajes narrativos* que insinúan los mecanismos de transición desde un entorno situacional a otro. Al entender que los entornos son cambiantes y que su transformación se relaciona estrechamente con las biografías individuales, el modelo propuesto por Lozares y Verd facilita una articulación fluida entre las perspectivas sincrónicas y diacrónicas que afloran en los relatos de las personas y que luego se entrecruzan en el análisis (Lozares y Verd, 2008).

Así, las narraciones biográficas habilitan un examen exhaustivo de las redes sociales con foco en la persona (análisis ego-centrado), comprendiendo que la historia de los sujetos está marcada por una sucesión de episodios asociados a diferentes conjuntos de relaciones y que suponen determinadas restricciones y oportunidades. Las redes sociales interpersonales, del mismo modo, pueden analizarse en términos de una trayectoria temporal de relaciones interpretada desde el presente hacia el pasado a través del relato de los sujetos. Finalmente, si el análisis de las redes sociales consta de estas diferentes estructuras y temporalidades, cabe señalar –entonces- la posibilidad de conjugar en el análisis los distintos entornos y tiempos que van marcando las personas en sus relatos a partir de las claves que entregan los pasajes narrativos (Lozares y Verd, 2008).

(d) *Conceptos operativos*

A continuación, se explicitan algunas definiciones de conceptos operativos que adquieren relevancia en la captura, organización y posterior análisis de la información producida en el marco del estudio:

Discurso (social):

En términos generales, corresponde a una *forma de acción social inserta en un marco de comprensión, comunicación e interacción* que faculta –a través de los mecanismos del habla-, la narración, persuasión, exposición de argumentos, puntos de vista y transmisión de significados y emociones, entre otras posibilidades. En lo específico, en tanto, el discurso social alude a un *texto producido por un sujeto individual o colectivo en el que se relacionan aspectos verbales y no verbales*, además del conjunto de representaciones cognitivas y estrategias involucradas en la producción o comprensión del discurso por parte de uno o más actores. Desde el punto de vista de su análisis semántico, el discurso puede ser descompuesto en *macroproposiciones* (conjuntos de estructuras de significado extraídas de un conjunto proposicional argumentativo, narrativo o expositivo en los que se condensan tópicos o ideas generales) y *microproposiciones* (que tienen por objeto presentar, ampliar, sustentar o ejemplificar una idea particular), delimitando posturas o puntos de vista, y poniendo de relieve sus eventuales contradicciones (Van Dijk, 1983).

Narrativas de vida espaciales:

Constituye un tipo de discurso social en el que se considera todo relato sistemático de experiencias subjetivas producido y transmitido por vía oral o escrita y en el que se incorporan *referencias, descripciones lingüísticas o significados* aparejados a lugares y territorios que el narrador conoce o experimenta (de manera directa o indirecta), sueña o imagina, y que se relacionan de modo estrecho con episodios del pasado, presente y futuro de su vida. Estas narraciones pueden abarcar el conjunto de la trayectoria vital de un individuo o centrarse en fragmentos o unidades espacio-temporales circunscritas de su experiencia. Del mismo modo, pueden ser construidas en torno a una secuencia lineal de experiencias significativas asociadas a los distintos lugares en los que el sujeto estuvo o residió –y a los desplazamientos que realizó entre ellos- o bien limitarse a la descripción extensiva de la experiencia adquirida en un lugar en particular.

Prácticas espaciales:

Comprende el conjunto de “(...) *hábitos y formas de habitar, de vivir y de dar sentido a un territorio particular* (...)” (Aliste, 2010: 70). Mientras los discursos y las narrativas corresponden al orden del *decir* –aun cuando señalen una predisposición a la acción y estén estrechamente relacionadas con las actividades cotidianas de los sujetos-, las prácticas remiten al orden del *hacer*. El acceso a estas prácticas espaciales puede efectuarse a través de diferentes vías, entre las que se incluyen la *observación* (directa o mediada por el análisis de información secundaria), el estudio de *imágenes* y el *discurso* (Lindón, 2008). Esta última vía faculta el estudio de las prácticas a partir del modo en que éstas son *recordadas, habladas e interpretadas* por los sujetos, añadiendo una riqueza singular al análisis toda vez que articulan “(...) *una trama de sentido que para el sujeto tiene valor, y constituye parte de los cristales a través de los cuales ve y evalúa el mundo, y actúa en él*” (Lindón, 2008: 15).

Imaginaris territoriales:

Corresponden a *imágenes* o *matrices ideoafectivas* que sintetizan la experiencia de los sujetos en los territorios y ambientes que habitan a modo de una *totalidad simbólica* que involucra memorias, tradiciones, usos y costumbres (Ther, 2008; Ther, 2010). Según sugiere Ther, a través de esta noción “(...) *se accede investigativamente al universo de los valores, creencias y aspiraciones depositadas en prácticas concretas que realizan los habitantes* (...)”; “(...) *asimismo se logra aclarar las estrategias que ponen en juego para apropiarse material y simbólicamente* (...)” de los territorios e insertarse en ellos “(...) *con seguridad y garantía de protección, trabajo y alimentación, vida de ocio y esparcimiento*” (Ther, 2008: 74).

Entorno Interactivo Situacional y Reticular (o EISR):

Consiste en “(...) *las interacciones o relaciones estructuradas reticularmente entre agentes, objetos, entidades, etc.* (...)”, que aparecen en la narración de una persona (ego o Yo) “(...) *poseyendo un cierto grado de homogeneidad de contenido y funcional en sus interacciones o relaciones personales y con una cierta clausura socio-espacial y socio-temporal*” (Lozares y Verd, 2008: 84). En términos de su representación esquemática, un EISR puede constituirse en base a los siguientes nodos: (a) un Yo genérico (el narrador, en tiempo presente); (b) un Yo correspondiente a cada entorno (por ejemplo, el narrador cuando asistía a la escuela, el narrador cuando vivía en la ciudad X, etc.); (c) otros Sujetos individuales y colectivos (grupos, asociaciones, organizaciones, entidades administrativas, etc.); (d) otras Entidades

de carácter más concreto, material o abstracto y conceptual que no son de naturaleza personal (objetos, lugares, ideas o conceptos abstractos) (Lozares y Verd, 2008).

Pasajes narrativos:

Son “(...) *los eslabones o vínculos relacionales* (...) –dados por las referencias emanadas de la narración- que se establecen “(...) *a través de las relaciones socio-personales entre nodos de diferentes EISR*”. Los pasajes narrativos “(...) *generan la progresión y el dinamismo del relato* (...)” (Lozares y Verd, 2008: 84), marcando las transiciones entre diferentes entornos y temporalidades. En este sentido, a decir de Lozares y Verd, los pasajes narrativos constituyen efectivas “*aduanas socio-temporales*” (Lozares y Verd, 2008).

II. Diseño de la muestra

(a) *Propuesta de muestreo*

Considerando las características ya reseñadas, el estudio plantea una estrategia de muestreo intencionado consistente con un diseño de investigación de perfil eminentemente cualitativo. En este sentido, se desestimó la selección de unidades muestrales con arreglo a criterios de representatividad estadística, optando por una estrategia de muestreo emergente y fundamentada en prioridades de orden práctico y teórico. En este sentido, se propició el diseño de una muestra que –aunque no resulte exhaustiva en términos de su cobertura espacial o sociodemográfica- garantizara la exploración de perfiles sociales y familiares variados, incorporando sujetos residentes en diferentes localidades de la Península y entre quienes fuera posible identificar características de mayor heterogeneidad en función de variables tales como género, estructura de los hogares y ciclo de vida familiar. Asimismo, se evitó sujetar la construcción de la muestra a consideraciones estructurales definidas de antemano, permitiendo la posibilidad de ampliar y enriquecer las experiencias documentadas con relativa flexibilidad en virtud de las oportunidades disponibles.

Conforme a esta propuesta, a continuación se describe la lógica aplicada al diseño de la muestra, considerando dos etapas secuenciales: (a) la selección de localidades y sectores visitados y observados; y, (b) la selección de los sujetos entrevistados en tales localidades.

(b) *Selección de localidades*

El acceso a los diferentes sectores de la Península de Lacuy estuvo condicionado en el caso de esta investigación por las posibilidades de conectividad terrestre. De acuerdo a lo señalado en el capítulo 1, esto no supone una restricción desde el punto de vista del acceso a los asentamientos poblados de la Península, pues todos ellos se encuentran conectados o adyacentes a caminos de circulación vehicular. No obstante, dada la necesidad de efectuar procesos intensivos de observación en terreno, fue preciso acotar el ámbito territorial de relevancia de la investigación a un conjunto reducido de localidades. Así, aunque se visitó la mayor parte de las localidades de la

Península, los procesos de observación y la posterior selección de entrevistados consideraron de manera prioritaria los siguientes casos: (a) Guapilacuy; (b) Nal; (c) Catrumán; (d) Yuste; y, (e) Guabún.

Las dos primeras localidades se emplazan en el sector Norte de la península y se caracterizan por una estrecha y dinámica relación entre actividades pesqueras, agrícolas, ganaderas y forestales. En ambos casos, se trata de asentamientos dispersos, en los que se marcan contrastes entre un sector “alto” (adyacente al camino troncal y volcado hacia actividades agrícolas y ganaderas) y otro sector “bajo” (próximo a la costa y con predominio de actividades asociadas a la pesca artesanal y la acuicultura). Mientras Guapilacuy y Nal son localidades que sintetizan, en gran medida, la diversidad productiva y la variedad de modos de vida que caracteriza a las familias de la Península, los casos de Catrumán, Yuste y Guabún, se presentan como polos de mayor singularidad. Catrumán, como ya se ha dicho, es la única localidad de la Península sin acceso inmediato al mar (el acceso se realiza a través de playas cercanas o a través del pequeño río homónimo, que desemboca en un estuario), lo que incide en el predominio de actividades agrícolas y ganaderas. Además, su emplazamiento central lo convierte en un punto de paso y conexión hacia otros sectores de la Península. Yuste, por su parte, es una localidad con fuerte impronta de caleta artesanal, ubicada frente a una pequeña y protegida bahía apta para la recalada de embarcaciones menores. Por otra parte, es considerado uno de los últimos reductos donde se mantiene viva la tradición del trabajo artesanal con piedra canagua. Guabún, finalmente, comparte con Yuste la identidad de caleta pesquera, aunque su ubicación frente al océano Pacífico, la escarpada fisonomía de sus cerros, sus playas de creciente atractivo turístico y su relativo aislamiento (en comparación con otras localidades de la Península), la definen como un caso de significativas particularidades.

En la tabla siguiente (Tabla #8) se resumen algunas características básicas de las localidades representadas en la muestra.

Tabla #8: Características de localidades estudiadas en la Península de Lacuy.

Localidad	Población estimada	Nº viviendas estimadas	Servicios y equipamiento comunitario	Distancia de Ancud	Vocación productiva
Guapilacuy	171	49	Escuela, sede social, capilla	28 km	Mixta (pesca, agricultura, ganadería)
Nal	406	116	Escuela, posta, sede social, capilla	27 km	Mixta (pesca, agricultura, ganadería)
Catrumán	119	34	Escuela, iglesia, sede social	25 km	Agrícola-ganadera
Yuste	126	36	Escuela	30 km	Pesquera
Guabún	171	49	Escuela, posta, sede social, capilla	25 km	Pesquera

Fuente: Elaboración propia en base a datos Censo 2002, Sistema de Información Territorial del Gobierno Regional de Los Lagos. Observación en terreno y aproximaciones mediante cartografía IGM.

Las características indicadas justifican la selección de estas localidades, las que –por lo demás– concentran la mayor parte de la población y los servicios (postas y escuelas) de la Península y se presentan como puntos de referencia desde el punto de vista religioso, social y cultural.

(c) *Selección de sujetos entrevistados*

Tras enfocar el trabajo de campo en las localidades señaladas, se procedió a establecer los protocolos correspondientes para resolver el diseño de la muestra de sujetos entrevistados. Según lo sugerido, la selección de personas se basó parcialmente en definiciones teóricas previas –asignando especial relevancia a variables de género, ciclo de vida y estructura familiar- sin que ello restringiera la posibilidad de favorecer la inclusión de características nuevas conforme se desarrolló el trabajo de campo. Asimismo, la dificultad de hallar ciertos perfiles específicos durante el terreno, impuso la necesidad de adecuar la muestra a las posibilidades efectivas de contactar a personas con características atingentes y flexibilizar las definiciones originales.

Por las razones esgrimidas, la estrategia seguida puede definirse en términos de un *diseño emergente y teóricamente intencionado*. En relación a las variables focales que orientaron la construcción de la muestra, en la Tabla #9 se especifican los elementos que fueron considerados.

Tabla #9: Variables y criterios considerados en el diseño de la muestra de entrevistados.

Variable	Atributo(s) observado(s)	Categorías
Localización	Localidad de residencia	Guapilacuy; Nal; Guabún; Catrumán; Yuste
Género	Sexo del entrevistado	Hombre; Mujer
Ciclo de vida	Edad del entrevistado	Joven; Adulto; Adulto Mayor
	Etapas del hogar	En formación; Consolidación; Desmembramiento; Nido vacío
Composición del hogar	Estructura familiar	Nuclear; Extenso; Unipersonal

Fuente: Elaboración propia.

El proceso de contacto y selección de los entrevistados individuales siguió la lógica convencional del muestreo tipo “bola de nieve” (Bogdan y Taylor, 1990). Según este protocolo, el contacto con los potenciales entrevistados es facilitado por datos o recomendaciones entregadas por los anteriores entrevistados. Entre las virtudes que presenta este mecanismo, está la posibilidad de ampliar y enriquecer la muestra en base a hallazgos emergentes. Asimismo, se destacan ventajas desde el punto de vista de la confianza generada con los informantes –en la medida en que el contacto está avalado por una tercera persona- y del menor costo involucrado en el desarrollo del trabajo de campo. No obstante estas fortalezas, cabe resaltar un atractivo especial que presenta este procedimiento para el caso particular de estudio: el muestreo de bola de nieve es, además, un método funcional al conocimiento de las redes interpersonales y familiares de los entrevistados, permitiendo la articulación de los registros obtenidos en las diferentes entrevistas y el desarrollo de análisis interrelacionados (Verd y Martí Olivé, 1999). Según se establece convencionalmente, en la lógica del muestreo “bola de nieve” es el propio investigador quien decide el tamaño final de la muestra, considerando la posibilidad de representar diferentes atributos y

evaluando el grado de saturación alcanzado durante el proceso de recogida de los datos (Verd y Martí Olivé, 1999).

Si bien el uso del método de bola de nieve fue sistemático, también se seleccionaron algunos informantes de manera casual o errática, aprovechando los recorridos de observación realizados en las localidades estudiadas. De esta forma, se buscó contrastar el nivel de clausura existente entre las redes de los habitantes de la Península a la luz del contacto con personas que, en principio, no estarían directamente relacionadas con los restantes entrevistados. Junto a ello se efectuaron entrevistas complementarias con personas citadas en entrevistas previas y reconocidas por su influencia y acabado conocimiento de la historia de las comunidades locales.

III. Producción de la información

(a) Descripción de las técnicas de producción de información utilizadas

El estudio consintió el uso de variadas técnicas para la generación de información, incluyendo procesos formales e informales. En lo medular, estas fueron: (i) observación; (ii) entrevistas en profundidad; (iii) fichas de registro; (iv) recopilación de registros secundarios; y, (v) fuentes complementarias y casuales. A continuación se repasan algunas de sus principales características, junto a su fundamentación en el contexto del presente estudio.

(b) Observación

Las facilidades dispuestas para recorrer el territorio de la península tanto por vía terrestre (en vehículo particular, a pie y en locomoción colectiva) como por vía marítima (lancha y kayak), permitieron realizar procesos sistemáticos de observación en terreno en distintas etapas de la investigación. Del mismo modo, se aprovecharon otros espacios circunstanciales (como la participación en eventos y encuentros con integrantes de la comunidad) que permitieran complementar la descripción de prácticas y costumbres locales. Las observaciones realizadas se enfocaron sobre tres aspectos centrales: (a) atributos físicos y naturales del territorio de la península; (b) morfología y organización espacial de sus principales asentamientos humanos; y, (c) prácticas sociales y espaciales relevantes en relación a la importancia, valoración e influencia de la institución familiar sobre el territorio.

En las observaciones efectuadas se entremezclaron dinámicas participantes y no participantes. En todo caso, cabe aclarar que estas observaciones fueron espaciadas a través del tiempo y no implicaron un involucramiento continuo del investigador con la comunidad local. En este sentido, no se aspiró a producir una aproximación de tipo etnográfico, a diferencia de otras investigaciones previamente referenciadas. La decisión de desechar un enfoque de carácter etnográfico se justifica, esencialmente, por motivos prácticos, dada la dificultad del investigador de permanecer por tiempos prolongados en el lugar de estudio.

Las observaciones fueron registradas a través de notas de campo tomadas por el investigador, las que luego se sistematizaron y transcribieron a formato electrónico, agregándose como documentos complementarios a las entrevistas en la conformación de una unidad hermenéutica virtual. Junto al registro textual se obtuvieron capturas fotográficas de algunos de los principales hitos y lugares de la península.

(c) *Entrevistas en profundidad*

Como ya se ha dejado entrever, los principales registros de información obtenidos en la investigación se desprenden de la aplicación de una serie de entrevistas en profundidad. Esta técnica presenta claras ventajas para su implementación tanto desde un punto de vista práctico como teórico. En relación a lo primero, se trata de una técnica que no implica costos de producción significativos ni la disponibilidad de recursos especializados, además de las facilidades provistas por el contexto en el que se desenvuelve la investigación (primacía de interacciones cara a cara, relaciones estrechas y cercanas entre vecinos, confianza, hospitalidad, etc.). Asimismo, el uso prioritario de entrevistas en profundidad favorece un acceso íntimo y exhaustivo a los significados subjetivos que emanan de los discursos de las personas en estrecha relación con las características de su biografía e identidad particular que son transmitidas en el marco de la conversación. En este sentido, es una de las técnicas de investigación que posibilita condiciones óptimas para el conocimiento de las narrativas espaciales y de los significados construidos en torno a las prácticas singulares que emergen al interior de la comunidad. Junto con ello, la entrevista en profundidad resalta el protagonismo de un yo activo e inserto en determinadas redes de relaciones interpersonales, donde las decisiones y cursos de acción individuales dependen de oportunidades y restricciones definidas por los entornos interactivos de los que participan los sujetos.

Respecto del diseño particular que se propuso para esta investigación, se planteó una estrategia de entrevista flexible con base en una pauta o guion semi-estructurado de temas y preguntas. El rol del investigador, por su parte, se establece en una modalidad semi-directiva, promoviendo el flujo espontáneo de la conversación en el marco de aquellos tópicos que resultaran significativos para la investigación. La duración de las entrevistas no se fijó de antemano, ya que ésta estuvo sujeta al cierre natural de la conversación en función de criterios de redundancia y saturación, junto a las posibilidades percibidas por el investigador de continuar explorando o ahondando en ciertos tópicos de acuerdo al grado de confianza o *rappport* alcanzado con el entrevistado/a.

Por otra parte, cabe advertir que -en algunos casos-, la dinámica de las conversaciones consideró la participación (circunstancial o permanente) de dos o más entrevistados/as. Esta opción estuvo motivada, en parte, por condiciones contextuales asociadas a los lugares en los que se realizaron las entrevistas (preferentemente, en los domicilios de las personas, donde no existían barreras –objetivas o simbólicas- que limitaran la incorporación de otras personas a la conversación, sobre todo cuando ésta abordaba temas de interés para otros familiares del entrevistado principal), así como por el interés de parte del investigador de rescatar algunos aspectos de las relaciones existentes entre los miembros de una misma familia. No obstante lo anterior, cabe precisar que no se

trata de entrevistas deliberadamente realizadas bajo un formato de entrevista grupal, relevando el papel de las voces y narrativas individuales por sobre la construcción de un discurso colectivo en torno a la familia.

De manera convencional, las entrevistas fueron registradas mediante el uso de una grabadora de audio digital. Las grabaciones obtenidas fueron almacenadas en archivos mp3, los que posteriormente fueron transcritos a texto para facilitar su revisión y análisis.

El diseño del instrumento definitivo consideró un temario estructurado sobre cinco tópicos generales y un conjunto de subtemas derivados: (i) biografía del individuo y la familia; (ii) caracterización de la estructura y de las redes familiares; (iii) inserción de la familia en otras redes sociales; (iv) significado, valoración y perspectivas de la institución familiar; y, (v) familia y experiencia del territorio. El detalle con los subtemas propuestos se presenta en la Tabla #10.

Tabla #10: Temario básico para diseño de instrumento de entrevistas en profundidad.

Tema	Sub-tema
1. Biografía del individuo y la familia	<ul style="list-style-type: none"> a. Origen del entrevistado y de las personas que viven con él b. Tiempo de residencia en el lugar c. Lugares importantes en la biografía del individuo y de las personas que viven con él (nacimiento, crianza, otros lugares de residencia/estadia prolongada) d. Procedencia de familias de origen y antepasados (padres, abuelos y otros)
2. Caracterización de la estructura y de las redes familiares	<ul style="list-style-type: none"> a. Integrantes del grupo familiar b. Relaciones de parentesco entre los integrantes del grupo familiar c. Ocupaciones y actividades importantes en la vida cotidiana d. Hitos, etapas o experiencias significativas en la historia familiar e. Relaciones con otros parientes dentro de la comunidad f. Relaciones con otros parientes en otros lugares de Chiloé g. Relaciones con otros parientes en otros lugares de Chile y/o el extranjero h. Apoyos recibidos de parte de familiares
3. Inserción de la familia en otras redes sociales	<ul style="list-style-type: none"> a. Relaciones con otras personas y familias (no parientes) dentro de la comunidad b. Relaciones con otras personas y familias (no parientes) en otros lugares de Chiloé c. Relaciones con otras personas y familias (no parientes) en otros lugares de Chile y/o el extranjero d. Apoyos recibidos de parte de otras personas y familias e. Participación en organizaciones sociales f. Apoyos de parte del municipio y programas de gobierno
4. Significado, valoración y perspectivas de la institución familiar	<ul style="list-style-type: none"> a. Límites y definición de la familia b. Significado e importancia de la familia c. Particularidades de su familia en relación al resto d. Hitos, etapas o experiencias significativas en la historia familiar e. Valoración del matrimonio f. Expectativas y futuro de la familia
5. Familia y experiencia del territorio	<ul style="list-style-type: none"> a. Caracterización del lugar b. Atributos culturales e identidad territorial del sujeto y la familia c. Definición de la comunidad y vínculos con las familias d. Conocimiento y vínculos del individuo y su familia respecto de otros territorios (Península, Chiloé, Chile y el extranjero) e. Evaluación comparativa con otros lugares (Península, Chiloé, Chile y el extranjero) f. Valoración del territorio

Fuente: Elaboración propia.

A instancias de esta división temática previa, se procedió a diseñar un guión de entrevista congruente con los ritmos y lógica de las narrativas de vida. El guión –detallado en Tabla #11- contempla preguntas y provocaciones secuenciales que permiten cubrir el conjunto de los temas definidos.

Tabla #11: Guión para la aplicación de entrevistas en profundidad.

Módulo	Preguntas
MÓDULO 1 – Biografía del entrevistado y de las personas que viven con él	<ul style="list-style-type: none"> * En primer lugar, quiero pedirle que me cuente cómo llegó usted a vivir aquí * ¿Hace cuánto tiempo llegó a vivir aquí? * ¿En dónde nació usted y las demás personas que viven en esta casa? * ¿De dónde proviene su familia y la de su pareja / cónyuge? ¿Dónde se criaron? * ¿En qué otros lugares ha vivido usted y/o las demás personas que viven en esta casa? ¿Por qué razón han vivido en otros lugares? * ¿Sabe usted dónde vivían sus padres y abuelos (antepasados)?
MÓDULO 2 – Caracterización de la estructura y de las redes familiares	<ul style="list-style-type: none"> * Actualmente, ¿Quiénes viven con usted en esta casa? * ¿A qué se dedican principalmente? ¿Qué otras actividades realizan habitualmente? * ¿Han vivido antes otras personas junto a ustedes de manera estable? ¿Por qué motivo ya no viven con ustedes? * ¿Tiene otros parientes que vivan en este mismo pueblo / comunidad? ¿En dónde viven? * ¿Tiene contacto con ellos de manera habitual? ¿En qué situaciones suelen encontrarse? ¿En qué situaciones acude a ellos? ¿En qué lo han ayudado? * ¿Tiene parientes que vivan en otros lugares de Chiloé? ¿En dónde viven? * ¿Tiene contacto con ellos de manera habitual? ¿En qué situaciones suelen encontrarse? ¿En qué situaciones acude a ellos? ¿En qué lo han ayudado? * ¿Tiene parientes que vivan fuera de Chiloé? ¿En dónde viven? * ¿Tiene contacto con ellos de manera habitual? ¿En qué situaciones suelen encontrarse? ¿En qué situaciones acude a ellos? ¿Lo han ayudado?
MÓDULO 3 – Inserción de la familia en redes sociales	<ul style="list-style-type: none"> * Además de sus parientes, ¿Tiene contacto con otras personas en este pueblo / comunidad? ¿Quiénes son? (amigos, compañeros de trabajo, de estudios, iglesia, etc.) ¿En qué situaciones suele encontrarse con ellas? ¿En qué situaciones acude a ellas? * ¿Y en otros lugares de Chiloé? ¿Tiene contacto con otras personas? ¿Las visita regularmente? ¿Cómo se comunica con ellos? ¿Para qué las busca? * En caso de necesitar ayuda, ¿A quiénes le pediría ayuda en primer lugar? Y, si no es suficiente, ¿con qué otras personas puede contar? * ¿Participa usted o alguna de las personas que vive en esta casa en alguna organización social? (centro de madres, club deportivo, ¿Cuál? ¿Participan otros parientes en estas organizaciones? * ¿Ha recibido ayuda de algún programa del gobierno o de la municipalidad? ¿Para qué le ha servido? ¿Se han beneficiado otros parientes de estos programas?
MÓDULO 4 – Significado, valoración y perspectivas de la institución familiar	<ul style="list-style-type: none"> * Considerando a todas las personas que hemos mencionado hasta ahora, para usted: ¿Quiénes forman parte de su familia? ¿Por qué? * ¿Qué significa para usted su familia? * ¿Qué es lo que más le gusta de su familia? ¿Qué es lo que menos le gusta? * En su opinión, si se compara con otras familias de la comunidad / pueblo, ¿Qué tiene de especial su familia? ¿En qué se parece a otras familias? ¿En qué se diferencia? * ¿Siente que ha tenido ventajas por pertenecer a esta familia? ¿Se ha sentido discriminado o perjudicado? * ¿Cuáles cree usted que han sido las cosas (acontecimientos) más importantes que les han pasado como familia? ¿Por qué? * ¿Hay alguna costumbre o tradición que tenga su familia y que otras familias no tengan? * ¿Qué significa para usted el matrimonio? ¿Puede existir la familia sin el matrimonio? * Pensando en sus hijos, ¿Le gustaría que se casaran con alguien del pueblo / comunidad? * ¿Le preocupa que sus hijos mantengan unida a la familia? ¿Por qué? ¿Qué espera que hagan sus hijos por mantener unida a la familia? * Pensando en Chiloé, ¿Piensa que las familias chilotas son diferentes a las familias del resto del país? ¿En qué se parecen? ¿En qué se diferencian? * ¿Cómo cree usted que serán las familias chilotas en el futuro?

Fuente: Elaboración propia.

Tabla #11 (continuación): Guión para la aplicación de entrevistas en profundidad.

Módulo	Preguntas
<p>MÓDULO 5 – Familia y experiencia del territorio</p>	<ul style="list-style-type: none"> * ¿Quisiera que me hablara sobre este pueblo / comunidad: ¿Le gusta vivir aquí? * ¿Qué es lo que más le gusta de este pueblo / comunidad? ¿Qué es lo que menos le gusta? * ¿Qué es lo que su familia hace en un día normal en este pueblo / comunidad? * ¿En qué lugares de este pueblo pasan la mayor parte del tiempo los integrantes de su familia? * ¿Dónde trabajan? ¿Dónde estudian? ¿Dónde compran? ¿Dónde se entretienen? * ¿Qué actividades hacen sólo en algunas épocas del año? (verano / invierno) * ¿Qué actividades especiales (fiestas, reuniones, etc.) se hacen durante el año? ¿En cuáles de ellas participa su familia? * En su opinión, entre todas las familias que habitan en este lugar ¿qué familias forman parte de esta comunidad? ¿Qué familias no forman parte? ¿Por qué? * ¿Se siente identificado con este pueblo / comunidad? ¿Por qué? ¿Cree que podría vivir en otro lugar? * ¿Cree que los miembros de su familia también sienten lo mismo? ¿Por qué? * ¿Conoce usted otros pueblos / comunidades en la península de Lacuy? ¿Los visita habitualmente? ¿Por qué motivo los visita? * Y otros integrantes de su familia: ¿conocen / visitan regularmente otros lugares de la península? * Si compara este lugar con otros pueblos de la península, ¿Qué tiene de especial? ¿Le gusta más o le gusta menos que otros pueblos/comunidades? * ¿Qué otros lugares y ciudades de Chiloé conoce? ¿Los visita habitualmente? ¿Por qué motivo? * Y otros integrantes de su familia: ¿conocen / visitan regularmente otros lugares de Chiloé? * Si compara este pueblo / comunidad con el resto de Chiloé, ¿Qué tiene de especial? ¿Le gusta más o le gusta menos? * ¿Conoce usted otros lugares de Chile (y/o del extranjero)? ¿Los visita habitualmente? ¿Por qué motivo los visita? * Y otros integrantes de su familia: ¿han conocido / visitan regularmente otros lugares de Chile (y/o del extranjero)? * Si compara este pueblo / comunidad con otros lugares de Chile (y/o el extranjero), ¿Qué tiene de especial? ¿Le gusta más o le gusta menos? * Si usted tuviera la posibilidad de irse a vivir a otro lugar, ¿se iría? ¿Por qué? * Y en cuanto a sus hijos y a las personas que viven con usted, ¿le gustaría que se fueran o que se quedaran? * ¿Qué haría usted por mejorar este pueblo / comunidad?

Fuente: Elaboración propia.

(d) *Ficha de registro*

En complemento a la realización de las entrevistas e intentando sondear atributos que permitan caracterizar la estructura, trayectoria y volumen del capital social familiar asociado a los sujetos entrevistados, se impulsó la aplicación de una ficha de registro destinada a recoger algunos campos básicos de información. El uso de esta ficha de registro tiene dos propósitos: de una parte, presta utilidad a la propia realización de las entrevistas, recopilando datos de referencia fundamentales para orientar el trabajo del entrevistador; de otra, el examen detallado de la información reportada, permite ahondar en ciertos aspectos de interés para cualificar las relaciones existentes entre los integrantes del hogar y de las familias y facilitar una representación esquematizada de las redes sociales articuladas en torno a la institución familiar. En este último sentido, cabe destacar que esta ficha permite rescatar alguna información genérica sobre otros integrantes del hogar que actualmente no residen en la vivienda, facultando una caracterización dinámica de la construcción de las redes sociales familiares en el territorio.

(e) *Recopilación de fuentes secundarias de información*

Durante el proceso de recopilación bibliográfica fue posible acceder a documentos que contenían registros completos de entrevistas y narraciones de habitantes de la península de Lacuy. Si bien estos textos fueron producidos conforme a propósitos diferentes de los que persigue esta investigación, fue posible aprovechar pasajes significativos asociados a la descripción de la historia, costumbres y tradiciones que perviven actualmente en las comunidades de la península de Lacuy. Al respecto, las principales fuentes utilizadas remiten a los trabajos de Adler (Adler, 2003), Ahumada (Ahumada, 2003) y a los materiales audiovisuales recopilados en el marco del proyecto de investigación ejecutado en 2008 por el Museo Regional de Ancud y titulado “*Re –mar: relatos sobre la pesca y recolección artesanal en el golfo de Quetalmahue y borde costero adyacente*”. Estas fuentes fueron analizadas detalladamente y se encuentran debidamente citadas en las siguientes secciones.

(f) *Fuentes casuales*

Finalmente, cabe también consignar el aporte derivado de registros casuales de información, facilitados por los contactos establecidos a lo largo del proceso de investigación con profesionales, investigadores y lugareños. Junto con la posibilidad de acceder a documentos como los indicados arriba, se abrieron espacios espontáneos de conversación e intercambio de experiencias, destacando el intercambio sostenido con profesionales del Museo Regional de Ancud (incluyendo a su directora, Marijke van Meurs, y a Janette González, encargada de desarrollo institucional) y con Álvaro Román, investigador del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEUT) de la Pontificia Universidad Católica. En una instancia más formal, en tanto, se destaca la participación en el II seminario “*Chiloé: historia del contacto*” donde se discutió una versión preliminar de la presente memoria y se tuvo oportunidad de discutir y profundizar en antecedentes complementarios a la investigación a la luz de la información aportada por algunas de las ponencias escuchadas. Además de estas conversaciones y encuentros, cabe apuntar las experiencias desarrolladas por el investigador durante cinco viajes realizados al sector entre los años 2009 y 2012 en los que ha sido posible generar vínculos cotidianos con personas y familias residentes en la península, además de participar en diferentes eventos y actividades.

(g) *Aspectos éticos considerados*

Aun cuando las temáticas abordadas por la investigación no entrañan, en principio, complejidades significativas desde un punto de vista ético, cabe hacer explícitos los protocolos establecidos en esta materia con objeto de resguardar la privacidad de la información personal entregada por los entrevistados. La protección de la información personal es una condición fundamental para asegurar la calidad de los datos arrojados por el estudio, además de expresar una actitud coherente con la confianza y apertura mostrada por las personas entrevistadas durante el proceso de investigación. La grabación en audio de las entrevistas se efectuó con el consentimiento informado de parte de cada una de las personas involucradas, a quienes se les explicó previamente el contexto del estudio y el uso que tendrían los registros producidos. En cuanto a las transcripciones efectuadas, se intentó

conservar el contenido literal de las entrevistas. No obstante, todas las referencias a nombres e información personal no trasciende a los contenidos de la presente publicación, fijándose un protocolo de citas textuales en el cual el nombre de los entrevistados y de las personas aludidas en las entrevistas es reemplazado por una identificación genérica, basada en el sexo y la edad de las personas. No ocurre lo mismo en el caso de lugares o instituciones, los cuales son citados de manera fidedigna a la narración por considerarse elementos centrales de la investigación. Pese a ello, al omitirse los nombres no existe riesgo de comprometer las opiniones emitidas por los entrevistados/as al juicio de terceros.

Otro aspecto de relevancia dice relación con las estrategias particulares seguidas en las diferentes entrevistas. En este sentido, cabe indicar que el enfoque e introducción de las preguntas del cuestionario intentó adaptarse a las características de los entrevistados (que presentaban una significativa heterogeneidad en términos etarios, formativos y culturales) así como a las distintas condiciones en las que se efectuaron las entrevistas. Entre otras decisiones, eventualmente se flexibilizó el formato y/o el vocabulario utilizado de modo optimizar la confianza de los entrevistados y facilitar el acceso a información de valor crítico para la investigación.

IV. Técnicas de análisis de información

(a) Enfoque y técnicas de análisis

Considerando que las narrativas espaciales constituyen un tipo de discurso social en el que se entrecruzan tres planos simultáneos –el de las prácticas espaciales, el de los imaginarios territoriales y el de los entornos interactivos en los que ambos se producen- es preciso conciliar diferentes estrategias de análisis, facilitando la articulación de técnicas descriptivas e interpretativas. Teniendo en cuenta, además, el potencial y limitaciones de la información recogida durante la investigación, se plantea la combinación de tres tradiciones formales: (i) *análisis de contenidos*; (ii) *análisis reticular*, y, (iii) *análisis de discursos sociales y territoriales*. El orden en que se enuncian dichas tradiciones, además, expresa la articulación de procesos analíticos de complejidad creciente que se organizan en torno a una lógica secuencial e iterativa. De esta manera, aunque los análisis de contenidos y reticulares son una precondition para la elaboración del análisis de discursos, el desarrollo del segundo y del tercero de estos procesos puede inducir redefiniciones en los hallazgos generados a instancias de sus antecesores.

Esta propuesta es consecuente con la línea metodológica esbozada por Lindón (Lindón, 2008) en su mirada acerca de la geografía constructivista y que ha sido comentada en secciones precedentes. Sin embargo, por razones prácticas, se limita la reconstrucción exhaustiva de las narrativas espaciales a la que aspira la propuesta de esta autora, introduciendo herramientas propias del análisis de redes sociales que hacen foco en la dimensión interactiva de la experiencia territorial. En este sentido, se han recogido algunas de las aplicaciones sugeridas por Lozares y Verd (Lozares y Verd, 2008) y por Lozares (Lozares, 2006) intentando adaptarlas a un enfoque interpretativo centrado en la construcción social del discurso. Esta transposición, sin embargo, no está exenta de dificultades, pues las herramientas del análisis reticular promovidas por dichos autores plantean exigencias

formales difíciles de cumplir a la luz de los contenidos contemplados en la pauta de entrevistas (ver Tabla #11). A su vez, también debe hacerse hincapié en el riesgo implícito de incorporar tales aplicaciones –a menudo excesivamente esquemáticas- en el contexto de una interpretación teórica que enfatiza aspectos tales como la complejidad y la producción de significados emergentes desde una perspectiva subjetiva. El análisis de redes sociales, a este respecto, posibilita dimensionar y caracterizar el tejido de relaciones sociales en el que se inserta un individuo y/o grupo familiar –suponiendo grados de libertad diversos asociados a las diferentes posiciones ocupadas en la estructura-, mas no aporta elementos substantivos para relevar el sentido profundo de las prácticas de los actores. Dada esta limitación inherente, se ha buscado completar la aproximación a las narrativas espaciales por medio de la inclusión de técnicas de análisis de discurso cercanas a la tradición de Van Dijk (Van Dijk, 1983) y susceptibles de vincular provechosamente a la visión de la geografía constructivista.

En último término, es importante resaltar la necesidad de generar productos –a instancias del análisis- que faciliten una lectura detallada e ilustrativa de la información producida por la investigación en función de su distribución en el espacio geográfico. En este sentido, se ha buscado sintetizar los hallazgos elaborados a través de *tipologías analíticas* que permiten apreciar el perfil y dinámica socio-territorial de los fenómenos. De esta forma, se aspira a representar la significación de la variable espacial en todos los procesos de observación y análisis desarrollados, propiciando –de modo ulterior- una interpretación orgánica y genuinamente territorial del papel de las familias y de las relaciones que se movilizan en función de ellas.

En páginas siguientes, se presenta una argumentación somera de las herramientas de análisis empleadas en este estudio para, posteriormente, pasar revista a los aspectos operativos y tecnológicos previstos en su desarrollo.

(b) *Análisis de contenidos*

El análisis de contenidos constituye la unidad elemental del trabajo de análisis desarrollado en base a los registros discursivos recogidos en el marco de esta investigación. En términos esenciales, se trata de una aproximación descriptiva, que indaga en los aspectos formales y denotativos del habla de los sujetos (Bogdan y Taylor, 1990). A través de esta vía, se busca identificar tópicos generales del discurso para posteriormente generar clasificaciones y jerarquías estructuradas conforme a su relevancia temática y a las relaciones explícitas que los propios individuos establecen a partir de los diferentes contenidos tratados en el contexto de las entrevistas. En una primera etapa, el análisis de contenidos es elaborado en estrecha conexión con los temas del guion de entrevista, produciendo una categorización semántica estrictamente dependiente de la estructura de módulos temáticos sugerida en la pauta. En particular, interesa identificar y precisar las características de las estructuras familiares –y de las prácticas sociales y territoriales aparejadas a ellas- que son referidas en los discursos de los entrevistados/as, junto con su valoración subjetiva.

En segundo lugar, se identifican y analizan tópicos emergentes que se desprenden o escapan de los contenidos previstos en el guion. Finalmente, se compara la estructura de códigos obtenidos para los distintos registros de

entrevistas, detectando ejes comunes, identificando relaciones significativas entre temas y descartando aquellas categorías de menor relevancia. Así, entonces, la categorización inicial es retraducida en función de códigos definitivos que satisfacen criterios de cobertura temática, organización semántica y coherencia lógica. De manera complementaria, se procede a seleccionar citas clave que permiten dar cuenta de las diferentes categorías temáticas y de las diversas posiciones existentes en torno a ellas y se elaboran esquemas que permiten registrar las palabras y conceptos de mayor frecuencia y/o relevancia.

(c) *Análisis reticular*

El análisis reticular es una aplicación metodológica del análisis de redes sociales al estudio de textos y discursos sociales. Aunque este tipo de aproximaciones no ha sido común en la tradición del análisis de redes sociales (que usualmente emplea instrumentos e insumos de información de carácter cuantitativo), cabe considerar el alto grado de formalización y sistematicidad que ha alcanzado este tipo de modelos gracias a los aportes realizados por investigadores como Lozares y Verd (Lozares, 2006; Lozares y Verd, 2008), quienes exhiben promisorios resultados. En este caso, se plantea una adaptación simplificada del método desarrollado por estos autores, trabajando con registros de entrevistas con contenido biográfico y espacial, aunque sin la profundidad y detalle que sería deseable para cubrir con exhaustividad todas las dimensiones exigidas en su formulación original.

Desde luego, la elaboración de análisis reticulares presupone la aceptación del marco conceptual y analítico general de la teoría de redes sociales, considerando las premisas fundamentales discutidas en la sección IV del Marco Teórico. En este sentido, son de importancia clave los conceptos de *actor* (el yo, ego o protagonista) así como los *nodos* que se definen a su alrededor, en el contexto de un *entorno situacional* que define los límites de sentido de las interacciones constituidas entre el sujeto y los restantes elementos de una red. La biografía o historia individual aparece, entonces, no solo como el hilo conductor de la narración, sino también como aquel vector que permite conectar y dar fluidez a las experiencias de un actor en distintos entornos situacionales, diferenciados tanto por el tiempo como por el lugar en el que se encuentra éste. El encadenamiento entre estos entornos situacionales, como ya se ha dicho, es descrito en las narraciones biográficas mediante pasajes narrativos (eventos o procesos que afectan al sujeto hablante como cambios de residencia, viajes, participación y/o presencia en ciertos espacios institucionales, transformación del entorno inmediato, etc.) que dan cohesión al relato.

En consecuencia con estos elementos, Lozares y Verd fijan las bases de su propuesta metodológica en torno a tres postulados centrales (Lozares y Verd, 2008):

- La trayectoria biográfica del entrevistado se expresa en conjuntos de entornos reticulares de relaciones socio-personales, los que pueden ser examinados e interpretados tanto como “(...) *estructuras que condicionan o facilitan la interacción del individuo a la vez que como contribución del propio entrevistado a generar dichos entornos*” (Lozares y Verd, 2008: 82).

- La red socio-personal del actor se comprende simultáneamente en dos planos: uno *sincrónico* –dado por la trama de relaciones activas en un determinado entorno situacional-, y otro *diacrónico* –configurado en base a una trayectoria temporal de relaciones.
- La identificación y análisis de los pasajes narrativos del relato biográfico permite “(...) *conjugan las diferentes estructuras reticulares y temporalidad(es) propia(s) de los entornos con la secuencia temporal de los mismos*” (Lozares y Verd, 2008: 82).

En concordancia con estos planteamientos, el principal desafío del análisis reticular está puesto en identificar y reconstruir, a partir de los discursos, la estructura y componentes de cada uno de los entornos situacionales (EISR) que resultan significativos en la experiencia de los actores. Los componentes o nodos, de esta manera corresponderán al propio sujeto y al conjunto de personas, entidades, instituciones o sujetos colectivos con los que entabla relaciones. El EISR se representa así como un grafo convencional cuyo centro está asociado al yo o actor que protagoniza el relato y donde los restantes nodos se distinguen en virtud de la proximidad, frecuencia e importancia de las interacciones establecidas con éste. En esta línea, se espera poder precisar y caracterizar, en sus aspectos formales, el tipo de redes de las que forman parte los sujetos, con especial interés en aquellas que facilitan la movilización de recursos a nivel local a instancias de estructuras familiares y comunitarias y/o en su intersección.

El proceso de análisis contemplado en la reconstrucción de estos entornos debe tener en cuenta tres tipos de interacción relevantes derivados tanto: (i) de la relación intersubjetiva en la que se produce un relato con contenido biográfico (*interacción entre el sujeto-entrevistado y el entrevistador*); (ii) de las relaciones que se exponen en el mismo texto o discurso elaborado (*interacciones del sujeto-protagonista en entornos biográficos y en los pasajes que regulan el tránsito entre los diferentes entornos*); y, (iii) de la relación que se establece, posteriormente, entre el analista o intérprete del discurso con el sujeto-narrador en tanto que propietario/a del texto-relato (*interacción científica*) (Lozares, 2006). A partir de esta tercera forma de interacción, se construyen una serie de procesos que tienen por propósito fundamental llegar a “(...) *identificar, determinar y delimitar claramente los Entornos que aparecen en el relato biográfico como situaciones o episodios más amplios que los de una proposición o interacción (...)*” (Lozares, 2006: 12). Dichos entornos, pese a emerger como núcleos autocontenidos y relativamente “cerrados” del relato, tienen la propiedad de estar siempre abiertos a otros entornos, forjando así en el discurso una unidad espacio-temporal susceptible de ser interpretada bajo la perspectiva, intereses y motivos (pasados, presentes y futuros) del sujeto-narrador que le da sentido. Para elaborar los EISR, el análisis reticular se apoya en una estrategia singular de codificación de los textos que considera tres etapas relevantes: (i) identificación, delimitación y significado de las *unidades mínimas de análisis*; (ii) identificación y codificación de los *Nodos o núcleos referenciales*, o sea de los agentes o actores y de otros contenidos de la interacción; y, (iii) identificación y codificación de las *relaciones fáctico-cognitivas* significativas para la constitución de las redes sociales (Lozares, 2006).

Las *unidades mínimas de análisis* son enunciados proposicionales (frases o citas más extensas) que pueden ser descubiertos en el texto y en los que se expresa una determinada relación social. Así, en la primera fase se

seleccionan y especifican unidades elementales del texto en las que se identifica una o más relaciones con contenido entre el sujeto y otros actores, instituciones u objetos. En segundo lugar, se detallan y clasifican los diferentes *nodos o núcleos* aludidos en cada fragmento, suponiendo su conexión con el actor o yo-protagonista. De modo genérico, los nodos pueden clasificarse en *personalizados* (personas o representaciones de las mismas en distintos momentos del tiempo), *colectivos o grupales* (conjuntos de personas definidos por una identidad común y percibidos por el narrador en términos de un agente singular), *institucionales* (instituciones formales o informales con las que el actor se relaciona) y *entidades abstractas* (procesos, objetos, momentos o categorías conceptuales). Finalmente, entonces, se rescatan los *sintagmas verbales* que definen el tenor de la interacción y/o la relación establecida con cada uno de los nodos identificados, distinguiendo entre sintagmas *cognitivos* (representaciones, creencias, valoraciones y evaluaciones por parte del narrador de los contenidos de su propia narración) y *factivos* (que expresan la acción en estado puro) (Lozares, 2006). El proceso de trabajo en cada una de estas fases se articula a partir de esquemas y matrices que permiten organizar la información aportada por cada enunciado proposicional. Una vez completadas estas fases, la información se sistematiza y puede, incluso, traducirse en una base de datos apta para el tratamiento, procesamiento y modelado estadístico.

No obstante el indiscutible potencial de estas aplicaciones, el análisis a realizar aquí –si bien se estructura en torno a los mismos procesos (identificación de enunciados, nodos y tipos de relaciones)- no aspira a tal grado de sofisticación, limitándose simplemente a cualificar en base a atributos categóricos los nodos y clases de relaciones relevantes en el contexto de cada entorno. De modo referencial, se considera agrupar la información en una matriz con campos básicos (ver ilustración en Tabla #12), donde sea factible identificar y clasificar relaciones con actores o nodos de diferente jerarquía y categoría en el contexto de cada uno de los entornos que sea posible aislar en el relato. De manera correlativa, asimismo, se elaborarán diagramas referenciales que permitan describir y dar cuenta del nivel de complejidad de las redes conformadas alrededor de los sujetos en cada entorno.

Tabla #12: Estructura de matriz resumen para la codificación reticular del texto de las entrevistas.

Entornos	Yo	Nodos		Interacciones	
	Representación del Ego en el relato	Tipo	Nombre	Tipo	Sintagma verbal
EISR 1... EISR n		Personalizado; Colectivo; Institucional; Abstracto	Nodo 1... Nodo n	Tipo 1... Tipo n	Sintagma 1... Sintagma n

Fuente: Elaboración propia.

Por otro lado, en términos estrictamente rigurosos, el material textual a analizar de acuerdo al modelo de Lozares y Verd debiese presentar la estructura de una narración biográfica coherente y extensiva. Sin embargo, puesto que el diseño de entrevistas que se propone para esta investigación se focaliza en aspectos limitados de la experiencia de los sujetos –y donde la referencia a las trayectorias o historias de vida personales surge de manera espontánea y circunstancial-, la aplicación del modelo de análisis reticular que se propone en esta investigación se ajusta a la

especificación de entornos específicos asociados al funcionamiento y organización de la familia y de la comunidad local en diferentes momentos del ciclo de vida de los individuos.

(d) *Análisis de discursos sociales y territoriales*

La tradición del análisis de discursos, por su parte, se integra como una herramienta que permite profundizar en los componentes estructurales subyacentes a las narraciones elaboradas por los entrevistados. Entre otros aspectos, el análisis de discursos permite poner de relieve el papel que juegan las formas, las estructuras de organización, las condiciones sociales de producción y las relaciones generadas entre los diferentes textos construidos en el marco de las entrevistas, rescatando aquellos elementos discursivos que no se revelan de manera transparente o literal en el contenido transcrito de las mismas.

A su vez, se espera indagar —a partir de las técnicas interpretativas del análisis de discursos— en las prácticas e imaginarios que sostienen la visión particular que tienen los habitantes de la Península de Lacuy sobre el territorio, sobre todo bajo su concepción de experiencia subjetiva e intersubjetiva. En este ámbito, el análisis de discursos ofrece, indudablemente, instrumentos adecuados para sondear en los procesos singulares de construcción social del territorio a los que apunta la geografía constructivista. Al fijar atención preferente en la dimensión territorial de los discursos de los sujetos (y de la relación particular que establecen éstos con ciertas prácticas e imaginarios compartidos), se busca especializar el alcance de los procesos hermenéuticos desarrollados a instancias del análisis de discurso y ajustarlos al propósito específico de obtener un registro detallado y complejo de sus experiencias territoriales.

Siguiendo el enfoque metodológico de Van Dijk, la práctica analítica que se propone aquí, considera dos momentos articulados. El primero de ellos corresponde a la codificación de los textos transcritos, sintetizando la estructura de categorías ya desarrollada en función de los procesos de análisis previos (análisis de contenidos y análisis reticular) y elaborando categorías más amplias y generales, entendidas como *macroproposiciones semánticas* (Van Dijk, 1983). Bajo este concepto, se hace referencia a grupos de estructuras de significado extraídas de un conjunto proposicional argumentativo, narrativo o expositivo en los que se condensan tópicos o ideas generales, los que pueden ser luego ordenados y jerarquizados. Dentro de estas macroproposiciones —en tanto unidad compleja del texto— se pueden distinguir *microproposiciones* que tienen por objeto presentar, ampliar, sustentar o ejemplificar una idea particular (Van Dijk, 1983).

El segundo momento, en tanto, lo constituye el análisis propiamente tal, donde la mirada descriptiva provista por el análisis de contenidos (que identifica sujetos y contenidos) y la mirada relacional trazada a partir del análisis reticular (que define relaciones significativas entre actores en el contexto un determinado entorno situacional), se ve enriquecida por una perspectiva que resalta el papel de los componentes connotativos (significado) y estratégicos (motivaciones e intereses) del discurso. Así, las macroproposiciones identificadas no sólo expresan la referencia a hechos, eventos o situaciones (*representaciones fácticas*) de los que el sujeto se hace partícipe, sino que

también entregan las claves para comprender la posición, compromiso e ideologías particulares que están detrás de sus dichos (*representaciones cognitivas*). Junto con ello, se consideran e integran en la interpretación todos aquellos elementos *metatextuales* (gestos, énfasis, modulaciones, lenguaje no verbal) y *retóricos* (cómo se dice lo que se dice) susceptibles de ser observados por parte del investigador y que cobran relevancia con el objeto de develar el sentido profundo del discurso en su subjetividad y singularidad (Van Dijk, 1983).

(e) *Tipologías socio-territoriales*

De modo de generar una síntesis de los hallazgos realizados en el marco de los diferentes procesos analíticos descritos, se considera una etapa posterior de elaboración de tipologías socio-territoriales que faciliten la lectura e interpretación de los resultados de la investigación. En esta línea, se apunta a desarrollar un conjunto de representaciones simplificadas de la realidad donde las redes y estructuras de orden familiar y comunitario puedan ser comprendidas en atención a su lógica y dinámica territoriales. Siguiendo este camino, las tipologías construidas revisten un carácter idealizado, donde se enfatizan y agrupan rasgos homogéneos extraídos de las entrevistas que resultan comunes a diferentes perfiles familiares, sin que éstos se deduzcan y/o sean generalizados en función del análisis de su frecuencia relativa en un determinado grupo de casos. A su vez, las tipologías propuestas se fundamentan en los esquemas de relaciones identificados en base al análisis reticular, los que –en lugar de proyectarse sobre un plano coordinado– se asocian a dibujos en las que se identifican algunos hitos geográficos de interés, tanto en la escala comunitaria como en la escala de las relaciones extra-comunitarias. De esta forma, las tipologías resultantes condensan el estado y dinámica de una determinada estructura de relaciones sociales de base familiar en el territorio, asimilable a una cartografía sencilla de las configuraciones familiares que caracterizan a las comunidades locales de la Península de Lacuy.

(f) *Plan de análisis*

De acuerdo a lo señalado, el plan de análisis de la investigación estipula diferentes fases y procesos, donde se combina una *lógica secuencial* (producción de insumos de menor a mayor complejidad) con una *lógica iterativa* (revisión y ajuste de cada componente de análisis en función de los hallazgos relevados a partir de otros). No obstante lo anterior, cabe especificar la realización prevista de las siguientes actividades:

- Transcripción de las entrevistas y revisión de los documentos de texto en base a archivos de audio original.
- Evaluación preliminar de la calidad de la información recogida conforme a criterios de verosimilitud, *rapport* y cobertura temática según guion de la entrevista.
- Construcción de la unidad hermenéutica del proyecto, reuniendo y relacionando todas las transcripciones, archivos de audio, archivos de notas, fotografías y otros materiales de referencia para el análisis.
- Lectura de transcripciones e identificación de citas y unidades mínimas de análisis.

- Sistematización y análisis de información recogida en fichas de registro.
- Codificación de acuerdo a categorías relevantes para el análisis de contenidos y análisis reticular.
- Análisis básicos (frecuencias de palabras, mapeo de categorías, índice de citas y fragmentos relacionados con categorías de análisis).
- Construcción de esquemas primarios para análisis de contenidos (“nubes de palabras”, esquemas de categorías).
- Análisis de contenidos: creación y relacionamiento de categorías resumen, identificación de hallazgos preliminares en relación a módulos temáticos de las entrevistas, construcción de esquemas analíticos (“nubes de palabras” y diagramas).
- Análisis reticular: identificación de nodos y relaciones fáctico-cognitivas, sistematización de información en matriz de análisis, graficación e identificación de hallazgos preliminares.
- Análisis de discursos: identificación de macroproposiciones y microproposiciones discursivas en base a categorías de análisis previamente codificadas, análisis de los significados y estructura de posiciones asociada.
- Ajustes e iteraciones en relación a hallazgos preliminares.
- Construcción de tipologías socio-territoriales: definición teórica de tipologías familiares y comunitarias, elaboración de esquemas y graficación.
- Elaboración de interpretación comprensiva de los resultados obtenidos en base a las diferentes perspectivas de análisis desarrolladas.

(g) *Software utilizado*

Algunas de las actividades aludidas en el plan de análisis se ven facilitadas por el apoyo de software computacional de análisis de información cualitativa. Para esta investigación se empleó el software licenciado Atlas.ti en su versión 5.7, que permite la construcción de unidades hermenéuticas para el almacenamiento y procesamiento de documentos de texto, audio e imagen. Entre sus diferentes aplicaciones, dicho software presta utilidad para la identificación, selección y organización de citas textuales, la codificación y manejo relacionado de categorías de análisis, la obtención de frecuencias de palabras y categorías, la elaboración y graficación de esquemas y otros procesos menores. Junto con ello, se utilizó también la aplicación libre Wordle¹⁸, accesible de manera gratuita en la web, que facilita la creación y edición de esquemas del tipo “nubes de palabras” (ilustraciones donde se identifica, distribuye y asigna ponderación a las palabras más frecuentes de un texto).

¹⁸ <http://www.wordle.net>.

CAPÍTULO CINCO: ANÁLISIS.

I. Descripción del trabajo de campo y de la información producida

De acuerdo a lo previsto, entre los meses de enero y febrero del año 2010, se desarrolló un trabajo de campo intensivo durante el cual se obtuvo la mayor parte de la información empleada en el análisis presentado a continuación. Esta información fue complementada con registros generados en el mes de junio de 2010 y con ulteriores observaciones realizadas en los meses de agosto de 2011 y enero de 2012. Durante el primero de los periodos mencionados se concentró el proceso de aplicación de entrevistas, junto con desarrollarse una parte medular de los recorridos de observación contemplados en la estrategia metodológica.

En relación a las entrevistas, cabe mencionar que se obtuvo un total de 12 registros. 9 de ellos corresponden a entrevistas en profundidad centradas en sujetos con diferentes perfiles familiares residentes en los cinco poblados en los que se focalizó la investigación (Guapilacuy, Nal, Guabún, Catrumán y Yuste) escogidos según los criterios muestrales previamente definidos (ver Tabla #15). Los tres registros restantes, en tanto, corresponden a entrevistas individuales realizadas con informantes clave que entregaron su visión particular en torno a las características de las familias de las diferentes comunidades de la Península. Entre estos últimos se incluyen personalidades relevantes en el contexto comunitario, tales como un profesor jubilado, una profesional a cargo del servicio de atención primaria en salud y a una fiscal, reconocida como una de las autoridades religiosas más antiguas e importantes de la zona.

Respecto de las entrevistas en profundidad, es pertinente precisar, además, que cinco de ellas siguieron una dinámica de entrevista individual (con un solo entrevistado), mientras que otros cuatro registros consideraron una dinámica de conversación abierta en la que se consintió –de manera permanente o circunstancial- la participación de algunos familiares, tales como padres, hijos/as, pareja / cónyuge u otros. En Tabla #13, se entrega el detalle con el total de entrevistas realizadas y su distribución por tipo y localidad.

Tabla #13: N° y distribución de las entrevistas realizadas.

Lugar	N° de entrevistas a sujetos con diferentes perfiles familiares	N° de entrevistas con informantes clave	Total
Guapilacuy	4	-	4
Nal	1	2	3
Catrumán	2	-	2
Guabún	1	1	2
Yuste	1	-	1
Total	9	3	12

Fuente: Elaboración propia.

La aplicación de las entrevistas fue realizada de modo presencial en el domicilio de los entrevistados, quienes mostraron, en general, una disposición favorable a participar en la investigación. Ello permitió cubrir

adecuadamente los tópicos estipulados en el guion de la entrevista, además de generarse las condiciones para alcanzar un nivel de *rapport* apropiado en conformidad a las expectativas trazadas para el análisis de la información.

Respecto de las observaciones, se destaca que durante las visitas efectuadas al sector fue posible recorrer de manera íntegra todas las localidades de la Península accesibles por vía terrestre, además de realizarse algunos recorridos cortos por vía marítima a través de las bahías interiores. Los apuntes recogidos de estas experiencias fueron sistematizados en un cuaderno de campo, además de elaborarse un archivo fotográfico anexo. Además de los recorridos a campo abierto y encuentros informales con residentes del sector, cabe destacar la experiencia que significó utilizar el transporte público, instancia que probó ser valiosa por la posibilidad de conocer la rutina cotidiana de muchos de los habitantes de la Península, que acceden a Ancud y localidades intermedias con fines de trabajo y estudio o con el propósito de realizar trámites y/o visitar a familiares y amigos/as.

II. Primer acercamiento: discurso y representaciones subjetivas en torno a la familia

Lo que más valoro en la vida es mi familia.

(Mujer, 59 años, Guapilacuy)

Del mismo modo en que ha sido notado por investigaciones previas, el análisis de los discursos y representaciones elaboradas por los habitantes de la península de Lacuy en torno al concepto de familia, no solo revela significados complejos y mixtos, sino también supone referencias a múltiples unidades y escalas socioterritoriales, las que a menudo resultan difíciles de diferenciar. No obstante lo anterior, se trata de un concepto que emerge de manera natural en los relatos y que no suele ser objeto de problematización o discusión a menos que se planteen preguntas explícitas con el propósito de determinar aspectos tales como los límites del grupo familiar o las diferencias que se establecen en el trato entre miembros nucleares y no nucleares pertenecientes a una misma estructura de parentesco, por ejemplo.

Bajo una primera lectura, es evidente que el concepto de familia ocupa un lugar central en la organización de las experiencias subjetivas de los entrevistados/as, aportando una clave esencial en la interpretación de sus trayectorias biográficas y de sus acciones singulares, así como también representa un lugar común al explicar la fortaleza y unidad de las comunidades locales. En este sentido, la familia se presenta en su dimensión valórica y normativa como un soporte de la identidad individual y colectiva, a la vez que constituye la institución social más importante a nivel local al posibilitar la socialización primaria de los sujetos, viabilizar la inserción funcional de los miembros de la comunidad en diferentes esferas (educativa y laboral, principalmente) y garantizar la cohesión social a través de redes solidarias facilitadas por el parentesco. De cierta manera –como lo plantearon espontáneamente algunos entrevistados/as-, la familia se afirma simultáneamente como un concepto totalizador además de un valor positivo, cuya protección y fortalecimiento depende del compromiso activo de cada uno de sus miembros. Las vidas y experiencias de los individuos no pueden ser disociadas de la familia, ni siquiera incluso cuando éstos se han marchado del hogar paterno/materno para seguir una carrera, trabajar o formar una nueva

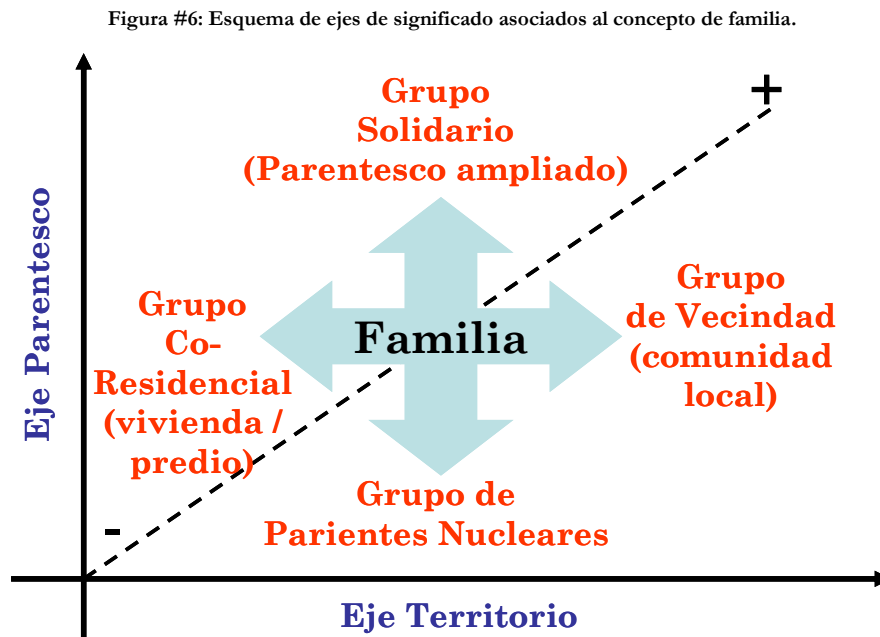
familia. Desde esta perspectiva, algunas expresiones corrientes como “*mi familia es todo*”, o (mi familia) “*(...) es lo más importante de mi vida*” no sólo dan cuenta de la alta valoración simbólica de la experiencia familiar, sino –sobre todo– parecen traducir una conexión íntima y responsable entre el individuo y su núcleo de origen, definiendo obligaciones recíprocas y duraderas entre ambos cuya fortaleza desafía las distancias físicas impuestas por el alejamiento transitorio o definitivo de uno o más de sus miembros. Si bien estos tópicos pudieran ser considerados corrientes –y, en gran medida, comunes a las experiencias de muchas personas–, el significado de tales palabras cobra mayor fuerza al vincularlo con diferentes prácticas y experiencias concretas que son aludidas de manera recurrente por los entrevistados/as, tales como la ayuda mutua entre padres/madres e hijos/as que residen en una misma localidad o en localidades cercanas, los frecuentes viajes realizados con objeto de mantener el contacto y reunir a la familia, el intenso apoyo ofrecido ante situaciones de emergencia y la comunicación permanente que se cultiva con parientes que viven lejos de sus comunidades originarias. El cariño, la unidad y la solidaridad entre parientes, a este respecto, se relevan como cualidades sobresalientes de las familias y, hasta cierto punto, destacadas como atributos distintivos y especiales de las familias que habitan en localidades de la Península.

No obstante, si bien el individuo no se concibe de manera aislada a su familia, aparecen ciertos matices y contrastes entre los discursos de los sujetos al intentar precisar cuál es la estructura o ámbito específico de relaciones al que se liga este concepto. Mientras que las connotaciones valóricas del concepto de familia emanan de manera nítida de los discursos de los sujetos, sus referentes empíricos tienden a ser heterogéneos, observándose significativas superposiciones y desplazamientos entre unidades y estructuras. Aunque no todas las opiniones resultan convergentes en este punto, se percibe un cierto divorcio entre el concepto cotidiano de familia como *institución social* –encarnada en un orden abstracto de relaciones y aparejado a una serie de elementos normativos y afectivos bien definidos– y la familia como *organización y sujeto colectivo* –que vuelve forzosa la necesidad de definir grupos específicos de individuos que se identifican como miembros de una misma unidad funcional. Sin lugar a dudas, los diálogos sostenidos en el marco de esta investigación han revelado de modo característico cómo esta segunda clase de significados se muestra subordinada a la primera, presentándose como una categoría de menor jerarquía simbólica y susceptible a llenarse con contenidos diversos. La estructura familiar, en este sentido, se percibe como un concepto flexible y dinámico, por contraste con la idea de una institución familiar firmemente asentada como un referente discursivo sólido y prácticamente incuestionable.

De tal suerte, parece más apropiado acercar el análisis de la estructura familiar a un enfoque de *configuraciones*, donde la noción de familia aparece, ante todo, como una orientación normativa que opera en diferentes niveles y contextos relevantes en la experiencia subjetiva de los habitantes y que se especifica en ciertos grupos o unidades que coexisten simultáneamente y se entrecruzan en su extensión: (a) el *grupo de parientes nucleares* –entre quienes existe un vínculo íntimo y estrecho–; (b) el *grupo de coresidencia* –definido por las personas que habitan en la misma vivienda o que comparten el mismo predio–; (c) el *grupo de vecindad* –dado por los parientes que residen en predios vecinos– y, (d) el *grupo solidario* –conformado por vecinos (parientes o no parientes) y amigos/as que residen en la misma comunidad o e en otros puntos cercanos y con quienes se desarrolla una relación a menudo fraterna y solidaria. Es interesante destacar cómo, asimismo, estos diferentes grupos tienen un correlato espacial directo en

los entornos geográficos más inmediatos a la experiencia de los sujetos: un núcleo íntimo definido por el *uso común de los espacios interiores del hogar*, el *terreno circundante a la vivienda* como espacio de actividades domésticas, fuente de recursos e intercambio con el exterior y, finalmente, y el *territorio de la comunidad* como extensión natural a las dinámicas familiares. El vínculo con *lugares distantes*, por su parte, sólo se hace significativo cuando quienes conforman ese núcleo íntimo dejan el hogar paterno/materno, generando una tensión por recrear la unidad familiar fuera de los límites estrechos de la comunidad local.

En términos esquemáticos (Figura #6), entonces, cabe afirmar que la síntesis subjetiva del concepto de familia parece estar conducida por dos variables que -sin limitar el tránsito fluido entre diferentes definiciones-, ayudan a reducir complejidad y a dotar de contenido las representaciones que emergen en los discursos: (a) el *parentesco* (como fuente de distinciones entre parientes y no parientes, en primer lugar, y entre grados de cercanía con otras personas, en segundo término); y, (b) el *territorio* o, más específicamente, el *hábitat residencial* -que demarca un dominio espacial asociado al ámbito de las relaciones familiares y referido a diferentes unidades o escalas (vivienda, predio, comunidad). Si se observan como ejes continuos (ver Figura #1), que avanzan de menor a mayor complejidad, estas dos variables muestran una progresión lineal que se proyecta desde una *definición elemental de la familia* (menor número de parientes, vínculos más estrechos e intensos) hasta una *definición compleja* (mayor número de parientes, vínculos difusos y heterogéneos).



Fuente: elaboración propia con base en los discursos de habitantes de la Península de Lacuy

Lejos de plantearse alguna clase de disyuntiva o contradicción, entonces, el concepto de familia se presenta como una entidad móvil, que transita entre diferentes niveles de complejidad y se asimila, según sea conveniente, a otros conceptos igualmente importantes en la vida cotidiana de las personas como los de “*casa*”, “*hogar*”, “*terreno*” o “*comunidad*”. Si bien la familia *no se identifica de modo unívoco* con ninguno de estos términos, es claro que adquiere

un significado mucho más específico y concreto cuando se le interpreta en el contexto socioterritorial asociado a cada uno de dichos elementos. De esta manera, el uso de adjetivos posesivos relacionados a lugares y personas significativos para el hablante (“*mis hijos*”, “*mi casa*”, “*mi comunidad*”, etc.) no sólo traduce un sentido de apropiación del entorno inmediato, sino también parece relacionarse con una determinada modalidad de comprender las relaciones familiares que tiene sentido para cada contexto específico: hablar de “*mis hijos*” es hablar de “*mi*” familia nuclear; “*mi casa*” es “*mi*” familia coresidencial (el grupo de personas con quien comparto residencia); o, también, hablar de “*mi comunidad*” puede hacer referencia al concepto de “*mi*” familia extendida o bien al conjunto de relaciones estrechas y cargadas de afecto –“*familiares*” hasta cierto punto- que se tienen con los vecinos más cercanos.

Esta complejidad se recoge de manera elocuente en el relato de una mujer de Guapilacuy, quien da las siguientes coordenadas para describir las relaciones familiares existentes al interior de la comunidad local:

“Somos ciento veinte casas en esta comunidad (...) Y aquí el que no es pariente es compadre (...)”
(Mujer, 57 años, Guapilacuy)

En la referencia a las “*casas*” (objeto físico que se apropia desde un referente humano colectivo: un nosotros), está implicada la definición de familia como unidad coresidencial. De la misma forma, la propia comunidad se presenta como una familia extendida, donde muchos de sus habitantes guardan lazos de parentesco entre sí y otros –sin ser “*parientes*” en sentido estricto- son tratados con idéntico grado de familiaridad. Así, el sujeto se percibe simultáneamente como integrante de distintas “*familias*”: su hogar, su parentela, su comunidad, sin que exista una jerarquía evidente entre estas diversas esferas.

Pese a esta fluidez, la familia nuclear aparece como un elemento central y que se encuentra estrechamente ligado a la definición de familia coresidencial. La experiencia doméstica cotidiana de los individuos está asociada a compartir la residencia básicamente con padres, hijos/as y hermanos/as, siendo menos frecuente la presencia de otros parientes (extensos) o no parientes. Asimismo, se perfila con especial notoriedad el protagonismo de las relaciones paterno/materno filiales y entre hermanos/as. Mientras la primera de estas relaciones se vivencia con una fuerte carga afectiva y asociada a responsabilidades definidas y desiguales, la segunda se plantea en términos de una mayor horizontalidad en el trato, destacándose como fuente de cooperación en el desarrollo de proyectos colectivos y soporte estratégico para el cuidado de los hijos/as (cuando estos son pequeños) y de los padres/madres (durante su vejez).

No obstante, los lazos paterno/materno-filiales son, sin duda, los más significativos y los que sostienen la cohesión del núcleo a través del tiempo. Entre padres/madres e hijos/as se establece una relación de profundo respeto y apego aparejada a expectativas y obligaciones claramente establecidas. Dichas expectativas pueden interpretarse en términos de un constante *dar y recibir*, donde las distintas etapas del ciclo familiar (desde la crianza hasta la descomposición del núcleo) van señalando un desplazamiento creciente de la responsabilidad del *dar* desde el padre/madre hacia sus hijos/as. Mientras los padres entregan cuidado, cariño, educación y protección y

proveen los recursos necesarios para la manutención de los hijos/as durante su infancia, éstos, a medida que crecen, son progresivamente impulsados a retribuir estos beneficios a través de gestos y manifestaciones concretas: ser buen hijo/a, ser agradecido, visitar a los padres, ayudarlos, preocuparse por ellos, cuidarlos durante la vejez, etc. En este sentido, puede hablarse de una cierta *reciprocidad diferida* (Mauss, 2009), donde los roles del dar y recibir se intercambian a medida que los hijos crecen y el padre/madre envejece.

Es importante destacar, en este sentido, que la partida de los hijos/as del hogar no significa romper con esta relación ni disminuir su fortaleza. De acuerdo a los testimonios recogidos, el distanciamiento y la formación de una nueva familia por parte de los hijos/as no hace más que poner a prueba la capacidad de éstos para sostener el vínculo con sus padres, planteándose expectativas semejantes en su exigencia tanto para el que está cerca como para el que está lejos –y lo mismo vale para los que permanecen solteros/as como para los que han formado familia. Consecuentemente, la perduración de lazos intensos entre padres e hijos/as garantiza la cohesión familiar aun cuando los hijos/as hayan dejado el hogar. En este sentido, aunque los afectos cambien y los lazos se redefinan a través del tiempo, el peso de la familia nuclear continúa siendo importante. Incluso se generan estrategias colectivas que permiten a las familias adaptarse a esta nueva situación y desarrollar una capacidad para articularse a distancia y continuar funcionando como tales, siempre y cuando el padre/la madre y sus redes de apoyo permanezcan firmemente asentados en la comunidad de origen. Así, el hecho de que la familia siga “ahí” - o, dicho en otras palabras, que aunque unos partan, otros se queden- contribuye a conservar las tradiciones y a hacer que los hijos/as continúen experimentando un alto sentido de responsabilidad hacia el padre y/o la madre que sigue residiendo en la comunidad.

En este contexto, es ilustrativo el relato hecho por una pareja joven de Guapilacuy que decidió instalarse en Ancy y que actualmente reparte su tiempo entre la ciudad y la comunidad natal. Ellos experimentan la tensión de no alejarse demasiado del hogar materno, buscando una localización residencial que compatibilice sus expectativas laborales con el imperativo de mantenerse cerca de los padres:

Hombre: *Incluso alguna vez pensamos en irnos a otra ciudad, pero ella [su esposa] no se sentiría bien...por sus papás...está toda su gente acá...*

Mujer: (...) *Es por mis papás, más que nada...es el nidito acá de mis papás...de no dejarlos, porque ya tienen sus años...*

(Mujer, 57 años, Guapilacuy)

(Hombre, 59 años, Guapilacuy)

Pese a esta tensión, la partida de los hijos/as es considerada como parte de un círculo natural en la vida familiar. Por lo menos, así lo reconocen algunos entrevistados/as de la comunidad de Guapilacuy:

(...) Acá [en Guapilacuy] yo vivo con mi mami no más y...Dos hermanos... [Somos] los que estamos siempre acá, porque la demás familia ya ha salido...y los que no, van de a poco saliendo”.

(Mujer, 62 años, Guapilacuy)

“[Porque] Después uno...No va a hacer toda su vida donde nace...Porque la vida tiene mucho recorrido después...”
(Hombre, 55 años, Guapilacuy)

Como complemento a estas definiciones subjetivas, lo que no es natural es la pérdida del vínculo con el hogar y el territorio de origen, lo que supondría negar la identidad familiar y faltar a los compromisos recíprocos que plantea la relación paterno/materno-filial –en tanto sustento cultural de la estructura nuclear que caracteriza a las familias de Lacuy.

[Yo tengo] Un millón [de parientes en otros sectores]...Acá tengo sobrinos, primos, todos los familiares... Viven en el campo igual, en Catrumán, en Ancud, por todas partes...en Puerto Montt...la familia es larga... En Argentina también tengo familia, cuñados...la familia es larga, se extiende de aquí para allá, se casan, se van lejos, algunos después ni vuelven...mi hermano que murió nunca vino a Chile, estubo como cincuenta años allá y allá murió. Y no vino ni a ver a su padre cuando falleció... [Pero] hay gente que vuelve sí... [Los que vuelven] será porque están mal...y cuando están bien no se acuerdan... Así pues, así es, cuando están fregados, jodidos, se acuerdan que tienen familia. Y cuando están bien no se acuerdan...
(Hombre, 55 años, Guapilacuy)

La idea de familia nuclear, por otra parte, aparece definida, en general, por la existencia de un núcleo conyugal. Aunque esta investigación no permite indagar en tipologías menos frecuentes de estructura familiar y en la manera en que éstas son significadas, entre los entrevistados/as se percibe el predominio de una representación tradicional de la familia, fuertemente anclada en valores católicos. En esta representación, el matrimonio guarda estrecha relación con la constitución del núcleo y el cuidado de los hijos/as emerge como una obligación natural, congruente con una práctica religiosa observante. Los roles de género, a su vez, también se definen en correlato con esta visión. No obstante, dicha observación debe ser matizada por el histórico involucramiento de la mujer chilota en tareas productivas –aspecto que ha sido destacado en numerosas investigaciones históricas y que es típicamente interpretado como una respuesta adaptativa a una emigración que ha tenido una fuerte selectividad masculina- y por su importancia tradicional como matriarca y sostén del hogar.

Este perfil, en cierta manera, parece prefigurar, en la actualidad, una mayor predisposición entre las mujeres a incorporarse activamente a emprendimientos productivos locales y ejercer diversas actividades que permiten complementar los ingresos familiares y apoyar el trabajo masculino. Entre otras actividades, se destaca su participación en faenas agrícolas y ganaderas –que aparecen casi como una extensión del trabajo y las responsabilidades domésticas y en las que hoy se han incorporado técnicas innovadoras que suponen la producción de mayor valor agregado-, la recolección y el secado de algas, la fabricación de artesanías, así como el importante rol que cumplen las mujeres en la comercialización de productos locales en la ciudad. Los roles masculinos, en tanto, están fuertemente relacionados con las actividades pesqueras y con el mar, ámbito en el cual se desempeñan con una exclusividad casi indiscutida. En el ámbito familiar su papel es presente, ejerciendo una importante ascendencia sobre los hijos/as, sobre todo a través de sus enseñanzas y de la conversación cotidiana. La provisión de ingresos y la realización de faenas pesadas, asimismo, siguen siendo responsabilidades eminentemente masculinas y signo de su preponderancia en las relaciones de género.

Respecto a la presencia de hijos/as, cabe mencionar varias características que han sido referidas en los relatos de los entrevistados/as. Dado que la mayor parte de los discursos recogidos remiten prioritariamente a la experiencia actual de ser padre o madre, no se releva la visión de los hijos/as, muchos de los cuales ya no se encuentran residiendo en el hogar de origen. Hecha esta aclaración, en primer lugar, se observa que las familias no suelen ser numerosas, siendo atípico observar casos de núcleos que tengan más de tres o cuatro hijos/as –a diferencia de lo que se comenta acerca de las antiguas familias del sector- En segundo término –por contraste con la experiencia de padres y madres- los hijos/as se destacan por haber accedido a un mayor nivel de escolaridad formal, lo que les abre oportunidades que no estuvieron disponibles para muchos de sus progenitores. Entre éstas se destaca la posibilidad de continuar estudios medios y superiores, además de acceder a una mayor especialización laboral. Tales oportunidades los convierten en sujetos susceptibles a experimentar procesos de movilidad geográfica y social, sea tanto en la experiencia cotidiana –yendo y viniendo entre la casa familiar y el lugar de estudio o trabajo- como en el ejercicio de opciones duraderas con arreglo a sus propias expectativas de vida (migración con fines educativos o laborales).

Al margen de sus consecuencias lógicas en la configuración de una experiencia territorial determinada –tema que se analizará más adelante-, en este punto es de interés destacar que la experiencia familiar de los hijos/as está matizada por la participación en el sistema educativo y por una creciente apertura hacia nuevas oportunidades que experimentan en el transcurso de su vida. En este sentido, la vida puertas adentro a la que se asociaba la antigua “*cultura del fogón*” ha cambiado drásticamente. La familia, así, se convierte ante todo en un espacio de protección y en un recurso que posibilita y estimula el desarrollo individual. Las relaciones intrafamiliares, en este sentido, no sólo son relevantes para la socialización y formación de una identidad particular, sino que también ayudan a preparar al sujeto para desenvolverse en otros ámbitos fuera del hogar y de la comunidad local, resultando efectivas en la medida que le permiten capitalizar oportunidades educativas y laborales que redundan en un mayor bienestar individual y colectivo.

La familia parece ser, así, el soporte cultural y normativo para el desarrollo y superación de los hijos/as. No obstante, para que ello sea posible, se hace necesario que éstos puedan conquistar nuevos espacios de autonomía lejos de la familia. Ello repercute en una menor presencia cotidiana de los hijos/as y en un papel cada vez menos importante en el apoyo a tareas domésticas y productivas en el nivel local. Pero, de manera inversa a este proceso, el papel de “puente” o “catapulta” que juega la familia respecto del acceso de los hijos/as a nuevas oportunidades, tiende a aumentar el nivel de compromiso que éstos contraen hacia sus padres, legitimando la necesidad de retribuir o devolver de manera proporcional el esfuerzo realizado por éstos. La universalización en el acceso a la educación, asimismo, tiende a homogeneizar los roles y expectativas asociadas al desempeño de los hijos/as, independientemente de su género. En este sentido, las hijas e hijos pueden aspirar a objetivos semejantes, pese a lo cual es corriente que se tienda a exigir un mayor compromiso y responsabilidad a las hijas.

El concepto de familia nuclear que tienen los habitantes de la Península de Lacuy, en todo caso, está sujeto a los ciclos de vida de los hogares del mismo modo como traduce el estado actual de ciertas transformaciones que

experimenta la población local como resultado de procesos sostenidos en el tiempo de emigración y envejecimiento. Así, puede afirmarse que el tipo de familia nuclear predominante en la zona es el grupo de padre y madre (donde cada cónyuge tiene entre 40 y 60 años, aproximadamente) con hijos/as jóvenes (entre 15 y 25 años) que actualmente están finalizando el colegio, trabajando de manera remunerada o prosiguiendo estudios superiores (preferentemente en Ancud u otras localidades). La relación con los hijos/as, en este plano, puede ser de carácter corresidencial o no corresidencial, habilitándose –en este último caso- la existencia de relaciones a distancia, en las que el contacto se mantiene a través de la comunicación permanente y/o mediante visitas, obsequios u otros aportes económicos y materiales.

La presencia de nietos/as parece tener importancia en la medida en que ayuda a fortalecer la relación de padres e hijos/as y ampliar la extensión y funciones del núcleo familiar original. Los abuelos/as, en este sentido, tienen una responsabilidad significativa en relación a la crianza de los nietos/as, la que se hace más intensa cuando a los primeros se les confía el cuidado/a de los niños/as menores de manera eventual (ante ausencias o necesidades puntuales de los padres), estacional (durante las vacaciones o por periodos de tiempo asociados a los ciclos de trabajo de los padres) o prolongada (para cumplir roles que los padres no están en condiciones de ejercer, sea por necesidades económicas, por falta de tiempo o ante la emergencia de problemas familiares –divorcio u otras situaciones). Así, un núcleo familiar basado en la relación conyugal de dos personas mayores puede sobrevivir y redefinirse en sus funciones como un apoyo sustancial al proceso de consolidación de los núcleos familiares de los hijos/as. En algunos casos, cuando el protagonismo de los abuelos/as en la crianza de los nietos/as se hace especialmente marcado, la propia idea de núcleo familiar parece volverse más laxa, asociando su significado a una estrategia de organización colectiva más que a una estructura determinada. Las fronteras entre el núcleo original (conformado alrededor del padre/madre y su(s) hijo/a(s)) y los núcleos de los hijos/as se vuelven más difusas, aun cuando éstos últimos puedan establecer residencia en otros sectores de la misma comunidad o en otras localidades.

Además de este tipo de familia nuclear –a medio camino entre una etapa de *consolidación* y otra de *desmembramiento*¹⁹-, surge otra tipología relevante que remite a núcleos de adultos mayores sin hijos/as residiendo en la vivienda –núcleos en proceso de descomposición y ligados a la imagen del “nido vacío”. En estos casos, se presenta una mayor flexibilidad en la conformación de estructuras y arreglos familiares, dando lugar a situaciones de parejas solas viviendo de modo independiente o bien generando formas de vida en común con otros núcleos, las que no siempre se traducen en la forma de la familia extensa corresidencial. Cuando existen personas viudas, solas o dependientes –desde un punto de vista físico-funcional o económico- es común que estas sean apoyadas de manera directa por sus cónyuges, hijos/as, hermanos/as u otros parientes cercanos. Este apoyo puede incidir en la formación de núcleos extensos, aunque no en todos los casos supone una relación corresidencial: una pareja sola o una persona viuda puede, de hecho, seguir habitando de manera separada en su propia vivienda o terreno, a pesar de lo cual depende de los aportes, cuidados o apoyos prestados por aquellos familiares más cercanos que residen en las inmediaciones de la comunidad.

¹⁹ Tal como se sugiere en las tipologías del ciclo de vida familiar revisadas en el Marco Teórico.

Finalmente, también se reportan tipos familiares asociados a la etapa de *inicio* o *consolidación*, en los que se constata la presencia de padres jóvenes con hijo/a(s) en edades preescolares o escolares. Además de su escasa presencia numérica –de acuerdo a lo observado en terreno como, también, en virtud de los relatos hechos por los entrevistados/as–, este tipo de familias parece estar sujeto a mayores presiones desde el punto de vista de la definición de sus estrategias residenciales. Y es que, para quienes han adquirido algún nivel de calificación educativa o laboral, la opción de quedarse en la comunidad de origen no se vislumbra, en ningún caso, evidente: la mayor parte de las oportunidades de empleo remunerado e ingresos están concentradas en locaciones urbanas, en las inmediaciones de grandes explotaciones productivas (como en el caso de la acuicultura) o en sectores con alto desarrollo de infraestructura turística. Por otro lado, la distancia a servicios sociales de calidad (incluyendo salud y educación), supone una limitante significativa para los que deciden seguir viviendo en las comunidades de la Península. Estos factores, sin duda, sugieren escasos incentivos para retener a familias jóvenes, situación que se reconoce de manera generalizada por parte de los entrevistados/as. En base a esta percepción, las pocas familias jóvenes que se identifican en la zona presentan una composición heterogénea: aunque en general se trata de personas criadas en la zona o vinculadas a ésta, los motivos por los que prefieren vivir allí son diversos. Mientras algunos cuentan con medios económicos para compatibilizar la vida en la Península como opción residencial con el trabajo en otras locaciones cercanas (privilegiando este lugar por la calidad de vida o la cercanía con la familia), otros se han asentado allí para ayudar a sus familiares o por necesidad económica, mencionándose el caso de personas que, tras perder sus empleos en la salmonicultura, decidieron retornar a sus comunidades de origen.

Junto a la primacía de la familia nuclear, la estructura de tenencia de la propiedad del suelo y de la vivienda determina ciertos vínculos que inciden significativamente en los grados de cercanía percibidos con otras personas y en las obligaciones que se establecen entre parientes, aspecto que –más allá de lo dicho en las entrevistas– se refuerza a partir de lo rescatado en los procesos de observación en terreno. Aun cuando la extensión de los predios es, en general, exigua, es común que se efectúen subdivisiones –sancionadas de manera formal o resueltas de hecho (por ejemplo, a través de cercos)- y se generen formas comunitarias de asentamiento basadas en la vecindad de predios y/o viviendas²⁰. Estas estrategias, en la medida que suponen un contacto diario e intercambios relevantes entre los ocupantes de viviendas o predios vecinos, otorgan una mayor significación a ciertas dinámicas familiares de orden secundario, como las relaciones entre abuelos/as y nietos/as, la relación entre tíos/as y sobrinos/as, entre yernos/nueras y suegros/as o entre primos/as.

En este sentido, el vínculo corresidencial y las relaciones de vecindad se conforman como fuerzas modeladoras de la unidad familiar, reforzando y circunscribiendo territorialmente el ámbito de influencia de estructuras de parentesco basadas en la consanguinidad y afinidad. Así, se configura un núcleo familiar construido en torno al espacio interior de la vivienda, el que puede ser complementado o ampliado por otros vínculos dados por la cercanía e influencia de parientes (nucleares o no nucleares) que residen en el mismo terreno o en predios vecinos.

²⁰ Al hablar de estrategias corresidenciales nos referimos principalmente a casos en los que dos ó más familias comparten un mismo sitio, ocupando diferentes viviendas. El allegamiento (entendido como cohabitación de dos ó más familias en una misma vivienda) no se constató como un fenómeno relevante, salvo situaciones puntuales y transitorias.

Las estrategias corresponsables, a su vez, implican ciertas definiciones y valoraciones respecto al uso y propiedad de la tierra así como respecto de los derechos de sucesión, aspectos que no siempre resultan sencillos de dilucidar. De lo recogido en las entrevistas, se advierte que la propiedad de la tierra es considerada patrimonio familiar y su uso no debiese constituir conflictos en la medida que exista acuerdo entre las partes y se respete la voluntad de los padres, en tanto titulares de la propiedad. Al respecto, es interesante consignar el siguiente intercambio sostenido con una mujer de la comunidad de Catrumán:

Entrevistador: ¿Y su hija se construyó la casa acá en el mismo sitio?

Mujer: Sí.

Entrevistador: ¿Y cómo lo hicieron, lo subdividieron?

Mujer: No, si está así no más, como ella es única...pero ella igual tiene un papel de su papá, le hizo un papel a ella...aquí [en este predio] no le dimos, pero allá arriba le dimos, en el otro potrero, le dimos otro, a ella.

(Mujer, 60 años, Catrumán)

En opinión de un hombre de la comunidad de Guapilacuy, estos procesos se han dado de manera espontánea pero regulada, siendo la familia la institución social que permite evitar conflictos:

(...) Es que los papás tienen su tierra, entonces al hijo le dan una hectárea y ahí se hacen su casa y dividen la tierra y se van arreglando así de esa manera.

(Hombre, 55 años, Guapilacuy)

De acuerdo al testimonio de los entrevistados/as, la formalización de estas situaciones de corresponsabilidad a través de la subdivisión formal de la propiedad parece ser un proceso generalizado. No obstante, la creciente atomización predial de las comunidades supone una restricción a este proceso por lo que, muchas veces, la posibilidad de incrementar la productividad de la tierra está supeditada a la gestión común de los recursos y a la cooperación entre parientes. Es el caso, por ejemplo, de una familia de Guapilacuy, donde el predio original se subdividió en tres paños de igual tamaño (uno para el padre viudo y los restantes para sus dos hijos) y donde las prácticas de solidaridad familiar van de la mano con la definición de procedimientos claros para asegurar el respeto de la propiedad individual (incluyendo las siembras y el ganado).

Tal como relata uno de los hijos/as:

[Aquí] Son tres propiedades. Pero lo aprovechamos todos juntos. Cada uno siembra lo suyo... En el ganado cada uno tiene sus diez orejas... Pero andan todas juntas, cada uno marca lo suyo no más. Uno les corta la oreja, otro les deja las orejas largas y a otras se les cortan las dos orejas... Por ejemplo mi cuñado, él le tiene cortadas las dos orejas, yo le dejo las orejas enteras y él [su padre], con una sola oreja, así están marcadas, no se pierden y no hay problema.

(Hombre, 55 años, Guapilacuy)

En general, las relaciones corresponsables facilitan dinámicas inter-familiares que agregan significado y densidad a un concepto de familia que, como se ha visto, está fundamentalmente ligado a la noción de familia nuclear. Algo semejante ocurre con los vecinos, los que –si no son parientes– suelen ser tratados con una consideración especial. Ambas lógicas (corresponsable y de vecindad), además, posibilitan intercambios funcionales que son de alta importancia para sostener las estrategias de vida familiares. De este modo, mientras el núcleo (la “primera

familia”) se constituye como espacio de intimidad y fuerte compromiso afectivo (basado en la unión sexual y en relaciones de filiación y dependencia), no se excluye la posibilidad de que otras funciones –como la alimentación, el trabajo doméstico, el cuidado de niños/as, mayores o enfermos/as y, en general, la provisión económica y manutención familiar- se realicen de manera compartida con otros núcleos corresidenciales e, incluso, con núcleos familiares vecinos.

En esta línea, pueden recogerse apoyos a partir de la solidaridad y emprendimiento común desarrollado conjuntamente con vecinos o “*compadres*”. Es en este ámbito de tareas donde la definición de lo familiar se vuelve más difusa y porosa. Así, mientras los entrevistados reconocen como único y especial el vínculo que se genera entre padres/madres e hijos/as y entre hermanos/as –y que, según se entiende, se prolonga por toda la vida-, hay una “segunda familia” que se constituye alrededor del núcleo y que, de alguna manera, lo fortalece y asegura su supervivencia cuando los hijos/as ya no están presentes. Aunque estas relaciones secundarias no pueden sustituir a las del núcleo familiar, indudablemente tienen una importancia crucial en el sentido de sostener la cohesión, viabilizar ciertas estrategias productivas y mantener el sentido de pertenencia y arraigo a la comunidad y a la tierra.

Ahora bien, en relación a la composición de esta “segunda familia”, existen opiniones divergentes. Para algunos, existe una relación privilegiada con parientes –hermanos/as, tíos/as, abuelos/as, sobrinos/as o nietos/as, principalmente- que se antepone a los vínculos con el resto de la comunidad, mientras que otros manifiestan que, en la práctica, no existen distinciones entre parientes y no parientes. En el caso del primer grupo, la red de parentesco –como se verá más adelante- opera como una especie de cinturón protector del núcleo, filtrando los intercambios con la comunidad. Entre los segundos, en tanto, se prioriza una estrategia de integración abierta a la comunidad, donde no existe discontinuidad entre parientes y no parientes. En ambos casos, sin embargo, operan mecanismos de protección y solidaridad igualmente fuertes.

III. Segundo acercamiento: entornos interactivos familiares y comunitarios

Estuve un mes allá [en Ancud], y de ahí mis hermanos no quisieron dejarme allá, porque me dijeron que iba a ser muy difícil para mí vivir sola...Y... Me trajeron acá. Y bueno, mis chicos, el mayor, de chico fue siempre apegado acá a la familia mía. Siempre venía con sus tíos...lo iban a buscar cuando yo iba a Ancud...salían...mi hermano tenía moto en ese tiempo, tenía camioneta, pero nunca le gustaba la camioneta, le gustaba la moto, que lo fuera a buscar en moto. Así que siempre fue muy apegado acá, y cuando se vio solito, lo único que quería era venirse donde sus tíos. Y nos quedamos acá. Y después de unos cinco años yo quería salir, porque no me hallaba acá, yo quería volver a mi casa, y mi mamá no me dejó. Zapateó y zapateó, hasta que decidí quedarme...Y tengo casa en el pueblo, en Ancud, sí...postulé al subsidio y...con un poco de subsidio y otro poco que conseguí, compré una casita en Ancud. Así que mis hijos están viviendo ahora ahí...sí ellos ocupan la casa, porque uno está postulando recién...en septiembre le entregan su casa...
(Mujer, 62 años, Guapilacuy)

En la perspectiva de los habitantes y familias de Lacuy, el acceso a oportunidades y recursos parece depender fuertemente de los lazos afectivos y de solidaridad que operan por referencia a una identidad común basada en el

parentesco o en la pertenencia a una comunidad territorial. Como ya se ha esbozado, *parentesco* y *comunidad* son dos principios complementarios, aunque diferenciados, que facilitan los intercambios entre actores locales y favorecen el desarrollo de individuos y colectividades. En tal sentido, entonces, pueden ser analizados e interpretados como dos clases de redes sociales significativas para los sujetos, propuesta que se ve corroborada en los discursos contruidos por los entrevistados/as.

Ahora bien, es importante precisar, en un primer momento, cómo los discursos subjetivos se construyen desde diferentes posiciones (que representan a identidades individuales y colectivas singulares) desde las cuales es posible afirmar y sostener ciertas relaciones sociales. Entre las identidades individuales, los actores recrean diferentes “yoes” asociados a sus experiencias de vida, las que remiten a vivencias pasadas a la vez que se proyectan hacia futuros posibles y deseados. Así, hay diferentes momentos o personificaciones del yo según el ciclo de vida, aunque la relación que los entrevistados/as guardan con sus identidades pasadas rara vez denota contradicciones. Más bien, se hace patente la percepción de la trayectoria biográfica individual como expresión de un proceso de crecimiento personal y maduración de las experiencias vividas, que se traduce en sabiduría y en una actitud de mayor cautela y vigilancia conforme pasan los años.

La experiencia escolar –que, para la mayor parte de los entrevistados/as se vivencia como un proceso incompleto, interrumpido en la enseñanza básica-, sin embargo, es quizás uno de los contextos en los que se hace más explícita la disyunción de la identidad individual, fijándose claramente la distinción entre un *yo en la familia/ comunidad* versus un *yo en la escuela*. La figura del profesor y el desarrollo de una rutina distinta –que involucra desplazamientos a lugares más o menos alejados, la experiencia de residir en internados o de alojarse en casa de parientes²¹-, en este sentido, se constituyen como referentes de un entorno protegido que establece reglas y responsabilidades diferentes a las de la vida comunitaria y familiar

La juventud, a su vez, remite a experiencias de mayor inestabilidad, donde aparece el trabajo como una responsabilidad ineludible y donde el fin de la etapa escolar se ve acompañado por un creciente involucramiento en faenas productivas y en el apoyo a las tareas domésticas o reproductivas –roles que, en todo caso, ya se vienen ensayando desde la infancia, tanto entre hombres como entre mujeres. Asimismo, algunos entrevistados hombres sitúan en sus años juveniles las experiencias más significativas de movilidad territorial, incluyendo migraciones y viajes a lugares alejados. En algunos casos aparece el testimonio de los viajes a Argentina (a Comodoro Rivadavia y a otras ciudades de la Patagonia), que se convirtió en un destino frecuente de migraciones laborales de la población chilota. El matrimonio y la paternidad/maternidad, también se presentan como eventos asociados a esta etapa, implicando decisiones relevantes para la formación y asentamiento de la familia nuclear (cambios de residencia, construcción de viviendas o subdivisiones de la propiedad familiar, experiencias de participación en el empleo asalariado, etc.,).

²¹ Experiencias, estas últimas, que resultan características de entrevistados/as que asistieron a la escuela antes de la construcción del camino a Ancud (a mediados de los años sesenta). En aquellos años, la única opción factible era estudiar en el internado de la escuela de Pilluco o trasladarse por tiempos prolongados a Ancud (viaje que entonces se realizaba por bote o lancha), donde se dependía de la hospitalidad de familiares o conocidos o bien se optaba por estudiar bajo la modalidad de internado. Entre quienes estudiaron en décadas posteriores se recuerda la experiencia de la escuela del Faro Corona, a la que asistió gran parte de los niños/as de las localidades de Nal y Guapilacuy. Para los entrevistados/as más jóvenes (sobre todo, menores de 35 años), la experiencia escolar se hace más heterogénea - debido a la aparición de escuelas básicas en diferentes puntos de la Península- y la continuidad de estudios medios y superiores se convierte en una opción real.

Para algunos entrevistados/as –sobre todo mujeres- el nacimiento de los hijos/as significó una rápida transición hacia la adultez, etapa que significa la consolidación del núcleo familiar en conjunto con la definición de una localización residencial. En los relatos de personas que no nacieron o no se criaron en el mismo sector que actualmente habitan, la llegada a la comunidad aparece estrechamente vinculada al matrimonio y a la constitución de una nueva familia. Usualmente, los que vienen “de afuera” corresponden a inmigrantes de comunidades vecinas que se han casado con personas del sector y que definen una opción residencial por razones de herencia o en orden a sus posibilidades de acceder a la propiedad de la tierra.

La adultez, desde el punto de vista de los entrevistados/as, es contemplada como una fase de estabilidad tanto en el plano familiar como comunitario cuyos principales ejes de actividad son el trabajo y la crianza de los hijos/as. En varios relatos se percibe, además, que esta consolidación se ha visto acompañada por un incremento del bienestar individual y colectivo, registrándose transformaciones históricas de las que muchos de los entrevistados/as han sido testigos: la construcción del camino, la extensión del tendido eléctrico, el acceso cada vez más amplio a bienes de consumo, la incorporación de cambios tecnológicos tanto en las faenas productivas como en el hogar, o la ya aludida instalación de nuevas escuelas básicas y de otros servicios sociales (como postas rurales). Junto a estos hitos, se destaca la generalización del acceso a ingresos monetarios (sea por medio de la comercialización de productos de la zona o a través de la ocupación en empleos temporales en la acuicultura u otros sectores) y a otros recursos técnicos, infraestructura productiva y beneficios sociales (agenciados, primordialmente, a través de instituciones públicas y programas gubernamentales). El relato de estos acontecimientos es común a una generación de habitantes de la Península. Así se testimonia en los siguientes fragmentos del relato de una mujer de Guapilacuy:

(...) Desde que se construyó el camino hubo más locomoción... Especialmente para la venta de nuestros productos, porque no es lo mismo irse en un bus o en una camioneta con un par de bolsas de papas que irse en una lancha y salir en el muelle de Ancud... Y así también cuando el mar estaba malo ahí la barra del agua... Ahí teníamos que esperar que calme el agua, que calme el viento para que podamos pasar. Entonces esas son situaciones que lo vivimos... (...) Nos dio más seguridad el camino. Eso fue casi un todo para la comunidad de Guapilacuy

(...) [Antes que se construyera el camino] Había una escuela, una escolita rural que se llegaba hasta tercero básico. Con el camino también llegó la luz eléctrica, con el camino también tuvimos acceso más cercano a la salud, porque ya aquí a tres kilómetros tenemos la posta de Nal, donde hay un paramédico muy eficiente, y sobretodo que él convive gran parte con la comunidad, que eso es lo más importante, porque a veces, las cosas que se hacen ahí, en el sillón, en el escritorio, no es como verlo en terreno...

[Hoy] la comunidad está mejor económicamente. Que las platas que se han ganado, con las áreas de manejo, o la luga, o digamos de los recursos que han salido más dinero, se han sabido invertir bien. La gente tiene cómo vivir cómodamente. Antiguamente estábamos con la tina, con una raya de madera lavando la ropa, ahora nadie tiene eso, todos tienen lavadora, todos tienen secadora. Entonces eso ha sido un adelanto. Y más especialmente una ayuda para la mujer.

(Mujer, 57 años, Guapilacuy)

En la adultez, también, el yo del entrevistado/a cede protagonismo a la preocupación por el porvenir de los hijos/as. Éstos, favorecidos por un acceso más amplio a la educación formal y con expectativas más elevadas en materia educativa y laboral, aparecen como sujetos en tensión y abiertos a oportunidades que sus padres no tuvieron, tales como proseguir estudios superiores o insertarse en empleos calificados. Estas opciones señalan una fuerte presión a la movilidad residencial, con selectividad hacia grandes ciudades y polos dinámicos de crecimiento económico (tal como fue el caso de la costa oriental de Chiloé durante el auge de la salmonicultura). En

convergencia con este proceso, el yo de la adultez experimenta el desmembramiento del núcleo familiar y se enfrenta a la vejez en compañía de su cónyuge e hijos/as menores y, eventualmente de sus padres y hermanos/as (en caso que éstos sobrevivan y continúen residiendo en la comunidad).

Los años de la vejez suponen la continuidad de este proceso, el que se ve compensado por el contacto estrecho con nietos/as y por el apoyo eventual que los hijos/as prestan a sus progenitores ante situaciones de necesidad. A su vez, se vivencia el deterioro físico y la vulnerabilidad a enfermedades. No obstante, es común que los adultos mayores de la zona permanezcan activos, realizando trabajos pesados y cumpliendo sus rutinas habituales hasta alcanzar una edad bastante avanzada. En la medida que hijos/as y/o hermanos/as estén presentes en la comunidad, los sujetos se ven cubiertos por una red familiar que les asegura compañía y protección.

Además de la evolución de las identidades individuales, los entrevistados/as también recurren en sus relatos a distintos referentes colectivos, lo que les permite articular la idea de un “nosotros” asociado a un grupo o a una familia. En el caso de las familias, la identidad colectiva –como ya se ha dicho- se vincula fundamentalmente a la noción de familia nuclear, aun cuando en algunos casos también se aluda a un conjunto más extenso de personas unidas por un lazo de parentesco. Entre los distintos usos de este “nosotros familiar”, se consigna su aplicación para hacer referencia al grupo de parientes más cercano (extendiendo la definición del núcleo a padres o a hermanos/as y sus respectivos grupos nucleares) como para dar cuenta de aquellos clanes familiares que se distribuyen a través de la zona, uniendo comunidades y territorios bajo un mismo apellido (“los Pérez”, “los Barría”, “Los Alvarado”, etc.).

Otras denominaciones colectivas relevantes –ajenas a la familia- involucran a la *comunidad territorial* (vivir o ser de este o de tal “sector”) o a la *comunidad religiosa* (como grupo de fieles que asisten a una misma capilla). En el caso de la comunidad territorial, se aprecia que las identidades no son especialmente marcadas, poniendo énfasis en las semejanzas antes que en las diferencias. Tal como cuenta un entrevistado/a de Guapilacuy:

Cada comunidad tiene su forma de ser... (...) Aquí, Guapilacuy es una comunidad, Yuste, es otra comunidad, Nal, es otra comunidad, y así. Pero en el fondo es una sola Península. En el fondo, en todas las comunidades ocurre casi lo mismo, casi lo mismo, bien poco yo creo que se está usando las tradiciones antiguas... puede ser en el sector de arriba de Cocotué... Por Mar Brava hacia arriba... Es más tradicional... Guabún todavía trata de rescatar algo... Trabajan con yunta, andan a caballo...

(Hombre, 55 años, Guapilacuy)

Pese al reconocimiento de esta identidad común, emergen algunas particularidades locales, tal como se desliza en el mismo fragmento. Guabún, por ejemplo, se percibe como una comunidad más cerrada y aislada, donde sobreviven algunas tradiciones que ya se han perdido en otras localidades, como la minga y el uso de la yunta de bueyes. En tanto, Nal y, sobre todo, Guapilacuy, son caracterizadas como comunidades que se han beneficiado de mayores adelantos por comparación con las localidades vecinas, destacándose como comunidades más “modernas”. En el reverso de esta definición, aparece la crítica soterrada por la pérdida de prácticas solidarias y por la penetración de relaciones monetarizadas e interesadas que afectan la confianza entre vecinos. Yuste, por su

lado, es referido principalmente por la supervivencia de la artesanía con piedra canchagua y por ser, típicamente, una caleta de pescadores. Catrumán, finalmente, no parece destacarse por una identidad especial, como no sea – por oposición al resto– por su condición mediterránea, lo que la constituiría –en opinión de algunos– como una comunidad esencialmente volcada a la agricultura.

El nosotros territorial se expresa básicamente a través de prácticas solidarias entre vecinos y cercanos, fortaleciendo otras dinámicas de interacción que se fundamentan en el parentesco o en la pertenencia a una misma comunidad religiosa. Sin embargo, el reconocerse como parte de un sector o comunidad no implica diferencias relevantes en el trato. A lo sumo, determina el uso privilegiado de ciertos servicios sociales (como escuelas y postas) próximos a la comunidad, la asistencia a una capilla, la responsabilidad de concurrir y ayudar a la realización de ciertas ceremonias religiosas y festividades, o el derecho a ser enterrado en el cementerio local. Además de ello, se destaca la solidaridad movilizada ante situaciones de catástrofe o enfermedad que pudieran afectar a los miembros de la comunidad. Por otro lado, esta identidad territorial también tiene una aplicación concreta en los torneos de fútbol, donde cada sector tiene su propio equipo y su cancha. Los clubes deportivos son una organización relevante desde el punto de vista local y sus dirigentes suelen ser también líderes con ascendencia sobre la comunidad. Los torneos, además, son una instancia de encuentro que vincula a diferentes comunidades y que, además de su dimensión estrictamente deportiva, son verdaderos eventos sociales, donde se realizan fiestas, se venden y consumen productos de la gastronomía local y se comparte con familiares, amigos/as, vecinos/as y conocidos/as.

Como ya se ha dicho, otra fuente significativa de identidad colectiva es la pertenencia a la *comunidad religiosa* católica. En su definición práctica, la comunidad religiosa se asemeja al conjunto de los miembros de la comunidad territorial, siendo difícil distinguir una de otra. En este caso, sin embargo, la capilla es el punto de referencia y coordinación de este nosotros, lo que a veces implica alianzas entre localidades vecinas que comparten un mismo lugar de culto y suelen encontrarse en ceremonias y festividades religiosas. Así, a la territorialidad de los distintos pueblos o “sectores”, se añade otro principio de territorialidad que se desprende de la subdivisión de la iglesia católica que opera a través de las capillas y de sus responsables seculares, los fiscales. En el relato de una entrevistada, fiscal de la capilla de Guapilacuy, se perfila claramente la distinción entre las áreas correspondientes a cada comunidad religiosa:

La comunidad empieza desde allá, de Chaumán. Después vienes por acá, pasas todo ese arenal y llegas acá abajo al sector de la arena, el sector de “la isla”, que le llamamos. Y después viene Guapilacuy Alto, seguimos por acá y nos vamos a Yuste. Y la mitad de Yuste, o sea, todo Yuste pertenece a Guapilacuy y la mitad de Abui, también pertenecen a la comunidad cristiana de acá. Yo estoy hablando a base de la comunidad cristiana. Ése es el rubro que tiene la iglesia... de su gente. La iglesia que está abajo, ésa es la iglesia de Guapilacuy, y todos los sectores que te nombré tienen que venir ahí. Ahí vienen ellos a misa, vienen a bautizarse, hasta matrimonios ha habido y después vienen a los funerales, a sepultar sus deudos. Los deudos están todos ahí.

(Mujer, 57 años, Guapilacuy)

En la actualidad, la presencia de comunidades religiosas ajenas a la iglesia católica es virtualmente nula. No obstante, se cuenta que en tiempos pasados existieron templos evangélicos, particularmente en el sector de

Guabún. En el testimonio de un entrevistado de esa localidad –cuyos padres participaron activamente de esta experiencia- se vislumbra la dificultad experimentada por cultivar una fe distinta en el contexto de una comunidad fuertemente católica. Ello se expresaba en continuas burlas por parte de otras personas y en ciertas formas veladas de discriminación.

Después de la comunidad territorial y religiosa, existen identificaciones colectivas que remiten al mundo del trabajo, particularmente en el ámbito de la pesca artesanal, donde existe una importante organización sindical ligada a la gestión de las “*áreas de manejo*”. Los sindicatos admiten una participación restringida de miembros, los que cuentan con derechos y cuotas de extracción predefinidas dentro del área de manejo. De tal suerte, debe existir una organización fuerte y cohesionada entre los miembros del sindicato a fin de evitar abusos, favorecer la sostenibilidad de los recursos y proteger el área de manejo ante la eventual “invasión” de foráneos. Además, la gestión del sindicato factibiliza el desarrollo de proyectos que van en beneficio directo de sus integrantes y de la comunidad en general, facilitando la adquisición de infraestructura productiva, equipamiento, acceso a capacitaciones, créditos y/o subsidios. Entre quienes participan de las actividades pesqueras, además, se reconoce la categoría específica de los “buzos”, quienes cuentan con una acreditación especial y se destacan como trabajadores altamente calificados. Por esta condición, los buzos pueden operar tanto de manera independiente – en compañía de un “ayudante” y utilizando bote, equipos y recursos propios- como prestando servicios de manera eventual o continuada a empresas acuícolas. Bajo esta segunda modalidad, los buzos representan un recurso humano sujeto a una alta demanda y susceptible a moverse a otros sectores en busca de oportunidades laborales. La recolección de algas (luga y pelillo, fundamentalmente), por su parte, no suele involucrar el mismo grado de formalidad, no existiendo organizaciones o instituciones particulares que congreguen o representen a los productores locales. En este sentido, pese a ser una actividad transversalmente realizada por las familias de la Península, tiende a diferenciarse del resto de las faenas pesqueras. A su vez, se trata –como ya se ha dicho- de una actividad con marcado sello femenino.

Las tareas agrícolas y ganaderas, por su parte, no generan una identidad colectiva tan nítidamente definida como en el caso de la pesca artesanal. Ello ocurre, principalmente, por la característica pluriactividad que resulta típica de las familias de la zona, donde la agricultura provee ingresos complementarios a los obtenidos mediante la actividad pesquera u otras actividades, o bien se realiza exclusivamente con fines de autoconsumo. De alguna manera u otra, todas las familias de la Península *son* agricultoras, aunque la mayor parte de sus ingresos no provenga de esta actividad. En este sentido, se rescata el hecho de que muchas familias sean beneficiarias de subsidios o créditos de INDAP. Sin embargo, no existe una organización colectiva relevante en torno a la agricultura o a la crianza de animales. De manera más reciente, se han gestado algunas iniciativas ligadas a la agricultura orgánica, en las que tienen una importante presencia las asociaciones de mujeres y donde se ha favorecido el acceso a recursos y capacitaciones que permiten insinuar el desarrollo de una producción innovadora y con mayor valor agregado. Estas iniciativas se vinculan también con otros rubros, como la artesanía y el desarrollo del turismo rural.

Por otro lado, se puede destacar –también– la articulación colectiva que emerge de manera espontánea en el contexto de la realización ciertas faenas agrícolas que requieren trabajo intensivo (como el desmalezamiento y la limpieza de terrenos) o de tareas que significan un beneficio colectivo para la comunidad (por ejemplo, el arreglo de la capilla, la construcción o mejoramiento de espacios comunitarios, como la cancha, escuelas u otros equipamientos), en las que se revive la institución de la minga. Aun cuando estas prácticas sean todavía habituales en las comunidades, se suele decir que se ven de manera cada vez menos frecuente y que algunas personas no están dispuestas a colaborar con sus vecinos como no sea ante la expectativa de una retribución monetaria.

Finalmente, cerrando la descripción de los referentes colectivos, emergen identidades generacionales y de género bastante marcadas que resumen de manera general muchos de los significados y experiencias comentados en referencia a las identidades individuales. Entre las primeras, se reconocen tres grupos importantes en los discursos de los entrevistados/as: los niños/as (“*los chicos*”), la juventud y los mayores.

Los primeros se perciben claramente como principales sujetos del cuidado de las familias y de la comunidad y con una rutina fundamentalmente construida en torno a la institución escolar. Los jóvenes, por su parte, son quienes expresan las mayores contradicciones respecto de la comunidad local. Pueden estar, alternativamente, incluidos o excluidos de la misma según las circunstancias que experimentan, según el vínculo que mantienen con ésta o según el lugar en el que actualmente se encuentran residiendo. La escuela, los estudios superiores y el trabajo, a su vez, son ámbitos que los pueden comprometer de manera exclusiva o circunstancial. Son también el grupo respecto del cual los mayores se comparan, fijándose ciertos prejuicios o rótulos en los que se sugiere desaprobación por sus conductas o manera de ser o bien remarcando la diferencia de expectativas que se han planteado para las distintas generaciones. Los mayores, en tanto, no suelen reconocerse como grupo, sino más bien en tanto representantes o cabeceras de la familia, lo que los legitima como una voz autorizada dentro de la comunidad. La vejez no marca un quiebre significativo respecto de esta imagen. Más bien se presenta como proceso gradual que señala una mayor dependencia respecto de los cuidados de otras personas (cónyuge, hijos/as o hermanos/as) y al que los adultos mayores suelen manifestar su abierta resistencia.

En relación a las identidades de género, ya se han planteado algunas observaciones pertinentes en la sección anterior. En este punto, solo cabe subrayar las modalidades selectivas que supone la división sexual del trabajo, tanto en el nivel doméstico como en el comunitario. Las mujeres tienen amplias atribuciones en materia del cuidado de los hijos/as y en la mantención de la economía doméstica, además de ser principales responsables de la cocina y preparación de los alimentos. Pese a ello, participan activamente en tareas agrícolas (siembra y cosecha de papas), en la crianza de animales menores (gallinero) y en el cultivo y cuidado del huerto familiar (al aire libre y/o en invernaderos). Los hombres, por su lado, se caracterizan por desempeñar un papel prioritario en la generación de ingresos monetarios para el grupo familiar, participando con especial singularidad en la pesca artesanal. Además se hacen cargo de faenas pesadas, de la fabricación de leña y del acarreo y control del ganado (ovino y vacuno, básicamente).

De acuerdo a lo revisado, entonces, la construcción del ego como protagonista de narraciones biográficas y espaciales, tiene dos niveles de complejidad (individual y colectiva) y asume diferentes clases de representaciones, basadas en principios diversos. La Tabla #14 presenta un resumen de estas posibles identificaciones.

Tabla #14: Tipos de representaciones individuales y colectivas del Ego (Yo/Nosotros).

Representaciones individuales y colectivas ego (Yo / Nosotros)	
Individual	Colectivo
(a) Según roles al interior de la familia: padre/madre; hijo/a, hermano/a, marido/esposa, abuelo/a, nieto/a.	(a) Familiar (núcleo o grupo de parientes)
	(b) Territorial (comunidad, sector o localidad)
	(c) Religioso (comunidad cristiana, capilla)
	(d) Productivo (grupo de trabajadores organizados de la pesca y agricultura)
(b) Según género: Hombre / Mujer	(e) De género (hombre; mujer)
	(f) Generacional (niños/as; jóvenes; adultos)

Fuente: elaboración propia.

Ahora bien, estas diferentes representaciones del yo/nosotros del entrevistado/a se especifican en contextos determinados y establecen relaciones con entidades diversas –concebidas como nodos o actores personales, colectivos e institucionales- en el marco de situaciones de interacción reticular que pueden ser definidas en el tiempo y en el espacio y que corresponden con la definición de EISR planteada en el marco metodológico. Tales situaciones, además, se presentan como núcleos conversacionales cargados de densidad y significados culturales, susceptibles de ser capturadas y aisladas en unidades de texto proposicional.

Siguiendo estas premisas, la segmentación semántica –con base en el análisis de discursos- y el análisis reticular de los textos de las entrevistas, permite identificar siete clases de EISR atingentes a las narraciones de vida elaboradas por los sujetos entrevistados. Avanzando desde una menor a mayor complejidad y precisando la identidad particular de cada uno de los yo/nosotros y de los nodos que están comprometidos en las diferentes clases de interacciones, los EISR que fueron reconstruidos a partir de los textos-relatos obtenidos en la investigación se enumeran y caracterizan de la siguiente forma:

- (i) El primero, que reconoce las características físicas del lugar y a sus condicionantes medioambientales como una forma particular de *naturaleza* (la estacionalidad –graficada en la polaridad invierno/verano, que condiciona las dinámicas familiares y el trabajo productivo, o la exposición a catástrofes de origen natural –como en el caso del terremoto –, la relación con el medio como fuente de recursos a la vez que entorno paisajístico sujeto a diferentes valoraciones) con la que los individuos sostienen una relación elemental y que fija algún grado de identidad y valoración. Desde este nivel se fundamenta un posicionamiento del *yo/nosotros como un actor vinculado y determinado por un entorno natural, cualesquiera sean las características o atributos preferidos que se consideren para definirlo*. Los nodos relacionados a este yo/nosotros corresponden esencialmente a objetos físicos y lugares que forman parte del paisaje local, de acuerdo a la representación particular que cada uno de los

entrevistados/as elabora (mar, campo, bosque, etc.). Las relaciones que se generan en este entorno, sin embargo, suelen ser inespecíficas, siendo característico que la relación con la naturaleza aparezca mediada por el trabajo, ámbito desde el cual se la significa de manera principal como una fuente de recursos. No obstante, el gustar, valorar y preferir el entorno natural de la comunidad –por comparación a otros ambientes o lugares- surge como un motivo recurrente, que suele ser empleado para justificar el modo de vida de los habitantes de la comunidad.

- (ii) El segundo, basado específicamente en la *familia* como campo de relaciones significativas y que tiene su escenario preferente en el interior de las casas o de la propiedad familiar. La familia provee recursos afectivos y protección al individuo, además de percibirse como un ámbito que fija aprendizajes duraderos y altamente significativos (basados, principalmente, en la transmisión oral de experiencias por parte de los mayores –padre/madre, abuelos/as- hacia los menores). Del mismo modo, la familia define una serie de responsabilidades y tareas regulares, que involucran trabajo y esfuerzo constante de parte de todos sus miembros. Dicho esfuerzo se ve justificado por el deber implícito de expresar gratitud, obediencia y cooperación, tanto hacia los padres como a la institución familiar en su conjunto. El círculo familiar, si bien reposa esencialmente en la fortaleza de los lazos nucleares, también suele comprometer vínculos más estrechos con otros parientes que se perciben como cercanos tanto desde un punto de vista afectivo (incluyendo a no parientes, como los compadres) como espacial (vecinos/as o corresidentes) En este sentido, los discursos particulares que se construyen en el contexto de un entorno familiar remiten a un *yo/nosotros como miembro de una familia nuclear a la vez que parte de una red de relaciones familiares con alto compromiso afectivo*. El entorno familiar es denso en lazos fuertes y con alto compromiso afectivo, donde este yo/nosotros se relaciona de modo predominante con posiciones definidas por la estructura del grupo nuclear, entre las que se destacan fuertemente las relaciones paterno-filiales y entre hermanos/as. Junto a éstas se generan vínculos especiales que articulan diádas de proximidad entre personas unidas por lazos que involucran variados componentes, tales como parentesco, coresidencialidad, vecindad o compadrazgo. De otra parte, la familia propicia la construcción de un tipo de *capital social grupal* que proporciona cohesión y apoyo permanente a los miembros del núcleo, a la vez que apoya procesos de redistribución colectiva canalizados a través de redes familiares más amplias en las que se ve implicada una forma de *capital social comunitario*.
- (iii) El tercero se estructura en orden a una cierta valoración de la *vida social en la comunidad*, que involucra “problemas” -entendidos como situaciones que condicionan el desarrollo local, eventuales conflictos y rencillas-, la cooperación solidaria entre pares, la relación con instituciones sociales de escala local –sindicatos, escuela, iglesia, clubes deportivos- y el encuentro en torno a ocasiones y eventos sociales importantes, como es el caso de fiestas, velorios, ceremonias y torneos de fútbol. Muchas de estas actividades involucran la asociación directa entre la comunidad territorial y la iglesia como ente articulador de una comunidad religiosa. Aquí el ego del entrevistado/a se manifiesta

como un *yo/nosotros miembro de una comunidad solidaria de base territorial*. El entorno comunitario involucra diádas, grupos y eventuales alianzas entre grupos y comunidades. En un sentido, la relación diádica elemental de la comunidad es entre vecinos/as y no es extraño que los entrevistados/as se refieran a la comunidad en términos semejantes a los que alguien podría referirse a un pequeño barrio urbano. Además de las relaciones entre pares, se constituyen relaciones diádicas asimétricas, como las que vinculan a las personas con dirigentes o figuras que revisten algún grado de autoridad o prestigio al interior de la comunidad (por ejemplo: el fiscal, el dirigente, o aquellas personas que prestan servicios profesionales relevantes como el profesor de la escuela, la enfermera del consultorio u otros semejantes). La comunidad también es un entorno en el que se relacionan grupos relativamente delimitados, como grupos o clanes de base familiar, o personas que representan a sectores y subsectores dentro de la comunidad. Pese a ello, su fortaleza en términos de capital social se fundamenta en su expresión más genuinamente colectiva, que permite que todos los habitantes –de una u otra manera- se sientan parte de la comunidad. La equivalencia de la comunidad territorial a la comunidad religiosa, por otra parte, lleva aparejados ciertos derechos (como poder enterrado en el cementerio de la comunidad) y obligaciones (entre las que se cuenta el deber de asistir a ceremonias y estar presente ante situaciones que afectan a los vecinos/as) que se extienden tanto a los miembros individuales como a los grupos familiares que forman parte de la comunidad.

- (iv) El cuarto, por su lado, remite a las actividades y vivencias asociadas a la *vida productiva*: el trabajo, en sus diferentes ramas o facetas –pesca y agricultura, principalmente (además del turismo que emerge como una promesa de desarrollo y el buceo como especialidad singular de la actividad pesquera)-, sus recursos asociados -tierra, agua, animales, pasto-, los procesos, instrumentos y resultados comprometidos –la siembra, el buceo, los “productos” (como la papa, el loco u otros mariscos)-, además de su retribución, vista esencialmente en términos monetarios –“plata” o “pesos”, junto con las experiencias y decisiones de movilidad que ha supuesto en el transcurso de la vida (migración de carácter esporádica, estacional o duradera). En este plano, la vida productiva tiende a ligarse crecientemente a un concepto de trabajo remunerado, distinguiéndose de manera significativa del trabajo doméstico o de la producción para el autoconsumo. Esta disociación parece más marcada entre los relatos de sujetos masculinos, quienes frecuentemente forman parte de grupos corporativos organizados (sindicatos y agrupaciones generadas en torno a proyectos) que representan los intereses de trabajadores del ámbito pesquero y agrícola en una dimensión comunitaria. Así, en el orden de relaciones que se constituye alrededor de la vida productiva, el sujeto narrador define su identidad desde la perspectiva de un *yo/nosotros trabajador/a, pluriactivo, emprendedor y organizado*. El trabajo se presenta no sólo como un entorno relacional en sí mismo, sino también como una interfaz que vincula diferentes entornos, entretejiendo tramas de sentido que comprometen a la naturaleza, a la familia y la comunidad, de una parte, y a la comunidad y los territorios circundantes, de otra. Hacia el interior de las comunidades, el trabajo/a provee un pilar

de sustento a las familias, además de aportar densidad a las interacciones comunitarias en la medida que genera formas relevantes de organización colectiva. A su vez, el trabajo/a hace explícitas las relaciones de la familia y la comunidad con el entorno natural, haciendo visibles las oportunidades y limitaciones que fija el territorio como fuente de recursos. Finalmente, el trabajo/a es una actividad territorial y socialmente vinculante, que gatilla la producción de alianzas entre comunidades y que depende, para su desarrollo, de la existencia de formas de reciprocidad asimétrica, contemplando relaciones clientelares y/o el acceso a subsidios o recursos provenientes de programas gubernamentales.

- (v) El quinto, relacionado con la *escuela*, que actúa tanto como una institución relevante en el territorio y en la comunidad a la vez que aparece como un ámbito específico de experiencias sociales significativas que cristalizan en la biografía del individuo. La escuela es frecuentemente percibida como una etapa de tránsito y maduración en las trayectorias de los individuos, en la que muchas veces está implicada la movilidad geográfica y la radicación circunstancial en otros lugares (sea alojando en casas de parientes o estudiando en régimen de internado). No obstante lo anterior, la escuela también configura una trama duradera de relaciones que continúa teniendo relevancia incluso después del abandono o término del ciclo escolar. En este sentido, se considera la definición de *un yo/nosotros escolar, inmerso en redes y circunstancias que se consideran determinantes en la trayectoria biográfica de los individuos*. La escuela, en tal sentido, es un entorno en el que cobra protagonismo la horizontalidad y el trato entre pares (compañeros/as), ayudando a consolidar lógicas de cooperación que preexisten a los individuos –en atención a criterios comunitarios, de parentesco o ambos. Las relaciones diádicas en la escuela pueden potenciar el capital social comunitario, además de permitir el conocimiento a vivencias propias de lugares cercanos, en la medida en que permite el encuentro entre personas que residen en sectores equidistantes a los establecimientos educativos.
- (vi) El sexto, que involucra los intercambios, transacciones y experiencias específicas que los sujetos producen durante sus viajes al “*pueblo*” (la ciudad) y que constituyen una dimensión particular de la vida cotidiana de los habitantes de estas comunidades. El ir y venir entre el pueblo y el campo, junto con las acciones que realizan los sujetos en el contexto de la ciudad cabecera (Ancud, sea de manera regular o esporádica), se distingue y a la vez forma parte de un continuo de experiencias que moldean la subjetividad de la comunidad y en las que se hace explícito el reconocimiento de una relación de dependencia. Es justamente en este ámbito discursivo, donde se manifiesta de manera más nítida la identificación del hablante como un *yo/nosotros rural, que se reconoce en su diferencia y en su especificidad cultural, pero también en su necesidad por acceder al consumo de bienes y servicios urbanos*. La visita al “pueblo” releva formas de capital social individual y grupal que constituyen activos importantes para las familias de las comunidades rurales y que se asocian al contar con conocidos/as o parientes que residen en la ciudad y que disponen de acceso a otras comodidades y recursos. Desde el punto

de vista colectivo, en tanto, el conocimiento de la realidad urbana hace visible el aislamiento y la subordinación que afectan a las comunidades rurales de Lacuy.

- (vii) El séptimo, finalmente, remite al modo en que los sujetos construyen la *experiencia del contacto* a través del conocimiento de sujetos, lugares y realidades diversas. Este conocimiento es adquirido tanto de manera directa (viajes, visitas a parientes) como a través de segundas fuentes, donde es relevante la mediación producida por los relatos de familiares y conocidos que se han radicado en otras localidades, regiones o países. Al precisar su relación y diferencias con otros (sujetos, lugares, culturas, así como frente al entrevistador), emana con mayor fuerza la imagen de un *yo/nosotros chilote* que se define en su pretensión de especificidad cultural a la vez que en términos de una identidad comunitaria que abarca a la pluralidad social y territorial del archipiélago. El contacto, visto así, compromete relaciones de orden diádico con chilotes residentes en otros lugares (que han “salido” de la comunidad) y también con no-chilotes (la “gente del Norte”), respecto de los cuales habitualmente se toma posición a través del discurso.

Completando este análisis, el cuadro siguiente (Tabla #15) rescata de modo sumario la estructura de estos EISR, clasificándolos de acuerdo a tres cualidades emergentes del discurso: (a) el carácter del yo/nosotros afirmado en el relato; (b) los nodos con los cuales este yo/nosotros articula relaciones en cada entorno específico (diferenciados de acuerdo a su tipo o categoría); y, (c) las acciones típicas que caracterizan a cada EISR y que definen el tipo de relaciones posibles entre el narrador (yo/nosotros) y el conjunto de nodos implicados –las que figuran condensadas en enunciados (sintagmas) verbales de orden fáctico o cognitivo.

Tabla #15: EISR: Entornos Interactivos Situacionales y Reticulares. Identificación en base a categorías emergentes extraídas de los relatos de los entrevistados/as.

Entorno (EISR)	Representación del Ego (yo/nosotros)	Nodos relacionados		Sintagmas verbales	
		Tipo	Nombre	Fácticos	Cognitivos
1. Naturaleza	Yo/Nosotros en el entorno natural	Abstracto	Mar	Estar Ser Nacer Pasear Recorrer	Conocer Gustar Cuidar Vivir
			Campo		
			Bosque		
			Estaciones del año		
			Riesgos de la naturaleza		
			Recursos naturales (tierra, agua, mariscos, algas, peces, etc.)		
2. Familia	Yo/Nosotros en la familia	Personal	Hijo/a	Comer Dormir Cocinar Hablar Conversar Decir	Querer Ayudar Cooperar Respetar Aprender Enseñar
			Padre/Madre		
			Hermano/a		
			Otros parientes		
			Compadre / vecino/a		
		Colectivo	Núcleo-Grupo familiar (propio)		
			Núcleo-Grupo familiar (otro)		
			La familia (red de parientes)		
		Institucional	Familia		
			Matrimonio		
		Abstracto	Casa / hogar		
			Terreno familiar		
			Amor / Cariño / Afecto		
Apoyo / Cooperación					
Problemas					
3. Comunidad	Yo/Nosotros en la comunidad	Personal	Vecino/a	Conversar Decir Encontrarse Discutir Pelearse	Ayudar Cooperar Apoyar Mejorar Progresar
			Familiar		
			Profesionales (profesor, médico, etc.)		
			Fiscal		
			Dirigente		
		Colectivo	Gente / Vecinos/as		
			Familias-Clanes		
			Niños/as		
			Adultos/as		
			Personas mayores		
			Hombres		
			Mujeres		
		Abstracto	Capilla		
			Cancha		
			Consultorio		
			Camino		
			Sector / Lugar / Comunidad		
			Desarrollo / Progreso		
			Apoyo / Cooperación		
Fiestas / Encuentros / Campeonatos					
Institucional	Comunidad religiosa (iglesia)				
	Sindicato o agrupaciones locales				
	Club deportivo				

Fuente: elaboración propia.

Tabla #15 (continuación): EISR: Entornos Interactivos Situaciones Reticulares. Identificación en base a categorías emergentes extraídas de los relatos de los entrevistados/as.

Entorno (EISR)	Representación del Ego (yo/nosotros)	Nodos relacionados		Sintagmas verbales	
		Tipo	Nombre	Fácticos	Cognitivos
4. Trabajo	Yo/Nosotros trabajador/a	Personal	Compañero/a / Colega	Trabajar Hacer Sacar Plantar Mariscar	Vivir Ayudar Progresar Desarrollar Mejorar
			Ayudante		
			Dirigente		
			Compradores		
		Colectivo	Pescadores		
			Agricultores		
		Abstracto	Pesca		
			Agricultura		
			Buceo		
			Proyectos		
			Dinero		
			Ayuda del gobierno		
			Capital de trabajo (bote, camioneta, tractor, animales, etc.)		
Institucional	Sindicato o agrupaciones locales				
	INDAP / SERNAPESCA / Programas de gobierno / Municipio				
5. Escuela	Yo/Nosotros escolar	Personal	Compañero/a	Estudiar	Aprender Conocer
			Profesor/a		
			Grupo familiar con el que se reside durante el periodo escolar		
		Colectivo	Compañero/as / ex compañeros/as		
		Abstracto	Educación		
			Escuela / Liceo		
Institucional	Escuela / Liceo				
6. El "Pueblo" (ciudad)	Yo/Nosotros rural	Personal	Pariente / Amigo/a / Conocido/a	Ir Venir Comprar Vender Pagar	
			Vendedor / Comprador		
		Colectivo	Habitantes de la ciudad		
		Abstracto	Ciudad (Ancud)		
			Mercado / Comercio		
			Trámites		
			Locomoción colectiva		
		Institucional	Municipio		
			Empresas		
			Bancos		
Otras oficinas / instituciones					
7. Contacto con Otros	Yo/Nosotros chilote	Personal	Pariente / Amigo/a / Conocido/a	Viajar Salir Volver	Conocer Aprender
		Colectivo	Habitantes de otros lugares ("nortinos" / "santiaguinos", etc.)		
			Ciudades		
		Abstracto	Países (Argentina)		
			El "Norte"		
			La patagonia		
	Viajes				

Fuente: elaboración propia.

La articulación de estos EISR en las narraciones elaboradas por los entrevistados/as, a su vez, es recogida en ciertos pasajes característicos, que traducen experiencias corrientes en la biografía de los habitantes de las comunidades de Lacuy y generan continuidades de sentido entre cada plano particular de relaciones. No obstante lo anterior, una de las características más sobresalientes de los relatos analizados es el predominio de una ilación de corte iterativo –en detrimento de una lógica secuencial-, donde los episodios narrados suelen reunir diferentes situaciones relacionales y donde normalmente no se marcan quiebres significativos entre los distintos fragmentos biográficos. En lugar de ello, las experiencias narradas por los sujetos entrevistados son elocuentes en señalar flujos continuos entre diferentes locaciones y campos de relaciones, donde el elemento común parece estar dado por el arraigo en la comunidad y la omnipresencia de la institución familiar. En tal sentido, los EISR ligados a la naturaleza, la familia y la comunidad constituyen núcleos básicos desde los cuales proyectar vínculos hacia el exterior. Naturaleza, familia y comunidad intersectan y se superponen en tanto campos relacionales, distinguiéndose únicamente por la extensión y fortaleza de las relaciones que se configura y por la difusión de sus límites operativos. En un segundo nivel, los EISR asociados al trabajo/a, primeramente, y a la escuela, luego –aunque con resonancias más relevantes en la escala individual- tienen una importancia decisiva en la conformación de “puentes territoriales” que vitalizan la cotidianidad de las comunidades y fomentan la construcción de identidades singulares. Por último, el “pueblo” y el contacto con otros, revisten los EISR más complejos en los cuales esta identidad se revela con nitidez y plantea principios alternativos de escisión y encuentro con otras realidades culturales.

Considerando estos tres niveles de complejidad, los pasajes narrativos que se intercalan entre los distintos EISR contemplan dos mecanismos principales, que comprometen desplazamientos de orden individual y/o colectivo: (a) *desplazamientos biográficos* –decisiones de cambio tomadas por individuos y familias que reflejan oportunidades y preferencias que se vuelven conscientes conforme a la evolución de los ciclos vitales y familiares-; y, (b) *desplazamientos geográficos* –que se articulan con las primeras y se distinguen de aquellas en la medida en que implican cambios locacionales asociados a una determinada periodicidad (cotidiana, esporádica o duradera). Los desplazamientos biográficos, en primer lugar, son consistentes con la distribución de las responsabilidades de reproducción familiar, regulando el paso entre la dependencia del grupo familiar (infancia temprana), el acercamiento a agencias secundarias de socialización (la escuela, durante una parte de la infancia, preadolescencia y adolescencia), y la progresiva asunción de responsabilidades reproductivas y la adquisición eventual de la capacidad de generar ingresos para el hogar a través del trabajo remunerado (proceso que puede iniciarse durante la infancia, a veces articulado con la experiencia escolar, pero que se consolida durante la juventud y adultez). Pasajes narrativos característicos de esta lógica de desplazamiento suelen enfocarse en decisiones motivadas por un contexto familiar, donde el inicio y el fin de la participación de los individuos en instituciones escolares, por ejemplo, se relaciona fuertemente con las expectativas y con el capital social de las familias. La incorporación en el campo de relaciones del trabajo/a, por su parte, tiende a ser vivenciada como parte de un proceso natural, donde el sujeto se ve arrastrado desde edades tempranas a aportar en la medida de sus posibilidades, al presupuesto familiar y asistir muchas de las tareas desarrolladas por los padres.

De otra parte, los desplazamientos geográficos se conciben como transiciones entre un lugar y otro, convergentes con las responsabilidades y oportunidades que se abren en determinadas fases vitales y familiares. En este punto, se distinguen los desplazamientos habituales hacia el “pueblo” –típicamente experimentados como parte de una rutina plenamente articulada con las experiencias en la casa, en la comunidad, en la escuela y el trabajo- y los desplazamientos hacia otros lugares –esporádicos o justificados en una opción migratoria de mediano a largo plazo. La interfaz de estos desplazamientos geográficos es la experiencia del viaje, donde no solo se hacen manifiestos ciertos condicionamientos aparejados a las opciones de transporte disponibles, sino también se construye un cierto imaginario relacionado con los itinerarios, las escalas y tiempos del viajero/a. Dichos desplazamientos, a su vez, trasuntan una valoración comparativa que el sujeto elabora en relación a diferentes lugares. Así, la experiencia de las idas y venidas corrientes a Ancud o las experiencias más intermitentes de viajes a Puerto Montt suelen estar acompañadas por comentarios que enfatizan la incomodidad, molestia o desagrado que muchas veces les causa el viaje y los prejuicios que tienen hacia dichos lugares. Por el contrario, otros entrevistados/as ven en estos viajes oportunidades de esparcimiento y distracción, valorando asimismo la posibilidad de conocer realidades distintas cuando han tenido oportunidad de “salir” o irse por algún tiempo prolongado a visitar otros lugares.

IV. Tercer acercamiento: caracterizando la experiencia territorial de las familias de la Península de Lacuy

“Hay tantos sueños... Que haya mejores trabajos, que haya agua potable, caminos asfaltados, para llegar más rápido al pueblo, que el trabajador, el pescador sea bien pagado... Porque aquí lo único que falta es la plata, lo demás está, falta un poco de dinero, lo demás está todo aquí. Y el que quiere pasar hambre aquí, es por flojo, pero el hombre que trabaja no le falta nada, nadie se muere de hambre, aquí podemos decir eso, no como gente tan humilde que hay en el pueblo, hay gente pobre, pobre, en Santiago mucho más. Hay gente que vive con un pan en el día, entonces... Nosotros aquí tenemos una gran riqueza, no tenemos el dinero, pero tenemos la riqueza de los recursos naturales, de la tierra, el campo, ésa es la riqueza que tenemos.”

(Hombre, 55 años, Guapilacuy)

Los significados culturales principales que caracterizan el habitar de las personas y familias residentes en Lacuy y que se articulan en una experiencia singular del territorio, se revelan en los discursos de los entrevistados/as en un conjunto de tramas interrelacionadas de sentido. Estas tramas vinculan y ponen en tensión elementos de diferente complejidad, involucrando –como ya se ha visto- a determinados actores, lugares, actividades y prácticas cotidianas, y prefigurando, a la vez, un orden más elaborado de representaciones culturales, susceptible de ser observado y analizado a través del concepto de imaginarios territoriales. En esta dirección, las configuraciones sociales y relacionales examinadas en las secciones precedentes –en las que se ponía de relieve la centralidad de la organización familiar y comunitaria-, constituyen sólo una dimensión particular en la composición de experiencias territoriales intersubjetivas que se definen en torno a los siguientes ejes estructurantes: (a) *una experiencia subjetiva asociada a lugares*, que se organizan de manera jerárquica de acuerdo al grado de conocimiento, valoración y apropiación, y que se definen en conformidad a significados sociales, espaciales y temporales; (b) *relatos de prácticas espaciales* comunes a los modos de vida de los habitantes de la Península; y, (c) *discursos sociales*, distinguidos y organizados en una estructura de posiciones de escala comunitaria en los cuales se revelan *imaginarios de base*

unidad o territorio de referencia en el que se enmarca la experiencia territorial de las comunidades; y, finalmente, (vi) *lugares distantes*, cuya referencia espacial natural es el “Norte”²² y cuyos puntos de contacto aluden a ciudades importantes por su cercanía física (Puerto Montt), por su condición de grandes capitales (Santiago o Valparaíso) o por la existencia de parientes o conocidos/as de los entrevistados/as que residen allí.

Respecto de esta jerarquía de planos –que define una red de relaciones espaciales con base en la comunidad local y cuyos nodos se fijan en los diferentes puntos o localidades-, cabe prestar atención a dos hechos relevantes que se desprenden del análisis de las entrevistas. Por una parte, se destaca la centralidad que ocupa Ancud como punto de referencia en las narraciones de los entrevistados/as –lo que supone no sólo una alta interacción entre las comunidades y esta ciudad, sino también un grado considerable de subordinación funcional-; por otra, cabe indicar la ausencia palpable de referentes territoriales intermedios que permitan vincular los relatos de los habitantes de la península de Lacuy a una identidad cultural extensiva y diferenciada en el contexto chilote. En concordancia con lo evidenciado por Adler (Adler, 2003), las entrevistas realizadas confirmaron la carencia de denominaciones territoriales de orden regional, siendo característico el predominio de una identificación preferente con la comunidad local en fluida articulación con el sentido de pertenencia asociado, en términos globales, a la cultura chilota.

Desde ese punto de vista, las relaciones con las comunidades aledañas son vistas a modo de relaciones de vecindad, donde se perciben escasas diferencias y donde a veces también se encuentra comprometido un sentimiento ampliado de comunidad, con un significativo componente familiar. Las particularidades locales, en opinión de los entrevistados/as, se relacionan esencialmente con las condiciones naturales de cada sector, que permiten o limitan el desarrollo de algunas formas de producción. Estas diferencias, sin embargo, no se consideran relevantes en términos socioculturales, reconociéndose una fuerte homogeneidad en la gente y en sus condiciones de vida, en convergencia con los análisis desarrollados previamente.

En palabras de una de las entrevistadas:

[“Entre las diferentes comunidades de la península] *Es casi lo mismo...el modo de vivir...la gente, es casi igual... El sector de Nal y Catrumán se ha dedicado más siempre, que yo conozco, al alga, al pelillo y a la ostra. Y la gente del sector de acá de Corona, se dedica más a la luga, porque es lo que hay por acá. La luga, los mariscos, los locos, erizos...todas esas cosas salen acá. Y en el sector de Nal y Catrumán, no salen esas cosas.*”
(Mujer, 62 años, Guapilacuy)

En esta descripción generalizante de la cultura local, el sentido de lo chilote –como forma cultural- parece implicar, por sobre todo, una relación especial con el mar y sus recursos, que determina actividades y estilos de vida semejantes.

²² En gran medida, los discursos de los entrevistados/as se construyen desde una posición natural de periferia, donde todas las relaciones espaciales relevantes –en términos políticos, económicos y sociales- se plantean en función del Norte geográfico como equivalente de “resto de Chile”. En algunos casos, la dicotomía Chiloé / el Norte tiende a ser sustituida por la dicotomía Chiloé/Santiago, que se volvió altamente significativa en el contexto de la entrevista, donde la mirada del entrevistador tendía a ser encasillada por los entrevistados/as bajo el rótulo de la percepción de un santiaguino.

Tal como señala uno de los entrevistados:

“Chiló tiene casi similares características, sobre todo los que tenemos acceso al mar, todos tenemos casi las mismas características, las mismas formas de vivir”
(Hombre, 61 años, Nal)

Estas observaciones fortalecerían la tesis de la *“cultura del bordemar”*, que cumple un papel aglutinador y homogeneizante entre las distintas prácticas culturales de las comunidades chilotas y, especialmente, de aquellas que se emplazan cerca de la costa. El reconocimiento de las semejanzas entre comunidades cercanas, a su vez, se ve potenciado por la continuidad de relaciones sociales cuya principal fuente reside en el parentesco. De esta manera, la percepción común entre los entrevistados es que no sólo los otros sectores son semejantes entre sí, sino que también se vivencian como propios en la medida que son habitados mayoritariamente por parientes y conocidos. La apropiación social y familiar del espacio circundante, genera entonces un fuerte sentido de continuidad territorial. Allí donde termina la familia –o hasta donde se extienden las relaciones con personas conocidas- es donde termina, también, el territorio en tanto expresión subjetiva, apropiada y significada del espacio geográfico. Los límites físicos de la experiencia territorial son, sin duda, límites sociales y viceversa. Asimismo, la distancia entre los distintos lugares tiende a relativizarse en la medida que existen afectos comprometidos (y que dichos afectos, como se ha visto, sean correspondidos).

Respecto de las prácticas espaciales, se rescatan dos elementos que emergen con singular fuerza de las narraciones construidas por los entrevistados/as y que de alguna manera también han sido aludidos en las secciones precedentes. Estos elementos son, por una parte, el rol estructurante del espacio que desempeñan las actividades productivas y comunitarias y, por otra, el influjo cíclico de las estaciones, durante las cuales se planifica el trabajo, se consolidan rutinas y se organiza gran parte de las actividades cotidianas de los habitantes de la península.

El esquema desplegado en la Figura #8, en este sentido, retrata de manera congruente las inquietudes que afectan el diario vivir de los entrevistados, destacando conceptos emergidos de las conversaciones entre los que emanan prácticas recurrentes, proyectos u oportunidades, junto con condicionantes y restricciones.

Figura #8: Esquema jerárquico de texto: objetos y conceptos abstractos relacionados con prácticas espaciales de los habitantes de Lacuy.



Fuente: elaboración propia, usando plantillas predefinidas de Wordle (<http://www.wordle.net>).

El trabajo –que, en general, se entiende como el conjunto de actividades que demandan esfuerzo físico y que reportan beneficios materiales (no necesariamente monetarios) a los individuos y familias- se configura como principal centro de atención. El trabajo tiene diferentes facetas y dimensiones, característica que empalma con la concepción ya discutida de la pluriactividad de las familias rurales de la zona. El trabajo, de tal manera, se escinde en *trabajo agrícola* –que implica una relación con la tierra y el agua, con los animales, con sus ciclos y procesos productivos y con el cultivo de ciertos vegetales (destacándose, por cierto la papa)-, *trabajo en el mar* –ligado a la pesca artesanal y al buceo- y en *formas típicamente monetarizadas de trabajo* –valorizadas económicamente y que se traducen en dinero (plata o pesos) o productos, donde además se plantean miradas y estrategias de largo plazo (la idea de proyecto, la promesa del desarrollo turístico).

No obstante estas distinciones analíticas, es importante subrayar como todos estos elementos son vivenciados a modo de una experiencia integral, en la que se generan estrategias interrelacionadas que cobran sentido y vigencia en atención a balances medioambientales, oportunidades productivas de mayor o menor rentabilidad, culturas y prácticas tradicionales. Pese a la diversidad de actividades que incluye la vida productiva, no existe especialización, sino más bien una multiplicidad de roles productivos compatibles con las necesidades y capacidades familiares. En el trabajo, nuevamente, la unidad mínima de organización es la familia, aunque la comunidad adquiere también relevancia creciente a través de la formación de organizaciones intermedias como los sindicatos, federaciones u asociaciones de productores, que pueden extenderse a dominios territoriales más amplios y validarse como interlocutores legítimos ante las autoridades de gobierno.

La comunidad, del mismo modo, se articula y define en torno a la producción, pero también adquiere autonomía y un significado propio. Bajo esta faceta, la comunidad emerge como el espacio privilegiado para la cooperación y la solidaridad (la ayuda), facilitando instancias para la resolución de conflictos (problemas) y favoreciendo el encuentro y la recreación entre pares (ámbito en el que se destaca la importancia de las fiestas).

La estacionalidad, como ya se ha dicho, marca los ritmos y rutinas del quehacer y la vida comunitaria. El invierno es el periodo del año en que las actividades se reducen y donde se intensifica la vida puertas adentro. Los meses más secos, por contrapartida, son los más activos desde el punto de vista productivo y donde resulta imprescindible planificar las tareas con un sentido de anticipación, considerando las restricciones que se plantean durante el resto del año.

Como reconoce una entrevistada:

“Acá todos nuestros trabajos dependen del clima, porque si nos vamos al campo, en este tiempo estamos esperando ya como dos meses que haga calor, para que podamos hacer el pasto que se deja para los vacunos en invierno, pasto seco. Y uno lo guarda en bodegas, forrado y todas esas cosas, para poderse lo dejar a los animales. Y esa espera es de todos los días esperar que haya cuatro, cinco días bueno para hacer ese trabajo. Cosa que...hasta aquí, a la altura de este año, no hemos podido. Y los que lo han hecho lo han hecho mal, porque le han quedado mojados sus fardos. Esas son las cosas que nosotros aquí...se puede decir, que nos afecta, el asunto climático...”

(Hombre, 59 años, Guapilacuy)

La dificultad para realizar faenas productivas en los meses lluviosos también suele traducirse en dificultades para generar ingresos en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de consumo familiar. Por eso se valora la previsión y se demanda un rol más activo de las entidades que prestan apoyo a los productores locales.

En este mismo sentido, la estacionalidad marca acentos en la relación que los sujetos establecen con el entorno físico-natural y con los recursos que éstos pueden aprovechar en diferentes momentos. Agua, tierra, pasto, animales y papas, entre otros, surgen como sustantivos recurrentes que especifican relaciones e imágenes relevantes para caracterizar las prácticas espaciales predominantes.

En un nivel más abstracto, en tanto, el concepto de *vida* no sólo resume y conjuga una serie de prácticas singulares (entre las que destacan el trabajo, la interacción con la familia y con la comunidad, además de la relación con el entorno físico-natural), sino que también pone en valor el conjunto de las experiencias adquiridas por los sujetos en el contexto local. La “vida” a la que se refieren los chilotes de Lacuy, en este sentido, no solo nos habla acerca de las facetas más reconocibles de una práctica espacial cualitativamente diferenciada, sino que también involucra un proceso de apropiación subjetiva y de definición identitaria, a partir del cual se trazan límites de sentido respecto de las experiencias de otro/a(s).

Si se acepta que las prácticas y el modo de vida de los residentes de la Península son especiales, a continuación emerge la pregunta por las diferentes modalidades subjetivas a través de las cuales se organiza la experiencia del territorio. Desde luego, esta pregunta cobra mayor concreción cuando se la especifica en términos de *imaginarios*

territoriales. Suponiendo, entonces, que la apropiación del espacio no es homogénea y que una serie de variables biográficas y estructurales contribuyen a definir perfiles diversos de experiencias y significados, cabe plantear una distinción entre los discursos de los diferentes entrevistados/as. Así, se pueden observar diferentes imaginarios territoriales en los que sintetizan formas paradigmáticas del habitar propio de los habitantes de Lacuy. Para el desarrollo de esta clasificación, se siguió de cerca la propuesta de Ther (Ther, 2008) (descrita en el marco teórico), quien identifica tres clases de imaginarios territoriales: (a) el de los habitantes ligados al *modo de vida tradicional*; (b) el de los habitantes que *sueñan con la modernidad*; y, (c) el de los habitantes que *relativizan la modernidad*. Esta propuesta probó ser altamente útil y exhaustiva para realizar una agrupación inicial del material discursivo recogido en la investigación. No obstante lo anterior, las sucesivas lecturas realizadas permitieron arribar a las siguientes convicciones:

- (1) *La supervivencia del imaginario tradicional está puesta en entredicho*. Coincidiendo con lo reportado por Ther (Ther, 2008) o Daughters (Daughters, 2010), los discursos analizados traslucen un permanente diálogo entre tradición y modernidad. Sin embargo, la penetración de la economía monetarizada y el acceso amplio a una serie de comodidades urbanas vuelve prácticamente impensable que ciertos individuos o grupos puedan seguir viviendo hoy del mismo modo en lo hacían sus padres/madres o abuelos/as. Así, aunque el imaginario tradicional siga vivo en el discurso de los habitantes de Lacuy, tiende a ser citado más como un referente o un punto de comparación a la hora de evaluar sus experiencias actuales que como una descripción pertinente a las formas de habitar que caracterizan al Chiloé rural contemporáneo. La única excepción en este sentido la constituyen algunas personas mayores a quienes se considera testimonio vivo de la cultura tradicional de las comunidades.
- (2) *El discurso modernizante aparece instalado en todos los niveles del discurso*. No obstante lo anterior, es común que muchos de los entrevistados/as hagan explícita una posición crítica respecto de las consecuencias del proceso modernizador, proponiendo visiones alternativas o bien asumiendo una actitud funcional o adaptativa. En este nivel, es importante destacar que en los discursos de algunos sujetos emerge nítidamente un *sentido reflexivo* en el que –conscientes de que las circunstancias del pasado no se pueden replicar en la actualidad– se reivindican valores solidarios que caracterizaron al modo de vida de las antiguas familias del sector y se introducen ideas nuevas en las que se subraya la necesidad de generar prácticas sostenibles que vayan en beneficio del desarrollo presente y futuro de las comunidades. Otros discursos, en cambio –aun cuando puedan compartir de manera implícita este sentido reflexivo–, colocan en primer plano el despliegue de *estrategias adaptativas* basadas en el aprovechamiento contingente de las oportunidades que se presentan en los nuevos contextos en beneficio del bienestar individual y familiar.
- (3) *La construcción de imaginarios territoriales está filtrada por un sesgo biográfico, donde las variables del ciclo de vida resultan altamente sensibles*. La idea de modernidad que se desprende de los discursos de personas de 60 ó más años es, sin duda, muy diferente de la que se extrae de los testimonios recogidos entre jóvenes o entre familias en formación. Mientras entre los primeros existe la imagen de una *transición forzada* a la modernidad –ante la cual no ha existido más remedio que adaptarse y aprovechar las oportunidades

disponibles-, para los segundos, la modernidad asoma como su medio natural, lo que justifica el ejercicio de opciones libres –basadas en el cálculo racional así como en la reivindicación activa de ciertos valores culturales. Por cierto, ello no impide que entre unos y otros no se desarrollen opiniones críticas, las que se derivan tanto de sus experiencias singulares como del contraste entre el modo de vida tradicional y el moderno.

- (4) *La familia constituye todavía una matriz de significado imprescindible para la afirmación de los distintos imaginarios territoriales. Los discursos de los habitantes de Lacuy comprometen –ya sea de modo implícito o explícito- un concepto familiar denso, en el que la experiencia del individuo y de la familia no resultan dissociables. Del mismo modo, las amenazas y oportunidades que involucra la modernidad son siempre problematizadas en clave familiar, en la medida que lo que está en juego no es un proyecto personal sino, ante todo, el bienestar y cohesión del grupo familiar (con prioridad para la definición nuclear de este último).*

Siguiendo el tenor de estas observaciones, se plantea la presente tipología de imaginarios territoriales en la que se relaciona un motivo o argumento central del discurso con un perfil específico de sujetos.

I.- Imaginario tradicional como recuerdo presente de las formas de vida del pasado

Motivo central:

Tiempo y naturaleza están estrechamente ligados a la vida de la comunidad, lo que permite que los sujetos establezcan una relación orgánica con su entorno. Se consume lo que se necesita, lo que falta se pide o se intercambia con los compadres y vecinos/as, y lo que sobra se va a vender al pueblo –que se visita muy de cuando en cuando. Se trabaja para vivir, pero no necesariamente para ganar dinero. La comunidad es un referente de solidaridad, identidad y afectos, siendo un apoyo fundamental para el trabajo y el bienestar colectivo. Toda la comunidad comparte y se encuentra en las fiestas, en la iglesia y en la minga. Cuando hay necesidades o trabajo por hacer siempre se puede contar con los vecinos y es un deber responder de la misma manera a sus requerimientos. La tierra es fuente de recursos, los que –si bien han decaído en cantidad y calidad por efecto de la explotación desmedida- todavía pueden seguir siendo extraídos y procesados a través de métodos tradicionales. La siembra, la pesca y los animales son ocupaciones diarias que no se pueden descuidar y en las cuales toda la familia participa. El lugar en el que se vive constituye el punto de referencia de todas las experiencias y se marca una clara distinción entre la comunidad local y los afuerinos. Los hombres y las mujeres tienen responsabilidades diferentes, pero todos ayudan en lo que se necesita (incluidos los niños/as).

Perfil de entrevistados/as:

En general, remite a personas mayores que siguen viviendo –por la fuerza de la costumbre o por su propia voluntad- de la misma manera en que se vivía “antes” (antes de la construcción del camino, antes de la monetarización de la economía local, antes de las transformaciones tecnológicas y del acceso masivo a medios de comunicación). Sin embargo, es un imaginario en declive, que más bien se esgrime como representación idealizada del pasado y que se trae a colación con el objeto de ilustrar las diferencias entre el pasado y el presente. Sólo unas pocas personas son sindicadas como fieles representantes de este imaginario y se les reconoce por ser la “memoria viviente” de sus comunidades (siendo transmisores de la cultura oral a través del recuerdo de

personas, hechos o historias muy antiguas). Se trata, corrientemente, de personas que tuvieron un breve paso por el sistema escolar o bien nunca asistieron (por no existir escuelas cercanas) y que actualmente tienen entre 70 y 90 años. Hoy son abuelos/as y viven en sus propias viviendas, aunque frecuentemente compartiendo el terreno y el presupuesto con sus hijos/as. En muchos casos, se trata de personas que nunca han salido de la comunidad de origen o que lo han hecho de manera muy esporádica.

II.- Imaginario moderno-adaptativo, centrado en el bienestar individual y familiar

Motivo central:

La modernidad ha traído cambios acelerados y difíciles de asimilar para la comunidad local. Sin embargo, la gente de hoy vive mejor que sus antepasados y tiene acceso a comodidades y a una calidad de vida a la que tiempo atrás no se podía aspirar. Si bien existen dificultades para poder contar con ingresos permanentes y se experimenta la incertidumbre ante ciertos procesos ajenos al control del individuo (el envejecimiento, el agotamiento de los recursos naturales, la falta de apoyos externos), aparecen oportunidades que pueden ser capitalizadas gracias al esfuerzo individual y al trabajo. Cuando la pesca, la siembra o los animales no dan lo suficiente, hay que ingeniárselas de otra manera para obtener ingresos. Para ello hay que organizarse, si es necesario, y postular a proyectos y a subsidios del Estado, además de abrirse a otras posibilidades (artesanía, turismo, agricultura orgánica, gastronomía, acuicultura, recolección y venta de algas, etc.). En momentos de necesidad el sujeto sólo puede contar con la ayuda su familia, por lo cual no puede prescindir de ella ni dejarla de lado. La comunidad es vista como un grupo de pares, con los que se comparte y convive a diario y a quienes se puede recurrir en caso de alguna catástrofe o necesidad. Sin embargo, en la comunidad también existen rivalidades y desconfianza y, en general, cada cual se ocupa de lo suyo. La educación es muy importante para acceder a oportunidades y se espera que los hijos/as terminen la educación media y obtengan algún título técnico y/o universitario si es posible. Como ellos han tenido acceso a un mayor nivel educacional, seguramente van a seguir su camino lejos de la comunidad, aunque deben ayudar a su familia en lo que puedan y visitarla regularmente. Al “pueblo” se va todas las semanas o incluso varias veces por semana a comprar, a hacer trámites y a visitar a los parientes, pero no es un buen lugar para vivir, porque nunca se podría acostumbrar a su ritmo y forma de vida. Irse o salir de la comunidad nunca fue una opción, aunque más de alguno tuvo la experiencia de viajar a Punta Arenas o a Argentina durante su juventud y tiene parientes o conocidos que se quedaron viviendo allí.

Perfil de entrevistados/as:

Se trata del imaginario más extendido entre las comunidades de la Península de Lacuy y abarca, fundamentalmente, a mujeres y hombres jefes/as de hogar que, en su gran mayoría, cuentan con escolaridad incompleta de nivel básico o medio y cuya edad oscila entre los 45 y 65 años. Son padres/madres o abuelos/as y muchos experimentan actualmente la partida de sus hijos/as por razones de estudio o laborales. En algunos casos, se trata de parejas solas o con hijos/as cursando educación media y quienes, excepcionalmente, han tenido que hacerse cargo del cuidado de personas mayores y/o de sus nietos/as. La experiencia de la migración está presente en sus vidas (porque se han desplazado durante su juventud y luego han realizado viajes por diferentes motivos). A su vez, generan dinámicas de relación a distancia con los hijos/as o parientes que han salido de la comunidad de origen. En algunos casos, este tipo de imaginario también puede hacerse extensivo a personas (hijos/as o jefes/as de hogar) más jóvenes y que han tenido alguna experiencia de inserción en el empleo remunerado.

III.- Imaginario moderno-reflexivo, con énfasis en la sostenibilidad comunitaria

Motivo central:

La comunidad y su entorno han cambiado profundamente y es responsabilidad de los que viven aquí cuidarla y evitar que se pierdan las tradiciones y la cultura local. El agotamiento de los recursos naturales es uno de los mayores problemas que afectan a la comunidad, por lo cual no sólo basta que exista conciencia, sino también organización y acciones concretas que aseguren un manejo sustentable. Las salmoneras y las industrias le han hecho mucho daño a Chiloé y es necesario buscar otras maneras de generar ingresos, como por ejemplo a través del turismo. Además, hay que capacitarse y conocer más lo que se hace en otros lugares, porque no se puede vivir desconectado del mundo. Gracias al conocimiento, además, se puede tener acceso a más oportunidades, obtener más recursos de los programas de gobierno y negociar mejor. Más allá de todos los problemas, este sigue siendo un buen lugar para vivir y es preferible a las ciudades, donde se experimenta abogo y se está expuesto a muchos peligros e incertidumbres. La comunidad tiene que estar organizada y apoyarse mutuamente. Si bien aquí se respeta a todas las personas, hay que tener cuidado de mantener la unidad y preservar las tradiciones, porque la gente de afuera tiene otros intereses. Los jóvenes tienen que aprender a querer el lugar en el que nacieron y se espera que no pierdan vínculos con la comunidad y vuelvan a ayudar en el futuro, cuando los mayores ya no tengan fuerzas para trabajar la tierra o salir al mar. Además, es importante estar en contacto siempre y recuperar el espíritu solidario que existía en el pasado.

Perfil de entrevistados/as:

En rigor, se trata de una variante del perfil descrito antes. Por esta razón, no se establecen diferencias significativas respecto del perfil asociado al imaginario modernizante / funcional. En algunos casos se trata de personas que han tenido un mayor acceso a educación o que han llegado a vivir a las comunidades procedentes de otros lugares. Otra característica destacada es la relación con hijo/as que han tenido formación superior y que se convierten en una importante influencia. Del mismo modo, suelen contar con mayor experiencia migratoria, habiendo realizado varios viajes durante la juventud y/o la adultez. Este tipo de imaginario también caracteriza el discurso de algunas personas más jóvenes que han tenido experiencias de transición y emigración a áreas urbanas mayores.

V. Síntesis: Tipologías socioterritoriales para caracterizar la estructura, redes y experiencia de las familias de la Península de Lacuy

Con objeto de sistematizar la información recogida en el trabajo de campo se ha escogido un camino analítico, a través del cual se busca identificar modelos teóricos de la estructura familiar y de la organización de sus interacciones con otros agentes, recursos e instituciones en el nivel local. La apuesta metodológica es reconstruir, a partir de observaciones en terreno y del análisis de discursos y descripciones emanadas de las conversaciones sostenidas con los entrevistados, algunos principios útiles para definir y caracterizar tipos de organización familiar relevantes en la realidad actual de las comunidades rurales de la Península de Lacuy, además de precisar contextos relacionales y espaciales cotidianos desde los cuales sea posible inferir ciertas particularidades relativas a la experiencia territorial de los sujetos (Lozares y Verd, 2008; Lindón, 2008).

En relación al estudio de las estructuras familiares, la principal innovación introducida respecto de tipologías convencionales de análisis estriba en la contextualización de estos patrones en referencia a las dinámicas particulares de uso y apropiación del espacio. Según ha podido constatarse, los procesos de subdivisión predial, localización de viviendas y fijación de límites comunitarios, además de ciertos hitos territoriales, son componentes que están en la base de la constitución de los arreglos familiares. Del mismo modo, las fronteras entre familia y comunidad suelen ser abiertas y permeables, admitiendo significados diversos y favoreciendo la identificación de los sujetos a colectivos humanos más extensos. En este sentido, si bien los límites de la familia no son los límites de la comunidad, existe un espacio fluido en el cual pueden justificarse conceptos ampliados de familia en los que es factible suponer la inclusión de parientes cercanos y lejanos, compadres, vecinos, amigos y otras personas sin vínculo de parentesco residentes en la comunidad.

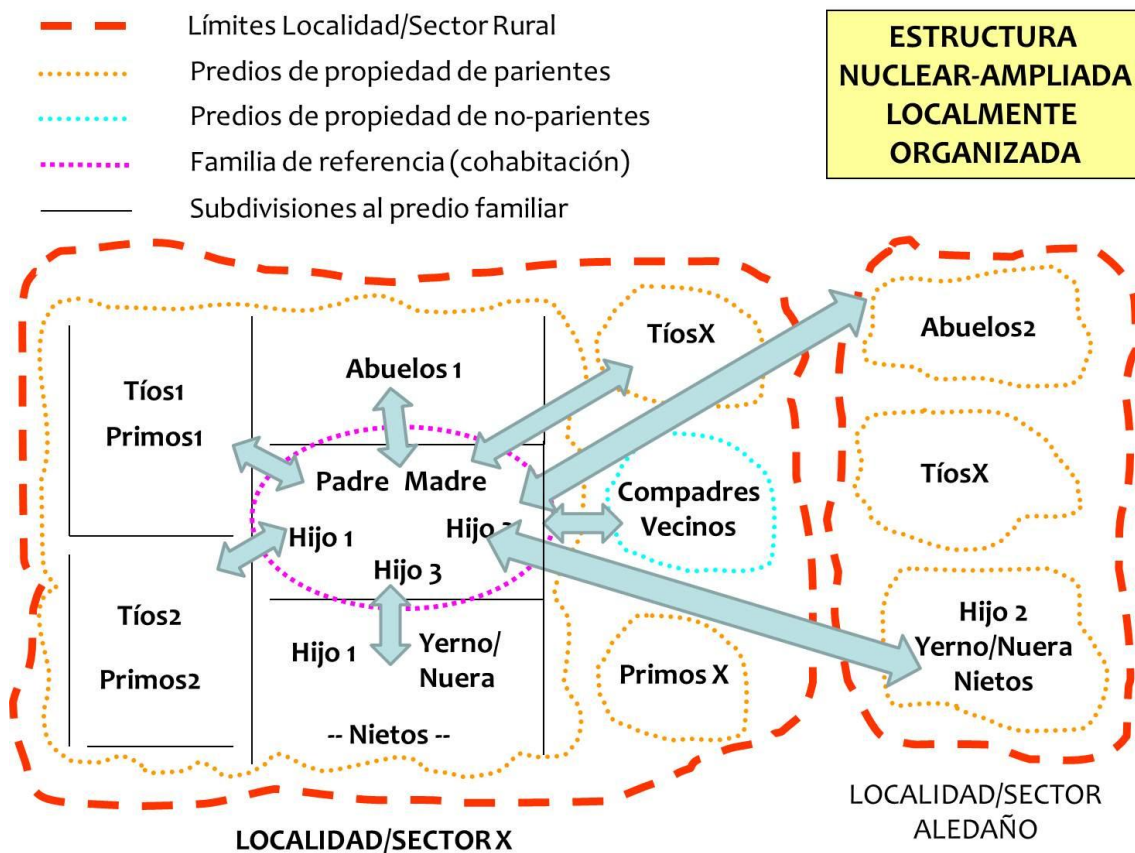
En relación a los modelos de estructura familiar propuestos, se han identificado tres clases de configuraciones, que pueden analizarse sucesivamente a manera de estaciones o etapas en la evolución prevista de los arreglos familiares característicos de las localidades de la Península de Lacuy. En estas configuraciones siempre está presente el referente parental consanguíneo del núcleo familiar básico, compuesto por el padre y/o la madre y sus hijos (descendientes directos), el que se amplía en función de relaciones frecuentes y con contenido afectivo con otras personas, las que pueden o no tener vínculos de parentesco y/o residir en la misma localidad. Si bien se presume un orden secuencial, ligado al ciclo de vida familiar, no hay una lógica inexorable en este desarrollo. Lejos de proponer un modelo determinista o generalizante, interesa resaltar los cambios producidos en diversas características cuantitativas y cualitativas de las familias que se desprenden de las descripciones elaboradas por los individuos entrevistados y por lo observado en terreno. Entre ellas se destacan, entre otras, el tamaño de las familias, la cantidad, intensidad y variedad de las relaciones sociales soportadas por la institución familiar, y la capacidad de articular y mantener estas relaciones a distancia, propiedades que inciden en el volumen del capital social a escala individual, familiar y comunitaria.

Si bien el concepto de familia no es problematizado ni puesto en discusión de manera espontánea por los sujetos, cabe advertir que los significados atribuidos son variados, siendo factible que un mismo individuo maneje de manera simultánea dos o más definiciones no contradictorias sobre el contenido y alcance de las relaciones familiares. En ellas se mezclan y fusionan elementos del parentesco nuclear básico, relaciones mediadas por la cohabitación, la propiedad común de la tierra y/o por la existencia de presupuestos económicos y alimentarios compartidos, además de relaciones difusas con el entorno comunitario inmediato (vecinos, parientes, amigos).

A continuación, se entrega una descripción de las configuraciones familiares identificadas. Esta tipología intenta resumir de manera coherente los mecanismos de contacto detectados entre parentesco, comunidad y territorio, además de captar su dinámica social y espacial y dar cuenta de su posible evolución en el tiempo:

- a. **Estructura nuclear-ampliada localmente organizada.** Está constituida por el núcleo familiar básico, en estrecha relación con parientes cercanos (abuelos, hermanos, tíos, primos) que residen en terrenos de propiedad común, subdivisiones prediales de terrenos familiares, o en terrenos vecinos. Los hijos o descendientes directos tienen la posibilidad de insertarse residencial y productivamente en la comunidad local, ocupando terrenos heredados o accediendo a la propiedad de otros terrenos cercanos a través de recursos propios o a través del matrimonio con otros/as integrantes de la comunidad. Junto a este primer círculo de referencia, tienen una importancia variable ciertas relaciones de compadrazgo o amistad con vecinos (no parientes), además de relaciones con otros parientes que residen en localidades o sectores cercanos. El eje territorial de esta estructura es la comunidad local, con relaciones de vecindad, solidaridad y ayuda mutua que operan como principales elementos de cohesión (ver ilustración en Figura #9).

Figura #9: Tipología socioterritorial (a): estructura familiar nuclear-ampliada localmente organizada

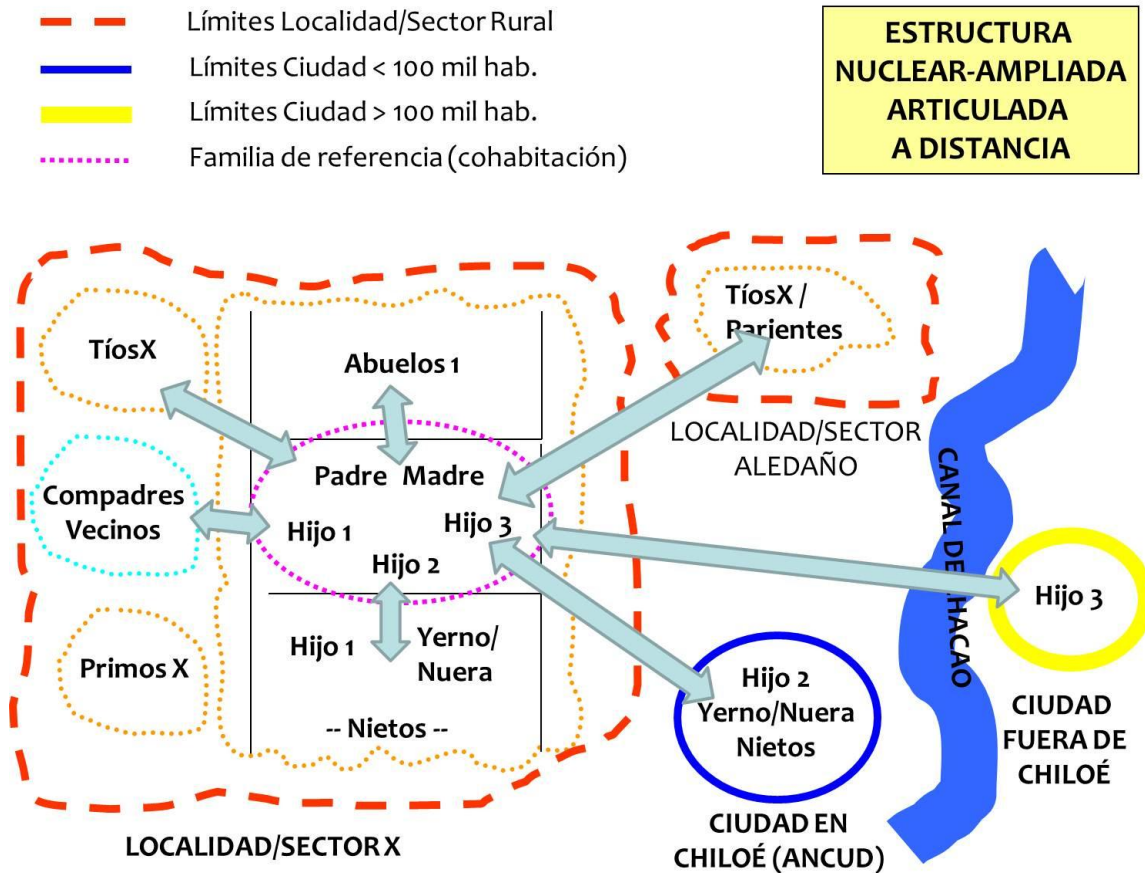


Fuente: elaboración propia.

- b. **Estructura nuclear-ampliada articulada a distancia.** Se define como una extensión del primer modelo, en la que se preservan la mayoría de sus atributos esenciales (prevalencia del núcleo familiar básico, relaciones de parentesco extendido dentro de la comunidad y presencia eventual de relaciones afectivas o de compadrazgo al interior y entre comunidades vecinas). Sin embargo, el elemento distintivo

de esta organización es la creciente movilidad espacial de los descendientes directos del núcleo (hijos/as), quienes –privilegiando el acceso a oportunidades educativas y laborales- se radican de manera definitiva en las ciudades mayores de la isla grande (Ancud, principalmente) o se instalan en grandes ciudades del territorio continental (100 mil habitantes y más, como Puerto Montt, Santiago, Valparaíso o Punta Arenas, preferentemente). Pese a la distancia física, los hijos/as mantienen un estrecho vínculo con su comunidad de origen, visitándola con frecuencia y desarrollando actividades regulares en ellas (productivas, sociales o recreativas, principalmente). La familia de origen, además, se ve directamente beneficiada por la presencia de hijos en localidades urbanas, accediendo a alojamiento eventual y recurriendo a redes de contactos útiles a diversos fines (comercio de productos agrícolas y pesqueros, empleo ocasional, realización de trámites, atención médica, etc.). En este modelo de estructura familiar, la referencia territorial continúa siendo la comunidad local, aunque el espacio y los escenarios vitales se amplían, produciendo interesantes sinergias: los padres acceden al conocimiento de otras realidades territoriales a través de la experiencia de sus hijos, mientras que los hijos/as experimentan cotidianamente el conflicto y las ventajas de conocer diferentes modos de vida (Figura #10).

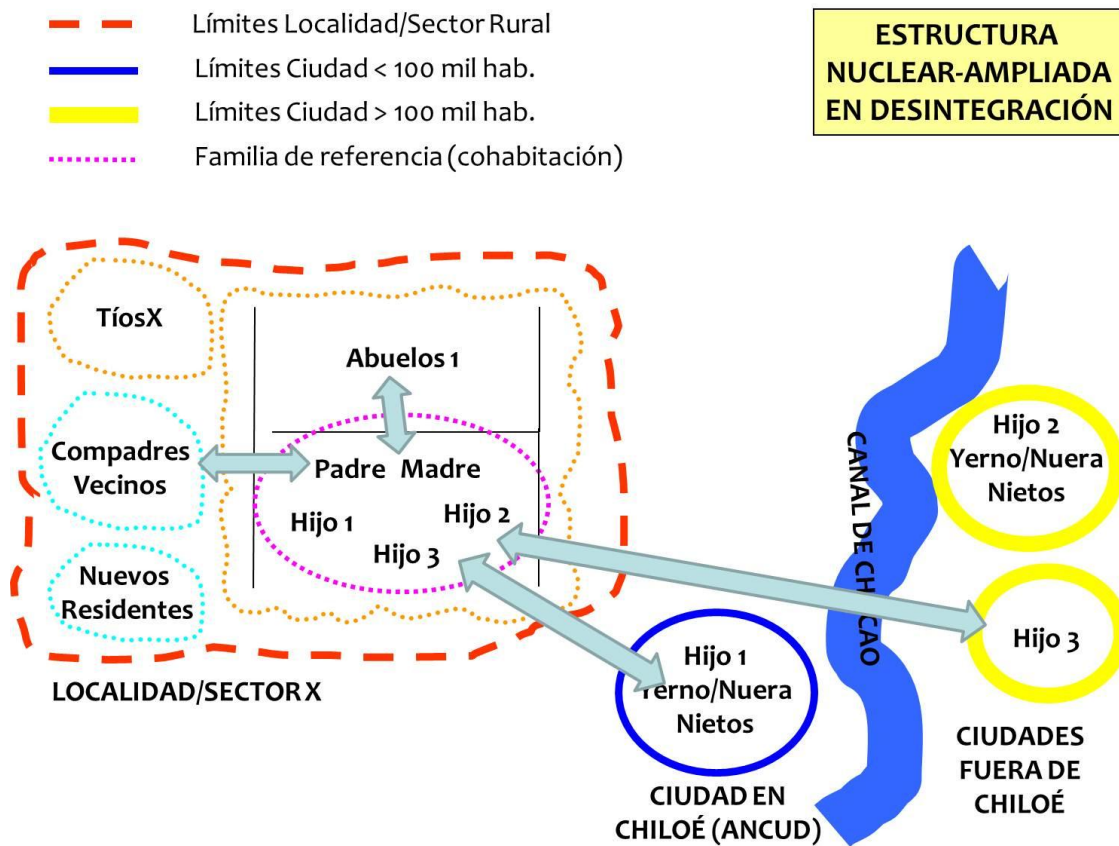
Figura #10: Tipología socioterritorial (b): estructura familiar nuclear-ampliada articulada a distancia



Fuente: elaboración propia.

- c. **Estructura nuclear-ampliada en desintegración.** Esta estructura se presenta como un decantar natural del modelo anterior, presuponiendo el envejecimiento de la población residente en las comunidades rurales y un deterioro en la frecuencia y calidad de las interacciones del núcleo familiar. Los hijos (todos o la mayoría) se han radicado de manera definitiva fuera de la comunidad de origen, con preferencia en localidades urbanas de gran tamaño y alejadas del territorio insular. Desde el punto de vista de las relaciones, el contacto entre padres y sus descendientes directos se vuelve esporádico y reduce su funcionalidad (mecanismos de apoyo y ayuda mutua se activan exclusivamente ante contingencias particulares), más allá de la fortaleza del compromiso afectivo existente. El capital social familiar decae en volumen y densidad, mientras que la comunidad local se vuelve porosa, incentivando la venta de terrenos y la llegada de nuevos residentes sin vínculos biográficos o de parentesco con las familias que tradicionalmente han residido allí. La referencia a la comunidad de origen tiende a disolverse, dando lugar a experiencias territoriales fragmentadas entre los miembros de una misma familia (Figura #11).

Figura #11: Tipología socioterritorial (c): estructura familiar nuclear-ampliada en desintegración



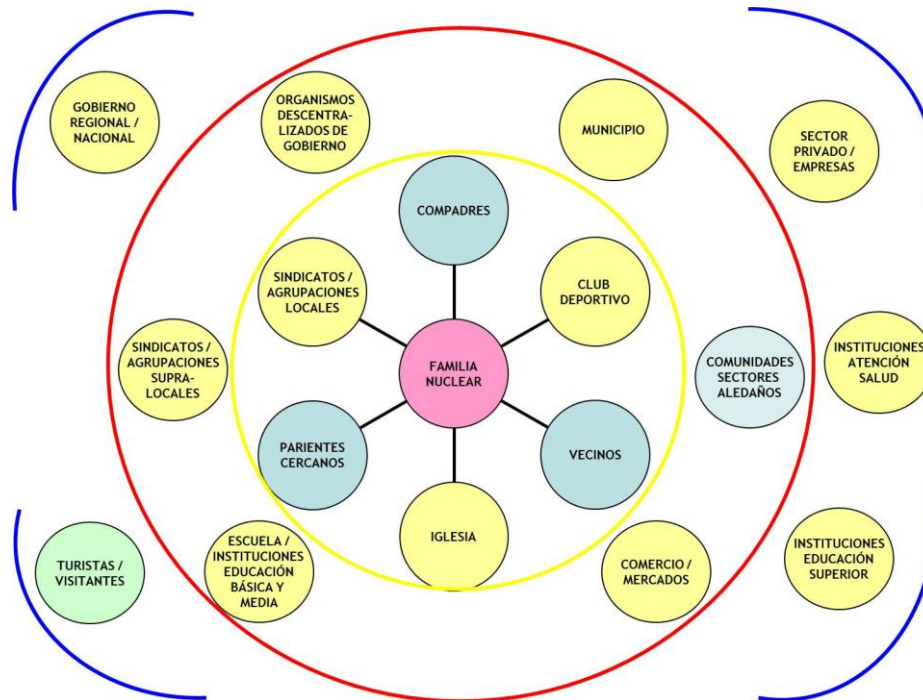
Fuente: elaboración propia.

Según se ha observado, la influencia de estos modelos de estructura familiar puede incidir de manera relevante sobre la experiencia e imaginarios territoriales de los sujetos, facilitando o dificultando la relación con actores, instituciones y recursos localizados en diferentes planos o escalas territoriales: (a) *local* (considerando específicamente los elementos del contexto referido a la comunidad local o sector rural); (b) *supra-local* o comunal (que estructura elementos en una dimensión geográfica mayor, incluyendo, por ejemplo, a un conjunto de localidades vecinas, o ligando a la comunidad local con recursos y oportunidades instaladas en el gobierno municipal o en la ciudad cabecera de referencia); y, (c) *regional-nacional* (donde se consideran elementos y agentes con los que se mantienen relaciones difusas, a los que se acude de manera esporádica o que son percibidos e imaginados de forma remota, como el gobierno (regional o central), las empresas y el sector privado, instituciones educativas y hospitalarias, etc.).

Estos planos ayudan a organizar las redes de recursos sociales a los que tienen acceso los individuos y sus familias, y pueden representarse como campos o círculos concéntricos cuya distancia relativa implica una mayor o menor intensidad de las relaciones. Así, la Figura #12 sugiere interacciones de alto compromiso afectivo que se estructuran en torno a la familia nuclear y el entorno comunitario. En la práctica, ningún miembro de la comunidad puede permanecer ajeno a este primer círculo. En un segundo ámbito, en tanto, aparecen entidades e

instituciones que se localizan en los contornos o fuera de la comunidad y que tienen una importancia relevante desde el punto de vista de la socialización secundaria a la vez que ayudan a configurar las redes de apoyo y soporte externo de la comunidad (incluyendo a la escuela, sindicatos o agrupaciones de trabajadores y productores, el municipio, comercio y otras comunidades aledañas). Por último, un tercer círculo de relaciones describe interacciones más lejanas o abstractas, que envuelven dinámicas de contacto con otros/as (como es el caso de la presencia esporádica de turistas o visitantes), las relaciones con organismos estatales-sectoriales que operan a una escala nacional o regional y las cadenas productivas que vinculan a unidades de producción local con empresas nacionales y transnacionales.

Figura #12: Esquema: campos y planos de relaciones accesibles a los sujetos en un entorno comunitario



Fuente: elaboración propia.

De otra parte, si se considera el plano estrictamente local (primer círculo concéntrico), conviene precisar que los límites de la comunidad son estructurados, en el discurso de los sujetos, conforme a tres clases de significados principales (Figura #13). El primero de ellos es de naturaleza específicamente *territorial* y se refiere a las *relaciones de vecindad*, donde se discrimina por cercanía y lejanía (comunidad territorial). El segundo, en tanto, es de tipo *religioso*, existiendo una delimitación territorial por sectores asociada a la *capilla o parroquia de referencia* (comunidad religiosa). El tercero, por último, es relevante solamente en el caso de localidades costeras, en las que existe un principio de agrupación territorial basado en las *áreas de manejo* asignadas a sindicatos pesqueros locales, el que –por extensión– constituye una forma de pertenencia comunitaria local. De manera secundaria, se advierte que la localización de servicios sociales como postas y establecimientos educativos, resulta otro eje relevante en la identificación de límites comunitarios.

Figura #13: Elementos territoriales básicos en la experiencia subjetiva de los habitantes de Lacuy.

Elementos territoriales básicos en la experiencia subjetiva de los habitantes de la Península de Lacuy

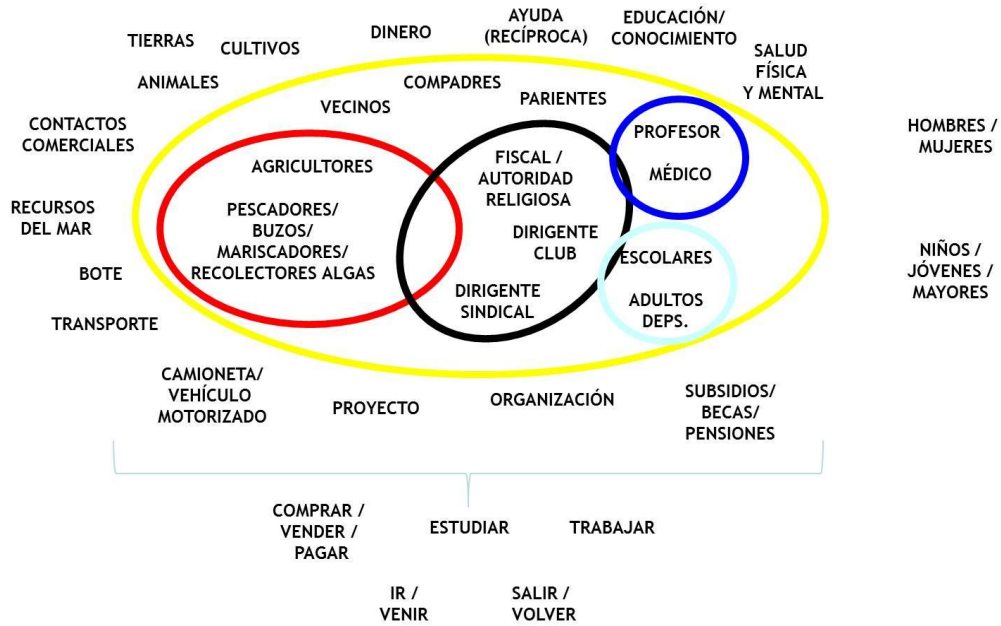


Fuente: elaboración propia.

Conforme a estas definiciones simultáneas del territorio y de sus límites, las interacciones dentro de la esfera comunitaria local se caracterizan por una alta densidad de actores, que refieren a roles estatuidos tanto de manera formal como informal (Figura #14). En este nivel, las relaciones abarcan identidades productivas variadas y no excluyentes (en la medida en que la pluriactividad constituye la norma) –tales como agricultor, pescador, buzo, mariscador, recolecto de algas-, roles dirigenciales y de liderazgo comunitario –fiscal, dirigente del club deportivo, dirigente sindical-, roles profesionales –destacando el papel de médicos, enfermeros/as y profesores/as- y categorías etarias o generacionales receptoras de cuidados –niños/as y adultos/as mayores dependientes. Para cada una de estas categorías, se definen recursos o tipos de capital relevantes, acciones recurrentes y distinciones basadas en variables de género y de ciclo de vida.

Figura #14: Mapa de actores y relaciones comunitarias

Mapa de actores y relaciones comunitarias



Fuente: elaboración propia.

CAPÍTULO SEIS: CONCLUSIONES.

I. Reflexiones teóricas: el lugar de la familia en el territorio

Según se planteó al comienzo de esta memoria, la relevancia teórica que cabe asignar actualmente al estudio de la relación entre familia y el territorio se sostiene sobre dos premisas básicas: (a) que la familia continúa desempeñando un papel protagónico en la organización del espacio local y la construcción de experiencias territoriales significativas desde una perspectiva cultural; y, (b) que los desafíos contemporáneos a los que se enfrenta la institución familiar suponen procesos de tensión y redefinición del modo en que se construye la articulación entre la familia y el territorio, con especial impacto sobre comunidades rurales basadas en un tejido social tradicional. A la luz de las evidencias recolectadas durante el desarrollo de la investigación –y de las observaciones que surgen en conformidad con el análisis previamente expuesto y la literatura revisada-, se confirma la centralidad de la familia en la generación de una experiencia territorial intersubjetiva, en la medida que esta institución opera como una matriz de significados culturales a la vez que como un campo de relaciones interpenetrado con las interacciones e intercambios que se producen en la escala de la comunidad local. El rol central de la familia, además, emerge con fluidez en un contexto de continuidad de representaciones, prácticas e imaginarios territoriales teñidos de una fuerte impronta tradicionalista, tal como resulta característico de las comunidades analizadas en esta investigación.

Pese a esta constatación general, cabe rescatar dos características particulares que indican caminos de transición en orden a propiciar una redefinición de la relación familia-territorio en el marco de comunidades rurales inscritas en desarrollos contemporáneos de tipo semiperiférico. La primera de estas características se refiere a la *estructura predominante entre las familias* de la península de Lacuy y a su influencia en el *funcionamiento de redes sociales comunitarias*. Según se ha observado, la configuración nuclear –definida por un cierto grado de clausura consagrado en torno a las relaciones entre padre/madre e hijos/as y entre hermanos/as, con exclusión a otras relaciones menos significativas desde un punto de vista afectivo- se valida crecientemente como expresión modélica de la institución familiar, acusando el impacto modernizador de los procesos de transformación y reescalamiento productivo ligados a la globalización. Aun cuando el parentesco extenso y sus entrelazamientos socioafectivos con la comunidad local siguen estando en sintonía con las dinámicas familiares intranucleares, se revelan distinciones semánticas relevantes entre la *casa* (hogar nuclear) y la *comunidad o sector* (relaciones entre vecinos o entre pares miembros de una misma comunidad), con consecuencias desde el punto de vista de la construcción de la experiencia territorial y de la imagen de cohesión social que convencionalmente se asocia al Chiloé rural. El *territorio-comunidad* –comprendido como forma colectiva de identidad socio-territorial tradicional, donde la familia nuclear es un componente plenamente integrado a la comunidad como experiencia totalizante-, en este sentido, cede protagonismo a la idea de un *territorio-familia nuclear*, donde el lugar en el que se habita constituye una opción productiva y residencial viable de conformidad con diferentes *balances familiares*, tales como el acceso a fuentes de ingresos monetarios, la comunicación y el apoyo recíproco esperado de los miembros del núcleo familiar, la accesibilidad a servicios y equipamientos y la valoración de una cierta calidad de vida asociada al lugar y la

naturaleza, entre otros. En tal sentido, las fronteras de la comunidad –otrora inaccesible y volcada sobre sí misma– no son tan importantes en la actualidad como las fronteras que definen las relaciones entre los integrantes del núcleo familiar y que habilitan el acceso remoto a recursos y apoyos en correspondencia con la fortaleza incuestionable del vínculo existente entre éstos. Si bien esto no quiere decir que las bases de la solidaridad comunitaria se erosionen –de hecho, los entrevistados/as fueron especialmente insistentes en subrayar la importancia de la cooperación y ayuda que espontáneamente se da entre los vecinos/as–, si se vislumbra una cierta *descompresión* y *declive* de los lazos comunitarios, evidenciada en el hecho de que las relaciones entre miembros de la comunidad se vuelven *menos importantes y/o decisivas* en el diario vivir.

En consonancia con lo anterior, la segunda característica observada remite al cambio en la articulación de las redes familiares, las que derivan hacia *formas móviles de interacción* en las que se relativiza la importancia de la localización geográfica. Este proceso señala el paso hacia una institución familiar capaz de actuar a distancia sin poner en peligro su cohesión y fortaleza. Sin embargo –contrariamente a idea del desanclaje espacio-temporal del que hablara Giddens décadas atrás o a la resistida noción de desterritorialización propuesta por algunos de los portavoces académicos de la globalización–, las familias de la Península de Lacuy ostentan una capacidad singular para combinar el funcionamiento a distancia de estas redes familiares con la supervivencia de una *identidad territorial fuerte* que no se ve amenazada por la apertura creciente –tanto de quienes se quedan en la comunidad como de quienes se alejan– a influencias culturales externas. Esta capacidad –asentada en el reconocimiento de una distinción cultural no conflictiva (y que se ha asociado aquí a la idea matriz del *contacto*)– permite a los habitantes de Lacuy que las redes que éstos constituyen fuera de la comunidad operen como puentes que contribuyen efectivamente a ampliar sus experiencias territoriales en lugar de enajenarlas.

En términos sumarios, entonces, si la familia continúa siendo un actor vigente y central en la producción de la experiencia del territorio esto es posible por el desarrollo de tres procesos complementarios: (a) una nuclearización creciente a nivel de las estructuras y fundamentos culturales de la institución familiar; (b) un ajuste de los intercambios y aportes que la familia facilita en el seno de la comunidad local; y, (c) una reorganización del de las redes familiares en el espacio geográfico, favoreciendo una mayor movilidad y garantizando la persistencia de vínculos recíprocos fuertes y con alto contenido afectivo entre miembros nucleares. Todos estos procesos son vivenciados cotidianamente por los sujetos en el marco de diferentes entornos reticulares de relaciones, en los que permanentemente se pone en tensión la adscripción a la familia, la identidad comunitaria y los proyectos individuales. Dicha tensión demanda de parte de los sujetos un importante esfuerzo para armonizar y dar sentido a los diversos desplazamientos biográficos y geográficos a los que se ven expuestos en el contexto de un territorio que aumenta en complejidad y que se ve expuesto a las consecuencias de la creciente valorización económica de sus recursos. Dicho contexto evidencia la irrupción de desarrollos semiperiféricos en los que se advierten nuevas oportunidades y riesgos para la integración social y económica de individuos y colectividades, en tensión con la imagen tradicional de un territorio aislado y de una comunidad solidaria atesorada en los relatos de personas mayores.

De acuerdo a esta síntesis, cabe repasar las hipótesis que se plantearon inicialmente y evaluar su pertinencia de conformidad con los hallazgos efectuados:

Hipótesis N°1:

Las estructuras familiares características de comunidades rurales de la península de Lacuy sintetizan la tensión existente entre una definición nuclear y extendida de las relaciones de parentesco, y se plasman territorialmente en configuraciones circunstanciales y flexibles que favorecen la identificación y el arraigo con el lugar de origen.

Según se pudo observar, la definición nuclear ejerce una nítida preeminencia sobre otra clase de configuraciones, las que se presentan de manera infrecuente o bien de modo subordinado a las relaciones basadas en el parentesco nuclear. Si bien ello no impide reconocer la densidad y fortaleza de las redes de parientes más amplias que se activan en el territorio –y que involucran una importante carga afectiva, estimulada a menudo por la coresidencialidad, vecindad, cercanía física y sentido de pertenencia comunitario–, es característico el protagonismo de la estructura nuclear no sólo en su expresión de arreglo doméstico-residencial, sino sobre todo en su dimensión cultural e institucional. De acuerdo a la interpretación que se sigue de los casos estudiados –pese a no recogerse una variabilidad significativa de patrones de estructura familiar–, es correcto afirmar que el parentesco nuclear define simultáneamente un sistema de denominaciones estable a través del tiempo, una fuente de significados culturales y una organización social basada en la cooperación y en la reciprocidad, con especial importancia en la constitución de vínculos y obligaciones paterno-filiales.

Hipótesis N°2:

Las redes sociales comunitarias en las que se insertan las familias de la península de Lacuy se caracterizan por un marcado predominio de lazos fuertes y con contenido afectivo, que no sólo trascienden los límites de la comunidad de origen, sino que se cultivan y actualizan permanentemente con relativa independencia de la distancia física.

Esta hipótesis resulta consistente con los hallazgos de la investigación, que revelan la omnipresencia de relaciones estrechas e intensas que envuelven a los miembros de un núcleo familiar, a su red de parientes cercanos y, por extensión, al conjunto de sujetos, lugares e instituciones con los que se establecen vínculos significativos en el marco de la comunidad local. Las redes familiares y comunitarias locales de los habitantes de la Península de Lacuy no sólo se caracterizan por una gran densidad y fortaleza, sino que escalan hacia otro nivel de complejidad a través del contacto y la persistencia de relaciones con miembros emigrados de la comunidad local y con nodos o personas situadas en lugares distantes. El campo de redes sociales a los que los sujetos tienen acceso, entonces, está modelado por un patrón familiar-comunitario, que garantiza cohesión e intimidad, pero que a la vez demuestra versatilidad y una alta capacidad de adaptación frente a la movilidad geográfica de los nodos o agentes. Dichas propiedades, facilitan la constitución de una forma de capital social supra-comunitario basado en alianzas o “puentes” entre agentes individuales y colectivos localizados en distintos emplazamientos geográficos. Ello posibilita una significativa diversificación de los recursos (sociales, físicos y culturales) disponibles para los actores

de la comunidad y la conformación de una red social caracterizada por un alto predominio de lazos fuertes y una considerable flexibilidad territorial.

Hipótesis N°3:

La experiencia territorial de los habitantes de estas comunidades está centrada en la familia, concepto que articula y organiza los discursos, prácticas y representaciones de los sujetos y cuyo significado comprende y da sentido a la idea de comunidad local.

En los relatos biográficos de los habitantes de Lacuy se percibe de manera ostensible cómo los significados asociados al territorio están fuertemente relacionados con la experiencia familiar. La vida familiar da sustento a la experiencia del territorio y permite comprender el sentido involucrado detrás de los diferentes desplazamientos, vivencias y valoraciones que cada persona desarrolla en función del lugar en el que vive. El territorio creado y recreado por los chilotes residentes en estas localidades se caracteriza por una cierta forma de *ensimismamiento*, donde los sujetos se perciben a sí mismos como seres altamente dependientes del afecto y apoyo de su familia más cercana y de sus pares en la comunidad, lo que no obsta para que sus fronteras sean abiertas y para que sus relaciones con otros sean fluidas. En gran medida, son las familias (y, en un grado menor, la comunidad) quienes se perciben como actores centrales de un territorio que sigue percibiéndose conforme a una imagen arquetípica de abandono o aislamiento, pero que progresivamente comienza a abrirse a nuevas expectativas y oportunidades. Las familias han sido y continúan siendo agentes activos en producir contacto, haciendo notar –de tal forma- que en sus propios intercambios y relaciones con otros está la clave para capitalizar las oportunidades que brinda un lugar expuesto a transformaciones aceleradas y a una creciente valorización económica de sus recursos.

II. Aprendizaje metodológico

La presente tesis apostó a generar una síntesis metodológica en la que se incorporaron aplicaciones y enfoques provenientes del análisis de redes sociales, de la investigación y el análisis de discursos sociales, y de la geografía constructivista. Esta última tradición, por lo demás, se considera no solamente como una herramienta metodológica, sino también como eje estructurante de la lectura teórica que se ha planteado en tono a la articulación de categorías sociales y territoriales. Bajo este prisma, el balance que se sigue de este acercamiento señala, cuando menos, dos importantes aprendizajes.

En primera instancia, se reconoce y confirma el valor de los relatos biográficos subjetivos como un material denso, rico y detallado que puede ser apropiado desde diferentes perspectivas de análisis. En este sentido, se ha observado cómo la construcción de una narrativa de vida espacial es un proceso consustancial a la propia elaboración de la biografía personal y colectiva que surge espontáneamente de las conversaciones sostenidas con los entrevistados/as. La biografía se prueba, en tal sentido, como una *forma singular de construcción del territorio*, plena de significados, valoraciones y vivencias cruciales para los sujetos, pero también –como se ha observado- se afirma como un insumo apto para explorar el concepto de territorio desde la perspectiva de una de sus posibles objetivaciones: la de un *campo activo de vínculos y relaciones sociales*, del cual el sujeto es parte y agente en la definición

de sus límites y contenidos. Bajo estos términos, el territorio se visibiliza como una noción característicamente social y móvil, en la medida que sus contornos son modelados por los intercambios significativos que los sujetos establecen con otros actores. Dicha representación, además, se muestra versátil y congruente con el perfil de los imaginarios territoriales identificados entre los habitantes de Lacuy, que se destacan por un alto sentido de pertenencia comunitaria y recursividad respecto de las redes sociales que se constituyen al interior y más allá del lugar de origen.

No obstante lo anterior, un segundo aprendizaje metodológico dice relación con la dificultad para conciliar la objetivación de este territorio-red con la comprensión del territorio a través de la experiencia y significados subjetivos. Aunque el modelo propuesto por Lozares y Verd –sobre el cual se ha ensayado una aplicación concreta y simplificada- intenta proyectar la complejidad del mundo interior del sujeto sobre entornos reticulares susceptibles de situar en un espacio socio-geográfico y temporal, sin perder de vista su riqueza y densidad, esta empresa no está exenta de contradicciones. Y es que el propio enfoque de redes sociales –no obstante los recaudos y consideraciones que se tomen en cuenta- supone la reducción de la experiencia subjetiva en aras de la identificación de estructuras externas al sujeto. Aun cuando el estudio de las redes sociales facilita la observación de flujos e intercambios que relacionan diversos entornos y posiciones, puede afectar la comprensión de los procesos sociales de construcción del territorio al proponer una lectura espacial descentrada de la experiencia subjetiva.

El agente-nodo del enfoque de redes sociales, en tal sentido, es una unidad de estudio cualitativamente diferente del sujeto como actor social y co-productor de una experiencia territorial particular. Este reconocimiento – convergente con la clásica discusión que ha confrontado a enfoques estructuralistas y perspectivas comprensivo-culturalistas en antropología- llama la atención respecto de las limitaciones que se imponen a la complementariedad metodológica. Para las corrientes contemporáneas que abogan por la integración investigativa –como es característico, entre otros, en los enfoques cuali-cuantitativos (*q-squared*) utilizados en el estudio de la pobreza multidimensional así como en buena parte de los estudios medioambientales desarrollados desde el paradigma de la complejidad-, esta tensión puede ser salvada en la medida que se fijan tareas específicas para cada ámbito de análisis o bien estableciendo un diseño metodológico secuencial, donde el estudio cualitativo aporta a profundizar y precisar los alcances de los hallazgos obtenidos en un primer momento a través de otras herramientas investigativas. La postura asumida en esta memoria se inclina prioritariamente por la primera de estas soluciones, lo que permitió generar resultados significativos desde diferentes paradigmas teóricos y metodológicos para esclarecer el perfil de tres elementos relevantes: (a) la estructura de las familias; (b) las redes en las que éstas se insertan en un contexto comunitario; y, (c) la experiencia del territorio como un producto influido por las características asociadas a las redes y estructuras familiares. El balance que se sigue de la experiencia es que la integración metodológica no sólo es viable, sino también prolífica en términos de producir diagnósticos amplios que pueden derivar en variadas líneas de investigación posteriores. Pese a ello, huelga también reconocer el alto esfuerzo que demanda esta empresa en el sentido de elaborar síntesis coherentes de los resultados, planteándose como un camino más adecuado para la exploración de hipótesis que para la obtención de

hallazgos convergentes que alimenten el desarrollo de propuestas explicativas o interpretativas generalizadoras en torno a los fenómenos estudiados.

Sin perjuicio de lo anterior -y, conforme a lo propuesto en esta memoria-, también se abren perspectivas para profundizar en el estudio interdisciplinario de la relación entre familia y territorio. Salvo contadas excepciones, la relación familia-territorio no ha sido visibilizada como un problema de investigación relevante en el contexto de los estudios sobre el medio rural chileno. Asimismo, la escasa producción científica sobre el tema presenta dos limitaciones significativas: (a) por una parte, la característica sujeción a la lógica del estudio de casos; y, (b) por otra, la carencia de aproximaciones interdisciplinarias. Si bien esta investigación comparte la primera de estas limitaciones (condición asumida por razones eminentemente prácticas, pero también por la significación particular que reviste el problema de investigación en el caso de las comunidades rurales chilotas), los resultados obtenidos permiten alentar expectativas en relación a la posibilidad de fomentar el acercamiento entre enfoques teóricos y metodológicos arraigados en diferentes disciplinas de las ciencias sociales, como la antropología, la sociología, la geografía humana y la demografía.

Al respecto, cabe señalar que, pese a existir una importante tradición de colaboración e intercambio entre disciplinas ligada a los estudios de familia –que ha producido un encuentro fructífero entre enfoques académicos (sociológicos, antropológicos y psicosociales) y de intervención en torno a las dinámicas familiares-, dicha tradición ha sido escasamente receptiva a la incorporación de una perspectiva territorial. En este sentido, es pertinente instar a un mayor involucramiento de parte de la geografía humana y social respecto del desarrollo de investigación sistemática en torno a la familia. Tal como se ha visto, el dominio familiar reviste diversas lecturas geográficas, incluyendo el análisis de la familia en tanto agente productor de prácticas e imaginarios territoriales y su papel como soporte relevante en los procesos de organización socioespacial en el ámbito rural.

En cuanto a una potencial superación del sello casuístico que hasta ahora ha acompañado buena parte de la investigación científica que se ha atrevido a profundizar en las intersecciones de lo familiar y lo territorial, también pueden trazarse nuevos caminos para avanzar. Por una parte, los estudios de casos pueden aportar experiencia e insumos metodológicos para el desarrollo de investigación cualitativa de carácter comparativo, que indague respecto de posibles continuidades y quiebres en las características y rol de la institución familiar en la construcción del territorio en el marco de estudios de alcance regional. En segundo término, el desarrollo de instrumentos cuantitativos y cartográficos en los que se reconozca simultáneamente a la familia como unidad de información y análisis –respecto de los cuales la metodología convencional de redes sociales constituye un referente insoslayable-, puede facilitar el contraste de hipótesis explicativas a mayor escala respecto del papel que juega la familia en la organización de procesos y dinámicas espaciales.

III. Corolario: la familia como sujeto de intervención social y territorial en el Chiloé contemporáneo

La huella de sucesivos proyectos modernizadores implementados a lo largo de más de medio siglo se hace palpable en los relatos de los habitantes de Chiloé, quienes contemplan los actuales procesos de transformación productiva y cultural que emergen en el territorio con una mezcla de escepticismo y complicidad. Escepticismo, pues –esencialmente- nada se percibe de nuevo ni de distinto en los efectos que desencadenan a nivel local los ciclos de desarrollo productivo en curso, como no sea el ritmo vertiginoso y la extensión creciente que adoptan una serie de cambios ya asimilados en décadas precedentes y que entrañan consecuencias positivas y negativas. Entre las primeras, se enfatiza la integración del territorio, la comunicación y apertura a nuevas oportunidades y experiencias culturales, mientras que entre las segundas se destacan el agotamiento de los recursos naturales, la dependencia de las comunidades locales respecto de la ciudad y de los mercados globales y la monetarización de los intercambios y de las relaciones sociales, en correspondencia con la descomposición de prácticas solidarias y tradiciones férreamente arraigadas en el modo de vida chilote. Complicidad, también, entendida no necesariamente en un sentido oportunista o negativo, sino ante todo como expresión de una disposición activa a conocer, acceder y aprovechar los beneficios y posibilidades que dichos cambios han favorecido y que pueden ser capitalizados por individuos, familias y colectividades en la medida que cuentan con las capacidades para adaptarse y actuar estratégicamente en este nuevo contexto.

El reconocimiento de esta ambivalencia, entonces, no envuelve, necesariamente, alguna clase de cuestionamiento o juicio de valor. Por el contrario, es consistente con la imagen que los propios chilotes han construido de sí mismos a través del tiempo, donde la aparente fragilidad y vulnerabilidad de su modo de vida se resignifica en términos de una fortaleza cultural. Así, frente a la incertidumbre del cambio acelerado, los chilotes despliegan versatilidad, emprendimiento y capacidad de adaptación; ante la dispersión, fragmentación y alejamiento de las familias y las comunidades de base por efecto de la movilidad creciente de la población, emerge el arraigo y un impulso cohesivo capaz de superar las barreras objetivas que imponen el tiempo y la distancia; a la desigualdad y asimetrías que se perciben en las relaciones entre el archipiélago y el continente, en tanto, los habitantes de Chiloé oponen la búsqueda de una integración fluida y provechosa, que se interpreta bien a través de la idea del *contacto* discutida en las páginas iniciales de esta memoria. Esta compleja matriz de subjetividad –llena de tensiones y ambigüedad- parece facilitar la construcción de una identidad singular, que se afirma en un constante desafío a las condiciones impuestas por el medio y consigue escapar de los sentimientos de autocompasión y ensimismamiento proponiendo un diálogo transparente (y no necesariamente reactivo) con sujetos culturalmente diversos.

La síntesis de este “carácter chilote” –sí bien ocupa un lugar central en las descripciones hechas por algunos de los más destacados historiadores e investigadores de la cultura y tradiciones del archipiélago-, resulta todavía ignorada en los procesos de diseño, implementación y evaluación de políticas de desarrollo local en el marco del Chiloé rural contemporáneo. En este sentido, al desconocer la importancia de la especificidad cultural de los territorios y de sus configuraciones sociales predominantes, las políticas invisibilizan, asimismo, algunas de las claves que permitirían potenciar la generación de intervenciones pertinentes, sostenibles y de alto impacto sobre las

poblaciones y comunidades de base. Y, por insoslayable que parezca, el rol de la familia –institución y red de relaciones, a la vez que experiencia social y cultural plena de significados- se revela como una dimensión que, si no está ausente, rara vez resulta bien comprendida y abordada, sobre todo si se consideran algunos de los programas que buscan incidir directamente en las condiciones de vida de los habitantes rurales, en los que se opera con definiciones homogéneas y estáticas de los territorios y los sujetos sociales.

A este respecto, no debe olvidarse que buena parte de la política sectorial en Chile se diseña y ejecuta desde una escala nacional y regional, siendo infrecuente que existan disposiciones particulares para favorecer el desarrollo de intervenciones con pertinencia territorial o potenciar mecanismos que aseguren la participación e injerencia efectiva de las comunidades de base así como de otras instancias locales de decisión. Pero, más allá de esta característica –prácticamente un dato de la causa al analizar el estado y la institucionalidad de las políticas sociales en el país-, es relevante destacar que los programas suelen incorporar, a menudo de manera implícita, un modelo familiar que no necesariamente se condice con las estructuras y formas concretas que se observan en los territorios. Entre otros aspectos, este modelo supone pautas específicas en torno al tamaño y la estructura del grupo familiar (con prevalencia de una representación nuclear) además de prever comportamientos estables en términos de localización residencial, inserción productiva y movilidad territorial.

En este sentido, vale la pena traer a colación dos ejemplos puntuales, a partir de los cuales es susceptible imaginar alternativas de fortalecimiento en conformidad con las dinámicas de orden familiar y comunitario que resultan características a estas poblaciones. Uno de ellos se refiere a los programas de desarrollo productivo enfocados en familias rurales –tales como los que implementa el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario (INDAP, dependiente del Ministerio de Agricultura) o los fondos para el fomento de la pesca artesanal que entrega la Subsecretaría de Pesca del Ministerio de Economía y sus organismos relacionados. Este tipo de intervenciones, al suponer la especialización productiva de las familias y compartimentalizar la entrega de beneficios en función de ciertas finalidades, no es sensible a la versatilidad de las economías familiares locales. Para el contexto geográfico y cultural del bordemar chilote –al que aquí se ha aludido a través del ejemplo de Lacuy-, dichos sistemas productivos están sostenidos en la pluriactividad y en el intercambio dinámico con mercados y territorios urbanos. La identidad e intereses de los grupos familiares no se sujetan a una definición única o excluyente, como la de “pescador artesanal”, “pequeño agricultor/a”, “familia campesina”, “artesano/a”, “criador/a”, etc., sino que se ajustan a las múltiples capacidades y roles productivos que pueden ejercer, a la vez que se constituyen en atención al equilibrio siempre variable entre los beneficios asociados a prácticas de autoconsumo que todavía siguen siendo relevantes, de una parte, y a la maximización de ingresos monetarios incentivada por la producción orientada al mercado, de otra.

Del mismo modo, la vinculación con lugares distantes y el capital social de las familias –materializado en redes de conocidos/as, familiares, contactos comerciales, alianzas regionales y puentes territoriales- no suelen ser valorizados ni incorporados activamente al diseño de estrategias de desarrollo productivo. En su defecto, se tiende a tratar a los pequeños productores locales como agentes aislados, sin organización, y cuyo potencial de

emprendimiento depende única y exclusivamente del nivel de capacitación, capital y fuerza de trabajo adquirido por los actores individuales elegibles para la asignación de apoyos técnicos o subsidios. En este ámbito, sería interesante fomentar procesos en los cuales los hijos/as que han emigrado por razones de trabajo o estudio pudieran ser incluidos en la ejecución de proyectos, potenciando la conservación del vínculo con su familia de origen a la vez que se aprovecha su aporte –en términos de mano de obra calificada con dedicación temporal o estacional- en la gestión de algunas actividades o productos.

Otro ejemplo pertinente se refiere a las políticas habitacionales, donde no se ha incorporado la movilidad geográfica de la población como un valor relevante en los diseños de programas y subsidios. En esta línea, se observa que a través del acceso a beneficios habitacionales, las familias muchas veces se ven forzadas a elegir una localización residencial permanente, sin disponer de mecanismos alternativos que posibiliten realizar cambios transitorios o definitivos de vivienda con costos accesibles. En la medida que el acceso a empleo –sobre todo entre trabajadores jóvenes-, se vuelve sensible a incentivos de carácter estacional o temporal, se plantea el imperativo por facilitar el acceso a soluciones habitacionales que garanticen la movilidad de las personas junto con sus familias, aprovechando las oportunidades que mejor les favorecen durante un periodo de tiempo determinado y sin exponerlas a procesos de separación o distanciamiento que pueden resultar altamente perjudiciales. Dicha opción, indudablemente, se ve afectada por las rigideces aparejadas al diseño de los programas habitacionales dirigidos a sectores vulnerables, en los que se fomenta el acceso exclusivo bajo un régimen de propiedad y se estipulan una serie de restricciones en torno al uso de la vivienda²³.

De otra parte, la dificultad de factibilizar el desarrollo de proyectos habitacionales en zonas rurales (sea por los altos costos económicos involucrados, por la insuficiente escala de los proyectos o por las limitaciones en el acceso a suelos y/o dotación de servicios básicos) produce distorsiones en la elección de la localización residencial. En la práctica, existen muy pocos incentivos para que una familia en formación pueda ejercer la opción –en condiciones económicamente abordables- de fijar su residencia en una localización rural, como no sea a través de mecanismos formales o informales basados en la herencia y/o la subdivisión predial. Asimismo, la producción de vivienda en estas zonas depende fuertemente de la autoconstrucción y el aporte familiar, en la medida que los beneficios estatales y la inversión privada se destinan preferentemente a áreas urbanas. En base a este diagnóstico, es importante reconocer la necesidad de propiciar un diseño programático congruente con el perfil y los requerimientos de las familias rurales y donde la especificidad de ciertos territorios –como el bordemar chilote- sea atendida. Entre otros aspectos, debe ponerse énfasis en cómo la política habitacional puede convertirse en un catalizador de las dinámicas de movilidad cotidiana (el ir y venir diario entre el campo y la ciudad) y migración temporal-estacional (el desplazamiento transitorio de personas motivado, fundamentalmente, por razones de orden laboral y económica), promoviendo soluciones flexibles que garanticen el ejercicio de opciones residenciales diversas y fomenten el acceso efectivo a oportunidades por parte de las familias.

²³ Como la obligatoriedad de habitar la vivienda asignada por un periodo mínimo de 5 años y la prohibición de enajenar y/o celebrar contratos durante el mismo periodo de tiempo.

REFERENCIAS

Adler, M. (2003): “Recuperación de patrimonio cultural intangible a partir de la historia oral en la península de Lacuy” [informe de práctica]. Valdivia: Universidad Austral de Chile, Facultad de filosofía y humanidades.

Ahumada, C. (2003): “Recuperación de patrimonio cultural intangible a partir de la historia oral en la península de Lacuy, comuna de Ancud. Sectores de Yuste, Ahui, Chaicura, Cayucán y Punta Arenas” [informe de práctica]. Valdivia: Universidad Austral de Chile, Facultad de filosofía y humanidades.

Aliste, E. (2010): “Territorio y ciencias sociales: trayectorias sociales y ambientales en debate”. En Aliste, E. y Urquiza, A. [ed.] (2010): *Medio ambiente y sociedad. Conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas*. Santiago de Chile: RIL editores.

Álvarez, P., Van Meurs, M. [ed.] (1999): *Chile a la vista: navegantes holandeses del siglo XVII*. Santiago de Chile: DIBAM-Koninkrijk der Nederlanden.

Andrade, B., Arenas, F., Qüense, J. (2001): “La valorización de un espacio periférico: el caso de la costa oriental de la Isla Grande de Chiloé”. En *Revista de Geografía Norte Grande* N°28: 79-90.

Arriagada, I. (2007): “Familias latinoamericanas: cambiantes, diversas y desiguales”. En *Papeles de Población* N° 53: 9-22.

Arriagada, I. (2001): “Familias latinoamericanas, diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo” [documento de trabajo]. Serie Políticas Sociales N° 57, Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.

Arriagada, I., Aranda, V. [comp.] (2004): “Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces” [documento de trabajo]. Serie Seminarios y Conferencias N°42, Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.

Ayllón, M. T. (2003): “La intersección Familia-Identidad-Territorio. Estrategias familiares en un entorno rural de fuerte migración. Yucatán a finales del siglo XX” [tesis de doctorado]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Badilla, M. (2006): “Archipiélago de las Chauques: entre la papa y el salmón. Representación social de la calidad de vida en una comunidad rural insular” [tesis de grado]. Santiago de Chile: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Bacchiddu, G. (2007): “Gente de isla – island people: an ethnography of Apiao, Chiloé, southern Chile” [tesis de doctorado]. St. Andrews: University of St. Andrews.

- Barahona, M. (2006): “Familias, hogares, dinámica demográfica, vulnerabilidad y pobreza en Nicaragua” [documento de trabajo]. Serie Población y Desarrollo N°69, Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.
- Bogdan, R., y Taylor, S.J. (1990): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Bornschlegl, T., Macé, J., y Paulson, S. (2010): “Dinámicas de sistemas de género en Chiloé central, o la cuadratura de los Ciclos” [documento de trabajo]. Documento de Trabajo N° 63, Santiago de Chile: Rimisp.
- Bourdieu, P. (1995): “Habitus, illusio y racionalidad”. En Bourdieu, P., Wacquant, L. (1995): *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México D.F.: Grijalbo.
- Bozzano, H. (2009): “Territorios: el método Territorii. Una mirada territorial a proyectos e investigaciones no siempre territoriales”. Ponencia presentada a ENTI Salerno 2009, International Conference of Territorial and culture of development, 4 al 7 de noviembre de 2009.
- Bozzano, H. (2000): *Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles. Aportes para una teoría territorial del ambiente*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Bravo, J. (2004): “La cultura chilota y su expresión territorial en el contexto de la globalización de la economía” [tesis de grado]. Santiago: Escuela de Geografía, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Chile.
- Bravo, J., Gallardo, F., y Sahady, A. (2009): “La dimensión territorial del espacio religioso chilote: fusión ejemplar del patrimonio tangible con el intangible”. En *Revista de Geografía Norte Grande*, N°42: 41-57.
- Bravo, R., y Mujica, F. (1997): “El trabajo en la pequeña agricultura en la península de Lacuy, comuna de Ancud”. En *Agro Sur* N° 25(1): 41-50.
- Bras, H., y van Tilburg, T. (2007): “Kinship and social networks: a regional analysis of sibling relations in twentieth-century Netherlands”. En *Journal of Family History* N°32: 296-322.
- Bustos, C. (2005): “Reconstrucción de las tradiciones alfareras de Caulín y Apiao a partir de fuentes orales. Chiloé, Xª región”. [Tesis de grado]. Valdivia: Universidad Austral de Chile, Facultad de filosofía y humanidades.
- Canales, M. (2006), “Nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos”. En *Revista Latinoamericana de Desarrollo Humano*.
- Cárdenas, R. (2006): “Aro, aro: El sonido de la fiesta campesina chilota”. En *Revista Patrimonio Cultural*, N° 38: 5-7.
- Castells, M. (2001). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Claval, P. (2002): “El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”. En *Boletín de la A.G.E.* N° 34: 21-39.

- Claval, P. (1995): *La geografía cultural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Coleman, J. (1988): "Social capital in the creation of human capital". En *The American Journal of Sociology*, 94(1): S95-S120.
- Daughters, A. (2010): "Globalization at the 'ends of the earth': rural livelihoods, wage labor, and the struggle over identity on the archipelago of Chiloé" [tesis de doctorado]. University of Arizona.
- Del Fresno, M. (2008): "Familia y cambio social: entre la adaptación y la transformación de la institución familiar" [tesis de doctorado]. Madrid: UNED, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.
- De Vos, S.; Palloni, A. (1984): "Formal methods and models for analyzing kinship and household organization" [documento de trabajo]. CDE Working Paper 84-30, Center for Demography and Ecology, Department of Sociology, University of Wisconsin-Madison.
- Di Méo, G. (2004): "Composantes spatiales, formes et processus géographiques des identités". En *Annales de Géographie*. N°638-639: 339-362.
- Di Méo, G. (1999): "Géographies tranquilles du quotidien. Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales". En *Cahiers de Géographie du Québec* N°43(118): 75-93.
- Di Méo, G., y Buleon, P. (2005): *L'Éspace sociale: lecture géographique des sociétés*. Paris: Armand Colin.
- Durston, J. (2002): *El capital social campesino en la gestión del desarrollo rural. Díadas, equipos, puentes y escaleras*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.
- Durston, J., y Duhart, D. (2003): "Formación y pérdida de capital social comunitario mapuche. Cultura, clientelismo y empoderamiento en dos comunidades, 1999-2002" [documento de trabajo]. Serie Políticas Sociales N°63. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.
- Espinoza, V. (2005): "Genealogía de los usos actuales del análisis de redes sociales en Latinoamérica". En Porras, I. y Espinoza, V. (2005) *Redes. Enfoques y Aplicaciones del Análisis de Redes Sociales (ARS)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Bolivariana.
- Floysand, A., y Román, A. (2008): "Industria salmonera, sistemas de innovación y desarrollo local. El punto de vista de las municipalidades de Chiloé" [documento de trabajo]. The Norwegian Research Council, Universidad de Bergen, Diciembre de 2008.
- García Ballesteros, A. (2000): "La recuperación de la escala local en geografía de la población". En *Investigaciones Geográficas*, N°43: 76-87.
- Giddens, A. (1996): *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

- Giménez, G. (2001): “Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas”. En *Alteridades* N° 11 (22): 5-14.
- Godenau, D., y Hernández, R. (1996): “Insularidad: ¿Un concepto de relevancia analítica?” En *Estudios Regionales* N°45: 177-192.
- Gómez, S. (2003). “Nueva ruralidad (fundamentos teóricos y necesidad de avances empíricos)”. Ponencia opresentada en el seminario_“El mundo rural: transformaciones y perspectivas a la luz de la nueva ruralidad”, Bogotá, del 15 al 17 de octubre de 2003.
- Granovetter, M. (1973): “The strenght of weak ties”. En *American Journal of Sociology*, N°78(6): 1360-1380.
- Grenier, P. (1984): *Chiloé et les chilotes. Marginalité et dépendance en patagonie chilienne*. París: EDISUD.
- Grossetti, M. (2009): “¿Qué es una relación social? Un conjunto de mediaciones diádicas”. En *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 6(2): s/n.
- Gutiérrez, R. (2007): “Las misiones circulares de los jesuitas en Chiloé. Apuntes para una historia singular de la evangelización”. En *Apuntes*, N°20(1): 50-69.
- Hojman, D. (2007): “Who is afraid of the spanish inquisition? Endogamy and culture development among Chiloe encomenderos and catholic namesakes of persecution victims”. En *Journal of Family History* 32: 215.
- Huenchuan, S. (2009): “Envejecimiento, familias y sistemas de cuidados en América Latina”. En CEPAL- Ministerio de Desarrollo Social de la República Argentina [ed.] (2009): *Envejecimiento y sistemas de cuidados: ¿oportunidad o crisis?* [documento de proyecto]. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.
- Jáuregui, J. (1982): “Las relaciones de parentesco”. En *Revista Nueva Antropología*, N°V(18): 179-208.
- Jelín, E. (1994): “Las familias en América Latina” [documento de trabajo]. Isis, Ediciones de las mujeres N° 20. Santiago de Chile: CEDES/CONICET.
- Jelín, E., y Díaz-Muñoz, A. (2003): “Major trends affecting families: South America in perspective” [documento de trabajo]. Ney York: United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Division for Social Policy and Development.
- Kay, C. (2005), “Perspectives on rural poverty and development strategies in Latin America” [documento de trabajo]. Working Paper Series N° 419. La Haya: Institute of Social Studies.
- Leitão, N., Oliveira, J., y Roca, Z. (2008): “Desenvolvimento territorial entre a topofilia e a terrafileia: das palavras aos actos”. Ponencia presentada al XI Coloquio Ibérico de Geografía, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares – Pastrana, s/f.

- Lévi-Strauss, C. (1998): *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós.
- Lindón, A. (2008): “De las geografías constructivistas a las narrativas de vida espaciales como metodologías geográficas cualitativas”. En *Revista da ANPEGE*, N°4: 03 – 27.
- Lindón, A. (2007): “Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales”. En *EURE*, N° 99: 31-46.
- Lozares, C. (2006): “Las representaciones fácticas y cognitivas del relato de entrevistas biográficas: un análisis reticular del discurso”. En *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, N°10(8): s/n.
- Lozares, C. (1996). “La teoría de las redes sociales”. En *Papers: Revista de Sociología UAB*, N°48: 103-126.
- Lozares, C.; Verd, J. (2008): “La entrevista biográfico-narrativa como expresión contextualizada, situacional y dinámica de la red socio-personal”. En *REDES, Revista hispana para el análisis de redes sociales*, N° 15: s/n.
- Macé, J., Ramírez, E., Modrego, F., y Yáñez, R. (2009): “Dinámicas Territoriales en Chiloé Central: La Fuerza de las Coaliciones Extra Territoriales” [documento de trabajo]. Documento de Trabajo N° 54. Santiago de Chile: Rimisp.
- Mancilla, C., y Rehbein, R. (2009): “Comunicación y representación en migraciones. Sobre la producción e institucionalización del imaginario de la vida errante en los procesos de transmisión cultural: el caso de Chiloé en la primera mitad del siglo XX”. En *F@ro*, 5(9): 8 pp.
- Mansilla, S. (2007): “Hay un dios que todo lo compra: identidad y memoria de Chiloé en el siglo XXI”. En *Revista Austral de Ciencias Sociales* N° 12: 145-158.
- Martínez, P. (2006): “El método de estudio de caso. Estrategia metodológica de la investigación científica”. En *Pensamiento & Gestión* N°20: 165-193.
- Marttila, J. (2010): “Beyond the family and the household: occupational family networks”. En *Journal of Family History* 35(2): 128-146.
- Mauss, M. (2009): *Ensayo sobre el don*. Buenos Aires: Katz editores.
- Mora, J.; Sumpsi, J. (2004): “Desarrollo rural: nuevos enfoques y perspectivas” [documento de trabajo]. San Salvador: Proyecto Regional de Cooperación Técnica para la Formación en Economía y Políticas Agrarias y de Desarrollo Rural en América Latina (FODEPAL).
- Moreno, J. (2005). “Vulnerabilidad sociodemográfica, desarrollo humano y ruralidad: investigación exploratoria focalizada en comunidades rurales de la IX Región de la Araucanía” [tesis de grado]. Santiago de Chile: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile

Muñoz Millalongo, M. (2006): “Identidad williche y no williche en Chiloé (o expresiones de la ideología williche en Chiloé)” [documento de trabajo]. Castro: Universidad Arcis, Sede Patagonia.

Phyne, J. (2010): “A comparative political economy of rural capitalism: salmon aquaculture in Norway, Chile and Ireland”. En *Acta Sociologica* 2010 53: 160.

Retamoso, A. (2002): “Ciclo de vida familiar, patrones reproductivos y el trabajo como activo: evolución y estrategias en Uruguay” [documento de trabajo]. Notas de Población N° 74. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.

Rogel, M. (2010): “Re –mar: relatos sobre la pesca y recolección artesanal en el golfo de Quetalmahue y borde costero adyacente, años 1908 – 2008”. Ponencia presentada al II Seminario “Chiloé: historia del contacto”, organizado por el Museo Regional de Ancud, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM). Museo Regional de Ancud, Ancud, Chile, 16 al 18 de junio de 2010.

Román, A. (2009): “Gobernabilidad para el desarrollo local en Chiloé. Nuevos desafíos generados por la salmonicultura a las municipalidades en un contexto de cambio global” [tesis de maestría]. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales.

Rodríguez, J., y Villa, M. (2001), *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.

Salgado, A. (2007): “Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos”. En *LIBERABIT* N°13: 71-78.

Salières, M., Le Grix, M., Vera, W., y Billaz, R. (2005): “La agricultura familiar chilota en perspectiva”. En *Revista LIDER* N°13(10): 79-104.

Segato, R. (2005): “En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea”. En Herrera, Diego; y Piazzini, Emilio [eds.] (2005): *(Des)territorialidades y (no)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Medellín: INER, Universidad de Antioquia.

Sunkel, G. (2006): “El papel de la familia en la protección social en América Latina” [documento de trabajo]. Serie Políticas Sociales N° 120. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.

Ther, F. (2010): “Construcción de imágenes e imaginarios litorales. Bases investigativas para promover sociedades litorales sustentables”. En Aliste, E. y Urquiza, A. [ed.] (2010): *Medio ambiente y sociedad. Conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas*. Santiago de Chile: RIL editores.

Ther, F. (2008): “Prácticas cotidianas e imaginarios en sociedades litorales. El sector de Cucao, isla grande de Chiloé”. En *Chungará, Revista de Antropología Chilena*, N°40(1): 67-80.

- Terlouw, K. (2003): "Semi-peripheral developments: from World-Systems to Regions". En *Capitalism Nature Socialism* N°14: 71-90.
- Therborn, G. (2004) "Familias en el mundo. Historia y futuro en el umbral del siglo XXI". En Arriagada, I., Aranda, V. [comp.] (2004): "Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces" [documento de trabajo]. Serie Seminarios y Conferencias N°42, Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL.
- Trivero, A. (2005): "Los primeros pobladores de Chiloé. Génesis del horizonte mapuche" [documento de trabajo]. Ñuke Mapuförlaget Working Paper Series N°25. Uppsala: Universidad de Uppsala.
- Tuan, Y. (2007): *Topofilia. Un estudio sobre percepciones, actitudes y valores medioambientales*. Madrid: Melusina.
- Urbina, R. (2002): *La vida en Chiloé en los tiempos del fogón (1900-1940)*. Valparaíso: Editorial de la Universidad de Playa Ancha.
- Van Dijk, T.. (1983): *La ciencia del texto: un enfoque interdisciplinario*. Barcelona: Paidós,
- Verd, J.M., y Olivé, J. (1999): "Muestreo y recogida de datos en el análisis de redes sociales". En *Questiúo* 23(3): 507-524.
- Wallerstein, I. (2005): *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Wasserman, S., y Faust, K. (1994): *Social network analysis*. Cambridge: University Press.
- Weigel, D.. (2008): "The concept of family: an analysis of laypeople's views of family". En *Journal of Family Issues*, 2008 29: 1426-1447.
- Wellman, B. (1989): "The place of kinfolk in personal community networks" [document de trabajo]. Research paper N°176. Toronto: Centre for Urban and Community Studies, University of Toronto.
- Woods, M. (2007): "Engaging the global countryside: globalization, hybridity and the reconstitution of rural place". En *Progress in Human Geography*, N°31 (4): 485-507.